



SIERRA NEGRA 2

Por ti RESPIRO

Poppy García



Por ti respiro
Serie Siera Negra 2

Poppy García



TERCIOPELO

Copyright

Por ti respiro

Primera Edición: Julio 2020

©Poppy García

Diseño de portada: ©Frank Tschakert

Para...

F., S.; siempre estaréis en mi corazón.

A., B., Mb.; sois una jabatas.

Lo mejor de lo peor

Lo mejor de lo peor es que lo peor de mí es lo que sabe mejor, aunque lo quiera ocultar siempre
me vuelve a salir.

Lo más duro de entender es porque no soy capaz de cuidar de mí

yo solo
cuando veo que no estás y sale lo peor de mí.
Y las torres son tan altas y tan grandes los gigantes que me asusto y me estremezco al verme yo
tan pequeña y tan fácil de pisar.
Me convierto en una sombra que no la reclama nadie.
Es más por miedo que por frío; cuando veo que no estás, sale lo peor de mí.
Lo mejor de lo peor es que lo peor de mí es tan negro y tan absurdo que me mata la vergüenza el
saber que sigue ahí.
Me grita como un poseso para hacerse notar, pero solo lo consigue cuando sabe que no estás y
sale lo peor de mí.
Y las torres son tan altas y tan grandes los gigantes que me asusto y me estremezco al verme yo
tan pequeña y tan fácil de pisar.
Me convierto en una sombra que no la reclama nadie.
Es más por miedo que por frío; cuando veo que no estás, sale lo peor de mí.

Luz Casal

Lo mejor de lo peor Album: Vida tóxica

Segundo jueves de mes

Me estaba costando mantener el ritmo de la respiración. Tan prieta, tan deseable y salvaje. Su espalda se movía como las olas siguiendo el ritmo de mis caderas.

-¡No pares, caramelo! ¡Por favor, no pares!

Aceleré sólo para darle gusto a la vez que estiraba el brazo para jugar con sus pezones y, ya de paso, dejarme llevar.

-¡Aaahhh! -gritó.

Sentí la presión desde todos los ángulos y exploté en ella ya sin aire en los pulmones. La fuerza de gravedad hizo el resto derramándonos los dos en aquella cama de suaves sábanas negras.

Como en un baile sincronizado. De A a B, siguiendo una coreografía en la que cada vez teníamos más práctica, más eficiencia y menos alma. Pero aquello era lo que era y no valían eufemismos.

Ese era siempre el momento de la vergüenza. Cuando me daba excusas a mí mismo de porqué estaba allí, o más bien, para qué estaba allí. Estaba allí precisamente para disfrutar, aunque fuese a costa de pretender durante un rato. Una tarde cada varios meses. Pagando.

Años atrás, Cuqui había sido mi regalo de cumpleaños. Aquella noche no lo supe, pero pocas dudas tuve cuando encontré en mi billetera días después una tarjeta con su nombre y un corto mensaje adosado a un «precio de amigo».

Me cabreé, mucho, pero he de admitir que duró poco. Una vez que asumí que ese sería el único contacto que tendría con una mujer creo que hasta sentí alivio. Primero, Cuqui era guapísima y, segundo, me gustaba el sexo con ella.

Desde aquella primera noche nos habíamos visto de forma más o menos regular; ella recibía su recompensa y yo la mía.

La vergüenza, aunque persistente, quedó algo mitigada cuando giré la cabeza para mirar a mi escort -tenía prohibido llamarla «dama de compañía»- tumbada de espaldas mirando al techo satisfecha de sí misma. Cuqui era muy especial para ciertas cosas, aunque su naturalidad era reconfortante.

Al igual que siempre, no tardó ni dos segundos en encenderse un cigarrillo. Una costumbre que yo personalmente odiaba y que ella parecía disfrutar. Cuqui era puro estereotipo, supongo que por su profesión, y el cigarrillo de después del coito era imprescindible. En ningún otro momento la había visto con un pitillo entre los dedos.

-¿Por qué me llamas siempre caramelo? -pregunté.

Normalmente no hablábamos demasiado; siempre hubo un silencio cómodo entre nosotros. Ella no husmeaba en mi vida y yo no pedía explicaciones. Como debía ser. Con todo y eso, solíamos cruzar unas palabras mientras nos recuperábamos y con el tiempo esos momentos habían pasado de un par de minutos, antes de que yo recogiera mis cosas y pagara, hasta llegar a la media hora si no teníamos nada que hacer después. Hoy parecía no importarle que zanganeáramos un rato, así que pregunté aquello porque realmente me intrigaba que me hubiese puesto un mote tan empalagoso.

-No sé. Me recuerdas a uno.

Apoyó la cabeza sobre mi brazo estirado, mirando a la nada mientras intentaba hacer anillos con el humo. Años practicando sin resultado.

-Eres como uno de esos caramelos con envoltura de colores chillones con el logotipo de la empresa. -Paró un segundo para echar el humo por la nariz-. Cuando vas a abrirlo, te das cuenta de que el papel se ha quedado pegado al caramelo y ves venir que los dedos van a quedar pegajosos. Pero como es un caramelo, pues haces el esfuerzo. Al llevártelo a la boca tus papilas

gustativas se corren de gusto de repente y cierras los ojos mientras disfrutas de la experiencia. Una vez comienzas a mover el caramelo en la boca, te acuerdas de que tienes pegado el envoltorio entre los dedos, así que te deshaces de él y te chupas las yemas porque el regustillo es casi mejor que el caramelo en sí. Tú eres igual.

Un caramelo... Vaya analogía. Si estaba allí con ella era porque yo no era del gusto de nadie. No quería recordar la cantidad de motes que me habían puesto a lo largo de los años; ninguno cercano a nada dulce, eso seguro.

De hecho, desde bien pequeño a cada nuevo apodo la cosa empeoraba a la par que mi aspecto.

Quién sabe cuándo empecé a parecer un engendro. Primero fueron los pies planos y el empeño del médico en ponerme botas ortopédicas; después fueron las gafas de pasta de color marrón mierda que mis padres debieron encontrar en oferta en la óptica; con la pubertad aterrizó el maldito acné que me dejó desagradables marcas de por vida por toda la cara y lo peor, esos perpetuos carrillos rojos que decían a gritos «pueblerino a la vista». Por suerte mi cara no era redonda como la de un pan. Eso me hubiese dado la puntilla en el instituto.

Básicamente era más feo que un culo y para colmo, mis padres tuvieron que recurrir al maldito santoral para ponerme el peor nombre de la historia. Llamarme Artemio era algo que todavía llevaba fatal, tanto que no dejaba que nadie me llamara así.

Gracias a Dios, las botas ortopédicas dejaron de ponerse de moda; el genio más genio de todos los tiempos inventó las lentillas y el bigote y la perilla atraían ahora las miradas más que los boquetes dejados por las espinillas llenas de pus y grasa que los miles de tratamientos dermatológicos no consiguieron disimular.

Lo que no había cambiado en absoluto con los años era el asco, el desprecio o la pura y dura indiferencia del género femenino hacia mi persona, sexualmente hablando se entiende. Jamás había estado con una mujer porque le atrajera. Jamás.

Siempre tuve amigas, eso sí. Rodeado de féminas que decían lo encantador que era, no hacía más que afianzarme en la idea de que además de feo, no conseguía hacerles llegar las sobredosis de testosterona que me hacían producir.

Siempre pasé inadvertido; al menos ningún otro chaval pensó en mí como oponente lo que me evitó algún que otro encontronazo con los malutos en el recreo, aunque no siempre. Lo dicho, mi testosterona pasaba desapercibida a todos los niveles.

Pero debía agradecerle a Cuqui que, aunque sólo fuese por agradar a un pobre cliente, me dijera que no era tan repelente. Quizá la profesión le daba un sexto sentido para reconocer y utilizar sobreproducciones de hormonas. Quién sabe.

-¿Me estás piropeando? -me salió con una media sonrisa. El hecho en sí era realmente cómico.

-No. Solo digo la verdad. Estás riquísimo.

Apagó el cigarrillo en el cenicero de la mesilla y comenzó a besarme en el pecho. Mi respiración empezó a acelerar e inconscientemente entrelacé los dedos en su pelo.

-No sé si estoy preparado para una segunda ronda y además se está haciendo tarde. -Por mucho que me gustase las cosas que me hacía, lo nuestro era un encuentro con unas reglas estipuladas y quería que siguiese siendo así. Además, no quería forzar nada.

Pero ella ni caso.

-No te hagas el modesto, caramelo. Tú siempre estás preparado.

Sacó la lengua para empezar hacer dibujos sobre mi piel y luego sopló para mirar triunfante cómo todo se ponía de punta. Empezó a chupetear mientras bajaba restregándose con abandono y yo miré el reloj para asegurarme.

Estábamos en tiempo de descuento así que esta ronda iría por parte de la casa. Si a ella le daba

igual... Mis dudas quedaron resueltas cuando se incorporó para ir a sacar un condón del cajón de la mesilla.

Llevé las dos manos a su cabeza, cerré los ojos y dejé gustoso que Cuqui me tratase como un dulce.

Capítulo 1

-¡Estheeer! -gritó mi padre desde la cocina como si estuviese a tres kilómetros en vez de a tres metros.

-¿Sí?

-Nos vamos de paseo.

-Me lo habéis dicho doce veces. -Tener dos enfermeros en casa las veinticuatro horas del día tenía también sus desventajas-. Marchando, que a este paso se os va a hacer de noche.

Mi madre vino para darme un beso a sabiendas de que iba a protestar.

-¡Mamá!

Ella solo chascó la lengua, me dio una palmadita en la mejilla y salió detrás de mi padre. Casi veinticuatro añazos y como si tuviese dos.

Tendría la casa para mí sola y, tristemente, absolutamente nada que hacer porque cualquier actividad me agotaba. No recordaba la última vez que puse la música a todo trapo y bailé dando saltos de una habitación a otra.

Quizá lo de los saltos fuera demasiado, pero para escuchar música no hacía falta moverse y si no la ponía muy alta había grandes posibilidades de que no me entrara dolor de cabeza.

Despacito me acerqué al equipo musical. Era asombroso lo que la vida podía llegar a ralentizarse.

-¿Qué pongo, qué pongo? -Últimamente me había dado por hablar sola, pero a nadie parecía importarle.

Le di un repaso a mi pequeña colección de CDs y ahí estaba: Maná.

Puse la música y subí a mi vieja habitación. Esa que tuve que dejar porque los escalones eran más difíciles de escalar que el Everest. Desde ahí podría mirar la sierra toda nevada.

Abrí las cortinas, acerqué una silla y me senté lo mejor que pude sobre al menos cuatro cojines con los pies en el alféizar. Con algo de suerte, conseguiría mantener la posición al menos durante más de dos canciones. Se me hacía raro, que habiendo recaído, me encontrase mucho mejor, pero no iba a ser yo la que se negase aquel momento.

En otros tiempos, aquellas baladas me habrían hecho llorar y sin embargo, ahora solo traían buenos recuerdos. Pensar en el pasado y los buenos momentos podía ser peligroso, aunque en un día como aquel me recordaban no lo que iba a perder sino aquello por lo que debía luchar.

La música paró de repente.

-¿Hola?

-Quién es el gracioso que... -Era imposible disfrutar a solas cinco míseros minutos.

-¿¡Hay alguien en casa!?

-¡Arriba!

Los escalones de madera empezaron a crujir uno a uno. No moví un músculo. Una vez encontrada la postura era mejor no hacer otros experimentos.

-La puerta estaba abierta -dijo mientras daba golpecitos en el marco con los nudillos.

-Hola Rosales, ¿qué te trae por aquí? -pregunté mucho más tranquila mientras buscaba una postura aún más cómoda sobre los cojines.

Rosales era siempre bienvenido; el tío más majo del pueblo, con diferencia.

-Traigo la licencia de pesca de tu padre. Me dijo que pasaría a recogerla, pero lleva acumulando polvo casi un mes en el mueble de la entrada de mi casa.

-Ya. Hemos estado un poco liados -dijo cortante.

Me arrepentí inmediatamente de lo que acababa de decir. Se hizo un tenso silencio en la habitación y como que ya la silla no era cómoda. Rosales era la última persona que merecía recibir mis insidiosos comentarios.

-Bueno, pues me voy -dijo mirando al suelo.

-¿No te apetece un café o un zumo? -Había bajado los pies del alféizar y me estaba levantando de la silla.

-No tienes que prepararme nada, Esther.

-Todo lo contrario. Me alegra que hayas venido -dije rodeándole para poder salir del cuarto.

Rosales me siguió escaleras abajo agarrándome del codo como si me fuera a caer.

Otro enfermero en ciernes. Genial.

-Estoy bien. Déjame bajar sola -espeté.

Él no dijo nada, simplemente me soltó. Ya en la cocina le invité a sentarse al lado de la estufa.

-¿Y bien? ¿Café, Coca-Cola, zumo, agua...?

-Lo que tú bebas.

-No me caes tan mal, Rosales.

Sonreí para que pareciese que era un chiste, pero en el fondo quería que viese que me agradaba su compañía. Rosales era una de esas personas que tenía paz interior y la irradiaba a cada momento. Daba igual cuándo y dónde, en el momento que aparecía todo se calmaba.

De un extremo a otro. Antes de enfermar, nunca me hubiese parado a pensar en esas cosas y ahora, me era imposible no percatarme del efecto que su presencia me provocaba. Era un hombre tierno, inteligente y, a la vez, fuerte y decidido. Otros que tiempo atrás me parecían poco menos que héroes de película, ahora eran peores que pantomimas. Personas que jamás daban la talla.

Saqué el mejunje-contratodos-los-males de la nevera y llené un vaso con él. Rosales miraba algo aprensivo, pero no preguntó qué era aquel potingue de color indefinido.

Meses atrás, cuando se supo que tenía un alien viviendo a mis expensas dentro de mis ganglios linfáticos, todo el mundo se lanzó a la carrera para encontrar la cura definitiva. Cómico, retorcidamente cómico.

Mi madre me llevó a ver a una curandera al otro lado de la sierra que aseguraba conocer el futuro simplemente mirando tu firma. Me reí de lo lindo con aquella tontería, pero el miedo a morir pudo más y acabé firmando en un sobre delante de la buena señora.

Tras pasar el dedo por la firma; darle vueltas al sobre para ver mi letra desde todos los ángulos; leer en alto cada letra y escupir sobre el papel para luego esparcir la saliva mientras cantaba una letanía, me dijo muy seria que fuese a ver a otro médico porque yo no tenía cáncer.

Antes de que acabara la frase me vino una arcada y mi madre lo interpretó como una señal de que la vieja tenía razón asegurando inmediatamente que buscaríamos una segunda, o tercera, o cuarta opinión hasta encontrar a un doctor que corroborara que no tenía linfoma. No dije nada, pero si casi vomito fue porque el número de la saliva me había puesto muy mal cuerpo.

Ni que decir tiene que la segunda opinión médica coincidió a pies juntillas con la primera y mi padre tuvo que pararle los pies a su señora antes de que tomásemos un avión que me llevara a los Estados Unidos de gira para encontrar al oncólogo que me quitara el cáncer así, simplemente mirándome a la cara.

Mi hermano y mi cuñada se lanzaron a la búsqueda de la solución homeópata definitiva, llegando incluso a asegurar que tal era el poder de la mente sobre el cuerpo que con solo intención, tres mil pastillas, tés y mezclas varias, acabaría por curarme yo solita.

Evidentemente no eran más que buenos deseos, pero el mejunje que me preparaban para que mi cuerpo se fortaleciera realmente me ayudaba a recuperarme mejor de las sesiones de

quimioterapia así que, aunque asqueroso, lo bebía todos los días. Ese era precisamente el zumo que casi le encasquetó al bueno de Rosales, aunque pensándolo bien, si conseguía no vomitarlo acabaría haciéndole mucho bien.

Pero lo de curarme mediante métodos poco científicos no quedó ahí. Mi amiga Patricia, por su parte, poco menos que organiza una excursión a Lourdes. Menos mal que se tragó lo de que me encontraba demasiado débil para viajar. Eso, sin embargo, no afectó lo más mínimo a su entusiasmo. ¿Que yo no podía ir a Lourdes? Pues Lourdes vendría a mí.

Creo que llevaba más de diez litros de agua curativa bebidos. De dónde sacaba semejante cantidad de milagro era algo que se me escapaba, pero tampoco iba a preguntar. Encima de que se preocupaba por mí no iba a chafarle el esfuerzo.

-¿Qué esfuerzo? -preguntó Rosales.

Volví a la realidad de repente y supe, por su cara, que había estado murmurando en alto los pensamientos que habían estado pasando por mi cabeza.

-Creo que se me está yendo la pinza. Perdona, Rosales.

Miré dentro de la nevera y volví a enfocar la conversación.

-Un zumo de los normales te vendría mejor que esto -dije levantando la «jarra homeopática». Lo último que quería reconocer era que las fuerzas no me daban ni para desenroscar la cafetera-. ¿De naranja o de frutas variadas?

-El que esté empezado.

-De naranja entonces.

Rosales bebió obediente su zumo. En cuanto terminase, se levantaría y se marcharía. Desde que se corrió la voz sobre mis últimos resultados, la gente se pasaba poco o nada y, salvo los más cercanos, nadie aguantaba más de quince minutos.

-¿Cómo te encuentras? -preguntó con la mirada fija en su vaso ya vacío.

Habría soltado un comentario hiriente de no ser porque estaba bastante sorprendida de que quisiera conversar.

«Esa mala leche, Esther. Contrólate que él no tiene la culpa de tus males».

Bebí del horrible cóctel de vitaminas, proteínas y minerales.

Tratándose de Rosales, nada de lo que se dijese en aquella cocina saldría de esas cuatro paredes. Aún y eso, no sabía cómo contestar a la pregunta. Normalmente mi madre contestaba por mí y bien agradecida que estaba por ello.

Levanté la vista y me encontré con esos ojos entre verdes y marrones tan particulares esperando pacientemente a que contestara.

-Me muero, Rosales -confesé-. Lo veo venir aunque ahora mismo no tenga dolores. Por lo visto es normal cuando te dejan de tratar, pero no cambia el hecho de que el cáncer sigue avanzando.

Rosales extendió la mano y entrelazó sus dedos a los míos. Sin dramas, ni frases hechas, tampoco lágrimas de cocodrilo, o peor aún, lagrimones de pura pena. Las caras de pena estaban quizá en lo alto de mi lista de inaguantables.

Me había prometido dar una imagen de tranquilidad y siempre lo conseguí. Pero ahora..., ahora simplemente necesitaba que alguien escuchase la verdad y Rosales era la persona más encantadora y comprensiva con la que cualquiera pudiese sincerarse. Conversar a este lado mío de la realidad era, para muchos macabro, pero necesario como el respirar para mí. Por desgracia, no podía en mi día a día. A veces porque yo no me veía lo suficiente valiente y casi siempre, porque los demás no podían soportarlo.

No dijo nada, pero su mirada me invitó a continuar.

-Hay días que siento que la vida se me va y ni siquiera la he vivido. No me ha dado tiempo a que

nos hiciésemos amigas. La he vivido siempre de pasada y ahora que quiero disfrutarla de verdad, me abandona. En vez de disfrutarla, la sufro.

-Si eso es cierto, tendrías que darte prisa. -No había maleficencia en aquel tono sino pura y genuina comprensión. ¿Por qué no habría pensado nunca en su amistad? Me había refugiado incondicionalmente en mis amigas, pero algo me faltaba. Patricia lloraba por las esquinas y Carlota todo lo aliviaba, tanto que me era muy difícil sincerarme.

Con Rosales nada de «no digas esas cosas», «seguro que te pones bien», «tú eres fuerte» o cualquier otra gilipollez pensada para animarme cuando lo único que hacían era deprimirme más.

Rosales parecía estar retándome.

-Te escandalizarías de las cosas que quisiera hacer.

-Lo dudo mucho -aseguró mirando a través de mí.

¿Cómo podía estar tan seguro? Es cierto que mi lista de cosas por hacer antes de palmarla era bastante anodina. Montar a caballo, bañarme desnuda en el río al anochecer, pasar una noche de acampada con mis amigas a la intemperie..., esas cosas. Aunque también...

Rosales acercó nuestras manos unidas a su boca y besó los pálidos nudillos. Los limpió luego con el pulgar y volvió a la posición de inicio. En ningún momento apartó la vista de aquel nudo de dedos.

Apoyé la cabeza sobre la otra mano.

-Lo que más me gustaría es dejar de ser virgen -dije antes de suspirar con resignación. La cosa estaba más que difícil.

Eh.. ¿Había dicho eso en alto? Eso sí que le hizo mirarme. Escandalizado, por cierto. Sí, lo había dicho alto y claro.

Esperaba un «no sabes lo que dices», pero le salió un:

-No te sigo. -Caballero como pocos.

Sentí un pequeño pinchazo en la boca del estómago y mi cerebro comenzó a confabular a toda velocidad.

Le había dejado boquiabierto; no estaba segura de si era porque acababa de insinuar que necesitaba sexo o por el hecho de que todavía era virgen. Probablemente más por lo segundo. Así era yo, una caja de sorpresas. De primeras, parecía que yo era de esas tías «echás pa'lante» que se comían el mundo y hacían lo que querían cuando les apetecía, pero era solo fachada. A la hora de la verdad, siempre me echaba para atrás sin llegar nunca a nada con nadie. Eso sin contar que, por lo general, me ahogaba en un vaso de agua. Y aunque siempre había conseguido salir a la superficie a base de tenacidad y pura cabezonería, ahora esas fuerzas me abandonaban. Por el lado sexual de la vida, me parecía mucho más a Patricia de lo que quería aparentar.

-Déjalo, nadie puede ayudar. -Reí por lo extraño de la situación, pero también para tapar la deprimente verdad.

-Dices que quieres perder la virginidad -dijo tranquilo; obviamente hablar de estos temas no era un problema para él, interesante-, pero reculas antes incluso de intentarlo. Es muy simple, solo tienes que salir al ruedo y saludar, verás cómo se lanzan a tus pies.

-Rosales, soy yo, Esther -dije saludando con la mano-. La tía enferma calva que no es capaz de subir las escaleras sin parar al menos tres veces a descansar. La que apesta a medicamentos y vomita cada dos por tres. La que no se ha comido un rosco en su vida. Tengo veintitrés años y una vida sexual inexistente. Ni siquiera soy capaz de hablar de estas cosas a no ser que ande medio borracha y desde que enfermé no bebo, así que imagina lo a gusto que me siento hablando del tema.

¿Había dicho todo aquello así de sopetón? ¿Realmente había dicho aquello?

Rosales se dejó caer hacia atrás con cara de no entender nada.

-¿Quién va querer acercarse a alguien como yo? -¿Es que este chico no tenía ojos en la cara o qué? Lo mismo no entendía castellano, todo es posible.

-Un momento, un momento. -Levantó las manos mientras, a tenor del rápido movimiento de sus pupilas, pensaba con rapidez; mi mano empezó a echar de menos su calor-. ¿Qué pasa del tío aquel que veranea en Corneja del Valle?

-Desapareció. -Ya me daba igual que se enterara; aquella pantomima de relación la mantuve para no parecer tan patética-. En cuanto supo de lo mío, empezó a dejar de venir. No se nada de él desde hace meses. Tampoco ayudó que, hasta ese momento, le pusiera pegas a lo de intimidar en condiciones. Dios, no sé por qué te estoy contando todo esto.

Me tapé la cara con las manos.

-Porque te da la gana, por eso. Es parte de lo de agarrar el toro por los cuernos y hacer lo que realmente quieres. ¿No era eso de lo que estábamos hablando? -Volví a agarrarme de la mano, así que no tuve más remedio que volver a mirarlo y volví a sorprenderme de lo que vi.

El tío majo campechano que todo el mundo quería, se acababa de transformar en un hombre decidido que no admitía niñerías.

-Rosales -dije algo de sopetón-, tú podrías ayudarme.

Moví las cejas de la forma más sugestiva posible y a cambio me miró como si se le hubiese atragantado una espina de pescado. Se recuperó rápido, aunque empezó a mirarme de forma distinta. Sopesaba. Por lo visto, debajo de aquella fachada de gatito entrañable había un tigre escondido. Empecé a respirar con algo de dificultad y eso que él no no movía ni un músculo.

-No sabes lo que dices. -La dichosa expresión había tardado en salir.

Aparté la mano de golpe y toda la vergüenza que debería haber tenido antes de abrir la boca, me agarró del estómago casi haciéndome llorar. La cagona resurgía de sus cenizas.

No sabía que me temblaban las manos hasta que Rosales volvió a cubrirlas con las suyas.

-Perdóname, Esther. No quería ser tan brusco. Nadie me había pedido algo así antes, compréndelo. Porque me estabas pidiendo...

-Déjalo Rosales. Me he pasado tres pueblos. Solo júrame que nadie se enterará de lo que acabo de hacer.

Respiró tranquilo entonces.

-Tranquila. Sé guardar secretos, te lo aseguro.

Se levantó despacio con intención de marcharse y los ojos se me llenaron de lágrimas en el momento que sentí lo mísera que era mi vida. En todos los aspectos.

Ya ni tirándome a los brazos de un hombre conseguía algo de pasión.

Antes de salir por la puerta Rosales se dio la vuelta.

-Esther. No pienses por un momento que no me atraes, es solo que creo que no lo has pensado bien. Si en unos días...

¿Dónde estaba el tío decidido de hacía dos minutos?

-Empiezo con la nueva ronda de quimioterapia el martes que viene, Rosales. Ahora mismo, aunque algo débil, no me encuentro mal. A partir del martes comenzará el infierno y no sé cuánto podré aguantar. Ya no me quedan cartuchos que quemar y como puedes ver, no ando para ir de discotecas. Además, no concibo hacer algo así con un desconocido.

La cara de estupefacción de Rosales quedó crionizada debajo de su cabellera al mismo tiempo que dejaba de respirar. Parecería un muerto de no ser porque se había puesto rojo como un tomate. Una pena, porque eso indicaba que era el candidato perfecto.

Yo tampoco sabía dónde meterme, pero al menos había tenido el valor de decirle de corrido todo

aquello a la cara.

Rosales seguía petrificado como una de las figuras del museo de cera.

-No me escuches; solo digo barbaridades. -Una cosa era saltar así y pedir a las bravas algo de sexo y otra cosa muy distinta arrastrarme por algo de contacto. Si algo seguía intacto en mí, era la dignidad. De esa había tenido siempre de sobra.

-En Santo Domingo de los Altos es difícil no hacer nada sin que alguien se entere y lo sabes - dijo casi sin mover los labios, pero el hecho de que tuviese que coger aire me afianzó en la teoría de la apnea. Unos segundos más y habría perdido el conocimiento. Hubiese sido chistoso tener que llamar a una ambulancia.

«Ataca, Esther. De perdidos al río».

-Este viernes mis padres irán a Madrid a ver a mi sobrino actuar en una obra de teatro y les he convencido para que pasen el fin de semana con mi hermano.

Rosales descriogenizó la expresión y levantó a tres tiempos una de las comisuras de los labios en un amago de sonrisa. Cada vez me parecía más mono, la verdad.

-Lo tienes todo pensado -acertó a decir.

Aquello era una defensa débil, muy débil.

-Las piezas acaban encajar como por arte de magia. -Lo bien que elucubra el subconsciente cuando una lo necesita.

Parece que por fin volvió en sí y se puso serio otra vez. Su expresión no era demasiado amigable, más bien escéptica, cuanto menos. Cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó sobre el marco de la puerta. Eh..., Rosales estaba cuadrado.

-¿De dónde ha salido de repente esta locura? -preguntó el Rosales decidido de antes.

-Es difícil de explicar.

Carraspeé porque él sería la primera alma a la que le confesase aquello. Si quería de él algo tan importante, al menos tenía derecho a saber el porqué. Alargué el brazo y le invité a que se sentara otra vez. Cuando volvió a ponerse cómodo intenté explicarme con algo más de compostura.

-Verás. Cuando un doctor con ojeras y piel pálida y reseca te dice que tienes cáncer linfático, da igual lo que te asegure en relación a los nuevos tratamientos, lo pronto que lo han visto o lo joven que eres; cuando un completo desconocido te dice que tienes cáncer empiezas a pensar que vas a morir más pronto que tarde y todo por culpa de esa cosa.

»Como la idea es demoledora, comienzas a hacer números y a contar cuánta gente conoces que haya sobrevivido y, para tu vergüenza, comienzas también a pensar en aquellos que no lo han hecho con la oscura esperanza de que eso signifique que tú estás fuera de las malas estadísticas. Que tú vas a ser la escogida para sobrevivir.

»Empiezas un tratamiento aterrador en otra provincia, tardas cada día de quimioterapia más de dos horas en llegar al hospital y piensas y vuelves a pensar y te envalentonas y te dices que eres fuerte, que todo saldrá bien. Pero todo esto te lo dices repitiendo como un papagayo lo que todos y cada uno de los tuyos te ha dicho y te ha repetido desde que aquel pálido doctor te dijera con absoluta precisión que puede que no todo salga bien.

»La quimioterapia comienza bien, pero cada vez va costando más y más; cada día te ves con menos ganas; cada segundo algo de ti te deja y da igual lo que pienses, da igual lo que hagas, se va y ya no vuelve.

»Y entonces sucede. Recurras a la esperanza. ¿Sabes lo que realmente eso significa, Rosales?

Movió la cabeza de lado a lado y volvió a entrelazar nuestras manos.

»Esperanza, para mí, es sinónimo de derrota. Recurrimos a ella porque no hay nada más a lo que recurrir. Ni siquiera es el último cartucho, Rosales, la esperanza solo nos ayuda a enfrentarnos a

la meta con algo de dignidad.

»Yo recurrí a la esperanza cuando, después de las dos primeras rondas de quimioterapia y dos operaciones, me dijeron que había que continuar, que no me preocupara mucho, que pensara que aquello era una carrera de fondo. Así aplastaron de golpe la certeza de que todo marchaba, de que era capaz de hacerle frente a la enfermedad. Yo me imaginaba la famosa luz al final del túnel y al llegar me encontré con un fluorescente de hospital y una nueva ronda de quimioterapia.

»La esperanza solo trae ansiedad. Ansiedad por todo lo que no has hecho en la vida, por todo lo que no has dado importancia, por todo lo que dejas atrás. Porque cuando tienes esperanza es porque has perdido la batalla. Unos se encomiendan a Dios y otros a los espíritus y todos van de la mano de la esperanza; la única que sigue con ellos hasta el final. Porque ya no hay luz al final del túnel; por desgracia ya no hay túnel, solo niebla, un vacío horrendo, sin límites.

No sabía que estaba llorando hasta que Rosales limpió mis lágrimas con cuidado. Patricia tenía razón, desahogarme me estaba viniendo bien, aunque jamás lo habría hecho con el cura. Por muy majo que le pareciera a todo el mundo.

Con Rosales, sin embargo...

-No pienses que busco darte pena -aseguré-. Tampoco es pura desesperación. Es ansia, Artemio. Deseo vivir y necesito sentir la vida, pero no sentada delante de la tele o con paseos organizados. Necesito desmelenarme incluso sin tener pelo. Quiero vivir la vida y disfrutar del placer es parte de ello.

Para mí, aquel momento, bien podría ser lo que para otras era un ligoteo en el bar. Yo no tenía nada con lo que ligar, simplemente honestidad y curiosidad.

Rosales era un hombre tímido, nunca se le conoció una novia y me daba igual si tenía experiencia o no. Sabía que él me cuidaría y me regalaría cada minuto sin pedir nada a cambio.

-Si mi aspecto es el problema... -Hasta ese momento no se me había ocurrido que mi imagen jugaba en mi contra.

Sonrió negando de nuevo con la cabeza y volvió a besar mi mano. Tras un minuto en silencio levantó la vista. Volvía el Rosales decidido, pero con algo más. Lo que fuese me puso los pelos de punta y empecé a sudar. El sexto sentido me dijo que jugaba con fuego, y a pesar de todo, la decisión estaba tomada.

-¿Estás segura?

-No -Estaba aterrada y al mismo tiempo, excitada ante la idea-. Pero no quiero irme sin sentir... Bueno, no tengo idea de lo que es. Ese es precisamente el problema.

-Prométeme una cosa si lo hacemos.

«Ay, madre». Respiré hondo, con la piel de gallina extendiéndose por todo el cuerpo.

-Dime.

-En el momento que te sientas incómoda; a la primera cosa que no te guste me harás parar. No quiero que te fuerces a hacer nada. El sexo puede ser lo más maravilloso del mundo, pero mal llevado puede tornarse en una pesadilla. Sexo es muchas cosas, así que no hay porqué centrarse en... ya sabes.

«¿En serio?».

-Lo prometo. -Y para demostrarlo pinté una cruz sobre mi pecho.

-Mándame un mensaje el viernes en cuanto tus padres salgan por la puerta.

-Vale.

Y se fue sin mirar atrás. Un segundo tenía a Rosales besándome los nudillos y al siguiente se iba sin decir adiós.

-Tampoco es que se lo hayas puesto sobre la mesa de forma muy romántica, Esther -le dije a la

silla vacía que había dejado-. No esperarías que tuviese un ramo de flores escondido tras la espalda.

¿Dónde me había metido?

Capítulo 2

«¡Dónde te has metido, Rosales!».

De camino a casa iba parando cada tres zancadas porque no comprendía muy bien cómo habíamos pasado de un «te traigo la licencia de tu padre» a un «el viernes nos vemos para quitarte de un plumazo la virginidad».

Paraba y pensaba en volver sobre mis pasos; plantarme delante de ella y hacerle comprender que la idea era completamente absurda. Todo el mundo, y las mujeres más que nadie, desean que un momento así sea especial e inolvidable, no a matacaballo entre tratamiento y tratamiento, ¿verdad?

Esther debía estar perdiendo la cabeza.

Pero en el fondo lo entendía perfectamente. Nadie tan joven debería ver su existencia como un anciano de noventa, preguntándose qué ha hecho en la vida y qué no. Era completamente lógico que quisiese hacer lo que no había sido posible antes. Quería recuperar el tiempo perdido antes de que todo terminase.

¡Esther no podía morir! Pero obviamente ella se veía demasiado cerca de esa posibilidad. Admitámoslo, la posibilidad existía. Y sin embargo, ¿qué bien podía hacer pensar en esos términos?

Volví atrás y apreté el paso mientras respiraba hondo para darme ánimos y poner los puntos sobre las íes. Esta chica necesitaba que le dijeran cuatro cosas. Si antes de enfermar no había hecho nada con nadie, y pretendientes no le habían faltado, era del todo irracional que ahora decidiese saltar a la piscina conmigo.

Paré.

Por otro lado, aunque por pura desesperación, me halagaba que me lo hubiese pedido. Nunca había mostrado ningún interés hacia mí más allá de un hola y adiós. ¿Por qué tuve que tomar su mano? Ni siquiera pensé en lo que estaba haciendo cuando besé aquellos nudillos. Tan fría a ras de piel y al mismo tiempo tan cálida por dentro.

Me di otra vez la vuelta.

Esther confiaba en mí. Me había pedido un favor y por muy surrealista que pareciera, había aceptado. Era tarde para volverme atrás.

El mensaje que recibí al móvil evitó que volviera sobre mis pasos de nuevo o entrara en consideraciones del tipo «me lo ha pedido porque sabe que no me como un rosco. ¿Lo habrá hecho a sabiendas de que no iba a decir que no porque era la única con la que podría acostarme? ¿Le daba pena?»

Jaime: Tenemos problemas y tú acabas de salir en la conversación. Mejor será que te pases.

Como caído del cielo.

Necesitaba pensar en otras cosas en ese momento. Una vez de vuelta intentaré hacerla comprender.

Un grupo de gente me recibió a la entrada del cuartelillo de Corneja del Valle un rato después. Discutían acaloradamente mientras alguien intentaba meterles dentro para que no todo el pueblo se enterara de lo que discutían.

Los alborotadores era bien conocidos por la Guardia Civil. Les llamaban los Viejos Verdes y no hacían más que añadir madera al fuego en cuanto tenían la menor oportunidad.

Los Viejos Verdes eran adalides de la naturaleza en Sierra Negra, pero el mote dejaba claro lo que algunos opinaban. Porque se llamaban algo así como «Amigos del paraje natural de... 'nadie-

recuerda-qué'». Seguían a los alpinistas si creían que tenían algún campamento base en algún claro donde vivía algún insecto; nos monitorizaban a nosotros y a todos los animales de la zona en cuanto lidiábamos con alguna plaga no fuésemos a acabar con el ecosistema de la sierra; denunciaban a cualquiera que pillasen usando jabón para lavarse la cabeza o cualquier cacharro después de una comilona en el campo; le hacían la vida imposible a cualquier ganadero o agricultor que no cumpliera con la norma a rajatabla o simplemente, les daban la charla para asegurarse de que entendían el delicado equilibrio de la naturaleza; organizaban a grupos por-lo-que-sea-que-toque-hoy para manifestarse por una y mil cosas... En fin, necesarios, pero más papistas que el Papa rozando muchas veces la ilegalidad.

Tan bien organizados estaban que el Greenpeace no les llegaba ni a la suela del zapato. ¿Y por qué? Porque los Viejos Verdes eran locales y cuidaban lo que era suyo. Como debía ser, lo malo era que a mí me pillaba al otro lado de la barrera, por decirlo de alguna manera.

El problema estaba en cómo mantener el equilibrio entre, naturaleza, civilización, leyes y miles de turistas diarios y los Viejos Verdes estaban obcecados en mirar por una sola vertiente.

Los del Seprona y yo terminábamos en medio de trifulcas absurdas donde cada uno hacía su propia interpretación de la última regulación. En más ocasiones de las estrictamente necesarias, dejaban bien claro lo que opinaban de nosotros con un arsenal de epítetos como si se aprendiesen de memoria la retahíla de insultos antes de aparecer por la puerta.

Eran el pan nuestro de cada día.

-¡No mueven un dedo! Y no sabemos si es porque son ustedes demasiado pusilánimes o es que realmente les importa un pito que estén acabando con nuestra fauna.

«Pusilánimes». Eso era nuevo.

-Pasemos dentro y discutamos todo esto con tranquilidad -volvió a interceder uno de los agentes de verde.

-¡Tenemos fotos!

-¿Qué fotos? -pregunté al llegar a su altura.

-Y tú te atreves a ir por el mundo como si nada fuese contigo -gritó uno de los Viejos Verdes señalándome con el dedo. De no haber estado pensando en otras cosas mucho más importantes que sus rabietas, le habría roto la falange de un manotazo.

-¿Disculpa? ¿Me estás acusando de algo?

«No saques conclusiones, aguanta el pronto y céntrate en el ahora».

Jaime, del Seprona, terminó por empujarnos dentro del cuartelillo viendo que aquello empezaba a atraer la curiosidad de los vecinos. Alguien poco menos que me tiró un sobre a la cara en cuanto crucé el umbral.

-¿Qué es esto? -preguntamos Jaime y yo a la vez.

El guardia civil me quitó el sobre de las manos y sacó un taco de fotos. Las miró una a una con atención pasándomelas justo después.

La primera foto era la entrada de la cueva de los maquis, la más famosa. Se decía que allí se infiltró un guardia civil años después de que terminase la guerra con los pocos republicanos que quedaban en los alrededores matando a los que se le pusieron por delante en cuanto tuvo oportunidad. Los rojos que consiguieron escapar declararon años más tarde que aquel traidor lo que quería era quitar de en medio a uno de sus enemigos y quedarse con la mujer después. Lo de la matanza nunca quedó claro, pero siendo comunistas, nadie se molestó en investigar lo que realmente pasó.

Jaime continuó pasándome fotos. Con cada una, el objetivo de la cámara iba acercándose más y más a la entrada de la gruta hasta llegar a lo que bien podía parecerse una cámara de los horrores.

Colgados del techo de la gruta había al menos diez cuerpos de cabras monteses boca abajo. Algunas con cabeza, algunas sin ella. En las paredes había apiladas en estantes decenas de cornamentas y cada centímetro de superficie estaba salpicado de sangre.

No me dejaron siquiera silbar. En cuanto llegó la última foto a mis manos, el grupo de activistas comenzó a lanzar acusaciones a todo el que tuviese que ver con el cuidado del monte y como era yo el único representante, recibí en exclusiva la lluvia de calumnias. Desde «vago vendido» hasta «asesino por dejadez». No se cortaron un pelo. Pero callé, porque añadir más leña al fuego no nos venía bien a ninguno.

-Señores, ¡señores! -gritó Jaime a todo pulmón-. Tranquiliémonos y sentémonos a aclarar las circunstancias de estas fotos.

-¡No hay nada que aclarar! Ustedes no mueven un dedo y miren lo que nos encontramos. A ustedes les importa un bledo lo que les pase a los animales de la sierra. Tenemos furtivos otra vez y hemos sido nosotros lo que hemos encontrado semejante barbaridad andando tranquilamente por el monte. ¿Y dónde estaban los señores responsables? ¡Durmiendo la siesta! -Me señalaban con el dedo otra vez y, de acercarse un milímetro más, acabarían por tocarme.

Me tensé porque si Jaime no les paraba los pies, empezaba a tener razones para hacerlo yo mismo, y por la fuerza.

Por un momento perdí de vista al guardia; por lo visto estaba mandando gente a la cueva para ver si era verdad lo que aquellas fotos enseñaban. Yo por mi parte, escribí un mensaje a mi jefa avisándola de lo que se nos venía encima. De golpe teníamos que poner al menos cuatro protocolos en marcha.

-Primero tenemos que ver con lo que nos enfrentamos... -dije mientras tecleaba, pero antes de terminar la frase alguien me empujó hacia atrás haciendo que el móvil volara por los aires.

-¡La manzana no cae lejos del árbol! -gritó el que me había lanzado el sobre.

Ahí fue donde ya me dió igual acabar entre rejas esa noche.

-Serás cabrón.

Me lancé a por el mamón que hacía insinuaciones como si nadie supiera lo que realmente todo el mundo tenía en la cabeza. Fui lo suficientemente rápido y conseguí darle fuerte con los puños en el esternón. No le provocaría lesiones y la falta de aire durante un momento le daría a entender que, si quería, podía dejarle seco allí mismo. No solía perder la paciencia, pero aquello era la gota que colmaba el vaso.

El bocazas salió despedido hacia atrás y, como todos los allí presentes se lanzaron a por mí para pararme los pies, nadie evitó que el idiota cayera de culo dándose en la cabeza con una silla dejándole casi inconsciente.

-Vuelve a soltar mierda por esa boca y verás hasta dónde puedo llegar -le dije al él y sus amiguetes.

A punto estuve de escupirle en la cara pero bastante apaleado parecía. Tomás, el más cabal, tuvo la decencia de arrodillarse cerca de su amigo e insinuarle que era mejor dejarlo pasar.

-Y eso va por todos -grité señalándoles uno a uno-. Las insinuaciones os las metéis por donde os quepan. Delante de mí se acabó lo de dejar caer insultos. ¿Me he expresado con claridad?

Avancé un paso porque otro imbécil soltó por lo bajo un «las verdades ofenden», pero me agarraron por detrás antes de volver a la carga. En aquel momento me hubiese dado igual arramblar contra todos.

-¡Rosales! -Jaime me tenía sujeto de los hombros y a duras penas me mantenía en el sitio-. Así no ayudas.

Tenía razón, aunque había ciertas cosas que no se podían dejar pasar o te tomaban por el pito del

sereno.

Jaime no tenía ni idea de qué es lo que había detrás de aquella pelea y por eso parecía más asombrado que nadie. El resto, sin embargo, me daba palmadas en el hombro mientras uno de los amiguetes del capullo chismoso le daba tortas en la cara para reanimarle. Conociéndoles, acabarían por denunciarme. Que lo hicieran; iban a ver de qué pasta estaba yo hecho.

Cuando el bocazas empezó a gruñir volví a sentir unas horribles ganas de darle otro puñetazo así que Jaime terminó por llevarme a su despacho para calmarme y empezar el interrogatorio.

-Voy a traerte un vaso de agua -dijo devolviéndome el móvil. Al cerrar la puerta, los gritos y amenazas se convirtieron en murmullos lejanos.

Me obligué a respirar más pausadamente e intenté bloquear los insultos que todavía llegaban a mis oídos mientras mandaba el maldito mensaje a Nora. Los dos minutos que Jaime tardó en volver me vinieron de miedo para volver a ser el Rosales pacífico que todos conocían.

-Vas a tener que explicarme a qué ha venido todo esto -me dijo al entrar otra vez por la puerta con un par de botellas de agua en la mano.

-Nada que sea de interés.

Bebí casi de golpe todo el contenido de la botella.

-Rosales, no me refiero a que hayas empujado a un bocazas gallito sino a lo que te ha hecho saltar. Si tiene que ver con la caza ilegal es de interés y lo sabes.

Volví a tener toda razón, pero estábamos hablando de un asunto que llevaba más de treinta años enterrado y era además un tema familiar.

-En Sierra Negra nadie se olvida de nada y a la primera de cambio te lo recuerdan como si hubiese pasado ayer -transigí.

Jaime se apoyó sobre su mesa y cruzó las manos esperando a que continuase.

El de la Benemérita me caía bien, pero tampoco nos conocíamos tanto como para contar ciertas cosas. Cosas, que no me tocaba a mí decir, por cierto. Trabajábamos codo con codo, él en el Seprona y yo como guarda, pero era una relación puramente profesional. Realmente no éramos amigos. Si él se enteraba por otros no tendría problemas en hacer algunas aclaraciones. Hasta entonces, no pensaba comentar con extraños asuntos que solo concernían a la familia.

-Siento haber saltado a la yugular, pero te aseguro que no hay nada que contar. Lo que pasó hace un montón de tiempo no es nada que afecte el aquí y ahora. No en este caso.

Jaime no parecía en absoluto convencido, aunque dejó de preguntar. Yo aproveché entonces la ocasión para desaparecer de su vista no fuese a cambiar de opinión.

-Debo irme.

-Será lo mejor -dijo recostándose en su asiento-. Ahora mismo me pondré en marcha para hablar con tu gente; mañana supongo que tendréis un montón de trabajo.

Sopesé por un momento el acercarme de nuevo al Centro de Interpretación, pero mi jefa ya había mandado los mensajes pertinentes y nos había reunido a todos a primera hora de la mañana siguiente para empezar con un plan de actuación.

-Olvida lo que el viejo ha dicho y haz tu trabajo, Rosales. Es fácil perderse en detalles que ni van ni vienen con lo que verdaderamente importa.

En Sierra Negra nada se olvidaba, nada, y si te dejabas atrapar por los comentarios dejabas de tener tu propia vida para pasar a vivir la vida que otros construían para ti. Jaime no sería de por aquí, pero conocía bien nuestra dinámica social; muy parecida, realmente, a la de su lugar de procedencia.

Asentí con la cabeza, me levanté sin mirar y salí del cuartelillo con solo una cosa en la cabeza. Realmente la única cosa importante: tenía que preparar el primer encuentro amoroso de una

adorable señorita y ya podían los furtivos, los Viejos Verdes y los generales de la Benemérita irse al infierno.

Capítulo 3

A las 12:14 p.m. mandaba un escueto mensaje con dedos temblorosos.

Esther: Estoy sola.

Aquellas dos palabras expresaban mucho más que mi actual soledad en la casa; eran más bien una expresión de mi estado anímico. Recibí un mensaje de vuelta casi al instante.

Rosales: Cinco minutos.

Estaba muy nerviosa. Tanto que me había dado por pensar que además de ponerle en semejante compromiso, iba a resultar un desastre. Salvo unos cuantos besos y algún que otro magreo no tenía ni idea de lo que debía esperar. Patético si tenemos en cuenta que todas mis amigas, sin excepción, estaban ya de vuelta de sexolandia desde hacía tantos años que ya ni me molestaba en contar. Porque yo llevé la cuenta de cuándo y con quién cada una de ellas había dejado de ser virgen y al ver que quedaba atrás había decidido conscientemente olvidarme de fechas y nombres para no sentirme más humillada.

Como no podía hablar con nadie de aquello, seguí mi propia lógica en la preparación para aquel punto de inflexión de mi corta vida. Mis padres habían salido por la puerta a las nueve de la mañana, pero necesité algo de tiempo hasta adecentarme.

Me había bañado en agua muy caliente para abrir los poros de mi piel y eliminar toxinas que seguro que decían a gritos que salían de un cuerpo enfermo y olía como tal. Una vez terminado el *peeling* a base de frotarme con una manopla, procedí a depilar allá donde vi un pelo. Gracias a Dios por ser rubia y haber visitado a la esteticista la semana anterior. Apliqué después grandes cantidades de aceite de espliego por todo el cuerpo, dejé que la piel lo absorbiera y limpié el resto con una toalla limpia para no brillar bajo la lámpara. Sólo me quedaba rezar para que aquello fuese suficiente porque para cuando acabé estaba completamente agotada.

Haciendo recuento de lo poco que tenía que ofrecer, me deprimí aún más pensando que Rosales se lo pensaría dos veces. Yo lo haría.

Así que empecé a prepararme para poner cara de indiferencia en el momento que intentase hacerme entender lo surrealista de la situación. No iba a tener que hacer muchos esfuerzos, la verdad.

Lo patético es que estaba esperando de pie en el pasillo de entrada para abrir la puerta en el momento que llamase y ni siquiera tuvo que hacerlo, porque en cuanto oí sus pasos abrí sin dejarme ver y él se coló en silencio.

Me siguió hasta la cocina y le pedí que se sentara.

Dejó la bolsa de deporte que traía en el suelo y se dejó caer en la silla sin decir nada. Simplemente entrelazó las manos sobre la mesa y esperó paciente a que hiciese lo propio.

Rosales parecía tranquilo y serio, como casi siempre. Me miraba a los ojos y no se movía. Yo, sin embargo, no paraba de buscar una postura más cómoda, le observaba de reojo y no sabía qué hacer con las manos.

Fueron los dos minutos más histéricos de mi vida.

Rosales respiró hondo y yo lo tomé como una señal para que le mirase.

-¿Lo has reconsiderado? -preguntó.

-Verás, Rosales. Yo...

-Tranquila. -Me cogió entonces de las manos, como hiciera la vez anterior-. Lo entiendo perfectamente.

-¿El qué entiendes? -solté. Yo y mi boca.

Rosales me miró confundido.

-Que no quieras continuar.

-¿Por qué no? -Ese «no» me había salido demasiado brusco-. No, no me lo digas. No quiero oírlo aunque sea cierto. Es perfectamente comprensible que no estés por la labor.

-Pensaba más en ti, la verdad -dijo tranquilo-. Estoy aquí para lo que quieras o necesites. Por mí no hay problema, pero no termino de entender por qué yo. Esther, eres una mujer fascinante y sexi y podrías estar aquí sentada con quien te diera la gana. No es que me queje, pero yo no creo estar a la altura.

¿Estaba loco? Yo era la que tenía suerte en este... «intercambio». Un hombre atractivo, curtido, sano y con un cuerpo de revista estaba dispuesto a darme placer. A mí, a una virgen bocazas enclenque.

-Entonces..., no quieres -dije intentando sonar decidida. Era hora de poner en práctica la cara de indiferencia, pero no me salió.

Rosales se inclinó más hacia mí y le dio un pequeño tirón a mis manos para que le prestara atención. Con aquella mirada alguien podría leer almas.

-Quiero, claro que quiero. ¿Quieres tú?

En ese momento creo que se me ablandó algo por dentro y ya no estaba tan incómoda en aquella silla.

Asentí con la cabeza.

-Pero tendrás que llevar las riendas, Rosales. A parte de no tener idea de qué va todo esto, no me veo muy capaz de hacer acrobacias.

Rosales se echó a reír mientras me agarraba con fuerza.

-¿Algo más?

-No quiero que pienses que esto te ata a nada. Todo lo contrario -aseguré-. Estoy agradecida de que hayas siquiera sopesado mi proposición y más agradecida aún que quieras continuar, pero no pienses que te estoy pidiendo amor eterno o algo parecido.

-Entiendo.

Estaba muy serio y centrado en mí, así que aproveché para explicarle mi plan. Rosales probablemente acabaría por salir corriendo asqueado, pero no quería que se sintiese culpable por nada. Con solo estar ahí ya había hecho más que suficiente.

-Después de hoy no tendrás que pretender que te gusto ni nada.

-Esther...

-Déjame terminar. No estoy buscando novio y esto es solo sexo, así que mañana no tendremos por qué hablar de ello. De hecho, será mejor que directamente hagamos como que nada ha pasado.

Rosales me miraba de la boca a los ojos y de los ojos a la boca con los labios apretados. Obviamente había algo que no le gustaba en todo aquello.

-Rosales, no quiero que te sientas atado a mí.

No podíamos empezar nada y no porque no quisiera sino porque no podía. Además, conociéndole se sentiría obligado a tratarme como a una media novia o, pero aún, como a una hermana, simplemente porque habíamos intimidado. Honorable hasta el último pelo de esa frondosa mata negra que le cubría la cabeza.

Porque lo último que quería era tenerle cerca por pena y eso era precisamente lo que sentía por mí. Lo reconociese o no. Una mujer escuchimizada, sin pelo y con una enfermedad letal no era plato de buen gusto para nadie y menos para el secreto mejor guardado de Sierra Negra: Artemio Rosales.

Desde que pensase en él de otra manera me había dado de tortas pensando en cómo aquel

imponente espécimen había pasado desapercibido para el mundo. Mejor para mí, sinceramente.

El tímido y masculino Artemio.

Sin pensar, pasé los dedos sobre aquella cabellera y cerré el puño para sentir su vitalidad. Normalmente Rosales siempre tenía el pelo muy corto, pero por lo visto no había tenido tiempo de ir a la peluquería últimamente y yo lo agradecí porque me daba la oportunidad de disfrutar de aquel bosque.

Al peinar aquel pelo hacia atrás quedaba a la vista el pico que hacía en medio de la frente y que le daba un aire algo misterioso. Pero solo era una sensación. En cuanto posabas tus ojos en esa mirada honesta, aquel piquito te retaba a jugar con él en vez de replegar.

Cerró los ojos mientras yo exploraba y dejaba que su pelo me hiciese cosquillas en la palma de la mano.

-Está bien -dijo tras un agónico minuto-. No hablaremos de ello, pero pido algo a cambio. Una cita, dónde, cuándo y cómo yo quiera una vez que te cures.

«¿Ya está? ¿Tan fácil?». Asentí con la cabeza.

-Rosales...

-Chist. Es hora de dejar de hablar y empezar a disfrutar.

No me puse roja. Me puse púrpura.

Rosales extendió la mano y acarició mi mejilla.

-Estás preciosa cuando te entran las vergüenzas.

Agaché la cabeza porque no sabía dónde meterme.

-¿Tienes algún deseo en especial, alguna regla o límite que quieres que no cruce? -preguntó mientras levantaba con un dedo mi barbilla.

Ay Dios, que esto iba en serio y yo iba camino de convertirme en una bola de blandiblu.

-¿Confías en mí? -preguntó clavándome esa mirada honesta. En ese momento supe que estaba perdida; perdida en él.

-Sí. -Y era la pura verdad. La verdadera y oscura razón por la que le pedí meterse en ese lío.

-¿Algún «pero»?

-¡Yo que sé, Artemio!

En cuanto dije su nombre se tensó y me apretó la mano libre como si fuese a exprimirme.

-Perdona, Rosales.

-No... Llámame Artemio, lo prefiero.

Dije que sí con la cabeza y ya de paso me di una buena excusa para no mirarle a los ojos.

Él no picó. Me levantó la barbilla y volvió a preguntar.

-¿Te lo estás repensando? No me molestaría en absoluto. Todavía creo que es una idea demasiado impulsiva.

-Artemio. -Esta vez, si bien ensanchó la espalda, no pareció demasiado afectado al oír su nombre de pila-. Soy cabrera y, por tanto, impulsiva por naturaleza. Puedes buscarlo en el diccionario.

Conseguí que se riera y, por arte de magia, los nervios parecieron abandonar mi cuerpo.

-Vamos -dijo de repente-. Al menos podemos discutir más a gusto tumbados.

Agarrados de la mano nos levantamos de la mesa, salimos de la cocina y paré en seco cuando se dispuso a andar de camino a mi habitación de abajo.

-Ahí no. Ese lugar es la prolongación del hospital en esta casa. Subamos a la habitación de arriba.

Artemio se agachó para llevarse al hombro la bolsa que había traído y acto seguido me alzó en sus brazos subiendo las escaleras de dos en dos.

-¿Sería muy cursi si paso el umbral contigo en mis brazos?

Suspiré porque en aquel momento intuí que con Rosales no valían medias tintas. O todo o nada y yo le había empujado a que arramplara conmigo.

-Definitivamente -admití-, pero me da igual. Es más, si no te importa dar dos pasos más...

Y cruzamos el umbral como si acabáramos de venir de la iglesia. Sé que no era propio, también que era una mentira, pero aquel día sólo quería hacer sueños realidad y, por el momento, iban cumpliéndose uno a uno. Al menos en mi cabeza.

Me tumbó en la cama y él se tumbó conmigo, pero nada más. Estuvimos un rato sin decir nada, mirándonos a la cara. Ya sé que básicamente Rosales estaba ahí porque quería que él me ayudase a dar aquellos pasos, pero agradecí que no me apremiara. Todo parecía tan fácil en las películas y tan difícil en la realidad.

-¿Qué dirías a un juego? -preguntó mientras me agarraba de la cintura y me acercaba a él.

Abrí la boca para preguntar.

-Yo digo algo sobre mí y te quito una prenda de ropa -explicó-. Tú dices algo sobre ti y me quitas otra prenda. Para cuando acabemos desnudos probablemente no tengamos más secretos que contar habiendo matado dos pájaros de un tiro.

Nunca pensé que Artemio fuese a ser tan filosófico. Una vez sin ropa estaríamos desnudos en todo lo demás.

Poco a poco, ropa e intimidades salieron volando de aquella cama. Algunas me hicieron reír, otras me entristecieron y otras casi me hicieron replantearme todo aquello. Para cuando yacíamos desnudos sobre la colcha creo que conocía a Rosales mejor de lo que había conocido a cualquier otra persona.

-Ninguna otra mujer, me había hecho el honor de ser su primer amante -me susurró al oído.

Y para mi júbilo, con cuidado, me quitó la peluca.

Cerré los ojos porque me sentí verdaderamente expuesta. Ahora sí que estaba completamente desnuda.

Artemio no me consintió la vergüenza. Me levantó la barbilla y me miró directamente a los ojos.

-Eres preciosa -dijo mientras acariciaba mi cabeza.

Solté todo el aire de los pulmones y reprimí las ganas de salir corriendo.

-Bésame -exhalé.

Y acercó su boca al último lugar que habría podido imaginar: justo entre mis pechos. A partir de ahí empezó a moverse de forma errática. Entre besos me iba dando instrucciones. Algunas eran captadas por mis neuronas, la mayoría no.

Todo en mí palpitaba.

Besaba sitios en los que yo antes ni me había mirado al espejo, pero que respondían como si tuviesen vida propia dedicando especial atención a mis cicatrices. Lamía aquí y allí y luego soplaba. Milagrosamente, en vez de frío me provocaba más calor.

-Apaga el radiador, Artemio, o me voy a deshidratar.

Salió de la cama para hacer lo que le dije y entonces le vi entero como Dios le trajo al mundo. Empecé a ver estrellitas, puntos blancos que bailaban por la habitación. Malditas, porque no me dejaban enfocar en lo que realmente quería ver.

Se acercó a mí, pero no para volver a la cama sino para acercarme un vaso de agua a los labios.

-Bebe, te vendrá bien.

Menos mal que él me ayudó porque las manos me temblaban.

Lo bebí todo. Cuando apartó el vaso, unas gotas resbalaron por el cristal. Sin darle importancia, Artemio pasó un dedo por la superficie y se lo llevó a la boca después.

Sentí un escalofrío bajar por la columna y mis manos aterrizaron entre mis piernas tapando lo que mi libido quería enseñar.

Artemio se sentó en la cama a mi lado viendo cómo mi cuerpo y mi mente luchaban por llevarse el gato al agua, pero duró poco la indecisión.

-¿Crees que solo puedes sentir placer ahí abajo? Todo tu cuerpo es ahora mismo una linterna. Si te toco aquí...

Y casi salto de la cama al sentir unas uñas rozar mis pezones. La segunda reacción fue llevar las manos a mis pechos.

-No te muevas -mandó.

-¡¿Cómo que no me mueva?!

La sonrisa que me dedicó entonces terminó de convencerme de lo mucho que quería hacer esto con él. Solo con él.

-Si quieres, puedes dar buen uso a esos preciosos dedos tuyos -susurró.

-¿Puedo tocarte? -Pero yo ya estaba en faena haciendo una radiografía en 3D de los músculos de sus brazos.

Volvió esa sonrisa. Algo pícaro, algo candorosa.

Se volvió a tumbar a mi lado y me dejó explorar.

De los brazos pasé a su pecho y de su pecho a la cintura. Con cautela me perdí en su bello negro como el carbón que me guiaba hacia abajo. Paré y quise volver a preguntar, pero estaba como obnubilada.

-Sigue -siseó.

Le miré. Él tenía los ojos cerrados, la boca algo abierta y los brazos apretados al torso como si hiciese fuerza.

Por un momento no sabía qué era más interesante. Su cara o su hombría. Agarré aquella jungla de bello rizado y cerré la mano en un puño.

Volvió a sisear y echó la cabeza hacia atrás.

-Nadie se había entretenido ahí antes -le dijo al techo.

«Vaya».

Pero yo quería seguir palpando, estrujando. Y eso hice.

Con la otra mano.

Comencé a mover la muñeca sabiendo que lo estaba haciendo mal, aunque él no protestaba. Seguía con los brazos rígidos haciendo puños con las manos mientras yo disfrutaba mirando embobada aquel portento de la naturaleza hincharse bajo mi palma.

-Esther...

-Dime.

-Si sigues...

-Quiero seguir.

Estaba envalentonada. Nunca pensé, que en mi primera vez quisiera hacer aquello. Siempre me imaginé recibiendo y no dando, pero en aquel momento... en aquel instante quería hacerle perder el control.

Avivé el ritmo y él empezó a mover las caderas añadiendo efecto a mis movimientos. Y ese sonido, ese olor me invitó a seguir.

Los músculos del brazo comenzaron a protestar, pero no hice caso. Sudábamos a chorros y jadeábamos a la vez. Él por placer, yo por pura fascinación.

Volvió a arrojarse a mí y succionó uno de mis pechos mientras me ayudaba arrojando mi mano con la suya, acelerando lo inevitable.

Le gritó a mi pecho derramándose sobre mí a la vez que yo siseaba de gusto.

Tardamos un buen rato en volver a la realidad. Suspendidos en un limbo donde el tiempo no existía; levitando en mi cabeza mientras Artemio me acariciaba despacio acoplados el uno al otro como ventosas. Realmente no recuerdo cuándo me dormí.

Unas horas después me despertó el roce de sus manos; comenzaba a conocer su tacto. Aunque nuestras caderas estaban pegadas, mi espalda tocaba el aire. Una mano iba calentando mi piel de arriba a abajo haciendo dibujos con los dedos, contando vértebras, aterrizando en mis caderas y vuelta a empezar hacia arriba. Al llegar al cuello abrió la mano y comenzó a subir cubriendo mi cabeza mientras hacía círculos con la palma.

Yo me hacía la dormida porque aquel contacto era mucho más íntimo que nada de lo que habíamos compartido hasta entonces. Nadie me había tocado la calva hasta entonces, excepto yo y más para darme energías que por curiosidad.

-Te he traído algo de fruta.

Me giré y abrí un ojo justo a tiempo para ver cómo me llevaba un pedazo de melocotón a la boca. Al morder me di cuenta de lo bien que me sabía. Acostumbrada a la falta de ganas, que de repente un melocotón me devolviera el gusto era un placer casi afrodisíaco.

Me alimentó con una paciencia infinita. Comiendo él de vez en cuando y siempre pedazos que me había dado a probar primero. Cuando terminamos pasó las yemas pegajosas sobre mi piel lamiendo y besando por el camino. Tanto gusto me daba que solté el aire con un suspiro.

-¿Lo dejó? -susurró.

-No.

-Date la vuelta, preciosa.

Y yo ni chisté.

Pasó la lengua por la concavidad entre los tendones de mi nuca lo que me hizo echar hacia atrás las caderas rozando sin querer con una erección que mi pobre inexperiencia seguía encontrando gigantesca. Si en aquel fin de semana conseguía acumular la suficiente bravuconería, le pediría que me dejase examinarla con mucho más detenimiento.

Ajeno a mis elucubraciones, Artemio hacía con la boca los mismos garabatos que sus manos hacían sobre mi espalda. Bajó hasta la base de mi columna y paró un momento.

-No quiero dejar nada de ti sin catar. -Trazó un círculo justo donde mis glúteos se separaban-. Pero si me entretengo aquí -afianzó la última palabra resbalando unos milímetros la yema de un dedo justo por la abertura-, no voy a poder darte lo siguiente que tengo en mente.

Se apartó un momento a echar mano de la bolsa que había dejado al lado de la cama y sacó una tira de condones y un bote. Modesto no era, buena señal para mí. Dejó los condones en la cama y comenzó a abrir la tapa del tubo.

-¿Qué haces? -pregunté algo cabreada porque ahora parecía que todo se paraba de repente cuando hacía un segundo creía tocar las estrellas.

-Ir al grano, preciosa. Por si nadie te lo había dicho, los hombres tenemos a nuestro mejor amigo y a nuestro peor enemigo entre las piernas y hace lo que le da la gana sin permiso. Ahora mismo, me apremia a hacer espeleología.

«Romántico. Realmente romántico».

Me tumbó de espaldas en medio de la cama y se arrodilló justo a mi lado sobre el colchón. Artemio tenía las mejillas al rojo vivo y se pasaba la lengua por los labios algo hinchados. Vale, se estaba relamiendo de gusto y en vez de echarle fuera de mi casa por guarro, me sentí orgullosa de haber sido yo la que proporcionase el dulce.

«Esther, eres una salida».

Él siguió a lo suyo. Abrió el bote y extendió el contenido sobre la yema de los dedos. La habitación comenzó a oler a paraíso.

-Fresas. -Aspiré con gusto y me relajé sobre el colchón.

Sonrió mientras me miraba entre las piernas.

Las cerré por puro instinto de conservación y comencé a reír como una adolescente descerebrada. En realidad había visto más de mí que yo misma, pero la vergüenza pudo más.

Me respondió con una carcajada y comenzó a mover los dedos embadurnados de lubricante de fresa en el aire mientras hacía eses con las cejas. Quería cazarme.

-Solo me has dado el entrante y antes de pasar al plato fuerte me gustaría catar el postre. -Y le salió todo serio, como si comentásemos sobre tiempo. -¿Vas a dejarme ahora con las ganas?

«Ay, madre. Si sigue hablando así me va a dar un ataque antes de entrar en faena».

Y claro, yo le dejé mirar, pero la pícara en mí forzó mis muslos a ir despacio. Muy despacio. Y a cada centímetro los ojos de Artemio se iban abriendo más y más mientras la nuez de su garganta subía y bajaba al tragar.

Aquel movimiento me hipnotizó y ya no pude hacerme más la fuerte. Dejarse llevar era la única opción. Dejé que me cazase.

Justo entonces, sentí una gelatina fresca aliviarme precisamente donde más calor sentía y un dedo entró en mí con una facilidad que me resultó embarazosa. Eché hacia atrás la cabeza y cerré los ojos porque quería concentrarme en aquella sensación extraña. No era realmente placentera, pero tampoco era incómoda.

De fuera hacia dentro, siguiendo un ritmo que él imponía. ¡Me estaba untando!

-¿Es realmente necesario? -pregunté o jadeé, no estoy segura.

Mi cuerpo se electrizó de repente cuando hizo algo con los dedos.

-Sí, lo es -contestó con malicia.

Artemio volvió a inclinarse hacia a mí y sin parar de mover la mano comenzó otra vez a jugar con mi pecho. Aquello me hizo olvidar todo lo demás.

¿Un minuto, dos, media hora? No sé cuánto tiempo estuvo ahí devorándome viva; haciéndome arder aún más. Cuando sentí un vacío en mí, supe que no habría vuelta atrás. Porque lo que todo mi ser quería era que me llenase, como fuese, y rápido.

Lo hizo. ¡Cómo me alegré de que supiera dónde ir!

«Si esto lo hago con cualquier otro, habría sido un verdadero desastre». Artemio parecía tan seguro de sí mismo que allí, en aquella habitación, le habría dado cualquier cosa que me pidiese.

En trance vi como, arrodillado entre mis piernas, se ponía el condón y tres segundos después, casi tumbado sobre mí, me abría despacio.

La sensación extraña volvió de nuevo, pero esta vez tan cerca tenía su cara que todo lo demás perdió importancia.

Volví en vano a levantar la cabeza buscando sus labios. Me había besado en todas partes, todas menos ahí. Donde era quizá lo más natural. Supo como desviar mi atención porque de repente sentí que se abría paso, con determinación pero con cautela.

Sufrí entonces un tirón y al contraer los músculos paró.

-Déjame entrar, cabrera -dijo en un susurro.

-¡Pero no estás ya ahí?!

Chasqueó la lengua en un vano intento de aguantar la risa y dijo que no con la cabeza.

-No del todo.

-¿Va a dolerme?

Me miró como si acabásemos de conocernos. Como si no supiese quién era la mujer que estaba

acariciando. Tras un momento, bajó la cabeza y tocó su nariz a la mía mientras comenzaba a mover despacio las caderas.

-Pasará rápido, preciosa.

Tras unos cautelosos movimientos de cadera y un vaivén sosegado le creí. Mentiría si dijese que en aquel instante pensé que aquel frotamiento no era lo más gustoso que había sentido en mi vida, después de lo de antes, claro. Y él se dio cuenta. No sé cómo, pero me leyó el pensamiento.

-¿Lo ves? -Me miraba inquieto y como si le doliese algo.

Aquella gustosa sensación en la entrada de mi sexo estaba jugándole malas pasadas a mi cerebro y no le dejaba cavilar. Mi cuerpo pensó por mí y respondí empujando hacia arriba, pero en vez de más placer sentí una incomodísima quemazón.

Dejé caer la cabeza y cerré los ojos con fuerza para llevar con dignidad el momento. Paró de nuevo y un segundo después, Artemio me decía al oído:

-Juro que si pudiese, te lamía ahí dentro para aliviarte. -Y para dejármelo claro se llevó el lóbulo de mi oreja a la boca haciendo círculos con la lengua para luego introducirla en mi oído.

Y yo gemí al sentir cómo esas palabras me volvían gelatina y un calor espeso se esparcía por dentro a la vez que él, por fin, posaba sus labios sobre mi boca. Solo un segundo, una caricia y me hizo perder la cordura.

Temblé cuando comenzó de nuevo a moverse. La quemazón mutó un momento después en picazón que mutó un rato después en vibración. Y si lo de antes había sido gustoso lo de ahora era un huracán de placer que no sabía cómo controlar.

Abrí los ojos asustada y le encontré ahí, conmigo, sintiendo lo mismo, disfrutando cada segundo.

Y me beso. Me besó de verdad. Y mi boca abierta le recibió como agua en el desierto porque sin aquel beso nada hubiese tenido sentido.

Pero no pude entretenerme mucho con aquellos pensamientos románticos. Mis caderas empezaban a moverse erráticas porque no sabían cómo mantener dentro aquel volcán. Empecé a sentir descargas eléctricas que iban desde algún punto donde él tocaba a cada embestida hasta llegar a mis pezones.

«Placer. Verdadero placer».

Y Artemio prácticamente no me tocaba. Sentía su calor y la fricción ahí abajo pero él seguía lejos. Y sin embargo, no había estado tan cerca de alguien en mi vida.

Creo que empecé a lloriquear.

-Así es, preciosa. Sácalo todo.

La sensación era tan envolvente y rompedora que ni los gemidos apaciguaban nada. Quería que parase pero necesitaba más. ¿Cómo era eso posible? Le rodeé con los brazos acercándole más. Craso error.

Hasta ese momento, Artemio me había mantenido encajada apoyando el peso sobre las manos. Ahora, con cada empuje, el pelo de sus pectorales me rozaba los pezones y solo aumentaba más aquella angustia.

-No... sé... qué me pasa, ¡Artemio!

Y dejé de respirar entre espasmos de euforia.

-Dios, Esther.

Artemio me agarró de los hombros, se tensó como un arco llegando hasta unas profundidades que no estaba segura de tener antes de aquel encuentro y entre nubes pensé que era la imagen más genuina que la vida me había puesto delante.

Era pura felicidad y yo lo sentí como un bálsamo de satisfacción por haberle dado aquel momento.

-Toda tuya. -Y le apreté dentro haciendo que volviese a empujar mientras temblaba como una hoja.

A partir de ese momento, el fin de semana solo fue a mejor.

Capítulo 4

No pegué ojo aquel domingo.

Después de horas con ella, por mucho que me dijese al principio que aquello solo sería un encuentro sin aspiraciones, pensé al final que estaba tan afectada como lo estaba yo. Olvidé por un momento una gran verdad: de mí no se enamora nadie.

Una vez terminado el fin de semana, ella volvió a ser la Esther que había sido siempre y yo volví a casa con un agujero en el pecho y sin ganas de respirar.

Las dos noches más bonitas de mi vida y no iban a volver a repetirse.

Debía haberlo sabido, corrijo, lo supe desde el principio, pero pensé que o disfrutaba de lo que se me ofrecía o me arrepentiría el resto de mi vida. Dos días con ella debía servir para sentirme en paz en días venideros.

No.

Ni por asomo.

Tan bueno había sido, que ahora no me veía capaz de compararlo con nada hasta ese momento. Con Esther no fue sexo, fue otra cosa mucho más grande y compleja. ¿Y para qué? Para saber que existía y no podría tenerlo.

Todo, hasta los detalles más nimios quedarían impresos en mí para siempre.

Un beso, algo tan sencillo como un beso y me sentí a punto de atravesar la muralla china con solo un pico para abrirme camino.

¿Cómo es posible que algo tan mundano pudiese significar tanto? Conectar tus labios a la piel de alguien no es nada del otro mundo y, sin embargo, lo puede significar casi todo. Todo, si se le pone corazón.

Y ese era precisamente el problema. Esther me pidió corazón y eso nunca se lo había dado yo a nadie. Ni siquiera un poco.

Yo entendía de posturas, de rozamientos, de caricias certeras, de placer, de orgasmos encadenados, pero no sabía cómo desnudarme así ante nadie. Bueno, podía imaginar cómo hacerlo, lo que pasa es que nunca pensé tener que ponerme en esa situación.

En aquel momento pensé que estábamos haciendo trampa. Aquella petición era, como poco, romper con el acuerdo tácito de un encuentro rápido, un rascar la picazón del momento. Con un beso en la boca nos salíamos de lo establecido para entrar en terrenos inexplorados y eso no era por lo que yo estaba allí.

Y, nuevamente, Esther me exigió eso.

Me pidió que le enseñara a disfrutar de su cuerpo, pero ella buscaba encontrar el amor, aunque fuese de mentira. Eso que se le escapaba, eso de lo que todos hablaban, eso que tan bueno debía ser y no podía esperar a sentirlo antes de dejar este mundo. Tan dramática ella. Tan confundida. Tan desesperada.

Por otro lado era más que normal que me pidiera un beso, era lo único que había hecho con otros hombres. Besar, o más bien, juntar labios, mover lenguas. Besar era, para ella, lo que el sexo era para mí. Mecánica. Y el sexo era para ella, lo que un beso era para mí. Entrega.

Estábamos entonces en un cruce de caminos. O tirábamos por el placer o buscábamos aguas más profundas. ¿Sabríamos encontrar la superficie después?

Ahora ya era tarde porque esos oscuros ojos marrones suplicantes rompieron de golpe las barreras y no supe decir que no. La besé, mi primer beso. Y me entregué por completo sin saber que iba a terminar en medio de los cimientos de aquella muralla china, con el pico completamente

desgastado y sin alma con la que continuar porque la había quemado toda por el camino.

La conversación de después me hizo incluso caer más aún en aquel pozo de líquido extraño. Simplemente porque tuvimos una. Un toma y daca de ideas, de impresiones, de secretos y pecadillos y sin mirar el reloj.

Aunque mis pecadillos terminaron reduciéndose al pecado capital llamado Cuqui. Porque debía haber sabido que con un dejarlo caer y unas pruebas de sangre no habíamos zanjado el asunto.

Esther me preguntó y volvió a preguntar y siguió preguntando hasta que tuve que admitir que no conocía las respuestas. Lo que en principio fue sorpresa y mucho reparo, terminó transformándose en genuina e insistente curiosidad. Y claro, acabé por contarle mucho más de lo que quería y debía, pero con ella no tenía freno.

Y tras un respiro y otra sesión entre las sábanas, volvimos a charlar de esto y aquello e incluso me permití preguntarle cosas. Así sin más.

Porque vamos a ver, yo siempre fui parco en palabras. Después del sexo, como mucho, cruzaba dos frases, me vestía y ya. Y sin embargo, en aquellas escuetas treinta y seis horas había hablado más con ella que con el resto del mundo junto, durante toda mi vida.

Esther, todavía en medio de un éxtasis postorgásmico, me había rodeado con piernas y brazos y yo, idiota de mí, había empezado a hacer figuras con los dedos sobre la piel sedosa de su cabeza calva.

Porque claro. La Cabrera además de tener esa belleza etérea que te hacía ver doble si la mirabas a los ojos, tenía una cabeza perfecta que me recordaba a la de Nefertiti. Toda ella me recordaba a Nefertiti y no sabía porqué.

El caso es que en medio de caricias e intentando volver a enfocar la vista va y me pregunta:

-Artemio, ¿por qué la gente hace promesas que nunca cumple?

Paré de acariciarla simplemente porque volvía a estar en una situación completamente nueva para mí. La quinta, la sexta, qué se yo.

-Mejor aún -siguió como si nada-, ¿por qué la gente se olvida de las promesas hechas? ¿Tantas hacen que pierden la cuenta?

Seguí en silencio. La tristeza en aquellas palabras me ablandó el pecho y, de ser un llorica, habría soltado alguna lágrima.

-No lo sé -había dicho por fin.

Ella estuvo en silencio pasando la mano por el vello de mi pecho, como si hurgando y tirando, por cierto, fuese a encontrar las respuestas. E hice entonces lo más inexplicable de todo. Pregunté.

-¿Qué te tiene tan cabreada?

Levantó la cabeza para mirarme pensando que a mí iba a engañarme pretendiendo que algo no la llevaba los demonios.

Yo, si algo había hecho en la vida era observar. Mirar en derredor, no participar y dejar que las acciones hablaran por sí solas.

Esther además me había ocupado muchas horas de aquellas observaciones. No por nada, pero era de las pocas mujeres jóvenes que quedaban en el pueblo. No se me podía acusar de tener ojos. Y claro, aquella sonrisa que todo lo llenaba tampoco ayudaba a un pobre pueblerino como yo que además sólo veía árboles y animales salvajes todo el santo día.

Esther tenía una especial habilidad no sólo para meter la pata de palabra en cuanto se sentía bajo presión; también era incapaz de controlar esas miradas que decían la verdad de lo que pasaba por su cabeza.

Jugar al mus, o al tute, o a los dados con ella era una pérdida de tiempo. En cuanto tenía una buena mano parpadeaba tan rápido que seguro que lo veía todo en diapositivas.

Ahora no parpadeaba. Me miraba impasible, ergo, tenía un cabreo de los buenos. No conmigo, menos mal.

Respiró por la nariz y volvió a apoyar la cabeza en el hueco de mi hombro no sin tirar otra vez del bello del pecho.

-Mi madre ha vendido la casilla de las cabras -le dijo a mi sobaco.

Cerré como pude el brazo porque si seguía hablándole a mi axila no iba a enterarme de nada o, peor aún, acabaría con una intoxicación importante teniendo en cuenta que llevábamos todo el día dale que te pego.

Volvió a mirarme como si aquella afirmación fuera suficiente.

-¿Qué casilla? -Otra cosa no, pero casillas en Santo Domingo...

Volvió a tirarme del pelo y tuve que apartarle la mano porque ya me veía con calvas. Nota para futuras ocasiones: el sexo no la hacía más gatita, la convertía en leona.

Porque en aquel momento tenía la estúpida impresión de que habría futuras ocasiones.

-La de ahí abajo -dijo señalando a una dirección inconcreta a su espalda-. La casilla de las cabras de la calleja. Nunca se puso sobre papel, pero con mi hermano en Madrid siempre se asumió que yo acabaría heredándola. Al menos ha quedado en la familia. Me siento traicionada, Artemio. En el fondo, mi madre o me ve como una carga y por eso está haciendo caja para el futuro, o simplemente no ve que yo vaya a hacer nada con el inmueble. ¿Y sabes una cosa? Tenía planes para ese sitio.

»Cuando vi que no me iban a renovar en el hotel, pensé que podría abrir mi propio negocio y mi hermano no tenía ningún interés en aquel cuchitril oscuro y apestoso. Además, como tiene hijos, mis padres asumen que la casa será para él, más aún sabiendo que yo ando como ando.

»¿Por qué no ha podido esperar? ¿Qué falta le hacían las cuatro perras que dice que ha conseguido sacar? ¿Tan poca fe tiene en que yo pueda hacer algo con ello? No contestes. Sé perfectamente la fe que tienen todos, ninguna. Por mucho que me sonrían solo veo pena.

Le estaban arrebatando todo. Poco a poco, sin que nadie tuviese culpa, sin que pudiesen aparecer dedos acusadores; Esther estaba siendo arrancada de todo lo importante para ella. Su pasado, su presente, su futuro.

En ese momento realmente me lo creí. Esther se veía morir, creía firmemente en un destino corto y negro y yo tampoco podía hacer nada para cambiarlo. Y me dio mucha rabia. Pena y rabia.

Después de esos dos días seguía enfadado porque tampoco se me olvidaba que si me había pedido aquel «favor», era porque sabía que el bueno de Rosales jamás diría que no. Primero, porque a mí todo del mundo me tomaba por el pito del sereno y segundo, porque yo también olían a desesperación en cada poro de la piel. Estaba sumida en una cuenta atrás y encontró en mí, sin buscarlo, al más fácil de convencer.

No, no se me olvidaba que Esther había encontrado al perfecto panoli que por hache o por be iba a decir que sí sin plantar batalla, sin poner límites personales en aquel encuentro, sin consentir ser tratado como un medio para que otro encontrara un fin.

Pero daba igual. Además, ella no tomó nada que yo no le diera gustoso. Estaba echando culpas fuera, cuando era yo el que se había hecho castillos en la arena.

No sé quién estaba más desesperado en alcanzar el clímax después de aquella conversación. Parte del cuidado con el que la traté en nuestra primera vez se había transformado en desesperación. Como resultado, acabé teniendo el mejor sexo de mi vida y el más terrorífico.

Real como la vida misma. Vaya ironía.

Nos despedimos con frialdad. En algún momento, entre sus expediciones sobre mi cuerpo y el desayuno del domingo, algo cambió en ella. Dejó de disfrutar para empezar a memorizar llevando

a aquella cama una determinación que no era natural. Se forzó a querer pasar por casi todas las bases sin que yo tuviese ya nada que ver con aquello y yo entendí que era eso precisamente por lo que estábamos allí.

Para dejarlo todo claro lo último que salió de sus labios fue un:

-He pasado un fin de semana de película, Artemio. Muchísimas gracias. Espero no ponerme roja cuando te vea por la calle. Me recordaré que esto ha sido algo casual. Es mejor que quede entre nosotros.

Y rió para quitarle hierro a asunto. Y además del hierro, le quitó toda la sal y la pimienta a aquel fin de semana inolvidable.

La dejé, como el panoli que era, sin rechistar. El eterno amigo; el pagafantas oficial.

Antes de saber exactamente qué era lo que mi cerebro intentaba decir estaba borrando un número de teléfono de mi móvil.

«Bien Rosales, ahora sí que estás vacío. Vete acostumbrándote».

Capítulo 5

«¡Desflorada!», habían dicho en la telenovela, Tanto me reí que mis padres no supieron cómo reaccionar. Reír a mandíbula batiente no era una actividad que practicásemos mucho en mi familia.

«Desflorada», me repetía una y otra vez entre carcajadas.

Vaya palabra y qué bien sonaba en mi cabeza. Así era como también una vez llamó mi abuela a lo que mi abuelo le «obligó» a hacer en su noche de bodas. A trompicones, según ella, a la carrera, según reconoció en una de esas reuniones donde el pacharán se acababa como por arte de magia. Pues bien, dos generaciones después, era lo que yo le había instigado a hacer a mi..., difícil ponerle nombre, ¡y sin amor! Ja. Y sí, me sentía fatal por ello y sí, lo había disfrutado como un una loca. Por fin me parecía en algo a Carlota.

Mi consuelo residía en la cara de satisfacción que Artemio tenía el domingo después de desayunar. Fotocopia de la mía, seguro.

Semanas después y revivía segundo a segundo aquel encuentro. No, más bien, todo lo que pasaba a mi alrededor me recordaba a aquel fin de semana.

Con una sonrisa más inocente que la mía antes del «desfloramiento» y un porte que ya lo quisiera el macho cabrío, me subió el desayuno a la cama y jugamos con la comida como último precalentamiento antes del sexo con fuegos artificiales con el que despedimos el fin de semana.

Porque claro, yo no lo vi venir, pero le había cogido gusto con verdadera facilidad a eso de sentir placer por todas partes. Dentro y fuera, arriba y abajo, izquierda y derecha. Especialmente detrás de las rodillas. ¿Quién se lo habría imaginado? Una caricia ahí y me hacía agua.

Suspiré y nadie se enteró en aquella cocina porque coincidió con una de esas escenas vergonzantes de la telenovela del momento en las que la mala grita y escupe maldad mientras los televidentes aguantan la respiración no sea que después de trescientos capítulos por fin se acerque el desenlace final.

Y yo como una moto.

-Voy a mi habitación -dije incapaz de soportar por un momento más.

-¿Te encuentras bien? -preguntó mi madre sin separar la mirada de la pantalla.

-Perfectamente.

Y, por una vez, era cierto.

Mi padre arrugó la frente y me dejó pasar. Subí a la habitación y empecé a hacer planes.

Mi móvil comenzó a sonar. Era Carlota.

Carlota: ¿Café en El Tonel?

¿Por qué no?

Yo: Vale, ¿cuándo?

Tres minutos después no había recibido respuesta. Empecé a preocuparme.

Yo: ¿Sigues ahí?

Carlota: Perdona. Salía del shock y los dedos no respondían.

Yo: ¿Shock?

Carlota: Has dicho que sí

Carlota: Aclaro. Has dicho que SÍ sin que me hicieras arrodillar llorosa pidiendo que salieras de casa

Yo: Hace un buen día

Carlota: Tú estás rara

Suspiré.

Volví a suspirar.

Yo: *Tú y tus teorías*

Carlota: Pasamos a recogerte en media hora

Y va y me manda una línea entera de emojis con cara de suspicacia.

Veinte minutos después aparecían Patricia, Carlota y Laura a la puerta de mi casa. La primera con cara de pena, la segunda con cara de «cuidadín, cuidadín», la tercera como si la vida no fuese con ella.

Que las cuatro fuésemos amigas era uno de esos milagros inexplicables. El caso es que éramos inseparables y lo probaban años de aguantarnos porque sí y eternos fines de semana de apoyo incondicional.

Algunos nos llamaban las cuatro mosqueteras aunque no era exactamente el caso. Discutíamos más que hablábamos y era difícil mantener el equilibrio con personalidades tan dispares. Por eso nos aferrábamos a lo básico para salir adelante y no sacarnos los ojos con las uñas: el cotilleo.

-Necesito fuel, chicas.

-Te va a encantar -aseguró Laura moviendo la cabeza y haciendo que su rizos salieran despedidos como muelles en todas las direcciones.

Froté las manos y esperé expectante.

-Han visto a tu prima Mayra y a Trini llorar a moco tendido en la sala de espera del cuartelillo de la Guardia Civil en Corneja del Valle.

No precisamente lo que esperaba.

Mi prima Mayra había sido una sorpresa agridulce para mí. Estaba muy resentida con ella por haber comprado la casilla de mi madre. Bueno, La Cuadra era como se llamaba ahora. Pero al mismo tiempo mi prima había resultado ser una nueva luz en mi vida. Nunca juzgó, nunca preguntó, nunca asumió. Pasábamos el rato casi sin hablar sentadas en su cocina sin hacer nada y al volver a casa sentía que el angustioso peso sobre mis hombros desaparecía. Durante un par de horas me sentía mujer, amiga, prima, cotilla, lo que fuese, pero nunca enferma.

Además, la casita era preciosa. Parecida a la un cuento de hadas. Sin muchos muebles pero con todo lo necesario y ella estaba tan contenta que era imposible no sentirse bien por lo que había conseguido hacer allí.

Sí, mi prima Mayra había sido una agradabilísima sorpresa y no tenía intención de seguir a la defensiva por algo que había hecho mi madre, después de todo. Mayra había quedado disculpada por comprar algo que había considerado mío tiempo atrás.

-¿Y por qué estaban allí? -preguntó Patricia después de sorber del café. Andrés preparaba el café con agua hirviendo y como no tuvieses cuidado, acababas por quemarte la garganta. Así que todo terminábamos por sorberlo como si catásemos en vez de beber. Eso, o esperar una hora hasta hacerlo bebible.

-Aquí viene lo interesante -dijo Carlota-. Nadie suelta prenda. Dicen que Rosales acercó a Mayra al cuartelillo después de pasar un rato con Carmen en la Tasca. Allí se encontró por casualidad con Trini.

«¿Rosales? ¿Qué tiene mi prima que hacer con Rosales?».

-Sigue. -Debí sonar muy mandona porque mis tres amigas levantaron a la vez la cabeza con cara de sorpresa. Yo ni me inmuté. ¿Qué cojopios tenían Rosales y Mayra que hacer en el cuartelillo?

-Por lo visto, Trini ha pillado a su novio otra vez con las manos en su cuenta bancaria.

Comencé a repiquetear los dedos sobre la mesa en un vano esfuerzo por no saltar a la yugular.

-Cuando Rosales y Mayra llegaron...

«Enfoca y no pares ahora».

Las tres giraron otra vez la cabeza en mi dirección.

-No seas tan impaciente, doña prisas -dijo Patricia al borde de la risa.

Las miré confundida, ¿quién había dicho nada?

Patricia esta vez soltó la carcajada. Para ser tan buena cristiana, a veces mi amiga se regodeaba demasiado en las miserias de los demás. Ya le recordaría luego que fuese a confesarse por ello; al fin y al cabo se pasaba más tiempo en la iglesia que en su propia casa.

Carlota le dio un sorbito al café y yo casi que le di un manotazo a la taza. Esta vez me aseguré de no pensar nada no fuese a soltarlo sin darme cuenta. Estaban jugando con mi paciencia, esas tres.

«Rosales no es nada tuyo. Lo dejaste bien claro cuando le despediste aquel domingo. Tú no querías atarle a ti y ahora vuela libre. Contrólate porque si no has vuelto a verle es porque querías aire. Pues bien, ahora tienes un ventilador gigante de por medio».

-Ve al grano, Carlota. ¿Qué sabes? -insté.

¿Estaba celosa? Imposible.

-¡Agua caliente! -gritó Andrés desde la barra.

Levanté la cabeza, pero no hice nada por ir a por ella. Estábamos en un momento álgido y no iba a perder ripio.

-Te la acerco, entonces -gruñó nuestro tabernero.

Le agradecí el esfuerzo levantando la mano sin dejar de mirar a Carlota.

-Algo debió pasar el otro día durante la caminata que hicimos al refugio porque Mayra se perdió.

-Mi amiga enfatizó la última palabra haciendo las comillas con los dedos.

Arrugamos la frente y ella nos miró como si fuésemos idiotas.

-Mayra nunca se pierde. Se conoce el monte como la palma de la mano -nos aclaró. Ni idea que mi prima conociese más allá de la calleja.

-¿A sí? -preguntó Patricia algo sorprendida.

Carlota asintió con la cabeza y arrugó la frente moviendo la nariz como si algo oliese mal.

-¿Es Manolo Escobar eso que suena?

-Es viernes -dijo Patricia con su mejor cara de penitente-. Y hoy le toca a la tía Ernestina. Nunca viene al bar mas que para jorobar los viernes. Todavía no sabemos quién decidió ponerla en la lista.

Todos los mayores de cincuenta y ocho movían la cabeza y alguno se animaba a tararear las melodías.

Los viernes los clientes elegían la música. Unas veces con más acierto que otras.

-Pues al personal parece gustarle -afirmé algo sorprendida.

-El personal no vive con mi madre. La cual decide poner a Manolo Escobar cada tres semanas. Toda la discografía.

Una familia tan musical tenía que tener sus pegas.

-Pues regálale algo más moderno con un toque retro -aportó Laura.

Volvíamos a desviarnos del tema realmente importante.

-¿Como qué? -suplicó Patricia.

Vale, definitivamente nos habíamos perdido.

-¿Que tal Michael Bublé? Derrite a mayores y no tan mayores -aseguró Laura.

-No sé, no sé.

-Mejor que Manolo Escobar... Aunque cuando os pone a Perú bien que bailáis todos. Incluido Pedro. -Laura era de las que no olvidaba.

Patricia tenía cuatro hermanos. Pedro no solo era el más mayor en edad, era el más grande con

diferencia. Dos metros de músculo. Era difícil imaginarlo, pero en la pista de baile hasta se desenvolvía con gracia. Yo me decantaba más por su hermano Pablo. Bueno, solía.

-¡Y bien que te gusta mirar! -Carlota tampoco olvidaba.

Laura se puso roja y fue a replicar. Menos mal que Patricia volvió a pedir paz antes de volver a irnos de madre. Quise besarla allí mismo.

-Volvamos al tema que nos ocupa. Qué hacía Mayra «perdida» en medio del monte.

Carlota movió la cabeza y continuó con el cotilleo. «Gracias, gracias y mil veces gracias».

-Cuando apareció con Carlos dos horas después de que todos los demás llegásemos al refugio, estaba pálida como una vela y no comió en todo el día.

-Es cierto -aseguró Laura-. Y cuando Rosales se unió a la fiesta se pasó el resto de la noche cabeza con cabeza pegado a Carlos como si estuviesen conspirando.

Aquello era rarísimo.

-Me huelo algo -aseguró Carlota.

En aquel momento el cotilleo dejó de ser frívolo para convertirse en algo más. Carlota tenía un séptimo sentido. Intuía las cosas antes de que sucediesen y era capaz de radiografiar a la gente con solo observar o tras cinco minutos de conversación. Si decía que algo se cocía era porque seguramente fuese así. ¿Pero qué?

-Hace un par de semanas -susurró acercándose más a la mesa-, vi en Abrevadero a un montón de gente juntarse a las afueras. Justo donde se hace el tiro al plato. Estaban celebrando algo pero, ¿quién se junta en Abrevadero? Ahí ya solo viven cuatro viejos.

Y así, volvíamos a cambiar de conversación y yo sin saber lo que Mayra y Rosales tramaban. De haber tenido algo más de vitalidad juro que habría estrangulado a Carlota allí mismo.

-Por eso será que decidieron hacer allí una comilona. Nadie les molestaría -dijo Laura tranquilamente.

-El tiro al plato se celebra a las afueras de Abrevadero porque no hay ni un árbol y mucho viento gélido. Un prado detrás de otro separados por muros de piedra de medio metro. Ni los del pueblo se juntan allí. Aunque estaban justo en el camino que va al robledal.

El robledal era otro tema peliagudo para Carlota. Todos aseguraban que la madera que se cortaba era menor que la que se plantaba; mi amiga decía que cada vez había menos árboles y que, en cinco años, ni quedarían robles allá. Por eso iba cada dos por tres a dar paseos y ya de paso asegurarse de que nada cambiaba.

En cuanto alguien, incluidos los del pueblo de Abrevadero, se acercaba a esos árboles, Carlota empezaba a ver conspiraciones y talas ilegales de árboles milenarios.

-Estarían jugando al fútbol -pensó en alto Patricia y todas asentimos porque a veces se hacían campeonatos allí. Había suficiente espacio y uno de los huertos en particular estaba nivelado. Algo realmente milagroso por estos lares.

-Será eso -enfaticó Laura.

Miramos todas a Carlota entonces porque daba igual lo que la lógica dijese; los impulsos de nuestra amiga eran mucho más de fiar. Así que allí esperamos mirándola como idiotas.

-Eso será -terminó diciendo.

Y respiramos entonces tranquilas enfocando de nuevo en nuestras bebidas humeantes. Hoy no habría malos que cazar entre los bosques y yo podría por fin saber qué demonios pasó en aquel cuartelillo entre Mayra y Rosales.

¡Hombre ya!

-Eso no explica, sin embargo, lo que hacían Mayra y Rosales con la Guardia Civil -dejé caer al cabo de un rato.

-No -dijo Carlota-, y Trini tampoco sabe qué hacían allí. Solo recuerda llorar a moco tendido por culpa del cabrón ese.

-¡Carlota! -grito Patricia dándole en el brazo.

-El malnovio -corrigió Carlota lanzando dagas por los ojos-. Por culpa del malnovio; el cual ha vuelto a desplumarla y dejarla tirada en la cuneta.

Otra vez nos volvíamos a desviar. Solté el aire y me rendí a la evidencia: enfocar más de dos segundos nos resultaba imposible. Además, la buena de Trini se merecía todo nuestro apoyo. Aquí todo el mundo la quería. Era una de esas personas que, de no ser porque había nacido en Corneja del Valle, habría sido proclamada hija del pueblo.

-Perdona, Patricia, pero ese tío es un cabrón. Con mayúsculas -dijo Laura moviendo la cabeza con pena-. Y ella siempre le perdona, como si fuese a cambiarle. Me alegra que esta vez haya denunciado.

Carlota no se molestó en reprimir un gruñido. Mi amiga sospechaba sistemáticamente de los hombres y el novio de Trini era prueba viva de que, en muchos casos, era mejor seguir sospechando.

Patricia suspiró y no dijo nada ya que no había nada que decir. Alberto, el ojalá ex-novio de Trini, era un mal bicho y eso lo sabía todo el mundo.

-Al menos Mayra estuvo allí con ella -siguió Carlota-. Trini jura que si no es por vuestra prima, habría sufrido una ataque allí esperando a prestar declaración. Así que Trini poco tenía que contarme cuando le pregunté sobre lo que llevó a Mayra hablar con la Guardia Civil. Lo único que atinó a recordar es que debía ser algo serio porque Mayra no parecía estarse quieta y en cuanto Rosales salió de uno de los despachos la sacó de allí volando después de asegurarse de que Trini no se venía a abajo.

Y otra vez tuve que admitir que la pequeñísima Mayra me caía fenomenal, fuese lo que fuese que tuviera con Rosales.

Me dije que si mi prima necesitaba ir a hablar con las autoridades, mejor sería que estuviese cerca por si me necesitaba. Seguramente fue lo que pasó con el bueno de mi Rosales. Él tenía coche, ella no y necesitaba que alguien la acercarse. Simple.

Yo habría hecho lo mismo. En fin.

Capítulo 6

-Aquí no hay nada, Rosales -resopló Jaime.

Sábado después de la cena, ¿y qué hacía yo? Andar a oscuras por la sierra siguiendo un chivatazo.

Al menos no estaba solo. Esa noche éramos dos los idiotas que habíamos tenido la gran idea de pillar por sorpresa a los malos. Nosotros y el perro, claro.

-¿Y de qué clase de chivatazo estamos hablando? -pregunté después de más de tres horas patrullando.

-De los que hay que hacer caso. De esos que están tan bien planeados que huelen.

-No hablo policíaco así que como no te expliques...

-El otro día apareció debajo de la puerta un sobre con información sobre una cacería. Lo suficientemente explícito para saber que hablaba de los furtivos que estamos buscando. Con algo de información confidencial que no debería conocer ningún civil, pero también lo suficientemente impreciso como para no implicar a nadie. Además, habían tenido especial cuidado en no dejar huellas. En estos momentos estamos investigando el sobre y la carta.

-¿No deberías callarte esas cosas? Soy civil.

-¿No te lo había dicho? Desde hoy además eres parte de la investigación también. Mañana te pasas por mi oficina para firmar unos papeles. Pero primero pásate por el trabajo porque creo que tu jefa tendrá algo importante que decirte. Actúa como si yo no hubiese dicho nada.

Paré de golpe y una rama crujió a mis pies. Acababa de gritar a los cuatro vientos dónde estábamos. Buena forma de empezar una investigación.

Investigación de la que yo era parte. Sonaba bien.

-Nunca había participado en ninguna investigación antes -admití intentando no parecer demasiado ansioso.

-Llevas tiempo suficiente trabajando como guarda y creo sinceramente que hacemos un buen equipo así que, ¿por qué no? Tu predecesor nos ayudó mucho en el pasado.

-No tenía ni idea...

El viejo Ramiro había sido guarda toda su vida. Se había jubilado hacía unos años porque le obligaron; de haberle dejado, habría trabajado hasta sus últimos días. Lo triste es que casi fue así. Fue dejar de trabajar y sufrir un infarto siete meses después.

Trabajé con él varios años y aprendí más del viejo guarda que de ningún libro o experiencia con otros colegas. Ramiro era un señor callado, constante, con la cabeza sobre los hombros y una humildad que te hacía replantearte muchas cosas sobre ti mismo.

En el fondo era completamente lógico que si había colaborado con la Guardia Civil, nadie tuviera por qué haberlo sabido. Él nunca habría abierto la boca.

Sí, pensándolo bien, Ramiro era perfecto para el trabajo.

-Gracias por la oportunidad -dije sintiéndome de repente halagado. Ayudar en investigaciones era parte de nuestro trabajo, aún así agradecía la confianza. Al fin y al cabo no era el más veterano entre mis colegas.

-No hay de qué, Rosales. Deberíamos cambiar de posición; estamos dando vueltas como idiotas.

Volvimos al coche, tachamos de la lista el lugar en el que habíamos perdido el tiempo la última hora y seguimos el camino hasta el siguiente.

Seguro que ahora mismo los furtivos estaban echando la partida en algún bar sabiendo perfectamente que estábamos allí al acecho. Íbamos por turnos, cubriendo todos los días de la

semana aunque esa era la última vez que lo intentaríamos durante el fin de semana. En cuanto se acercaba el buen tiempo había cada vez más excursionistas en la sierra y era más complicado cazar sin ser vistos.

Además, parecía que sabían perfectamente dónde estábamos y cuándo.

Para colmo, los restos que Mayra había encontrado mientras caminaba por la sierra indicaban además que no le tenían miedo a nada. Era poco menos que reírse en nuestra cara. O al menos, nos lo habíamos tomado todos así.

Que alguien de Madrid que venía de ciento en viento a Sierra Negra encontrara justo al lado del camino una fosa común como aquella, venía a decir un claro «si es un perro, os muerde». Alguno, cuando se enteró del triste hallazgo, comentó en alto que nos estaban tomando el pelo. Y así era.

En una excursión, la pequeña saltamontes había encontrado veinte cabras muertas medio despellejadas y mal enterradas en una claro prácticamente al lado del camino. La mitad eran machos y de cierta envergadura, lo que indicaba que iban a hacer el agosto en el mercado negro.

Que hubiesen dejado los cadáveres casi a la vista y justo por donde todo el mundo pasaba era restregarnos a la cara lo mal que teníamos controlada la sierra, y para nuestro escarnio, en parte era cierto.

No solo no éramos cada vez menos guardas sino que ahora empezábamos a ser poco menos que itinerantes. Cada dos por tres venía alguien nuevo para desaparecer a los tres meses porque en algún otro parque necesitaban gente con urgencia. Prácticamente nadie era fijo y si queríamos hacer bien nuestro trabajo debíamos hacerlo en nuestro tiempo libre, como aquella noche.

Jaime, también estaba aquella noche allí por amor al arte. Se había tomado el asunto como una afrenta personal y dedicaba las veinticuatro horas del día al caso. De encontrar algo o alguien deberíamos llamar inmediatamente a la patrulla que estuviese de guardia para que otros hiciesen los honores, pero a Jaime le daba igual. Era bueno en su trabajo y no se echaba flores. Si conseguíamos cazar a los furtivos, dormiríamos todos mejor por la noche.

Los que más nos preocupaban en estos momentos además de los malos, se entiende, eran los guardas informales, es decir, civiles que por *hobby* se pateaban la sierra jugando a ser detectives. En nuestro caso, los Viejos Verdes. Trifulcas a parte, había que reconocer que nos ayudaban. Tenían casi mejor equipación que nosotros e igual de determinación. A veces asustaba lo bien preparados que estaban algunos. En muchísimas ocasiones nos dificultaban la tarea, aunque también es verdad que rellenaban huecos donde las instituciones se veían desbordadas.

Jamás lo admitiríamos y menos aún les daríamos pie, pero era reconfortante saber que había gente que dedicaba tiempo, dinero y esfuerzos en cuidar de su entorno. Si no fuese por lo abrasivos que eran, tendrían a toda la población en bloque apoyándoles.

Lo que estos informales ayudantes no sabían, era donde teníamos las cámaras de observación instaladas. Habían descubierto algunas, pero la mayoría seguían estando fuera del radar.

Porque esa gente no se callaba. En cuanto entraban por la puerta del bar y bebían cuatro cañas cacareaban como gallinas dónde habían estado, lo que habían encontrado o lo que nos habían oído decir. Mantenerlos al margen dejándoles algo de maniobra no había sido fácil. Costó horas hacerles comprender que cuanto menos gente supiese de la caza ilegal, más oportunidades tendríamos de pillar a los responsables. Si bien, su ayuda era inestimable, a veces simplemente empeoraban más las cosas y eran impacientes. A eso había que sumarle el respeto que le tenían a ciertas regulaciones sobre lo que estaba permitido o no hacer en el monte. Ninguno.

La crisis tampoco ayudaba. Por mucho que todo el mundo estuviese en contra de la caza furtiva, las consideraciones éticas desaparecían en el momento que alguien que conocía a alguien conocido de alguien, te prometía doscientos euros por chivatazo.

Cualquier detalle sobre dónde íbamos a estar el día siguiente. Si nos tocaba o no guardia, si algún vehículo estaba en el garaje, *etc.* Todas esas cosas eran importantes a la hora de organizar batidas sin que nadie se entrometiese.

Para colmo, la pareja del Seprona no era de aquí. Jaime había nacido en Huesca y su compañero, David, era Mallorquín. Así era imposible que los lugareños soltaran prenda; era como chivarse de un hermano o algo parecido por unas míseras cabras que, si las dejabas, «poblaban el monte como una plaga». Antes que decirles nada a los del Seprona, preferían dar de buena gana un ingenio chivatazo a otros cazadores y ganarse un dinero por el camino.

Porque claro, aquí todo el mundo se las daba de gran cazador.

Así andaba el patio.

-Creo que estamos haciendo el panoli, Rosales.

-Si quieres lo dejamos y a ver que tal duermes.

Jaime no dijo nada pero soltó todo el aire por la nariz.

-Deberíamos tener al menos tres patrullas en las zonas que no cubren las cámaras. Así tendríamos verdaderas posibilidades. Con nuestra suerte, seguro que de pillar a alguien acaba siendo uno de los de la patrulla civil.

Jaime le tenía especial tirria a los susodichos patrulleros. Los que ayudaban porque obviamente nosotros no dábamos a basto y que le recordaban un día sí y otro también que el trabajo que hacíamos no llegaba a la altura. No era el caso, pero los resultados no eran todo lo buenos que deberían ser.

Porque nosotros terminábamos de currar a las ocho y media como muy tarde, justo cuando los malos se ponían en marcha. Nuestro horario era fijo y bien sabido, así que era imposible pescarles con las manos en la masa a no ser que lo hiciésemos fuera del horario de oficina. A costa de nuestro tiempo y dinero, claro.

Pero Jaime, al igual que yo, prefería intentarlo a la desesperada que sentirse un inútil viendo la televisión en casa sabiendo lo que se cocía fuera.

El cuento de nunca acabar, además. Si teníamos la suerte de cerrar el caso en las próximas semanas, otros furtivos aparecerían tarde o temprano para llevarse un trozo del pastel. Y otra vez que volveríamos a patrullar de noche.

Los muy cabrones nos tenían bien entretenidos.

Ahora nos dirigíamos al siguiente lugar apuntado en nuestra lista. Alguien se había ido de la lengua después de unas cervezas en el bar asegurando que era el mejor punto para instalar rápido un campamento base y hoy teníamos luna llena. Además el sitio coincidía con uno de los nombrados en la nota.

Cualquier comentario, a estas alturas, nos parecía lo suficientemente bueno como para dedicarle al menos media hora de nuestro tiempo.

El lugar era perfecto, la verdad. Alejado de los caminos principales, con dos veredas no demasiado visibles por las que llegar, varios claros en las cercanías y al menos tres puntos elevados desde los que otear. Además allí, no teníamos cámaras y la hierba y maleza lo hacía incómodo para los escaladores y demás turistas tacaños a la hora de acampar.

Lo nuestro nos había costado llegar allí con el todoterreno y, si queríamos hacerlo bien, no nos quedaba más remedio que patrullar a pie y por separado si queríamos cubrir toda la zona.

Sacamos el mapa y nos repartimos el área que peinar volviendo al cabo de dos horas al punto de encuentro.

-¿Has visto algo? -le pregunté cuando volvió un rato después.

Jaime tenía la ropa empapada y el pantalón rasgado a la altura de las rodillas.

-Nada. Me he caído en un barrizal y unos troncos movidos por los jabalíes le han dado las buenas noches a mis rodillas, pero nada de nada en lo que se refiere a furtivos. Aquí no encuentran huellas ni los agentes de la jurídica.

-¿Y esos son...? -Ya que era parte de la investigación, prefería entender la jerga.

-Los del CSI a la española.

Entendí lo del CSI de chiripa porque tampoco es que viese mucho la televisión. No sé quién se había enredado en una discusión sobre si era mejor Miami o Las Vegas y como tampoco supe de qué iba me pusieron al día. No antes de preguntarme si vivía en una cueva. Según Pedro, ese era el caso.

Nunca entendí que Jaime fuese un fan de todas las series policíacas que echaban en la tele. Lo encontraba un caso agudo de deformación profesional. Como si no tuviesen suficientes con los casos de verdad, llegaban a casa y se chutaban a misterios sin resolver en la ficción.

-¿Y tú? ¿Has visto algo? -Había sacado el mapa del bolsillo y lo extendía para secarlo sobre el capó.

Unos nubarrones tapaban la luna y estaba oscuro como boca de lobo. La única luz la aportábamos nosotros con la linterna y los faros del *jeep*.

-Nada de nada. No voy a dudar de tus fuentes pero, ¿estás seguro que el chivatazo era bueno?

-Ya no sé qué pensar.

Al día siguiente lo volveríamos a intentar, aunque si después de más de un mes no teníamos ni idea de dónde, cuándo y quiénes eran los involucrados, era obvio que o nos estaban tomado el pelo o debíamos intentar algo distinto.

Quizá fuese hora de hablar seriamente con mi padre. A situaciones desesperadas...

Fuimos al siguiente punto del mapa antes de dar la noche por cerrada. La garganta seca era un lugar donde las cabras solían juntarse y, donde los machos solitarios jóvenes hacían algún que otro escarceo a espaldas del macho dominante.

En aquel lugar confluían tres arroyos, dos de ellos secos una vez se derritieron los glaciares, formando un pequeño valle que ofrecía protección a los animales y agua fresca en verano.

Si alguien quería cazar cabras monteses, tarde o temprano pasaría por ahí; precisamente por eso teníamos toda la zona monitorizada. Desde donde estábamos, había dos cámaras sacando fotos de nuestra jeta en aquel momento.

-¿Qué pasa, Rufus? ¿Hueles algo?

El perro de Jaime tiraba de la correa con el cuerpo en tensión, la cabeza en alto y las orejas erguidas. Hasta había dejado de babear.

Seguimos al dogo de Burdeos y a unos veinte metros se paró moviéndose de un lado a otro bordeando lo que parecía una zona llena de escoba seca acumulada. Extrañamente bien acumulada, aunque a medio oscuras era difícil discernir si era porque algún animal había intentado hacer un refugio temporal o simplemente era cosa del viento.

Mi colega levantó una rama seca con la punta del pié dando con una estructura sólida atada al suelo justo debajo.

Los animales no entrelazaban ramas y menos aún, ataban con alambre las puntas.

-Esto no estaba aquí la semana pasada -dije temiéndome lo peor.

Quitamos parte de la retama y encontramos allí una reja tupida hecha de madera y caña. Levantamos la rústica reja y el tufo casi nos echa para atrás. Lo que vimos al apuntar con el foco era incluso más repugnante.

Habían cubierto los cuerpos con cal, pero solo en el centro. En las esquinas, la carne iba pudriéndose al pausado son que marcaban los microorganismos y las lombrices.

-Ni cabeza, ni genitales -dije intentando no respirar por la nariz.

-Son machos, entonces.

-Ocho.

Ocho machos cabríos que añadir a la lista.

El perro volvió a tirar con fuerza de la correa y Jaime perdió el equilibrio justo al borde del boquete cayendo de bruces enganchándose el pie con una raíz que sobresalía de la pared. La madera cedió bajo su peso aterrizando justo encima de la pila de cuerpos con el tobillo todavía enganchado.

-¡Aj! -gritó medio boca abajo con la cabeza hundida en aquel masuzo de cuerpos-. Rufus ladraba como loco buscando la forma de bajar a por su amo.

-¡No te muevas! -. Corrí a enganchar la correa del perro en una retama y, con medio cuerpo dentro de la trampa y el otro medio fuera, le desenganché la pierna. -¿Puedes levantarte?

La postura era complicada y era difícil verle a través de la reja rota. El pié más alto que el resto del cuerpo, con la cara boca abajo respirando cal y restos medio podridos.

-No estoy muy seguro -dijo plantando las manos sobre la cal. Acabó a cuatro patas tosiendo y con arcadas.

Tardé un rato en apartar bien la reja para ayudarle a salir.

-Intenta acercarte a este lado -le dirigí con la luz de la linterna hacia el lado que me parecía más fácil de escalar.

Intentó avanzar a cuatro patas con dificultad manteniendo pobremente el equilibrio sobre aquellos cuerpos rompiendo huesos a su paso. Viendo que no servía de nada optó por levantarse. Ponerse en pie le costó más ya que el piso crujía a sus pies y en un par de ocasiones acabó otra vez de rodillas antes de alcanzar la pared.

Aquellos ruidos asociados al olor iban a provocarme pesadillas, seguro.

Jaime extendió los brazos; el agujero era algo más profundo de lo que pensé en un primer momento y realmente debía trepar si quería salir de ahí. Al final, con una mano en la correa del perro y la otra agarrada a mí, el canino y yo conseguimos sacarle de ahí apestando a cal y putrefacción y con un cabreo histórico.

Sin mirar atrás se quitó la ropa y se metió en el arroyo, lavándose la cal y la piel que había tocado los animales frotándose con una piedra. Se cambió de ropa farfullando maldiciones y descalzo, volvió a meterse en el coche.

El perro y yo fuimos mientras a inspeccionar las cámaras. Algo tenía que haber quedado grabado. Pero tener algo de suerte era mucho pedir.

Habían pintado con spray negro las lentes de las dos cámaras que teníamos instaladas.

Extraje las memorias de todos modos sabiendo a ciencia cierta que no encontraríamos nada.

Capítulo 7

-¿Quieres darte prisa?! -azuzó Carlota entre dientes. Como si realmente necesitara que me metieran prisa.

-¿Por qué siseas? -pregunté normal.

-Porque tengo el culo congelado y tú vas pisando huevos. Y porque nos van a pillar como nos oigan.

-Son casi las nueve y estamos a primeros de Junio. ¿Quién va a estar andando por aquí?

-No lo sé. Precisamente por eso, será mejor que nos demos prisa.

Carlota empezó a hurgar en su bolsa y sacó unas cangrejas.

-De eso nada, tía.

-¿Por qué no, si se puede saber?

-Venimos a bañarnos en pelotas y en pelotas nos bañaremos -sentenció estirándome todo lo que pude con los brazos cruzados sobre el pecho. La pose siempre funcionaba en las pelis. Me di cuenta de mi error en el momento que quedé a medio metro por encima de las piedras. En sujetador. Así que volví a agacharme renegando de todos los mitos que aprendíamos de la caja tonta.

-Son transparentes. Si alguien nos hace una foto no se verán. -No estaba muy segura, pero me olía que Carlota en el fondo deseaba que nos vieran allí desnudas y alguien documentara la hazaña para así perpetuar su imagen de rebelde.

Habíamos buscado a conciencia un sitio alejado del pueblo, tanto que tenía la impresión de que estábamos ya en Abrevadero. Como habíamos tomado la vereda que subía al monte, cualquiera sabía en qué término municipal habíamos aterrizado.

Carlota fue a estirarse y yo la empujé hacia abajo para que no nos vieran detrás de la piedra. Por lo visto, ella también veía demasiadas series americanas.

-Te juro por mis muertos, Esther, que si no estuvieses mala te mandaba a la porra. Para empezar, estamos a más de diez metros del agua y en esta zona del río no cubre, así que si quieres un baño medio en condiciones tendremos que andar entre los cantos un buen trecho. ¿Tú sabes cómo acaban los pies? Para continuar, no se ve un carajo. Lo último que quiero es tener que dar explicaciones de por qué te devuelvo después de «ver una película en mi casa», con un codo roto o algo peor. Joder, que frío hace.

-Esa boca, Carlota.

-¿Ahora te me vas a poner a lo Patricia? Toma las cangrejas, anda, y apremia antes de que nos salgan sabañones.

Y eso es lo que duró mi rebeldía; minuto y medio.

-Pues no te lo crearás, pero nuestra queridísima Patricia tuvo sus años locos y lo de bañarse en público como Dios la trajo al mundo no es una novedad para ella -dije mientras me quitaba los pantalones y abrochaba las sandalias de plástico. Es verdad que hacía frío, pero como yo siempre tenía frío como que ni pensaba en ello.

-Anda ya.

-Te lo juro. ¿Por qué te crees que se llevaba tan bien con las de Madrid? Mi madre me dijo un día que las pillaron espionando a los chicos porque habían oído que venían al río a bañarse desnudos.

-Menuda pícara. Quién lo iba a decir.

-Ya ves.

-¿Y les vieron con la picha al aire?

Me dio la risa floja. Aquel sinónimo del pene no lo había oído yo en años.

-No tengo ni idea -dije mientras me frotaba los brazos-. Mi madre no llegó a contarme los detalles.

Carlota empezó a temblar también.

-¿Quieres acelerar? Nos van a dar las uvas.

Terminé de quitarme la ropa y entonces me entraron las dudas. ¿Era realmente tan importante bañarme desnuda en el río para demostrar que había vivido la vida? No, pero ya lo había decidido y había metido a Carlota en el fregado, así que cuanto antes terminaríamos mejor.

Me quité también la peluca y oí como mi amiga retenía el aire en los pulmones. Aparté la vista para no ver su reacción. Ella, con cuidado, me hizo girar.

-Perdóname, pero es que es la primera vez que te veo sin pelo. ¿Me dejas tocarte la calva? -preguntó queda.

Esa era Carlota. Sin miedo a nada; ávida de experiencias. Por eso supe que se apuntaría a aquella aventura. Probablemente lo escribiese todo en aquel cuaderno en el que siempre garabateaba sus pensamientos y, en el fondo, me alegraba saber que yo iba a perdurar en aquellas páginas.

Asentí con la cabeza incapaz de decir nada. Estaba muerta de miedo ante su posible rechazo.

Posó la palma de la mano sobre mi frente primero y, de repente, ya no tenía frío. Carlota también había dejado de temblar. Aquel momento parecía colocarnos en un límite extraño donde no estábamos seguras de si estábamos haciendo bien o sobrepasábamos los dictados de la decencia adentrándonos en el terreno de lo macabro.

Muy despacio, pasó su mano por la coronilla y poco a poco exploró con los dedos las imperfecciones de mi cráneo.

-Tienes una cabeza muy bonita, ¿lo sabías?

Me acordé inmediatamente de Artemio y de cómo él también se tomó su tiempo en acariciarme. Aunque las caricias de Carlota eran de otra índole. Íntimas, sí, pero completamente ingenuas.

No dije nada porque intuía que mi amiga decía aquello para no hacerme sentir mal hasta que soltó la siguiente bomba.

-Ahora que te he visto así casi que te prefiero sin peluca. Incluso los pañuelos como que tampoco te quedan tan bien.

-Odio la peluca -dije muy bajo mientras le apartaba la mano.

-¿Entonces por qué te la pones?

-¿Te imaginas lo que dirían?

-¿Que estás calva? Eso ya lo saben. ¿Que pareces enferma? Vaya obviedad.

Antes de poder asimilar aquellas palabras, empezó a otear por encima de la piedra para ver qué camino tomar y llegar cuanto antes a la parte del río en el que podríamos darnos un chapuzón. Por desgracia, el tiempo apremiaba y no podía esperar hasta que hiciese más calor. Para agosto seguramente fuese demasiado tarde.

Una vez decidida la dirección a seguir, empezamos a avanzar a lo pingüino. Estaba oscuro y seguíamos el caminito más por intuición que por conocimiento del terreno.

-¿Has traído una linterna? -preguntó.

-La tengo en la bolsa, mierda.

-Tranqui que voy a por ella en un momento.

Me dejó sola y al levantarse el aire pensé que si no era el linfoma, la pulmonía terminaría el trabajo. Vaya ironía y claro, me eché a reír ahí mismo mientras Carlota soltaba finuras como

«putas chinas», «de dónde ha salido esta escoba de repente» o «creo que me he confundido de dirección».

-¡A la izquierda! -grité viendo que se había desviado de la vereda.

-Ah, aquí está.

Vi un foco de luz azul danzar a unos metros de distancia siguiendo el paso de Carlota.

-Me acabo de dar en la espinilla con una piedra -dijo al llegar a mi altura.

-¿Qué traes ahí? -pregunté al ver un bulto debajo del brazo.

-Las toallas y una manta. El agua estará que corta y si tenemos que volver mojadas de vuelta acabaremos con estalactitas colgando de las partes nobles.

-Serás tú porque yo no tengo pelo.

-¿Tampoco ahí abajo?

Eso lo preguntó con admiración.

-No.

Me apuntó con la linterna.

-¿Puedo tocar? -La muy gorrina estaba estirando el brazo cuando le di un palmetazo.

-¡No! Manos quietas.

-No tendrás en esa lista tuya apuntada alguna experiencia lésbica, por casualidad.

-¿Te van las tías?

-No, pero no iba yo a fardar ni nada en la universidad. Espera un momento... He dicho que no con demasiada rapidez. Nunca se sabe.

Comenzamos a andar mientras nos tapábamos con la manta.

-Eres una perversa.

-No me como un rosco, ¿qué quieres?

-Tampoco tengo la regla -eso no sé por qué lo dije. Seguro que acababa con el buen rollo de golpe.

-O sea, que encima puedes follar todo lo que te dé la gana.

Ahí empezamos a reír como si no hubiese mañana y yo empecé a sentir otra vez el cansancio. Si no nos dábamos prisa no iba a ser capaz de dar tres brazadas.

De vuelta volveríamos en la Vespa de Carlota y como en teoría estábamos en medio de una maratón del Señor de los Anillos, ya teníamos preparada la excusa perfecta si alguien nos veía por ahí: necesitábamos algo de aire fresco antes de empezar con la siguiente película.

Ya se veía el reflejo del agua cuando unos focos nos apuntaron dejándonos ciegos, seguidos por el sonido de una escopeta al cargar.

-¡Quién anda ahí! -preguntó una voz grave y amenazante.

Levantamos las manos por instinto y la manta calló al suelo.

-¿Carlota? -volvió a demandar aquella voz.

-¡¿Esther?! -gritó otra.

Vale, ni el linfoma, ni la pulmonía. Íbamos a morir de la vergüenza. Acababan de pillarnos y ni habíamos puesto un pie en el agua.

Los dos se nos acercaron corriendo. Uno con la escopeta todavía apuntándonos y el otro con una linterna del tamaño de un foco de teatro. Para no perderse detalle.

-¡Qué coño haces aquí!

Carlota se tensó, cruzó los brazos, alzó la barbilla y dijo muy digna: -Bañarme en cueros. ¿Algún problema, seprona? -A ella sí que le funcionaba la pose.

Mientras, Rosales me tapaba con la manta envolviéndome como un canelón.

-¿Se puede saber qué hacéis aquí en medio del campo, en pelotas y de noche? -me preguntó

mientras me frotaba los brazos.

-¡Bañarnos en cueros! -gritamos a la vez.

Jaime, el guardia civil, se acercó peligrosamente a Carlota escopeta en ristre, pero ella no cedió ni un milímetro. Se mantuvo frente a ella con el cañón en alto, como en un duelo, y mi amiga ganó la riña que aquellas miradas mantuvieran porque unos segundos después dejó de apuntarla.

-Estoy a esto -dijo el agente entre dientes juntando el dedo índice y el pulgar; menos mal, porque con ello había apartado el dedo del gatillo-, ¡a esto! de detenerte por exhibicionismo, bruja.

A Carlota le importaba un bledo acabar en el cuartelillo y Jaime, para su enervamiento general, lo sabía. No estábamos cometiendo ningún delito así que si queríamos podíamos hacer el pino y cantar jotas a pleno pulmón.

-Si eso te hace feliz... -dijo ufana.

Juraría que en ese momento mi amiga arqueaba una ceja desafiante, pero no podía ver nada porque Rosales me tenía engullida en un abrazo de oso de esos que casi no te dejan ni respirar. Al menos estaba calentita.

Echaba tanto de menos el calor.

-¿Dónde tenéis las cosas? -preguntó seco el de la Benemérita.

-Ahí, detrás de la piedra -contestó Carlota indiferente señalando con el pulgar.

Soltando un resoplido, Jaime fue a recoger nuestra ropa. En cuanto se alejó dos pasos, mi amiga se lanzó a por las toallas.

-Creí que no se iría nunca. No siento las piernas -dijo castañeando los dientes de puro frío.

Cuando Jaime volvió, Carlota tenía las dos toallas atadas al cuerpo.

-¡Vístete! -le dijo lanzando las bolsas a sus pies.

-No me da la gana.

-Empiezo a arrepentirme de no haber usado la escopeta -dijo mirando al cielo.

-Carlota... -intervine al ver como Jaime empezaba a perder la paciencia-, déjalo. Ya volveremos otro día.

-¡Ni hablar! -sentenció Rosales apartándome de golpe para clavarme la mirada.

Carlota soltó un suspiro viendo que los teníamos en contra.

-Vale -dijo levantando las manos-. Nos vestimos y volvemos a casa en la moto.

-¡¿En la moto?! -volvió a gritar Rosales-. Ahora mismo subes la coche -me mandó intentando darme la vuelta.

-Decidido -dijo Jaime cruzando los brazos sobre el pecho dejando la escopeta encajada en medio sin dejar de destripar con la mirada a la pobre Carlota-. Vístete y te acerco en la moto. Rosales puede llevar a Esther en el coche de vuelta a casa.

-En mi moto no subes -dijo mi amiga mientras se vestía delante de nosotros sin mostrar ningún pudor-. Ni siquiera de paquete, seprona.

-Eso o el puesto, tú verás.

-¿Con qué cargos, listillo?

-Resistencia a la autoridad -Jaime amenazaba al aire moviendo la cabeza de un lado a otro como si buscara pájaros.

Mi amiga soltó un resoplido.

-Carlota -dije-, volved a casa. Estoy cansada.

Recurrir a mi cansancio funcionaba siempre. En cuanto alegaba agotamiento, ganaba siempre la partida.

Mi amiga cedió, aunque siguió discutiendo con el guardia civil de camino a la moto por quién iba detrás y si tienes casco y si sabes conducir y si piensas que voy a dejar que subas a mi moto

con un arma vas listo y a saber qué más.

-Vamos -dijo Rosales cuando estuvimos solos empujándome otra vez hacia donde tenía aparcado el coche.

-No. Quiero bañarme en el río desnuda, Artemio -dije mientras plantaba los pies como una niña a la que no quiere que la lleven a dormir.

-No es una buena idea. Tu cuerpo no necesita que lo pongan más aún en tensión. Puedes coger frío y yo no me lo perdonaría si acabases en el hospital.

Entendía perfectamente su preocupación. Tristemente para él, la decisión estaba ya tomada.

-Si no es hoy lo intentaré otro día -amenacé mientras forcejeaba-. Ahora estamos solos y no pienso ceder. No he dicho nada antes porque no quería dejarte en vergüenza delante de tu amigo, pero voy a bañarme hoy con tu beneplácito o sin él.

Artemio no me soltaba, es más, me empujaba ligeramente en la dirección del coche y daba igual mi resistencia, ya había ganado más de medio metro.

-Es inútil que me intentes convencer -dije algo cabreada-. Voy a bañarme y cuanto más esperemos aquí, más oscuro se pondrá para ver nada y más frío tendré después. Si quieres, prometo no meter la cabeza debajo del agua.

Artemio tardó un momento en decidirse. Para meterle prisa, me separé e intenté deshacerme de la manta.

-Solo si me meto en el agua contigo -dijo apoyando las manos en las caderas-. Las piedras resbalan y hay corriente.

-Sé nadar.

-Siendo de este pueblo mira que lo dudo. Estás que te caes, preciosa. O te bañas conmigo, o ahora mismo volvemos. Y en cuanto salgamos del agua yo decido lo que hacer. Una cosa por la otra.

Pensé en mis posibilidades, pero viendo su cara de no ceder asentí con la cabeza. Entonces me cogió en volandas y me acercó a la orilla. Me dejó en el suelo, me quitó la manta, se deshizo de las botas, volvió a levantarme en brazos y adelantó un pie.

-¿Qué haces?

-Bañarme contigo.

-Con ropa.

-Tengo repuesto en el coche.

-Artemio, se trata de bañarse en pelotas. Para hacer lo que he hecho toda la vida no necesito venir por la noche.

Entonces pareció entender. Pero en vez de continuar se puso serio y se dio la vuelta llevándome de vuelta al coche.

-Volvemos a casa.

-¡¿Por qué?!

-No pienso participar en una de esas ideas descabelladas tuyas. Si no me equivoco esto lo tienes en tu lista de cosas por hacer antes de morir y ¡tú no vas a morir!

-¿Estás seguro?

-Esther, por favor. No me pongas en esta situación.

-No te pongo en nada, Artemio. Quiero bañarme desnuda, ¿qué tienen de malo? -Había empezado a castañetear los dientes. Ahora, sin manta, como que la temperatura rozaba los menos veinte grados. Estábamos perdiendo un tiempo precioso y empezaba a perder las ganas.

-¡Que estás débil! Espera a que acabe la quimio y cuando te recuperes algo volvemos.

Quise llorar ante lo ingenuo de aquel comentario. No iba a terminar ninguna quimioterapia y de

acabarla, empezaría con la radio. Estaba cansada de castillos en el aire. Quería vivir lo poco que me quedara y hacer esas cosas que, aunque estúpidas, le daban algo de chispa a mi vida.

Artemio no me lo iba a impedir.

-Tonterías. No soy ingenuo, simplemente realista.

Había vuelto a decir en alto mis pensamientos.

-Un minuto. Un minuto de locura. Nada más -supliqué.

Seguía mirándome con cara de sapo y yo quise gritarle que me iba a morir igual. Qué más daba que fuese por una pulmonía dos meses antes del desenlace. ¿Por qué era tan espeso con la evidencia?

Me zarandé con rabia y me miró como nunca antes me había mirado. Como si se estuviese controlando. Por primera vez en mi vida le vi realmente enfadado y no me gustó ni un pelo lo que sentí.

-Ni una palabra más sobre la muerte, ¿entendido? -dijo con un tono grave, de los que parecen gruñidos salidos de lo más profundo del pecho.

Volvió a zarandearme y yo empecé a decir que sí con la cabeza intentando no ponerme a llorar como una niña pequeña. Rosales no era así. Rosales era siempre educado, cariñoso, dispuesto a complacer.

-En mi presencia se acabó lo de jugar con la idea siquiera. Es morboso, cruel -siguió diciendo mientras andaba en dirección al río conmigo auestas-. Y por muy enferma que te sientas no tienes ningún derecho a utilizarlo en tu provecho con los demás -gruñía y caminaba con ira- y mucho menos conmigo.

Y me lanzó al agua fría como el hielo sin avisar para abrazarme de nuevo con fuerza un par de segundos después, ya los dos en el agua, meciéndome y besando mi frente.

Durante unos minutos todo pareció flotar.

Capítulo 8

Debería haber sido más listo y darme la vuelta en el momento que aquel tanque pedaleando sobre cuatro ruedas quiso embestirme sin contemplaciones.

-Rrrrrrrrr, ¡pumba!

Tuve que saltar para que la rueda delantera de la bicicleta no arremetiera contra la espinilla y correr detrás de él para que la inercia no lo llevara cuesta abajo y sin frenos.

-¡Arturo! ¡Que te vas a descalabrar!

El chavalín dio un giro que casi hizo que la bici volteara; gracias a Dios las dos ruedas pequeñas de atrás evitaron el accidente.

-Mamá dice que en cuanto controle bien, me quita las ruedas de atrás -dijo tan tranquilo dos segundos después.

-Ya bueno, pues más vale que no dependas mucho de ellas.

Arturo volvió al ataque fijando mis espinillas nuevamente como objetivo. Y volví a dar un brinco para no caer de bruces sobre él.

-¿Se puede saber qué haces?

-Protejo la casa.

-¿Qué casa?

-La de Esther. Está mala, ¿sabes? Mi mamá ha ido a verla. Dice que puedo esperar fuera con la bici si practico y además no dejo que los malos entren.

-¿Y yo soy malo?

El crío encogió los hombros confuso.

-No sé, ¿si te dejo pasar, le harás algo malo?

Vaya con el renacuajo. No hubiese atinado mejor ni con una lanza directamente apoyada en mi estómago.

La última vez que vi a Esther, la dejé rabiando con una manta alrededor del cuerpo mientras Carlota soltaba sapos y culebras por la boca.

Después de lanzarla al agua no había vuelto a dirigirme la palabra y la mala leche con la que Carlota me recibió cuando aparecimos por fin en su casa, no hizo más que añadir más vinagre a la herida.

Dio igual las veces que me disculpé, el cuidado que puse en secarla y en mantenerla caliente de camino a casa. La mirada de odio que Esther me lanzó durante aquel rato llevaba persiguiéndome hasta en sueños.

-No -dije seguro, aunque pensándolo bien, ¿qué demonios hacía yo visitando a Esther?

«Para ver que tal está, como cualquiera del pueblo. Para disculparte otra vez, si está sola».

Pero no estaba sola así que realmente no sabía por qué estaba allí. En ese momento salió su amiga Carmen, la madre del tanque con ruedas llamado Arturo, con su bebida a la espalda sujeta con un paño cruzado al pecho.

Se me acercó y se apoyó dejando a la pequeña Sara medio sentada sobre el muro de piedra del corral de al lado.

-¿Todo bien? -pregunté.

-Está agotada, Rosales. Y ahora nos ha pedido ir de acampada con ella. No sé si es ganas de vivir o desesperación, la verdad.

Esther estaba quemando cartuchos demasiado rápido. Ya no era solo que quisiese hacer las cosas que siempre quiso hacer y no pudo, sino que si no tenía cuidado iba a arriesgar ponerse mala de

puro agotamiento.

-Qué le habéis dicho.

Carmen levantó la vista y puso cara de no entender.

-Nada -contestó-. Le he dado los fines de semana que voy a estar aquí y que ella decida cuando quiere que la acompañemos.

No me lo podía creer. Me aparté del muro y empecé a andar en círculos.

-No es una buena idea. Ni por asomo es una buena idea -le dije al suelo.

-Un momento, Rosales. Primero, deja de tirarte del pelo; segundo, es una buenísima idea; tercero, el aire fresco le vendrá bien y salir de esa habitación aún más; cuarto, no te enfades pero a ti ni te va ni te viene.

Quise estrangularla por lo que acaba de decir. ¿Cómo que a mí ni me iba ni me venía? ¡A mí me iba y me venía todo, con, por y para Esther! Pero claro, Carmen qué sabía de nada.

-No se puede acampar en la sierra.

Arreglado. Sin permiso, no hay acampada. Hala, ya.

-Entonces tendremos que poner las tiendas en el huerto de alguien. No creas que me apetece acampar en medio de la nada si empieza a encontrarse mal. Hay varios chozos que, aunque medio en ruinas, nos podrían servir y tienen vereda cerca para acercarnos en coche. Podríamos incluso cocinar dentro. Para un par de noches tendría que valer. Voy a mandarle unos mensajes a Carlota y Patricia. Ellas están más puestas en estas cosas que yo. ¡Gracias por la ayuda, Rosales! Cuento contigo para llevarnos y traernos, ¿verdad?

Asentí, aunque ni siquiera miró para asegurarse de que respondía.

Se levantó y le gritó algo a su hijo, el cual pedaleó cuesta a bajo con el trasero en alto como cualquier Perico Delgado en plena Vuelta a España sin hacer el menor caso.

Otra vez ahí solo, pensé seriamente en entrar y asegurarme de que Esther cambiaba de opinión. Al final acabé torciendo la esquina camino de la casa de mis padres porque era cierto que, por mucho que me doliera, no tenía jurisdicción sobre las decisiones de la preciosa cabrera calva.

Miré el reloj y me repensé lo de llegar tan pronto a casa de mis padres. Mi madre estaría en plena euforia cocinando y teniendo más oídos para escuchar sus quejas, más lamentos que soltaría.

Me recibiría con una de esas acusaciones en las que dejaba caer una y otra vez lo poco que les visitaba. Si bien ella no paraba de repetir que su casa era mi casa, todos sabíamos que era una de sus formas de hacer chantaje psicológico. Una de tantas.

Mi madre era una mujer difícil de tratar. Narcisista, hipocondríaca y llorona. Sobre todo lo último en la privacidad del hogar y bueno, también fuera. Cuando la oías hablar parecía que todos los males se cernían sobre ella y nadie sobre la faz de la tierra era capaz de llegar a intuir los sufrimientos diarios a los que se veía sometida.

Así dicho, podría parecer que mi madre era insoportable, pero de tonta no tenía un pelo y sabía hasta dónde llegar para llevarse el gato al agua sin llegar a mayores. Era de las que lloraban y lloraban, pataleaban, protestaban y se quejaban hasta que por pena o puro hastío el mundo cedía a sus deseos. Nadie sabía cómo. Mi madre conseguía siempre lo que quería sin que nadie pudiese evitarlo. Esa era sin duda su mejor y más temida cualidad. Siempre le había funcionado bien; desde bien chiquitina, según mi abuela.

Con Clemente había encontrado la horma de su zapato; su otra mitad. Diametralmente opuestos, como el día y la noche, y al mismo tiempo perfectamente compatibles. Mi padre la adoraba y para él sus deseos eran órdenes y mi hermano y yo, como buenos hijos, nunca supimos decirle que no.

Con el resto del pueblo la situación era distinta, obviamente, pero nada que un poco de drama no consiguiese arreglarlo todo. En general, cuando se ponía a lo diva, lo mejor era ignorarla. Todo el

mundo conocía sus truquillos, aunque picaban igual. Los más ingenuos ni la veían venir y la mayoría cedía, convencidos de que no les importaba hacerle un pequeño favor aquí y allí. Con eso de que era asmática siempre tenía algún dolor del que quejarse y como, según ella, ya iba mayor...

Cómico y agotador a partes iguales.

No sé como viví bajo su mismo techo durante tanto tiempo. Ahora que veía los estragos que una enfermedad podía llegar a causar, me costaba mantener la calma con las nimiedades de las que mi madre se quejaba.

Sin embargo, cenar con ellos al menos dos veces en semana era tarea obligatoria. No sé si por inercia o por darle algo de aire a mi padre, la verdad. Mi hermano, mucho más pragmático que yo en esas cosas de familia, terminó estudiando en Ávila y en cuanto se puso a trabajar nos visitaba en el mes de vacaciones y Navidad. Había conseguido su independencia de una forma sencilla y elegante, vaya.

Mi madre, todavía se negaba a pillar la indirecta y hacía lo que estuviese en su mano para atraerle al pueblo con una y mil tentaciones.

Al morir mis abuelos nos dejaron una casa medianamente arreglada que mi hermano, a pesar de no pisar por Santo Domingo, reivindicó como suya porque necesitaba un lugar para traer a la familia en vacaciones. Mi madre, embelesada con la idea de tener a los nietos más a menudo, no dudó en presionar para que él se quedase con el inmueble alegando que yo tenía sitio de sobra con ellos y, como solterón que iba camino de ser, no necesitaba más. Porque con treinta y dos años, a ojos de mi madre era ya un solterón sin «opciones». Así que al final acordamos que él tendría la casa y a cambio, yo recibiría una compensación económica que resultó ser tan nimia que no podía ser calificada ni siquiera de pago simbólico.

¿Qué hice con aquella propina? Juntarla a mis ahorros y dar la entrada para una casa más grande y con más potencial. El problema era que se caía a pedazos, literal. Al menos la hipoteca no me sangraba como a otros.

En cuanto me hicieron hijo hice las maletas y me mudé. Tampoco es que fuese lejos, pero los doscientos metros que nos separaban era lo suficientemente arduos de andar para que el asma impidiese a mi madre visitarme todos los días.

Al final era yo el que iba de visita, lo que me daba margen para decidir cuándo y durante cuánto tiempo.

Que mi casa estuviese manga por hombro también disuadía de recibir visitas matriarcales. Entre tanto polvo, mi madre se veía morir así que por allí ni pisaba.

Durante dos años había vivido en la cocina utilizando el sofá como cama; hacía mis necesidades en un retrete sin cisterna por lo que tenía que utilizar cubos de agua; no tenía calentador, así que fregar los cacharros en invierno era una genuina tortura y como no había agua corriente, fregaba con dos barreños.

Cuando Pedro vino a ver la casa me dio un presupuesto que a mí me pareció más cercano a la restauración de La Moncloa que a unos pequeños arreglos de una humilde morada de la sierra por lo que retrasé las obras hasta que directamente el agua empezó a calar una de las paredes de la cocina. Con la única habitación de la casa habitable a medio camino de inundarse ya no tenía excusas para negarme a llamar al contratista. Realmente veía que aquella ruina empezaba a convertirse en un serio problema para la salud.

Con todo el dolor de mi alma y una buena dentada en la cuenta del banco, arreglé el tejado, instalé un baño decente y, tras un par de meses, por fin pude ducharme con agua caliente. Aunque seguí otro año más durmiendo en el sofá.

Tiempo después, en una temporada en que no había trabajo, Pedro y su capataz Łukasz habían

tirado, sin consultarme, los tabiques que les dio la gana y me habían montado una habitación justo detrás de la cocina. Por lo menos dejaron que les ayudase para ahorrarme algo de dinero.

Ahora mismo, con un baño, una cocina para todo y un dormitorio, me sentía que vivía en el Ritz.

Llamé a la puerta y mi padre salió a abrirme.

Mi madre estaba preparando la cena, pero por sus movimiento podía intuir que no era un buen día para hacer visitas. Tarde, porque cuando me vio, me puso a pelar judías mientras se quejaba de lo malo que era para sus pulmones estar tantas horas de pie cocinando.

Dejé insinuar que no era necesario que se esforzara tanto conmigo. Si le venía mal podía visitarles a otra hora del día.

-De qué ibas a comer tú bien si no es por tu madre. Hasta que no sientes la cabeza me encargaré de que no te quedes en los huesos.

Insiné entonces que me encontraba perfectamente y era capaz de alimentarme en condiciones y sin necesidad de sentar nada. Consecuentemente recibí una mirada de aviso de esas que ponen los pelos de punta; así que agaché la cabeza y me afané por terminar pronto con la tarea que me había impuesto.

Cenamos escuchando la retahíla de males que mi madre sufría, pero gracias a eso se fue pronto a dormir no sin antes dejar a la puerta cuatro tarteras con comida para una semana.

-¿Y bien? -preguntó mi padre mientras abría la ventana para fumar tranquilamente un cigarrillo.

Con el asma de mi madre, tenía que esconder las cajetillas detrás de la bolsa de basura debajo del fregadero de la cocina. Ella lo sabía, pero ojos que no ven, corazón que no siente y, aunque le tenía prohibido fumar dentro de casa, miraba hacia otro lado cuando fuera hacía frío. Mis padres se querían a muerte; tanto, que después de más de treinta años juntos parecían recién casados. Él aceptaba sus manías, ella le consentía todo y siempre miraban el uno por el otro.

Lo cachondo es que así, delante de la gente, ni se miraban. Todo, lo bueno y lo malo, de puertas para adentro. Las cosas que se hablaban en la solanilla era sobre otros, no las cosas privadas. Exceptuando los lamentos de mi madre sobre todo lo que tuviese que ver con su salud, claro. Al igual que hacían el resto de señoras del pueblo, realmente.

Cuando los más mayores se juntaban, hombres por un lado y mujeres por el otro, ellas no paraban de cotorrear mientras que ellos directamente no hablaban a no ser que fuese para llegar a la inevitable conclusión de que los jóvenes no teníamos idea de nada. Así era nuestro pueblo, siempre lo fue y, salvo que viniese alguna plaga bíblica, así sería en el futuro.

Mi padre se sentó de nuevo y sacó de un cajón cercano un cenicero. Aquel recipiente de latón en forma de triángulo llevaba pululando por aquella casa durante décadas. Tanto es así que la palabra «Cinzano» ya casi ni se veía.

Seguimos en silencio un rato más. Él fumando con parsimonia y disfrutando de cada calada mientras soplaba hacia arriba el humo y yo, por mi parte, pensando en si quería o no que supiera de nuestra ineptitud en el trabajo.

Si pedía su ayuda probablemente arriesgaría su matrimonio, para más inri.

-Van ciento cuarenta, que sepamos. La mayoría machos -dije por fin mientras seguía con el dedo el contorno de una de las flores estampadas del hule.

Mi padre volvió a darle una calada al cigarrillo. Esta vez mantuvo el humo en los pulmones mientras se incorporaba, sacudía la ceniza y cruzaba los brazos.

-La cosa está muy mala, hijo -hablaba soltando el humo al mismo tiempo-. Si antes había cuatro cazadores, ahora hay cuarenta y todos quieren lo mismo: unas perras más con las que acabar el mes.

Mi padre y yo siempre fuimos contrarios en lo que tuviese que ver con la caza ilegal. Mientras

que yo lo encontraba una vergüenza inadmisibles a todos los niveles, mi padre era permisivo con su existencia. Y sus opiniones eran conocidas por todos.

-Si continúan así y se corre la voz vendrán otros y entonces será el sálvese quien pueda. Ya estuvimos a punto de hacerlas desaparecer y mi trabajo es que aquello no vuelva a repetirse -aseguré.

La caza legal y el famoso incendio de los años setenta, no solo le dio el nombre informal a la sierra, sino que poco menos que acaba con toda la flora y fauna del lugar. Desde aquello, había un estricto control sobre qué y cuánto se cazaba y, si queríamos animales, así debería seguir siendo.

Mi padre intentaba mantener las formas conmigo porque sabía que me ganaba la vida protegiendo la sierra haciendo cumplir las normativas, pero la mitad de las veces pensaba que me había pasado al lado del enemigo. Clemente le tenía alergia a la autoridad; a cualquier clase de autoridad.

Hoy por lo visto iba a hablar a las claras.

-Sabes de sobra que si los de arriba protegen la sierra es porque quieren asegurarse de que sea un buen coto de caza. Lo del medio ambiente, la flora, la fauna, las repoblaciones y los ecosistemas es solo palabrería para tapar lo verdaderamente importante y bien sabes que es el dinero que ganan con las licencias. Por cada cuerno que los ricachones pagan a precio de oro; por cada pieza de jabalí cuanto más grande mejor y ya verás lo bien que amortizan la vuelta del lobo. Es un parque de atracciones cinegético y nos lo venden como creación de empleo.

Sabía que en ese punto estaba tirando tierra sobre su propio tejado, al fin y al cabo yo vivía de ello. Supongo que para él era una continua dicotomía. Por un lado veía todo aquello como un circo y, por otro, debía admitir que daba a su familia de comer. Además, mi padre no estaba en contra de la caza, ni mucho menos. Lo que mi padre quería es que se diera preferencia a los lugareños y a precios mucho más asequibles, claro.

Volvió a darle una calada al cigarrillo.

-En el momento en el que la cabra no diese dinero -siguió diciendo con el humo todavía en los pulmones-, les importaría un bledo dejarla desaparecer. -Soltó el aire poco a poco pensando por un momento cómo continuar-. No estoy con los ilegales, pero ellos no hacen más que llevarse un trozo del pastel que otros claman como suyo. ¿Dónde queda el derecho que los ciudadanos de a pie tienen sobre terreno público? En la nada. A ti, a mí y al turista, nos permiten mirar pero no tocar para que otros con las forjas llenas se lleven el trofeo. Tú lo has visto muchas veces, hijo. Vienen, les ponen la caza en bandeja, pegan cuatro tiros, se montan en el coche y vuelven a casa creyéndose más hombres que nadie mientras dejan atrás un animal muerto del que otros deben hacerse cargo porque ellos no tienen siquiera fuerza para meterlo en el maletero y mucho menos despellejarlo, cortar la cabeza y llevarse los cuernos a casa sin que seamos nosotros los que hagamos el trabajo sucio. ¿Que el cupo está completo y ya no se dan más licencias? Por otros pocos de cientos de euros alguien lo arreglará todo para salir a cazar tarde o temprano. Y si no es este, será aquel el que lo organice.

Con cada palabra, mi padre iba encolerizando más y más. El tema le tocaba muy de cerca, desde siempre, y hoy en día no tenía prácticamente a nadie con el que conversar de aquello. Extrañamente, el padre de Esther era el único con el que podía desahogarse con estas cosas.

-Para los que la cosa no anda bien, ese dinero tiente demasiado -sentenció mientras estrujaba la colilla contra el cenicero.

No me iba ayudar. Nuestras posturas eran, en la práctica, completamente opuestas. Además arriesgaría su reputación y eso, en estos contornos, era más importante que el dinero o cualquier otra cosa.

Estuvimos en silencio otro buen rato; lo que duró el siguiente cigarrillo.

-Sé que no te lo crees, pero te aseguro que estamos haciendo algo bueno por la sierra.

Con mi padre me sentía como si tuviese que dar explicaciones por mi comportamiento y, de alguna forma, intuía que sería siempre así. Hiciese lo que hiciese tarde o temprano pasaría revista. Lo bueno era que, al contrario que mi madre, me dejaría hacer. Lo de ser ya un hombre tenía sus puntos positivos. Para mi madre, sin embargo, siempre seríamos niños de teta. Mi consuelo era que se trataba de un mal muy común.

Las chicas lo tenían peor. Daba igual la edad, todas se quejaban de que padre y madre las trataban como si tuviesen tres años y no supiesen hacer la o con un canuto. Tampoco es que les dejaran. En cuanto se ponían a hacer algo, acababan oyendo un «quita que si lo hago yo acabamos antes». En muchas ocasiones, la gente se iba más por no sufrir la presión familiar que por otra cosa. Mi hermano era un buen ejemplo.

Yo, como llevaba luchando con uñas y dientes desde la infancia por casi todo, un comentario aquí o allí ya ni me rozaba. Iba a lo mío y, en general, no me daban mucho la tabarra.

Así que a riesgo de que me mandara a freír cuernos, puse sobre la mesa la tesis que realmente me había traído hasta allí aquella noche. Dos horas después salía de aquella casa con un:

-Lo pensaré.

Capítulo 9

Yo quería una acampada de fin de semana con mis amigas, pero aquello costó más que organizar la misa de Semana Santa en el Vaticano. Palabras en boca de Patricia, y ella era experta en esas cosas.

Entre que estaba prohibido acampar y hacer hogueras en el monte; que nadie me dejó subir por mi propio pie no fuese a darme un vahído; que como por arte de magia nadie parecía coincidir con los días libres ni siquiera los fines de semana; que a cada una nos gustaba una comida y bebida distintas...

Al final Carmen, en un ataque hormonal de madre que llevaba meses sin conciliar el sueño, había decidido por todas las demás. Tiempo, lugar, comida, bebida y, si la dejamos, la ropa.

El tío de un primo de alguien conocido tenía un prado bien metido en la sierra y, como era terreno privado, pudimos acampar allí alrededor de una zona que antiguamente utilizaban los pastores en verano. Guardamos los comestibles en una cabaña de piedra medio derruida e instalamos las dos tiendas en frente de un muro de roca en la que podíamos hacer un fuego justo en una esquina medio techada.

En Santo Domingo de los Altos le teníamos un miedo terrible al fuego.

Y allí estábamos. Un viernes por la noche, al raso, tapadas con mantas sobre las esterillas pegadas a las brasas y bebiendo pacharán con la excusa de que necesitábamos entrar en calor.

Pensé por un momento que Rosales debía estar patrullando por el monte justo entonces. Se había ofrecido como voluntario para ayudarnos con los macutos aunque solo yo subí con él en el todoterreno. Las demás subieron andando. Me cabreaba no ser capaz de subir a pie todo el trayecto pero, en el fondo, agradecía cualquier minuto a solas con Artemio. Nunca lo reconocería, por supuesto, pero le miraba de reojo cuando tenía oportunidad y con cada mirada descubría siempre algo nuevo que me empujaba hacia él.

Y odiaba y me gustaba esa sensación. Había estado medio enfadada con él a cuenta del chapuzón, pero no duró. De hecho, el que no volviese a verle me inquietaba mucho, y verle tan serio una semanas después me recordó en no enfadarme tan a la ligera en futuras ocasiones.

Por el camino hablamos de esto y aquello, pero se le veía preocupado. Se atusaba la perilla y miraba en todas direcciones como buscando setas. Como si fuese a salir una alimaña detrás de cada matorral. Algo serio se cocía y no nos querían contar nada. Desde hacía semanas se turnaban para dar tumbos por la noche en el monte buscando algo, aunque no sabíamos qué. Que yo supiera, varios hombres del pueblo, incluido Rosales, y otros pocos de Corneja y Abrevadero. En las últimas semanas se había visto a Artemio más en el cuartelillo de la Guardia Civil que en el trabajo.

Más valía que lo tuviesen todo controlado. Si le pasase una desgracia... Lo que fuese era un tema muy secreto, pero todos en la sierra sabíamos que algo se cocía y era algo que tenía a gente armada con escopetas andando de noche entre los árboles.

-Cambiando de tema -la voz de Carmen me trajo de nuevo a la realidad-. ¿Qué tal lo llevas ahora que pasas más tiempo en Santo Domingo que en Madrid? Me sorprende que no hayas salido corriendo todavía.

-Yo soy la primera sorprendida, no te creas -contestó mi prima Mayra-. Cuando voy por la calle y veo a esas señoras que me miran de reojo y se aguantan las ganas de preguntarme «¿y tú de quién eres?», me tengo que contener. No sé la de veces que he repetido ya la misma historia, pero nada. Ellas siguen y siguen preguntando las mismas cosas.

-Es para ver de qué pie cojeas. A la más mínima incongruencia ya tienen historia para rato.

-Ya bueno, pero ¿por qué yo?

-Anda esta -rió Carlota-. Pues porque eres la nueva. Aquí va a tocas, guapa. Aunque a Patricia no la agobian mucho porque es parte del gremio.

-Ya estamos... -se quejó la aludida.

-Es verdad -dijo Laura saliendo del chozo con otra botella en la mano-. Ella, como se las conoce a todas de ir a la iglesia y dar catequesis como que no la tienen en la lista. A las demás nos tienen ganas. Y Patricia, antes de hablar, reconoce que en cuanto pueden te avisan de no juntarte con nosotras.

Las allí presentes, Carlota, Laura, Mayra, Carmen y yo, parecíamos estar siempre en el punto de mira de las buenas ciudadanas del pueblo. A Carlota le tenían especial inquina provocando como reacción aún mayores muestras de rebeldía.

-Recuerdo cuando dejé caer que al ser mi novio escocés, se casaría con falda -dijo Carmen-. Os juro que de no ser por el miedo, me habría reído bien a gusto en su cara. Me habrían dado unos azotazos de haber podido. Como lo de hacer público escarnio con la vara ya no se lleva, le pusieron todo el empeño en buscar razones de por qué eso era pura herejía y traería no sé que maldición a este pacífico pueblo.

Las cosas cambiaban despacio en Santo Domingo de los Altos, aunque era nuestra propia culpa. En realidad eran los más ancianos los que movían el cotarro y nosotros no hacíamos absolutamente nada para cambiarlo. Desde los concejales del Ayuntamiento hasta la Comisión de Festejos. Señoras viudas que pasaban de los sesenta terminaban decidiendo lo que la gente joven debía hacer para divertirse.

Completamente absurdo. En serio que el tema de los escoceses casi provoca un infarto general.

Patricia confirmó los hechos y todas nos echamos a reír. Cuando el novio apareció con una familia más larga que la Kelly Family todos ellos con falda a cuadros, alguna sé que casi se desmaya. Las viejas del disgusto y las no tan viejas del calentón, claro.

-Al menos ahora ya nadie se escandaliza.

-Por cierto. ¿Van a venir esos primos y amigos de tu marido estas fiestas? -preguntó Carlota con chiribitas en los ojos.

-¿No estarás haciendo planes?

-A nadie le amarga un dulce, Carmen. Y salvo tu esposo, los demás están solteros. Entiende nuestra tesitura.

-Creo que al menos un par de primos ya han confirmado que vendrán. -Cuando Carlota empezó a dar palmas, Carmen cambió de tercio no fuéramos a acabar haciendo un círculo de hermandad-. Por cierto, Mayra. ¿Cómo llevas lo de organizar a un pueblo entero para las fiestas de Santo Domingo?

La pobre Mayra, además de ser la nueva del pueblo, había cometido la gran equivocación de querer ayudar en las fiestas. Nunca pudo imaginarse que la Comisión de Festejos la tuviese de aquí para allá sin un momento de reposo. Nuestras conversaciones cuando iba de visita se centraban todas alrededor del mismo tema.

-No me lo recuerdes -dijo estirando el brazo para agarrar la botella de pacharán-. Debería haber esperado otro año, la verdad. Cuando mi madre hablaba de ser la madrina juro que decía que era facilísimo. Solo pastitas y anisete.

-Estamos hablando de épocas pasadas, Mayra. Desde que existe el coche, como que cualquiera puede ir a Lisboa y, ya de paso, traerse un nuevo juego de mantel y servilletas para hacer que cada fiesta sea única.

Mayra soltó un gruñido y de dio un lingotazo a la botella mientras las demás la mirábamos con algo de alegría malintencionada.

Por muy maja que fuese mi prima, todos opinábamos que era algo chulesca. Ella y su hermana, cada vez que venían al pueblo, parecían estar a un nivel superior. Mira que Mayra rondaba solo el metro y medio, pero tenía un halo de grandeza alrededor que, si bien le ayudaba a lidiar con el mundo, nos dejaba a los demás muy por debajo de las expectativas. Con eso de que su padre era un señor y que les iba tan bien y que eran tan listas, había veces que el resto de mortales nos sentíamos algo intimidados. Cuando por fin veías a la casi perfecta Mayra sufrir las de Caín por culpa de unas pastas, era imperativo disfrutar del momento ya que no se repetiría en el futuro.

-Prefería la conversación cuando iba de escoceses -musitó.

Eso nos hizo reír aún más.

-¡Hablemos de guarrerías!

Carlota parecía solo tener una cosa en la cabeza. Nuestra amiga de melena despeinada y pendiente en la nariz era una *hippie* tardía. Durante el *flowerpower* hubiese sido mucho más feliz.

-Como no seáis vosotras... Yo con una hija recién nacida, no tengo energías para nada que no sea lo imprescindible y el sexo, solo de pensarlo, me agota -se quejó Carmen.

-Conmigo no contéis. Yo no practico -dijo Patricia orgullosa.

-¡Pero no te importa escuchar! -malmetió Carlota.

-¿A ti?

-Pues sí. En Madrid te aseguro que quemamos la noche.

-Dime de lo que presumes... -chinchó de vuelta Patricia.

-Uy, ahora sí que se pone interesante aunque yo, nada de nada -suspiró Laura-. Se supone que una vez que pasas de los dieciocho la cosa es más sencilla, pero yo todo lo veo más complicado. Además, los tíos van a lo que van y no es que me queje, pero siempre repiten las mismas frases y una quiere algo de romanticismo. Aunque, si lo que quieren es un «ven aquí que te doy un repaso», mejor que no intenten camelarte porque acaba siendo peor.

-Y luego -siguió Carlota-, cuando están en faena parecen pulpos tocando aquí y allí sin orden ni concierto.

-¡O estrujando!

-Eso, estrujando, y les dices «chico, esto no son las cincuenta sombras», pero están tan en modo túnel que ni oyen, ni ven, ni nada.

-¡Sólo tocan! -enfaticó Laura señalándonos con la botella de pacharán.

-Y no precisamente en el sitio que quieres.

Creo que esta vez mis padres se despertaron de golpe por las carcajadas histéricas que no pararon de salir hasta que esas locas casi terminan con la botella.

-Os juro que yo nunca fui tan lanzada -aseguró Carmen mientras se limpiaba las lágrimas con la manga del forro polar.

-Y acabaste con un tío de portada de novela erótica -le recriminó Mayra.

-Algunas tienen suerte -suspiró Laura. El alcohol la convertía una suspiradora compulsiva.

La botella de pacharán pasaba de mano en mano y ya nadie se molestaba en rellenar los vasos. Directamente a morro. Los efectos se notaban en la falta en consonantes de las mitad de las palabras y la falta de tacto con el que tocábamos temas en los que, al menos la mitad de las presentes, éramos unas reprimidas. Hasta Patricia se estaba chispando y hacía gestos con las manos de los que acabaría por confesarse a la semana siguiente, si no le daba antes un ataque de culpa y aporreaba la puerta del cura para una charla rápida antes de que despuntara el día.

Yo no podía beber y eso lo hacía todo mucho más divertido. En tiempos venideros sería la única

que les recordase una y otra vez aquella noche con pelos y señales.

-En serio. Creo que los hombres que además de saber hablar, saben tocar a tiempo y con eficacia, no existen.

«Sí que existen».

-Esther acaba de suspirar -dijo Laura entre tragos.

-¿Yo?

-¡Sí tú! -gritaron todas.

-¿Yo?!

-¡Lo sabía! -gritó Carlota.

-Cuenta, cuenta. -Laura se había puesto de rodillas y poco menos que imploraba, suspirándole a la botella, claro.

Empecé a mirarlas con algo de temor. Todas tenían cara de ansia cotillil y yo no tenía cotilleos. Primero, porque había prometido silencio y segundo, porque iba a empezar a chorrear baba y estas me lo recordarían de por vida.

-Lo mío es pura imaginación -solté.

Pero Carlota había medio cerrado los párpados y eso no era bueno. No señor. Además, desde que había descubierto su vena celestina era un peligro porque veía amor y parejas detrás de cada esquina. A cada cual más inverosímil.

-¡Imaginemos, imaginemos! -Y Laurita comenzó otra vez con las palmas como si aquello fuese un tablao flamenco. Estaba fuera de sí con una toña importante y como era parte de nuestra la familia, una vez le daban coba ya no podía parar.

Me fijé en ella.

Era la hija de una prima hermana, Sonia, y simplemente por eso la puse siempre en el lado de las pequeñas, pero realmente nos llevábamos solo cuatro años. Ahora que ella y Carlota eran uña y carne, ya ni se notaba la diferencia, al menos conmigo y Patricia. Mayra y Carmen eran algo más mayores

Quizá porque Carlota, a pesar de su edad, siempre pareció mucho más madura que el resto de su generación, o porque Laurita con ese pelo largo rubio rizado a lo richi y esa altura, destacaba un montón. Laura empezaba a deslumbrar y con Carlota a su lado ya las veía reinas de las fiestas por siempre jamás. La presencia de la una y el carisma de la otra iban a hacer estragos entre la población masculina del lugar y de toda la redonda.

Un peligro, vaya.

-¿Por qué no decimos lo primero que se nos ocurra empezando por un «imagino...»? Cuanto más picante mejor, claro.

Carlota y sus ideas.

-Sois unas guarras -dijo Patricia. No porque realmente pensase que lo fuésemos, aunque lo éramos, sino porque ella jamás dejaría volar la imaginación en cosas que se acercaran ni a cien metros de algo considerado vagamente picante.

En todos los grupos tenía que haber una oveja negra, ¿no?

-Venga, Patri. No seas aguafiestas. Empieza tú si quieres.

-Dejadla en paz -dijo Mayra arrastrando las sílabas justo antes de darle al pacharán-. Si no quiere, pues que no diga nada.

Con tantos años fuera, nuestra pequeñísima prima, cada vez parecía menos de la familia. Nos la habían cambiado en el extranjero. Bueno, el pelo rubio y las pecas la delataban pero por lo demás... Siempre se cortaba al hablar, tanto que a veces dejaba las frases a medias cuando se veía perder el control y eso era algo que nos era imposible al resto. No tenías más que verla ahora,

cocida, y conseguía mantenerse al margen cuando lo único que le apetecía era contar a saber qué intimidad. Y todas escucharíamos con atención porque anda que no había secretos detrás de esa cara inocente.

No sabíamos por qué ahora pasaba más tiempo en Santo Domingo que en Madrid. Viendo que vivía en lo que fuese una casilla de cabras todos asumíamos que no tenía trabajo, pero era pura especulación. Desde que su madre muriera, Mayra había dejado de venir al pueblo y como que nos habíamos olvidado casi de ella. Ahora que había vuelto, todo el mundo había intentado preguntarle. Pero ni por esas; ella era una tumba.

En ese momento comencé a preocuparme seriamente por su salud mental. Una cabrera necesitaba expresarse o se volvía loca y mi prima no decía nada...

-Podemos empezar por Patricia y seguir las agujas del reloj -dijo Mayra chasqueando los dedos con cara de «¡Eureka!». O sea, que el alcohol empezaba a querer soltarle la lengua también. Quizá hubiese esperanza.

Todas, menos la aludida, soltaron un grito de victoria. Esto cada vez se ponía mejor.

-¡Qué eficiente y ordenada! -chapurreó Carmen.

-Gracias. -Y Mayra fue a hacer una reverencia estando sentada; perdió el equilibrio, nadie sabe cómo, y acabó de bruces contra el suelo.

La explosión de risas fue épica; tanto que quedamos sordas durante un rato y fijo que todas las alimañas de los alrededores salieron espantadas.

-¡Que te vas, camping gas! -gritó Carmen dándose de bruces contra una mochila tras levantarse para ayudar, mientras Mayra luchaba con uñas y dientes por desenredarse de las cuatro mantas que la tenían atrapada besando el suelo.

Para entonces tenía dolor de flato de tanto reír y Laura empezaba a rebuznar.

-Imagino... ¡Imagino...! ¡¡I-ma-gi-nooooo!!

Callamos de golpe y la botella se estrelló contra el suelo antes de que Laura consiguiese rescatarla.

¡Patricia quería jugar!

-Digo que imagino a un grupo de caballeros.

Se me escapó un chapurreo con lo de «caballeros».

-¿Te importa? -pidió Patri muy digna-. Es mi imaginación. Espera tu turno.

Y va la tía y hace un movimiento con la mano como si fuese Lady Winchester. Sí que se estaba soltando.

-Me callo -dije haciendo esfuerzos por no reír.

-Pues eso -continuó levantando la barbilla-. Imagino un grupo de caballeros subiendo sudorosos por el camino en nuestra busca con tan solo... ¡unos pantalones bombachos!

-¡Nooooooooo! -gritó Mayra llevándose las manos a la cara.

Lo que nos hizo reír aún más. Si es que era posible.

Porque Mayra iba por el mundo ¡en bombachos! o en pantalones de ante, que era mucho peor.

-Sois muy, muy, muuuuuuy crueles -nos acusó Carmen apretando los labios aguantando la carcajada. Solo consiguió que el aire saliese a trompicones por la nariz provocando un desagradable sonido y un moco volando.

-¡Como que tú no estás de acuerdo!

Mayra seguía con las manos en la cara diciendo que no con la cabeza y gruñendo en otros idiomas. Pobrecita.

-¡Siguiente! -gritó mi prima intentado pasar la patata caliente. Al cabo de un rato dejamos de martirizarla, pero es que tenía que comprender que ir con bombachos por la vida atraía

comentarios. Al menos los nuestros eran bienintencionados. En fin.

-¡Me toca! -gritó Carlota impaciente. Al final estábamos siguiendo las manillas del reloj. Ver para creer que supiésen de derecha e izquierda después de la segunda botella.

Pensó un momento dándose golpecitos en la barbilla con la yema de los dedos.

-Me gusta imaginar cómo sería que te lamiesen ahí abajo con completa y exclusiva dedicación hasta hacerte perder el concepto del tiempo.

Todas dijeron que sí con la cabeza. Todas menos Patricia, que ahora tragaba saliva y respiraba entrecortado.

Pobre.

-Sigue, sigue -suplicó Laura entre suspiros.

«No hace falta que imagine nada. Con solo mirar un poquito hacia atrás puedo sentir todavía los ciempiés corriendo por toda mi piel. El ticli-ticli y el palpito en mi centro cuando todavía no he vuelto en mí. Con él recuperando la respiración apoyando la frente sobre mi vientre después de un orgasmo increíble».

«No señor, no tengo que imaginar nada de nada».

Me acoplé mejor sobre aquel colchón improvisado presa de mi propia fantasía.

«No estar preparada para esa sensación es lo mejor de todo. Da igual lo que hayas leído, lo que te hayan contado, o lo que hayas imaginado. Cuando él baja chupándote como si fueses un helado, es pasar a otra dimensión porque no ves nada más allá de esos labios y esa lengua que va dejándote la piel deliciosamente pegajosa a su paso. Y la anticipación te mata y sabes cuál es la meta y pensar que ya estás que te mueres y ni siquiera ha llegado a la guinda...».

«Y por fin te atrapa donde más te gusta y te mira justo antes de usar todo el arsenal y ya no hay nada más. Solo él, su mirada limpia y tu pobre cuerpo que hiperventila y disfruta a golpe de lametazos y mordiscos».

«Gritas que no pare y por si acaso, le agarras con saña del pelo para guiarle y que te deje ver. Y se atraganta y las tosecillas te acercan más y más al paraíso y...».

¿Por qué nadie decía nada?

Abrí los ojos para enterarme de por dónde íbamos con lo de la rueda y me encontré a cinco amigas mirándome sin parpadear.

La botella de pacharán se había estrellado contra el suelo otra vez y todo el líquido formaba un charco rojo justo al lado de la fogata.

-C...como que mi imaginación es difícil que compita con eso -tartamudeó Carlota.

-Mi vida sexual es una caca-admitió Carmen sacando el móvil de la mochila-. Ahora que estoy grabando. ¿Te importaría repetirlo todo desde el principio? Asegúrate de explicar bien eso de las tosecillas.

Laura ni se había dado cuenta de que su manta absorbía pacharán tan concentrada que estaba en mirarme como si fuese una aparición divina.

-Siento que mis oídos deberían confesarse. -Patricia tosía ahora de forma compulsiva y Mayra le daba palamaditas en la espalda aguantándose la risa lanzándome la archiconocida mirada de «y parecía tonta cuando la cambiamos por la lavadora».

-He vuelto a pensar en alto, ¿verdad?

Dijeron que sí a coro pero antes de aguantar dos mil millones de comentarios bienintencionados salí del apuro con un:

-¡Juro que lo mío es pura imaginación!

Capítulo 10

El timbre comenzó a repiquetear. El maldito timbre que mi hermano me había regalado por mi cumpleaños y que no servía más que para darme palpitaciones de puro susto cada vez que alguien llamaba a la puerta.

No era un *ding-dong* normal, era un bocinazo industrial que me hacía saltar todas las malditas veces que alguien se decidía a apretar aquel interruptor.

Me di la vuelta y busqué entre las sábanas algún sitio más oscuro. El movimiento me hizo ver las estrechas.

-¡Rosales!

Esta vez, al menos ahora aporreaban la puerta como cualquier persona normal.

-Dejadme en paz -grité con la cabeza hundida en la almohada.

-¡O abres, o entro por la ventana! -Carlos había venido solo, menos mal.

-Entra si puedes, cabrón. -Hasta la mandíbula me dolía.

-Rosales. -Mientras repetía mi nombre como un disco rallado, deslizaba la ventana de aluminio desde fuera haciéndola rechinar. Fui a taparme los oídos, pero la parálisis de los hombros me lo impidió.

-Qué -gruñí.

-¡Rosales! -No pensaba moverme más; solo conseguiría que me dolieran más los músculos que, hasta entonces, no sabía que poseía.

Tiró de la manta y quedé al aire.

-¡Hostias, Rosales! Estás hecho un cromo.

Volví a taparme consiguiendo que todo el lateral me doliese aún más.

-Vete a paseo y déjame dormir.

-Son las 10:00 a.m. -Sí, mi amigo Carlos, tan propio él, hablaba de las horas como si estuviésemos en el ejército. Le pasaba siempre por estas fechas.

-¿Y?

-Que la competición de nado empieza en una hora.

-Bien por ellos. El agua está limpia y seguro que hace buen tiempo.

-No tenemos bastante gente. Si no te apuntas, solo Pablo y Palomo serán del pueblo. No podemos consentirlo.

-Pablo nada fatal. -Eso lo sabía todo el mundo.

-Contamos con el «efecto Phelps». Por muy mal que nade, tendría que jugar a nuestro favor que sea más largo que un día sin pan. Con un par de brazadas bien dadas será suficiente. Pero necesitamos más gente.

-¿Por qué no vas tú?

-Yo no nado.

-Y tampoco bailas, y no sabes cómo hacer una caldereta, y tienes una jeta que te la pisas.

Carlos tardó un momento en pensar cómo conseguir sacarme de allí.

-La llave no está.

Levanté la cabeza de golpe y el latigazo que me dieron las cervicales casi me hace perder el conocimiento.

-Qué llave.

-No te hagas el despistado. La llave que colgaba del Mayo no está, y viendo cómo tienes los muslos y los brazos me da que has sido tú el que ha llegado hasta arriba. Al menos lo has

intentado.

-¿Qué Mayo? -gruñí.

-Deja que te explique, amigo Rosales. En este pueblo cortamos un árbol todos los años, bueno, los quintos y algún que otro soltero cortan el árbol. Debe rondar los ocho metros de alto, robusto pero algo flexible. Le quitan las ramas, parte de la corteza y lo embadurnan en grasa. Lo plantan en la plaza y le cuelgan en lo alto un regalo. El soltero que quiera, podrá trepar el Mayo. Si consigue llegar al regalo, se lo dará a su novia, o si no la tiene, a la que le gustaría llevarse al huerto. Debes sufrir además amnesia transitoria porque ayudas a plantarlo todos los años.

Se sentó en la cama y con el movimiento volví a ver las estrellas. Tenía todo el cuerpo dolorido, incluidos los párpados.

-¿Y? -dije mordiendo la almohada para no pegar un grito de dolor.

-Que este año el regalo era una llave que habría un cofre que habíamos guardado debajo de la barra del chiringuito de la plaza. Y hoy hemos amanecido sin llave y sin cofre. ¿Quieres que pregunte qué soltera ha recibido una llave y una caja por ahí? Mejor aún, puedo preguntar y, ya de paso, dejar caer que solo tres personas sabían dónde estaba el cofre.

-No serás capaz.

Carlos tuvo entonces el valor de reírse en mi cara al ver que me había pillado, pero yo no estaba en condiciones de discutir, de salir de la cama y menos aún de nadar.

-Venga, hombre -dijo condescendiente mientras me daba una palmada en el hombro haciéndome sisear-. Solo un par de largos y al menos cumplimos con el cupo. Los de Navacancho han venido hasta con uniforme. Camisetas y bañadores a juego.

-No jodas.

Me estaba chantajeando a las claras, pero si era verdad lo de los uniformes...

-Como lo oyes.

Aquello eran palabras mayores. Los de Navacancho ni siquiera tenían río. Tenían mucho árbol y mucha historia, pero a ellos les llegaba medio arroyo como mucho.

Fui a girarme muy despacio para poder salir de la cama, pero ni por esas. El cuerpo lo tenía entumecido desde los dedos de los pies hasta las puntas de los pelos.

-No creo que pueda, tío -admití-. Estoy cubierto de moratones y creo que me he dislocado algo, por no hablar del dolor de ingles. No me veo yo pedaleando ni aunque me regales una hélice.

-Te pondremos en las competiciones chorra y como sustituto en caso de que alguien más se raje. ¿Tienes algún bañador de pata larga?

Si me metía en el agua se me congelaría lo poco que todavía funcionase en mis traumatizadas células. Aunque bien mirado, el agua calmaría la fiebre que sentía por toda la piel, principalmente en las zonas más sensibles imprescindibles para la reproducción. Ni siquiera había dormido con la manta y eso que en agosto por la noche refrescaba.

-Mira ahí -dije señalando una cómoda.

Tan cansado estaba que cuando Carlos volvió de buscar en mis cajones me encontró roncando.

-Rosales, no te me duermas que se nos hace tarde. -Me meneó con la mano y juro que sentí como si me estuviesen dando descargas eléctricas. De las malas.-. Y deberías bañarte antes de salir; hueles a grasa.

«No me digas, Sherlock».

Me había duchado cuando llegué a casa pero el olor no se iba y, sinceramente, no estaba dispuesto a frotar más. Los raspones que tenía en la parte interna de los muslos eran más que suficientes.

Las gilipolleces que éramos capaces de hacer por una mujer.

Yo encima ni siquiera dejé una nota. Probablemente se imaginase que unos de los escoceses había conseguido llegar hasta arriba.

«Apaleado y encima, idiota».

-Dame un momento y busca una aspirina -dije levantando la mano en un esfuerzo ímprobo del que inmediatamente me arrepentí. Por lo visto no había contado con el dolor de muñecas hasta ese mismo momento-; mejor machaca cuatro o cinco en agua. Calculo que en diez minutos mis terminaciones nerviosas comenzarán a despertar.

Moviéndome como si tuviese ciento cinco años, conseguí sentarme en el borde de la cama. Respirar no era fácil porque al coger aire me pinchaba un costado.

Me miré en el espejo. Cualquiera que no supiese que había subido al Mayo habría pensado que me habían dado una paliza.

Realmente el Mayo me dio una señora paliza la noche anterior porque cuando fui a subirlo, se me clavaron todas astillas que habían dejado las botas de los demás, aunque fueron esos pequeños surcos los que me ayudaron a conseguir la llave.

Estaba tan cansado cuando por fin agarré aquella cinta que directamente me dejé resbalar dejándome la piel sobre el tronco sin corteza. Los pobres pantalones no sobrevivieron a la aventura y en cuanto llegué a casa los tiré a la basura.

Nadie me vio. Eran las seis menos cuarto de la mañana cuando los pocos que quedaban en la plaza decidieron llevar la fiesta a otra parte.

Carlos volvió con una tostada de mantequilla y mermelada, un café y un vaso de agua lleno de trozos de aspirina. Quince minutos más tarde me ayudaba a ponerme en pie para que pudiese subir el bañador por las piernas. Para la camiseta de manga larga tuvo que hacer más esfuerzos porque en cuanto me subía los brazos, ellos solos caían por su propio peso. Por si acaso, decidí ponerme también unos pantalones largos por si tenía la suerte de no tener que bañarme después de todo. Mi amigo demostró tener una paciencia asombrosa y no le sacó punta a cada gruñido. Debía estar desesperado para tomarse tantas molestias. Ni siquiera me recordó lo de la ducha.

-¿Puedes andar? -me preguntó agarrándome del codo izquierdo; curiosamente la única parte del cuerpo que había salido ilesa.

-Ya veremos. -Con el movimiento, el dolor se iba haciendo más llevadero.

-Intentaremos que alguien más se apunte. Gracias por el esfuerzo.

Carlos siempre se llevaba el gato al agua. No sé como lo hacía pero acababas haciendo lo que él quería y encima te hacía pensar que ibas de motu propio. Me recordaba a mi madre.

-Una cosa más -dije parando justo a la puerta-. Si preguntan, esto me lo he hecho plantando el Mayo. ¿Queda claro?

-Clarísimo. Tira.

Mi amigo salió de casa medio corriendo y yo le seguí como si me acabaran de operar las almorranas. Para cuando me senté en el asiento del copiloto ya había puesto el coche en marcha.

Quién hubiese podido imaginar que nuestro pueblo tenía unas carreteras en tan mal estado. Cada movimiento repercutía en mi pobre esqueleto multiplicando el efecto por diez haciéndome ver las estrellas a cada seis metros. Conté al menos treinta socavones y un montón de metros de asfalto irregular. La carretera que llevaba al río y que se adentraba en la sierra estaba ladeada, de forma que acababas contra la puerta más veces de las que no, por no hablar de los surcos de camiones sobre el asfalto. Para no enfocar demasiado en los puntos de dolor, decidí ir pensando qué escribir en la carta de protesta que mandaría al concejal de urbanismo.

Ya en el río, el pueblo entero se apretujaba para ver a los niños nadar. Por lo menos las nuevas generaciones lo hacían mejor que nosotros, aunque era difícil predecir el futuro. Ya antes

habíamos visto chavales que prometían y que luego como que se nos echaban a perder. Es más, el grupo de menores de dieciocho eran solo chicas, algunas incluso amigas de amigas de alguien del pueblo, pero no íbamos a ponernos pejugeros. Podíamos darnos con un canto en los dientes por tener representación en todas las disciplinas.

Lo que no imaginé fue que Carlos me hubiese apuntado en la yincana acuática en la que había unos troncos saltar, una tirolina por la que lanzarse y no sé desde cuántas alturas tirarse al agua antes de bucear para conseguir el trofeo final. Una sandía.

En ese momento vi mi futuro revisando licencias de pesca en silla de ruedas apostado a la entrada del único puente que cruzaba el río. Los titulares habrían dicho: «aguerrido guarda forestal deja de sentir las piernas tras caer en plancha desde una altura de metro y dos centímetros provocándole extrañas marcas por todo el cuerpo y un extrañísimo olor a rancio».

Decidí esperar tumbado sobre la hierba apartado de las masas animando a nuestros pobres competidores a ver si así alguien se olvidaba de mí. Mi móvil empezó a sonar en el bolsillo de los pantalones y a punto estuve de no responder por miedo a dislocarme también el codo.

-¿Sí? -contesté sin mirar.

-¿Es verdad lo de la trampa?

Mi padre.

-Qué te han dicho.

-¿Para qué coño puede querer alguien los huevos de un macho cabrío?

-No tengo la más remota idea, pero no creo que sea para nada bueno. Algún laboratorio ilegal, alguna secta loca, algún idiota con complejo, a saber.

-Ya no quedan furtivos con algo de decencia.

Había tanto que discutir con aquella afirmación que prefería no entrar en detalles.

-Las cosas han cambiado mucho desde tus años jóvenes, padre. Ahora se caza con rifles de mira telescópica, silenciador y, por si acaso, punto láser. Todo por hacerse la foto con una cabra muerta sin haber pagado licencia.

Pasamos unos segundos sin decir nada.

-Cuenta conmigo, hijo. En cuanto tengas un rato, te acercas y hablamos de los detalles.

No esperé a que colgara.

-¡Carlos! Tengo que marcharme. ¡Me llevo tu coche!

Qué satisfacción da ver al organizador de todo tirarse del pelo viendo a una de sus marionetas pasarse por el forro su instrucciones. Para colmo, le roba el coche y se ríe a sus expensas mientras dos madres cabreadas le zarandean porque con los tapones, sus hijos no han oído el silbido de salida.

Capítulo 11

Patricia había salido corriendo de mi casa; la cabeza gacha, el paso decidido. Ahora mismo seguro que estaba llorando a lágrima viva en su habitación o continuando con sus rezos en la iglesia pidiéndole al altísimo salvar mi alma.

Nuestra amistad había evolucionado más en los últimos seis meses que en los veinte años anteriores todos juntos. Una evolución de la que perfectamente habría prescindido gustosa.

Patri era mi mejor amiga y, con diferencia, la persona más buena y generosa que había conocido en mi vida. Siempre pensaba en los demás antes que en sí misma y era la primera en ayudar en lo que fuese cuando fuese. Era un pequeño tesoro al que cuidar y teníamos suerte de que no se hubiese marchado en busca de pastos más verdes.

Pensándolo bien, se me hacía imposible imaginar a Patricia buscándose la vida fuera del pueblo. Arrestos tenía de sobra y sobrecualificación para el trabajo que realizaba, pero ella y Santo Domingo eran un tándem inseparable. Mi amiga se consumiría fuera de este lugar y el pueblo languidecería sin ella. Tal para cual, en el fondo.

Solo había una cosa que empañaba la que, por otro lado, sería considerada la imagen de una persona perfecta: su extraña dependencia para con la iglesia.

Sería comprensible si quisiese hacerse monja, pero no era el caso. Cada vez pasaba más tiempo rodeada de señoras mucho más mayores que, aunque la querían con locura, solo la enclaustraban más en una claustrofóbica pecera donde solo se permitía a ciertos peces nadar.

Nada en contra. De no ser porque los peces de fuera y los de dentro estaban en peceras separadas por un tubito cada vez más estrecho.

En los últimos tiempos, y probablemente mi enfermedad tuviese mucho que ver, me mentaba la Biblia al menos un par de veces en cada visita; me aconsejaba más como un cura que como una amiga y cada vez era más distante. No por encima; Patricia jamás se comportaría como si estuviese sobre nada o sobre nadie. Se comportaba con un halo de cuidada distancia donde cada palabra que salía de su boca parecía haber estado planificada con antelación. Como si siguiese una especie de pieza teatral donde ella sabía perfectamente su papel y a mí me confundía porque no sabía si me encontraba ante mi amiga de toda la vida o ante un alien que había ocupado su cuerpo.

Las cosas aquel día se habían desbordado cuando sin poderlo evitar, le dije cuatro sinceras verdades a la cara. Más bien lo que pensaba de su actitud para conmigo.

La gota que colmó el vaso fue que me instigó a rezar con ella por la paz de nuestras almas y no pude evitar pensar que ya me daba por muerta. Y sí, yo no las tenía todas conmigo, pero aquello dolió. Patricia me preguntó toda compungida si era capaz de arrodillarme a los pies de la cama porque había encontrado una oración en el misal que me ayudaría en tan malos momentos y ella gustosa estaba dispuesta a rezarla conmigo hasta que me la supiera de memoria.

Pensaba ella que era la mejor forma de enfrentarme a la siguiente noria de tratamiento como si rezarle al altísimo fuese a chamuscar todas las células podridas que querían invadir mi cuerpo. Además, según sus palabras, un alma pura como la mía era más que receptiva al rezo y la ayuda del Señor.

Aquello me sonó a exorcismo, sinceramente.

La bronca que tuvimos fue monumental. De haber tenido fuerzas le habría lanzado una silla. Solté una y mil maldiciones y lloré de rabia en su cara declarando que ella no era mi amiga Patricia.

El dolor que se dibujó en su cara bien podía haber sido portada de cualquier póster en una

consulta psicológica especializada en malos tratos. Y aquella expresión me asustó, más que cualquier extraña actitud que tuviese hacia mí.

Todo empezó porque, aunque había vomitado nada más despertar, el estómago se había vuelto a encoger en cuanto me senté en la cocina para pasar el rato con ella.

No nos dio tiempo, ni a ella ni a mí, a acercar la palangana que tristemente dejábamos debajo del banco de la cocina para emergencias de este tipo.

Acabé echando tres miserables babas en el suelo y lloré no solo por el picor de esófago sino por la vergüenza de tener espectadores. En este caso, el corazón más bueno del pueblo y, al mismo tiempo, el más exasperante. Patricia era un sol para mí, pero cada vez me enervaba más su brillantez. Una luz que tiempo atrás fue una guía y que ahora me deslumbraba tanto que me provocaba dolores de cabeza.

Y esa cara de pena. Siempre penitente por mí.

Comenzaba a ser insoportable y más aún desde que se lanzó a buscar formas de «curarme». Cuando empezó con lo de los rezos me enfadé tanto que hasta olvidé de por qué estábamos allí.

Porque la había llamado. Por primera vez en semanas habíamos estado mandándonos mensajes y la había invitado a tomar café aprovechando que mis padres estaban en el río. Tenía tanto que contarle...

Había amanecido con una sorpresa bajo las sábanas. Una cajita y una llave atada con un cordón. Alguien me había regalado algo y se había asegurado de que solo yo lo viese. Y pensé en... bueno, pensé en él pero como era imposible pues me vino a la cabeza que quizá fuese mi amiga del alma la que quería animarme.

Últimamente no recibía más que malas noticias de los médicos. Ellos aseguraban que todo era normal, sin embargo encontraban algo nuevo con cada revisión. Lo último había sido el hígado. Sí, el cáncer había tocado el hígado. Tampoco es que fuese una sorpresa, la verdad, el color amarillento de mi piel no dejaba lugar a dudas. Así que nada, otra operación me esperaba en el horizonte.

Ingenua de mí pensé que lo había pasado mal con las dos primeras rondas de quimioterapia; que los dolores de la primera operación habían sido fuertes, pero es que ahora tras tres meses de nuevas sesiones me veía más allá que acá. Sí, ese allá que nadie me mentaba, el que yo siempre tenía presente y el que empezaba a estar presente en la cabeza de los demás.

Incluida Patricia, por lo visto.

Patricia, que siempre veía la parte buena de las cosas. La única con una sonrisa genuina siempre en los labios. Ahora sonreía, pero con los ojos llenos de lágrimas, o en el peor de los casos, con un serio ataque de mocos como si tuviese alergia. Y ella no tenía alergias, ella sufría por mí y yo, en vez de agradecida, me rebelaba porque aquella cara no sabía mentir y me recordaba no solo lo mal que me sentía sino lo mal que sabía camuflarlo.

No es que buscase juerga continua. Solo quería algo de normalidad. Una conversación en la que no se acabase hablando de lo mismo o nos esforzáramos todos para no acabar hablando de lo mismo. Una conversación en la que nadie comentase mi pérdida de peso, o me forzase a salir de casa como si viviese en una clínica de recuperación para pacientes con neumonía.

Yo paseaba todos los días, muchas veces sola y jamás era suficiente. Nunca me movía lo suficiente, nunca comía lo suficiente, nunca estaba animada lo suficiente, nunca hablaba lo suficiente; cuando yo jamás había sido de las que les gustaba el deporte, jamás me atiborré con nada porque la comida tampoco es que fuese una de mis grandes pasiones y pegarle al pico, siempre lo hice solo con mis amigos, vamos, que nunca fui pregonera del pueblo, vaya.

Nadie comprendía que la comida simplemente no me sabía a nada; no, sí que sabía, pero a metal.

Un extraño sabor metálico que tapaba el sabor de todo lo demás. Al principio, todo el mundo tuvo consideración sobre ese pequeño detalle, un año después era yo la que no hacía suficientes esfuerzos por disfrutar de aquellos manjares. Tampoco pillarían que estaba cansada, siempre, y lo de andar quilómetros porque sí no solo no me atraía lo más mínimo sino que lo veía contraproducente cuando al cabo de un rato las piernas no daban más de sí y, si no tenía nada con lo que apoyarme cerca, besaba la cuneta.

«Come un poco más, hija. He frito a propósito esos pimientos verdes que tanto te gustan», decían. «Has de poner algo más de tu parte. Recuerda lo que te dijo el médico», aconsejaban. «Arriba ese ánimo», ordenaban.

Y así, ad infinitum.

Carlota apareció justo a tiempo de evitarme hacer una llamada telefónica pensada para disculparme y que probablemente en la realidad, terminase con Patricia y yo enzarzadas en una agria discusión. Tres horas después de la pelea y todavía tenía ganas de sacar las garras.

-Traigo nuevas -dijo toda contenta.

-Ya pueden serlo -murmuré.

Paró de repente a medio camino de dejarse caer en la silla. En vez de eso, se sentó con extremo cuidado. Mi mala leche podía olerse en el ambiente.

Mi amiga calló y me miró de hito en hito.

Hasta Carlota se cortaba de instigar cualquier clase de conversación incómoda. ¿En qué momento había muerto la chispa entre nosotras? Éramos famosas por nuestras discusiones salidas de tono y ahora nadie decía nada a mi alrededor no fuese a cercenar cabezas.

Y no podía hacer nada por evitarlo. Absolutamente nada.

-Cuenta -dije soltando el aire. Más por fastidio que por interés. Sinceramente, me daba igual lo que pasase en el mundo.

-Vengo de hablar con Trini.

-Cuenta -ahora sí que hablé con decisión.

-Está pensado en denunciar a su ex-suegra.

-¿Cómo? Trini es un pedazo de pan.

-Un pedazo de pan al que algunos se empeñan en hacer migajas.

-No. ¿Quién podría querer hacerle nada malo a Trini?

-Esa mujer, la suegra, no está en su sano juicio. Dice que quiere las cosas de su hijo y le ha pedido la llave como si fuese su casa.

-¿Pretende merodear en esa casa sin que Trini esté presente?

-Eso parece. Dice que no quiere que Trini toque nada o tire nada, que ella se encarga. Le he dicho que denuncie o, mejor aún, que tire todas las cosas de Alberto por la ventana. Nada como que los vecinos vean unos calzoncillos llenos de agujeros para que la señora cierre la boca y deje de hacerle la vida imposible.

Lo segundo era mucho más llevadero que lo primero. Bastante malo era ya denunciar a tu novio y que todo el mundo supiera que te había robado; tener que denunciar al resto de su familia era harina de otro costal. Además, ¿qué es lo que realmente podía denunciar la pobre Trini?, ¿que su ex-suegra le había hecho una pregunta?

-Quizá denunciar sea algo drástico -dejé caer.

Carlota resopló y se dejó caer hacia atrás en la silla con mucho dramatismo.

-Ya lo sé. Realmente le he dicho que vaya al cuartelillo y pida consejo. No es una denuncia oficial, pero ningún agente va a ir diciendo nada por ahí y es bueno que sepan cómo se las gasta la buena señora. Además, he pensado que si ella quiere con tanto ahínco las pertenencias de su hijo,

a lo mejor es porque sabe dónde está.

Esa era otra. Alberto llevaba meses sin dar señales de vida. Todo el mundo asumía que se estaba gastando todo el dinero de su ex-novia antes de volver con el rabo entre las piernas.

-¿Cuándo viene Trini al pueblo?

-Creo que los jueves, ¿por qué?

-¿Qué te parecería si la invitamos a cenar o algo? Siempre puede dormir luego en mi antigua habitación.

-¡Esther! -Carlota se me lanzó al cuello abrazándome con fuerza. En menos de cuatro minutos había hecho planes no para el siguiente jueves sino para todos los jueves de ahí a la eternidad.

Quién sabe, quizá la compañía me ayudaría a no convertirme en una bruja como la madre de Alberto.

Capítulo 12

Ni Jaime ni yo habíamos pegado ojo la noche anterior y el día se alargaba y alargaba entre estiramientos de extremidades, litros de café y bostezos. Todas esas noches de patrulla empezaba a hacer mella.

Después de que Esther y compañía decidiesen hacer aquella pequeña acampada, los chavales más pequeños de la peña decidieron copiarles y, por tanto, allí que nos tocó otra vez a los dos panolis más panolis de la vecindad asegurarnos de que no pasara nada. Al menos el dueño del huerto estaba haciendo el agosto, porque gratis, gratis, no les dejó acampar.

La primera vez sin embargo, había sido mucho más entretenida. Espiar a la cabrera era mejor aliciente que intentar que unos imberbes no se sacaran los ojos o bebiesen petacas llenas de whisky robado de la botella de papá.

Tal y como estaba el patio, cuando las chicas empezaron a mover hilos y organizar la acampada, los demás empezamos seriamente a preocuparnos y ahora, con menores la preocupación incluso creció.

A Jaime y a mí parecía habernos mirado un tuerto. Al igual que la noche anterior, la noche en que las chicas fueron de acampada nos tocó otra vez de guardia porque Scott, marido de Carmen y siempre dispuesto a ayudar, no estaba y Pedro y Carlos ya había hecho la ronda el día de antes.

Debía haber prestado más atención a lo que los chavales hacían, lo sé, pero las horas se hicieron más cortas recordando la noche que Jaime y yo dedicamos a ver desde lejos con los prismáticos cómo las locas esas se lo pasaban pipa. Una cosa era segura, a ningún depredador se le hubiese ocurrido acercarse a semejante grupo de gritonas. Estábamos al menos a un quilómetro y las oíamos perfectamente partirse de risa mientras se hinchaban a chocolate y chupitos. Decididamente aquello ganaba a patrullar buscando cazadores furtivos fantasma.

Cuando fuimos a recogerlas en la mañana del tercer día, eran unas zombis de pelos encrespados y ganas de echar la pota a cada curva del camino. En esa ocasión no hubo que ofrecerles el coche; en cuanto abrí la puerta se apiñaron todas en mi coche, obviamente algo ebrias y con ninguna gana de caminar de vuelta al pueblo.

Pero algo bueno salió de aquella aventura. Esther acabó aplastada contra mí en el asiento delantero del viejo todoterreno pretendiendo que dormía a la vez que hacía círculos con los dedos sobre mi cadera.

Y yo encantado, aunque estaba seguro de que ni se dio cuenta en el estado de semilucidez en el que se encontraba. Desde aquel día la había visto poco o nada. En una ocasión pude acompañarla a casa aunque siempre guardando las distancias y rodeados de gente. A menudo me daba por pensar que aquel fin de semana jamás existió o que jamás le afectó como a mí.

El ding de mi móvil me sacó de aquellos recuerdos.

Padre: Segunda tarde charlando con adalides de la libertad y el derecho a cazarlo todo. Nada que no sepamos. Nada que te sirva.

Recibí el mensaje cuando terminaba una de las excursiones con el grupo de la residencia de ancianos. Todavía tenía una hora más de curro pero, por lo visto mi padre no atendía a esquemas y yo estaba que me caía.

Era además la primera vez que mi padre usaba el móvil para mandarme un mensaje; un móvil que le compramos mi hermano y yo y que odiaba con todas sus fuerzas. Debía estar disfrutando de lo lindo a lo 007 si ahora me mandaba mensajes.

-Nora -dije sin levantar la vista-. Tengo que acercarme al cuartelillo.

Mi jefa soltó un «ay» mal disimulado. Empezábamos a tener mal nombre entre los del gremio y cada vez más se requería su presencia en la Diputación porque por lo visto nos imaginaban en medio de una de esas historias de un Espagueti Western en el que reina la ley de nadie y todo el mundo va con armas por si acaso.

Nuestro puesto de trabajo empezaba a pender de un hilo. Más aún si terminábamos pidiendo a otras zonas algún macho para poner mantener la población de cabras monteses a flote.

Todos nosotros empezábamos a sufrir un caso agudo de paranoia hasta llegar al punto de tener a todos los becarios haciendo recuentos y pateándose el monte en busca de algún ejemplar que no estuviese marcado. Los animales desaparecían como por arte de magia.

Por desgracia, los pocos machos recién nacidos en primavera no iban a poder aparearse antes de que estos desgraciados acabasen con todo.

Todas las cabezas se giraron cuando entré por la puerta del cuartelillo. Ellos también empezaban a acusar la presión. Seprona o no, todo el mundo ahí vivía sepultado en pilas de informes para sacar el trabajo a delante. Por lo pronto, las vacaciones de la mitad de ellos, incluidos secretarios, habían quedado pospuestas. Un fin de semana largo era lo máximo que alguno consiguió permitirse. Hasta Tarzán, el perro pastor, estaba estresado.

Tuve que esperar un buen rato a que Jaime volviese de su patrulla. El tiempo me vino bien porque necesitaba un momento para reagrupar antes hablar de algo que había quedado sepultado en el pasado y ninguno en mi familia había vuelto a mentar esperando que los años lo convirtieran en una especie de sueño o medio leyenda que nadie en el futuro se creería.

-Tengo el informe sobre los movimientos de Alberto Ramos sobre la mesa de mi despacho. - escuché al otro lado de la puerta.

Estaba justo al lado de dicha mesa y por inercia bajé la vista y sí, una carpeta abierta con la foto del malnacido recopilaba sus idas y venidas desde hacia varios años.

Levanté la vista porque la imagen de aquel ingrato me revolvió las tripas y porque bastante tenía ya con los furtivos como para entretenerme en las excursiones de un chorizo de tercera. Alberto era un delincuente que milagrosamente había conseguido no aterrizar en prisión. Bebía a crédito, se metía en trifulcas, se jugaba el sueldo de su novia a las cartas y se sospechaba que había entrado por la ventana de algún que otro comercio para meter la mano en la caja.

Su novia, vivía con la vergüenza y miraba hacia otro lado. Debía quererle con locura porque el capullo no se merecía que le dieran ni los buenos días. Trini, por el contrario, era pura candidez y no veía mal en nadie. Normal que el retorcido la escogiera como novia. La camelaba una y otra vez después de alguna refriega prometiéndola el oro y el moro para volver a las andadas unos meses después y arramblar con el dinero que ella sola llevaba a casa.

Trini no se lo merecía y ojalá que Alberto no volviese, porque cada vez que me le cruzaba tenía serios problemas para no estamparle contra la pared. Pero no estaba allí para cabrearme por un don nadie. Fijo que algún otro, tarde o temprano le daría su merecido.

Estaba mirando por la ventana cuando Jaime y sus ojeras empujaron la puerta con el hombro mientras cargaba con una pila de papeles con su pistola en lo alto haciendo equilibrio. El tío tenía peor aspecto que yo. El guardia civil no se asombró lo más mínimo de verme allí cavilando mientras veía pasar a la señoras de camino a la carnicería.

-Dime que tenéis un video con la cara de los furtivos. Haz que mi día se enderece, Rosales -dijo mientras dejaba aquella tonelada de papel sobre la mesa manteniendo con la barbilla el arma.

-Va a ser que no.

Soltó el aire y me invitó a sentarme.

-Dime entonces qué te trae por aquí.

Nos sentamos cada uno al lado de la mesa; los dos con los hombros en tensión.

-Creo que deberías apartarme de la investigación.

Jaime se puso más cómodo y esperó a que continuara.

-Vengo a poner algunas cosas claras antes de que todo esto se nos vaya de las manos -aclaré.

Jaime arrugó la frente, pero se reprimió de empezar con uno de sus interrogatorios. Aproveché para exponer la situación a mi manera.

-El caso es que muchos te dirán que yo soy el menos indicado para encontrar a los furtivos. Es más, probablemente te digan que yo soy uno de ellos.

Jaime cruzó los brazos y siguió en silencio. Me levanté y fui a cerrar la puerta. Por mucho que alguno pudiese recordar algo de lo que iba a contar, no tenía intención de ser la comidilla del cuartelillo.

-Hace un montón de años -dije mientras me sentaba de nuevo-, mi padre fue acusado de cazar al menos ocho cabras monteses, tres de ellas machos.

-Acusado.

-Acusado y declarado culpable. Él y otros dos más.

-¿Lo hizo?

-Sí.

-¿Por qué me lo cuentas?

-Porque tarde o temprano te llegará la noticia y quería ser yo el que te lo dijese. Eso era lo que el Viejo Verde dejó caer cuando perdí la paciencia. Verás, eso pasó hace treinta y cinco años y ha llovido mucho desde entonces. En cuanto se probó lo que mi padre había hecho, cumplió su castigo y, sin pisar por casa, mis abuelos le mandaron a Sevilla a trabajar con su primo. Allí estuvo unos años hasta que decidió volver. Nunca ha vuelto a empuñar una escopeta, nunca ha vuelto a juntarse con esa gente y, aunque tiene unas convicciones algo alejadas de las nuestras, entiende y apoya la prohibición de cazar al buen albedrío.

-Y cómo estás tan seguro.

-Mi padre le tiene más miedo a mi madre que a la Benemérita.

Aunque poco convencido, Jaime tuvo que admitir que era más que probable que mi madre tuviese a mi padre más controlado que cualquier ley o castigo penal.

-¿Me estás diciendo que te apartemos públicamente de la investigación?

-Lo dejo a tu elección. No tengo nada que ocultar y mi padre tampoco, aunque esta gente no olvida. Da igual el tiempo que pase, mi padre será siempre un furtivo y yo el hijo de un furtivo, lo que nos hace sospechosos. He aprendido a vivir con ello, pero a veces la situación me puede y salgo por donde no debo. Supongo que ahora que sabes todo esto entenderás mejor lo que pasó aquel día.

»A lo que voy. Llevamos con esto un año. Los que medio enterraron aquellas cabras cerca de la vereda son los mismos que tenían aquella cueva de los maquis hasta los topes de cuernos y cuero y sabemos que son los mismos que montaron la trampa que encontramos tú y yo porque había una reja igual en la cueva. Y nos dan esquinazo una y otra vez. Aquí hay gente que se está ganando un jornal decente dando chivatazos y, de seguir así, la cosa empeorará porque no hay nada como el dinero fácil.

-¿Qué propones entonces?

-Usar a mi padre.

Jaime levantó las cejas como si le hiciese gracia, aunque al cabo de un momento volvió a tensarse.

-Cómo.

-Él sacará más información echando una partida de dominó en el bar adecuado que nosotros investigando durante dos años. Si es que no ha empezado ya.

Se dejó caer en el respaldo de la silla.

-Si hay una declaración pública después de que todo esto acabe de que mi padre no tiene absolutamente nada que ver con los furtivos, está dispuesto a intentar acercarse a ellos y conseguir información para nosotros.

-Esto no es una película de espías y lo sabes.

-Los sabemos. Mi padre solo tiene intención de oír ver y callar, pero él sabe con quién y dónde hacerlo. Su mala reputación probablemente le acerque más al meollo de la cuestión que lo que nosotros podamos. Pero ya te digo que solo lo hará si se limpia su nombre públicamente después. Se le va a ver en malas compañías y los rumores se van a extender como la pólvora.

-O sea, que no hay problema si aparece como un héroe después.

-No exactamente. Para él lo importante es que no se le vuelva a asociar con la caza furtiva. Ah, y quiere por escrito que nunca tendrá que hacerlo de nuevo.

-Aquí hay furtivos desde siempre, ¿por qué ahora decide ayudar?

-Porque me ve en las últimas y porque le tiene más tirria a los furtivos con dinero que vienen, disparan y desaparecen, que a los que intentamos cazarlos. Supongo también que porque piensa que los de aquí que ayudan a esos ricachones son unos idiotas que han vendido su alma al diablo por unos euros.

-Tendré que hablar con mis superiores y me temo que tú quedarás al margen de lo que tengan que negociar con tu padre. El cómo puede ayudarnos quedará entre nosotros y él.

Eso no lo había pensando. Realmente creía que yo acabaría siendo de enlace. Eso si seguía en el caso, claro.

-También te aconsejo que a partir de este momento no vuelvas a hablar de esto con él. Si mis superiores aceptan la oferta nos pondremos en contacto con él tarde o temprano. Deja que haga su vida y tú continúa como hasta ahora. No pienses que vas a librarte de trabajar gratis. Continúas en la investigación, amigo.

Dije que sí con la cabeza. Por mucho que Jaime pensase que nadie estaría al tanto, iban a correr ríos de tinta en el momento que a mi padre se le viera en ciertos bares hablando o cerca de cierta gente. Es más, a raíz del mensaje que me había mandado raro sería que la peña no me parase por la calle a preguntar. Estábamos en Sierra Negra y aquí nada se pasaba por alto.

Pero sí, que no se me vieran con mi padre de ahora en adelante socializando en público probablemente fuese incluso algo bueno. Si parecía que estábamos distanciados, ayudaría a pensar que mi padre había pasado de nuevo al lado oscuro. O simplemente era como la Guardia Civil hacía las cosas. O yo que sé.

Mi madre iba a sufrir un ataque.

Antes de salir por la puerta pregunté algo que me tenía intrigado.

-No pareces muy sorprendido. Por lo de la caza furtiva de mi padre, me refiero.

Jaime se inclinó hacia delante y entrelazó las manos sobre la mesa.

-Rosales. Todo esto que me has contado ya lo sabía. ¿O crees que no tenemos archivos en la Guardia Civil? Y lo sabía antes de pedir que nos ayudases, pero gracias por confiar en mí y en mi criterio.

Quizá debería haber dicho algo, pero entre que el tema me enervaba y que Jaime se había puesto blando no supe exactamente cómo contestar. Con decir que sí con la cabeza tendría que valer.

El trayecto en coche de vuelta a casa no ayudó a tranquilizarme como normalmente lo hacía. Lo veía todo más complicado y con menos oportunidades de éxito. Llevaba días sin dormir y, con lo

que acababa de discutir con Jaime, terminaba de cruzar la línea entre ser un buen ciudadano y pasarme tres pueblos con eso de hacer lo correcto. Porque además de trabajar extra por amor al arte acababa de meter a mi padre en un fregado que podía llegar a ser peligroso. Lo único que me tranquilizaba era que ahora estaba en manos de Jaime y compañía; gente por la que pondría mi mano en el fuego. Jaime y David, en concreto, ni siquiera tenían vida fuera del cuartel. Jaime porque todavía no terminaba de acoplarse al lugar y David porque... bueno, por lo visto todavía acarreaba problemas de otros destinos en los que las cosas no eran tan fáciles como aquí. Los dos socializaban poco o nada y volcaban todas sus energías al trabajo.

Era todavía pronto para cenar y no me apetecía terminar en el bar. Lo de tener una casa que distaba de ser acogedora tenía sus puntos negativos. Pasar la tarde viendo la tele en mi cocina no se me hacía demasiado apetecible.

Así que había terminado a la puerta de la casita de Mayra porque quería ver a mi amigo en acción, si tenía suerte. Era divertido verle tantear y tantear, pretender que estaba por encima del bien y del mal cuando en el fondo estaba más perdido que Wally en un partido del Atleti.

Los culebrones de otros serían el entretenimiento perfecto.

Mayra me había invitado muchas veces a su casa ya que, según sus palabras, era de los pocos que vivía en el pueblo aunque nunca me había atrevido. Cuando vi con los prismáticos cómo Carlos aparcaba su coche en el garaje mirando derecha e izquierda y subía la cuesta para meterse en la calleja unos días atrás, decidí que era tontería dejar pasar la oportunidad.

Mi amigo tramaba algo en casa de la prima de Esther. Algo raro si consideramos que no se hablaban y Carlos tenía novia en Ávila.

Haciendo memoria intentando buscar explicaciones para ese comportamiento tan extraño, llamé a la puerta de nuestra más reciente ciudadana.

-¡Está abierto!

Mayra era de las pocas que todavía dejaba abierta la puerta. Decía que había vuelto porque eran ese tipo de cosas las que echaba de menos y no tenía intención de cambiar. Se empeñaba en volver al pueblo de su infancia y todavía no admitía que ese pueblo ya no existía.

La pequeña saltamontes preparaba algo en la cocina, Carlos estaba sentado al lado de la estufa y un bulto estirado se apoyaba contra él en el banco. Vaya, mis sospechas acababan de confirmarse. Mi amigo pasaba las tardes aquí. Pero no estaban solos.

Una mano salió de aquel bulto para saludarme.

-Rosales.

Me incliné para ver quién susurraba debajo de las mantas sabiendo perfectamente a quién pertenecía aquella mano frágil.

Esther.

Mi delicada y rota Esther.

Hacía semanas que no la veía y, como siempre, el alivio por verla ahí se mezclaba con el ansia por romper cosas de pura frustración. Cada vez que me la encontraba, era menos nuestra Esther y más un zombi.

Puto cáncer. Nos estaba quitando la vida a todos.

-Hola, preciosa. -Recibí un "hola" entrecortado como respuesta.

Mayra se acercó a darme un abrazo de bienvenida. Abrazar a la pequeña Mayra era facilísimo a pesar de su tamaño; tenía don de gentes y, por extraño que parezca, siempre me trató con cariño. Últimamente, incluso, me lanzaba alguna que otra mirada apreciativa. Como ahora.

Carlos no perdía detalle mientras disimulaba leyendo el periódico. Cada vez lo hacía peor, la verdad.

-Me alegra que por fin te hayas pasado -dijo la pequeña Cabrera mirándome a los ojos-. Estaba preparando un café, ¿qué te apetece?

-Primero necesito agua, estoy achicharrado, aunque no le voy a decir que no a un buen café solo, bien cargado.

-A la orden.

Estuvimos un rato charlando de esto y de aquello. Carlos hacía carantoñas a Esther y Mayra no paraba de hacer planes. Yo observaba triste cómo el uno y la otra tenían a nuestra flor marchita entre algodones mientras que la pobre no era capaz ni de mantener la conversación. La frustración de no poder hacer nada me estaba matando.

-Creo que es hora de irme -dijo Esther en un hilo de voz mientras intentaba incorporarse.

Carlos hizo el amago de ir a sostenerla pero mi mano levantada le detuvo.

-Yo la llevo -dije.

Aparté la mesa y la cogí en brazos. Cada vez pesaba menos.

-Gracias. -Muy agotada debía estar cuando no protestaba por la ayuda.

-De nada, preciosa. Gracias por el café, Mayra; nos vemos esta noche en La Tasca.

-Allí estaremos -contestó Carlos.

Agradecí que Esther tuviese los ojos cerrados porque allí todo el mundo se estaba aguantando las ganas de llorar.

Subí el trecho de cuesta que conectaba la calleja con la casa de los padres de Esther. Llamé al timbre pero nadie contestó.

-Creo que están en misa, seguro que la puerta está abierta.

-Otros como Mayra. Deberíais tener más cuidado. -Bien sabía yo de entrar allí sin ser visto.

-Y qué van a robar.

-Todos los cabreros sois unos cabezones ingenuos. -Abrí la puerta y la llevé a su habitación. La de abajo, la que encantado quemaría.

Sonreía cuando fui a dejarla en la cama lo que me hizo cambiar de opinión. Me quité las botas sin soltarla y la senté en mi regazo sobre el colchón. Me daba miedo apretar no fuese a romperse.

-No me sueltes, Artemio. Sé que no debería pedírtelo, sé que no es parte del trato, pero no me sueltes. Quédate conmigo un rato más -susurró mientras se quitaba la peluca y la tiraba al suelo.

Nunca lo parecería, pero todavía había temperamento en ella. Todavía se sublevaba con acciones como aquella. La peluca, para Esther, no era más que otra señal de lo que la estaba pasando. Si se la ponía era por evitarle al resto el mal rato de verla sin pelo. En casa se la quitaba porque decía que necesitaba ver al enemigo; enfadarse con él y plantarle cara.

Para mí, su calva era más bonita que cualquier melena de un anuncio televisivo de champú.

-¿Soltarte? Eso nunca -prometí apretando los dientes.

Esther no estaba llevando nada bien el nuevo tratamiento. Los doctores juraban y perjuraban que la cosa no iba mal, pero ella perdía peso y vida a ojos vista. Los análisis indicaban que estaban cercando a la bestia y sin embargo yo no veía que la cosa mejorara.

La mecí despacio hasta que se durmió. Antes de que sus padres volvieran la metí en la cama y me despedí besando su perfecta cabeza.

Hora de patearme el monte. La Tasca tendría que esperar. Con suerte, lo mismo a Carlos le apetecía acompañarme. Necesitaba charlar con alguien porque estando solo corría el peligro de volverme loco.

Puto cáncer.

Capítulo 13

Estaba en mi habitación, la de arriba, pasando las hojas de mi diario.

«Escribe un blog o un diario, Esther. Te vendrá bien desahogarte», me habían aconsejado.

Cuando me dijeron que tenía la enfermedad de Hodgkin pensé que algún perro vagabundo me había pegado algún parásito. En serio, creí que aquellos sudores venían de la incubación de un bicho.

Pasé el dedo por las caras de risa que dibujé entonces.

En esos primeros días en los que no quise enfrentarme a nada, lo tomé todo a risa. Me imaginaba al tal Hodgkin feo a rabiar y me daba pena que hubiese descubierto tan desagradable enfermedad. Porque sería muy listo descubriendo esa clase de cáncer, pero saber que miles de personas en el mundo odian con todas sus fuerzas algo que lleva tu nombre no debe ser plato de buen gusto.

En medio de un ataque cínico como pocos incluso le dediqué una oda al pobre señor después de haberle puesto de vuelta y media primero, por supuesto.

En las primeras páginas del diario había detallado todo lo que los médicos me dijeron. En qué consistía la enfermedad, qué tratamiento debía esperar, efectos secundarios, *etc.* Había hecho un calendario donde tenía todas las fechas importantes apuntadas, día primer y último del primer ciclo de quimioterapia, días libres entre medias que rellené con millones de actividades, hasta planeé un par de escapadas a la playa. Se me saltaron las lágrimas cuando llegué al posit en el que había apuntado las ofertas que encontré en internet.

Pasando páginas, encontré también aquel mechón de pelo que pegué con celo antes de que se me cayera a puñados. De un día para otro prácticamente todo el vello del cuerpo desapareció. Como lo poco que no se cayó daba tanta grima acabé por depilarlo todo. Cabeza, cejas y vello público. Nunca volvió a crecer nada otra vez.

También puse ahí mi lista de colores preferidos y las formas en las que podía atar pañuelos a la cabeza sin parecer una monja.

Leyendo ahora el detalle con el que había escrito cada paso del camino no sentí alivio, aquello era... ¿cómo lo llamó Artemio? Morboso, cruel. Y qué razón tenía.

Pero esa fase duró solo unos meses. Con el tiempo dejé de prestar atención y casi paré de escribir. Los detalles del tratamiento me parecían cada vez más escabrosos y, sinceramente, daba igual lo que me dijese porque era una cobaya y jamás entendería realmente de qué iba todo aquello. Los tecnicismos, que al principio sonaban tan creíbles no eran más que una forma pomposa de nombrar conceptos tan simples como dolor, podredumbre, angustia, ansiedad, veneno, más veneno.

Así que dejé de querer entender nada. Yo estaba allí a su merced y delegar en su sapiencia me hacía sentir mejor, menos mal.

Además, como dolores no tenía al principio, me fue relativamente fácil aceptar y decir que sí a todo. Porque mis doctores sabían mucho y porque nunca me planteé pensar lo contrario.

Varias operaciones después, eternas sesiones de quimioterapia y una continua degradación corporal, me daba exactamente igual a qué altura del tratamiento me encontraba. Al tercer cambio dejé de planear y hacer calendarios.

Mi diario empezó a ser caótico. A veces escribía algo, a veces insertaba fotos, alguna que otra página tenía las letras emborronadas por culpa de las lágrimas.

¡Cómo odiaba aquel diario! Solo mirarlo y me entraba la angustia.

Tanto es así que me entró la tos otra vez y los ojos se me llenaron de lágrimas, pero no por la

pena. Me mareé al girar la cabeza y sentí un pinchazo en el costado.

Subir las escaleras había sido todo un reto y no en el buen sentido. Por lo normal ya me costaba subirlas, pero es que hoy se me había hecho especialmente cuesta arriba y eso que venía de echarme la siesta en la habitación de abajo. Llevaba dos días del revés. Mareada, muerta de calor o de frío y con un dolor de cabeza insoportable que me hacía ver doble. En mis circunstancias no era nada del otro mundo, aunque esta mala sensación era diferente.

Me sentía más rara de lo normal, pero como con cada visita al hospital tenía que enfrentarme después a nuevos efectos secundarios, había esperado a decir nada.

Debía ser la visión de ese diario. Una razón más para terminar de una vez y olvidarme de su existencia. Escribir en aquel cuaderno no me había hecho ningún bien.

Hoy sería la última vez que escribiese nada, así que fui derecha a la página en la que había pegado con pegamento aquel viejo papel.

Me senté más cómodamente en la cama y bolígrafo en ristre fui a atacar aquellas líneas.

Cuando escribí aquella lista, las circunstancias eran bien distintas. El espíritu con el que el pensé aquella serie de locuras, eran diametralmente opuestos al espíritu con el que la leía estos días. Aquella otra vida era una existencia despreocupada; los días iban y venían sin esfuerzo, por inercia.

En ese tiempo vivía con mi hermano en Madrid. No es que quisiera estudiar una carrera, pero necesitaba salir del pueblo si no quería morir estrangulada por aquella minisociedad encorsetada que amenazaba con volverme loca.

En el pueblo no había nada. Mucha soledad, mucho cotilla y nada que pudiese elevar el alma. La compañía era escasa y el entretenimiento inexistente. Pasaba las horas mirando por la ventana hacia la sierra preguntándome cómo sería la vida al otro lado. Sierra Negra no lo era solo por el color, era negra en mí.

Acabé estudiando turismo porque quería ver mundo. Me veía dirigiendo hoteles en el Caribe, elaborando rutas por tierra, mar y aire para aquellos a los que les sobraba el dinero. Deseaba ir de crucero por la cara y encima ganar dinero por el camino. Había soñado tanto...

Hoy todo era distinto. Difícil saber si mejor o peor. Me refiero a lo que sentía por este lugar. Por mucho que despotricara de Santo Domingo, había una especie de cordón umbilical que nos unía. Un cordón que me hacía, en cierta forma, dependiente. Daba igual dónde me llevaran mis sueños, mi realidad era Sierra Negra y admitirlo me hacía sentir bien. Extraño lo que sale a la luz una vez que te sinceras contigo misma. Porque lo de ver mundo fue una etapa, nada más. De haber tenido un futuro creo que lo habría disfrutado aquí, donde nací.

Cuando enfermé, todos de una forma u otra vinieron a darme su apoyo. ¿Cansino? En extremo. ¿Reconfortante? También. Pero fue mi tío Raimundo, el hombre albino que todos temían, el que me abrió los ojos. El que me hizo mirar dentro.

Vino un día temprano y se sentó en silencio en la cocina. Le ofrecí un café y lo rechazó; le pregunté por su mujer y se enfadó; le enseñé los papeles del médico y casi los lanza contra la pared; nada del otro mundo.

Al levantarse para marcharse, arrojó mis manos con sus zarpas callosas y dijo mirándome a los ojos:

-Haz todo lo que los matasanos te digan. Si hay alguien que pueda salir de esta es una domingueña, y no digamos una de los cabreros.

Y yo le creí. Y yo me sentí domingueña, no ciudadana del mundo. Extraño que no había caído en aquella verdad hasta ese momento.

Pobre tío Raimundo.

Y hoy tachaba el deseo que quedaba pendiente en aquella lista de cosas por hacer, pero no había abierto aquel cuadernillo por eso. Algo me rondaba en la cabeza y necesitaba escribirlo y rápido.

Una vez escrito, la habitación comenzó otra vez a dar vueltas y con las vueltas mi cabeza comenzó a llenarse de nuevas cosas que escribir.

Me temblaban las manos cuando llegué a la primera hoja en blanco que encontré.

Respirar no debía ser esto

Nadie me enseñó

sin embargo

sé.

Sé respirar.

¿Y para qué?

Para que mi aliento se lo lleve el viento,

para que desaparezca entre los árboles,

para que ellos vivan en mí;

para que algo quede

cuando ya no sepa.

¿El qué?

Respirar

Cerré el diario con la pequeña llave que guardaba al fondo del cajón; devolví la llave a su sitio y escondí aquellas páginas donde había escrito sinsentidos los últimos años debajo de la balda suelta del suelo, junto al cofre. Si alguien encontraba aquel diario, al menos que fuese el suficiente tiempo después para no tener que dar explicaciones.

Agotada de todo, volví a la cama y cerré los ojos. Después de escribir, siempre sentía que me desquitaba de algo y esa sensación venía acompañada del deseo imperioso de respirar hondo y soltar el aire a modo de adiós. Pero esta vez inhalar se me hacía cuesta arriba.

Me tapé con la manta, me acurruqué en aquel nido frío y ya no fui capaz de llenar mis pulmones con oxígeno.

Ya no fui capaz de nada más.

«Perdóname. Si hubiese abierto los ojos antes de esto. Si te hubiese visto, visto de verdad, te habría dado tanto, todo lo que no tengo ya. Todo lo que te mereces».

Capítulo 14

Con el tema de los furtivos y la falta de personal, lo de asistir a las reuniones de la asociación cultural que habíamos montado hacía un par de años comenzaba a ser un imposible. Además, era incapaz de aportar nada porque tenía la cabeza en doscientos sitios distintos y el cuerpo no me daba para más.

Esa tarde tenía las primeras cuatro horas libres de las últimas tres semanas e iba a dedicarlas a dormir a la bartola. Siesta de pijama y orinal y, con un poco de suerte, empalmaría con la noche.

Pero antes necesitaba hablar con Carlos para decirle que quería dejar de ser el secretario; por lo menos en los próximos meses. Sabía que se lo iba a tomar a mal, más bien como una traición, pero era mejor una retirada a tiempo que terminar en desavenencias porque no cumplía con mis deberes. Porque llevaba más de dos meses sin transcribir ni una nota de las que había tomado en las últimas reuniones y no conseguía mantener el ritmo.

Me había preparado bien la conversación porque sabía que Carlos me pondría pegas y él sí que sabía negociar. Me atacaría por el lado de Fernando, seguro. Nuestro amigo y siguiente en la lista en caso de que yo no pudiese hacer el trabajo, aunque lleno de buenas intenciones, siempre tenía algo más importante que hacer o simplemente, como siempre llegaba tarde, no había manera de contar con él. Pues tendríamos que recurrir a él porque yo estaba en las últimas. Tanto era así que ya ni tenía energías para pasarme por la casa que Fernando y su mujer Milagros estaban construyendo y que nosotros, la panda, había decidido ayudar a construir como regalo de bodas.

Torcía la esquina cuando vi a Carlos y Mayra salir corriendo de la casa e ir como balas a abrir la puerta del garaje. Las caras de preocupación hablaban por sí solas.

«Esther».

«No saques malas conclusiones de donde no las hay. Anteayer se encontraba bien».

«Por Dios que sea otra cosa».

Me acerqué a prisa para ver qué pasaba obligándome a respirar tranquilo. Si me estaba metiendo donde no debía pediría disculpas después.

-¿Dónde está el fuego? -pregunté disimulando mi ansiedad.

Mayra se dio la vuelta y entonces vi cómo tenía la cara llena de lágrimas.

-Es Esther... -Soltó un lamento e inmediatamente Carlos se acercó a consolarla.

«No...»

Mientras se abrazaban, mi amigo me lanzó una mirada de derrota, apretó los labios y dijo que no con la cabeza.

Las rodillas casi dejan de sostenerme y tuve que apoyarme en el capó del coche para no caer. Sentí mucho frío.

-Nos vamos ahora mismo a Ávila; cuando sepa algo te llamo.

Asentí con la cabeza. Era el único movimiento del que era capaz.

En cuanto el coche se alejó caí al suelo y grité de rabia. A pleno pulmón, en medio de la calle.

A partir de ahí todo fue un actuar sin pensar. Corrí al coche y creo que no respiré hasta que aparqué en la esquina más alejada de la entrada en el parking del hospital.

Esperé fuera debajo de un árbol a una distancia prudencial a que la mayoría se marchara. Vi, con alegre tristeza, cómo Carlos recogía a Mayra esperando dentro del coche justo en la intersección.

Cuando comenzaba a anochecer y viendo que sus padres no salían del edificio, entré para esperar en alguna esquina a que dejaran la habitación vacía cuando fuesen a cenar. Si no la dejaban sola esperaré en la escalera de incendios.

Carlos me había mandado al móvil el número de la habitación en la que estaba después de darme las malas noticias. Mi preciosa Esther había colapsado en mitad del tratamiento. Todos los parámetros que debían estar altos los tenía por los suelos y los que debían estar controlados se habían disparado hasta salirse de las tablas.

Una simple infección. Lo que para cualquier otro se solucionaba con cuatro estornudos y dos aspirinas era, para alguien con las defensas tan bajas, prácticamente una sentencia de muerte.

Lo peor. Mi muñeca rota sufría dolores. Lo que hubiese dado por quitarle esa losa. Habría vendido gustoso mi alma al diablo por sacarla de aquella cama y arroparla entre mis brazos hasta morir los dos ancianos y por que nos diera la gana. Juntos.

Estaba sentado en las escaleras un piso por debajo de la planta donde la tenían y ahí escuché como su hermano y su madre hacían planes para bajar a la cafetería a cenar mientras fumaban un cigarrillo. Por lo visto la morfina había empezado a hacer efecto y Esther se había quedado por fin dormida.

Oí la puerta cerrarse y esperé unos minutos más.

Para llegar a su habitación tenía que doblar a la derecha en medio del pasillo que conducía al rellano de las escaleras auxiliares. Al final del pasillo estaban los ascensores con la puerta de su habitación, justo a media distancia. Si esperaba detrás de la esquina a que saliesen no me verían y en cuanto entraran en el ascensor tendría al menos quince minutos a solas con ella. Detrás de aquel recodo era donde me había enterado de su estado escuchándoles discutir fuera de la habitación para que Esther no se enterara de nada. Aunque daba igual, mi preciosa no se encontraba consciente como para atender a conversaciones.

Les oí murmurar mientras arrastraban los pies en dirección a los ascensores; cuando sonó el timbre de las puertas al cerrarse, me apresuré a entrar en la habitación llamando primero no fuera a encontrarme con alguien allí. Al entrar dejé la puerta semiabierta para poder oír el ascensor cuando volvieran.

La habitación estaba demasiado iluminada para alguien que intentaba conciliar el sueño y solo se escuchaba el sonido casi estridente de los aparatos a los que estaba conectada.

Me acerqué y me senté en una silla pegada a su cama.

Estaba pálida, casi azul y respiraba con dificultad. Era una muñeca de cristal a punto de resquebrajarse y yo no podía hacer nada por evitarlo.

Despacio cogí su mano y acaricié sus nudillos con el pulgar.

-Hola, preciosa -dije ronco.

Me agaché para besar su mano; ni siquiera me atreví a levantar los dedos del colchón.

-Me han dicho que has venido a pasar unas vacaciones y no me has invitado. -Le estaba hablando a aquella mano mientras mis labios rozaban su piel translúcida.

Creí notar que apretaba y levanté la vista.

Allí estaba ella, mirándome con devoción. Esta vez sin embargo, no iba a ser capaz de cumplir sus deseos. Ahí mismo terminaba nuestro trato. Se acabó lo de tenerme a distancia.

-Artemio... Has venido.

-Pues claro, preciosa. ¿Qué esperabas? -Sentí unas ganas enormes de tumbarme a su lado. Los cables, las sondas y su fragilidad me detuvieron.

-No pinta bien -susurró.

Fui a calmarla, pero reposó sus delicados dedos en mis labios.

-No pinta nada bien -aseguró de nuevo; como si estuviese convenciéndome.

Cerré los ojos con fuerza porque se me iba. Agotada, con dolores y sola porque nunca quise decirle la verdad. Pues bien, iba a decirle la verdad e iba a darle otro empujón para que luchara y

no se marchara. Porque era un puto egoísta y porque, por una vez, quería para nosotros lo que todo el mundo disfrutaba.

-Esther, no puedes decir eso.

-Es la verdad.

-¡Pero no quiero que lo digas! Cómo vas a salir de esta con semejante actitud dejando atrás a una armada de gente que te quiere.

La había dejado boquiabierta. Mi tono no había sido conciliador; todo lo contrario. Estaba tan enfadado que si me empujaban, acabaría por romper algo. Yo debía ser el primero que no le consentía dramatismos en un momento así. Por mucho que mereciese ser todo lo dramática que quisiera.

-Me da igual cómo pinte, preciosa. Tú y yo no nos vamos a decir adiós en la habitación de un hospital. Me debes una cita, ¿recuerdas? Y tengo intención de cobrártela. No está bien desaparecer cuando quedan cosas importantes por hacer.

Esther intentaba sonreír. Hasta el más mínimo movimiento de los músculos de la cara debía doler o quizá fuese el efecto de los calmantes, pero sonreía y pasaba despacio su mano sobre mi mejilla para limpiar las lágrimas. Estaba llorando como un crío mientras intentaba cabrearla para que siguiese luchando. Vaya estrategia de mierda.

-Un gatito con alma de tigre... -susurró.

Cerró los ojos y ya no los abrió. Me asusté y empecé a mirar aquellas máquinas buscando pitidos raros pero todo seguía igual. Antes de apretar al botón de emergencia me incliné y, aunque liviana, sentí su respiración en mi boca.

Dormía de nuevo.

Oí la campana del ascensor y antes de que se terminaran de abrirse las puertas, ya había desaparecido de la habitación.

Pero no pude dar un paso más en cuanto giré la esquina del pasillo.

Las piernas cedieron y toda la angustia acumulada se arremolinó en el pecho impidiéndome respirar. Me deslicé por la pared y acabé sentado en el suelo con la cabeza entre las piernas llorando en silencio.

Capítulo 15

El dolor era tan intenso que no había nada más a lo que pudiese prestar atención. Comer, mover una rodilla, incluso dormir era doloroso. Ya ni siquiera sentía de dónde venía; me tenía envuelta de la cabeza a los pies y no me soltaba.

De vez en cuando conseguía comunicarme con los que día y noche hacían guardia en mi habitación. Normalmente ni siquiera les veía por muy abiertos que mantuviese los ojos; era más una sensación que otra cosa por eso, en cuanto mi garganta lo permitía, intentaba enfocar las pocas fuerzas que me quedaran en despedirme.

La urgencia era tal que muchas veces ni yo misma me entendía. Tampoco hacía mucha falta, la verdad. Todos entendieron perfectamente mis deseos. Quizá no directamente de palabra, pero cada uno a su manera me dijo adiós.

Todos menos uno.

Artemio se me aparecía en sueños. Por la noche, cuando nadie más había allí para escuchar. Le sentía como un ángel, un ángel que siempre llegaba justo después de que me pusieran la medicación antes de dormir.

Cada noche cerraba los ojos y de repente, puf, Artemio entraba por la puerta con mucho sigilo y me ayudaba a dormir mejor. Y era entonces cuando me daba cuenta de lo mucho que le necesitaba aunque ni a él ni a su espíritu se lo haría notar.

Tanto me empeñé una noche, que sin saber muy bien cómo, habíamos llegado a ese punto en que me dijo triste:

-¿Realmente crees que lo que pasó aquellas dos noches iba a ser un punto más de tu macabra lista?

-No es macabra. -Negar que tenía una lista era tan absurdo como pensar que me iba a curar.

En aquel momento no sabía si estaba allí conmigo o lo estaba soñando, pero su presencia, física o en mi imaginación, era la única que me aliviaba.

-¡Lo es! -gritó exasperado-. No has ido haciendo cosas en los últimos meses para vivir la vida, lo has hecho para prepararte a morir. Lo has hecho para no tener que sentirte culpable por querer morirte.

-¡Yo no me quiero morir! -grité de vuelta aunque seguramente me había salido en un hilo de voz.

-¿En serio? -replicó casi en un susurro mientras se separaba de la cama y comenzaba a pasearse de lado a lado de la habitación dando alguna que otra patada al mobiliario-. Porque si es cierto que no te quieres morir, estás disimulándolo bien.

Dolió. Dolió oír la verdad. En aquel lugar escondido muy dentro y en el que hubiese jurado que era incapaz de sentir dolor. Pero hasta en eso parecía estar confundida.

«No, no y no». De tanto negar con la cabeza empecé a marearme de tal forma que me dio una arcada. Es difícil saber qué pasó después porque yo solo recuerdo una nube de gente y palabras conciliadoras. Y mi cabeza rebobinaba una y otra vez aquellas palabras. El tono abatido de su voz se amplificaba a cada pasada suplicándome algo que yo no sabía dar.

Volvió la calma a saber cuánto tiempo después y amanecí al día siguiente o a los dos o a los tres días siguientes completamente agotada, pero serena.

Al menos en cuerpo, porque en alma...

Y los días pasaron a ser esas horas en las que él se me aparecía como en sueños con intervalos de visitas de familiares y médicos entre medias.

Siempre ahí cuando, en la noche, sentía al de la guadaña rondarme. Cuando mi cuerpo no me

respondía y cuando solo tenía ganas de llorar.

-Artemio. ¿Por qué no me dejas ir?

-¿Qué crees que les pasará a los que te quieren? Dime. Cómo crees que dejarás a los tuyos sabiendo que no has luchado -preguntó en medio de uno de esos silencios que me llevaban a lo más oscuro.

-Mi familia...

-No hablo solamente de tu familia, Esther.

Levanté la vista; era tan difícil mantener los ojos abiertos. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que la yema de sus dedos me acariciaba los labios, las mejillas, la nariz; y vuelta a empezar.

-No hay nadie más -dije con todo el convencimiento que pude.

-¡Mentira!

Se acercó tanto que juro que sentí su aliento.

-¿Qué hay de mí, eh? ¿Qué hay de lo que yo siento?

-Tu tienes a tu amiga... la chica de Ávila.

-Ella es un recuerdo; no es real. Tú eres real; mi presente.

«No, Esther. No le empujes a esto contigo. No le ates a esto».

-Ya te dije...

Levantó una mano.

-Me sé de memoria lo que dijiste. He repetido ese discurso en mi cabeza muchas veces y siempre llego al mismo punto. Independientemente de lo que dijeras, yo no puedo parar de preocuparme por ti y quererte de una forma que no he querido a nadie en mi vida. ¡Y no es pena!

Apreté los labios porque acababa de robarme la frase. No me estaba gustando este sueño. Me estaba haciendo enfadar y yo no quería vivir lo poco que me quedara enfadada. Apreté más aún los labios y las lágrimas salieron de mis ojos porque hasta eso ya me dolía. Pero realmente no lloraba de dolor.

-No te quieres una mierda, Esther. Y lo peor es que te tomas a la ligera el amor que otros sienten por ti porque es muchísimo más cómodo claudicar. Dejarse llevar. Para lo que me queda en el convento... ¿Es eso?

Supe que me estaba limpiando las lágrimas porque usé la mano en la que me tenían conectada la vía y aquel tirón volvió a hacerme enfadar. Tan cansada estaba de driblar la ira que ya no sentía ni siquiera la pena. Porque yo daba pena y no por estar enferma, sino por pretender que me importaba un bledo estarlo.

-¡Lo odio! -grité o eso creo- Lo odio. Ni un solo momento de paz, Artemio. Desde que me levanto hasta los sueños que tengo. Todo lo ha invadido este... este... este ser putrefacto. Y mi cuerpo le deja hacer y le da de comer para que me devore a su gusto. ¿No es eso una señal?

-¿Una señal de qué? -preguntó casi fuera de sus casillas.

-De que es lo que debe ser, Artemio. De que me ha tocado la china y no hay nada más que hacer.

Soltó el aire y negó con la cabeza.

-Nada entonces, pues.

Se inclinó hacia a mí y me besó en los labios. Tan rápido que no pude devolverle el beso.

-Antes de irme deja que te regañe por última vez. Por favor, abandona esa falsedad con la que llevas cubriéndote desde que te dijeron que tenías linfoma; cierra los ojos, respira tres veces y pinta en tu cabeza a la persona que más quieras en este mundo; una vez que la tengas clara delate de ti, dile que deseas morir. Cuando el corazón duela al latir, sabrás lo que yo ahora mismo siento.

Volvió a besarme, esta vez en la frente.

-Te quiero, preciosa. Te echaré muchísimo de menos.

Algo pasó cuando me dejó sola en la habitación. Las máquinas empezaron a pitar y mi cuerpo comenzó a convulsionar. Durante aquel rato en el que mucha gente en batas blancas daba instrucciones a gritos no quise cerrar los ojos y no los aparté de aquella puerta que definitivamente se acababa de cerrar.

Capítulo 16

Durante los siguientes días, mi rutina consistió en trabajar e ir a velar a Esther. El resto era prescindible. Pensé en pedir unas vacaciones anticipadas, pero al ver cómo la angustia me consumía al pasar más de dos minutos delante del televisor, opté por trabajar más horas. En el monte al menos sentía que había un propósito detrás de tanta mierda. La naturaleza me recordaba una y otra vez lo bello de la vida, la serena inevitabilidad de la muerte y la existencia del continuo retorno. Si un árbol quedaba fulminado por un rayo, de las raíces crecía otro.

En cuanto fichaba, iba al hospital a esperar. A veces paseaba por los alrededores, a veces me sentaba en la escalera de incendios varios pisos por encima o debajo de su planta, a veces me aventuraba en la cafetería y, en cuanto podía, entraba en su habitación sin que nadie me viera.

No sé que era peor. Darle vueltas al coco o ver en vivo y directo el horror por el que Esther estaba pasando. Estaba completamente medicada, tanto que solo tenía episodios esporádicos de lucidez. Su padre había dicho que los médicos pensaban que incluso despierta, no sería capaz de recordar prácticamente nada de lo que pasaba a su alrededor.

Mejor, porque lo que le había dicho aquella noche fue el detonante de la crisis que vino después. Aseguraban que era normal y que por los cambios de medicación era lógico que su cuerpo tardara en estabilizarse. Nada más que un pequeño susto, pero yo sabía la verdad.

A punto había estado de matar al amor de mi vida. Es más, si no salía de esta ya podían dirigir hacia a mí el dedo acusador.

No sé qué me pasó. Juro que no fue una artimaña psicológica o cualquier otra forma de medicina alternativa. Le dije lo que sentía y se lo dije con toda la intención. Porque si se dejaba ir, me dejaba a mí detrás completamente solo. Con un fin de semana del que succionar por el resto de mis días.

No pude controlarme cuando la mandé a paseo; no supe reprimir mi mal genio. Quise , y lo conseguí, hacerle saber que no estaba de acuerdo, ni un ápice, en su decisión de dejarse marchar.

¿Es que nadie más veía que se sentía sola? Tenía a un enjambre de gente siempre a su alrededor, pero desde hacía mucho tiempo Esther se había creado su propia celda en la que aguardaba a que vinieran a por ella y el hijo de puta de la capucha negra era el primero de la cola al otro lado de la puerta. Yo podría querer patear a aquel cabrón, pero no le veía. Ella sin embargo, le tenía delante y ni un puñetazo daba.

Desde el primer día había confiado en la medicina, pero su cabeza, su espíritu, había quedado en un limbo de dejadez. Los demás, cegados por el cariño, habían compensado por esa dejadez pero yo... yo, sabiéndolo, me había apartado como un buen chico sin poner los puntos sobre las íes desde el principio. Como el buen chico que vive y deja vivir cuando un hombre con algo de amor propio habría luchado con uñas y dientes por abrirle los ojos y, metafóricamente hablando, darle una patada en el culo para que copiara y machacara al cabrón de negro que la quería para él solo.

Para cuando lo hice, lo hice tarde y con resentimiento. Me metí en la ecuación cuando realmente era ella lo único que de verdad importaba.

Ahora la vergüenza me tenía mirando al suelo siempre y los remordimientos de conciencia no se iban. Precio bajo que pagar por la barbaridad que acababa de cometer.

Mirando al suelo estaba cuando me tropecé con la pequeña saltamontes.

Quise decir hola y continuar mi camino pero Mayra me pilló por banda y ya no me soltó.

-Rosales, ¿te encuentras bien?

Me miraba de arriba a abajo y al mirarme yo también me di cuenta de por qué hacía aquella

pregunta.

Tenía toda la ropa arrugada y un lamparón rojo en la camiseta que decía que días atrás debí comer macarrones con tomate. Llevaba puestas las botas del trabajo, sepultadas bajo una costra de barro seco y al llevarme la mano a la mejilla, la piel de lija me recordó que hacía al menos tres días que no me arreglaba la perilla.

-Perfectamente. Solo algo cansado -dije por decir.

Mayra empujaba un carro de la compra hasta los topes e iba empujándome a mí también.

-Te ayudo a subir la compra -me ofrecí.

-No hace falta, pero gracias por el ofrecimiento. De hecho, este es el único ejercicio que hago últimamente. ¿Seguro que te encuentras bien?

Asentí con la cabeza pero no la miré; demasiado absorto en otras cosas.

-¿Por qué no me acompañas a casa y te sientas un rato al lado de la estufa? Tú y yo no tenemos mucha oportunidad de hablar y me hace falta la compañía. A veces todo está demasiado tranquilo por aquí.

Me agarró de la mano y tiró para que siguiese avanzando. La seguí sin decir palabra.

Sentados a la mesa bebíamos café sin decir nada y yo agradecí que no hiciese preguntas. Al cabo de un rato o decía algo o era mejor que me marchase.

-Tienes una casa muy acogedora.

-Tan pequeña como yo.

-E igual de bonita.

Mayra se puso roja por el cumplido. Estaba acostumbrado a dar piropos más que nada porque nunca recibía contestación, era facilísimo. Sin embargo, en este caso solo estaba diciendo la verdad. La pequeña Mayra era una mujer muy atractiva empaquetada en una bonita figura. Muy inteligente y con un corazón tan dorado como su pelo.

Y esa chispa que tanto me recordaba a Esther. Era imposible no quedar atrapado bajo esa energía. La diferencia residía en que Mayra regalaba al mundo vibraciones positivas mientras que mi Esther hacía temblar el mismo aire con su ira.

-Me pregunto -dijo todavía con los carrillos como la grana-, por qué todavía no hay ninguna mujer que te haya hincado las uñas.

Si ella supiera...

-No he visto mucho interés en mi persona, además todas las chicas guapas están pilladas.

Levanté la mirada para ver su reacción. Era divertido ver cómo ella sufría cada vez más en mantener su vida privada en secreto.

-Todas no -dijo a la carrera.

-Es verdad. Tú sigues soltera y sin compromiso -seguí picando.

-Puede, pero no me estaba refiriendo a mí.

Se hizo el silencio. Todos teníamos nuestros secretos y secretos seguirían siendo hasta nueva orden.

-¿Rosales? -preguntó mientras volvía a llenar la taza con café.

-Dime.

-¿Alguna noticia nueva sobre los furtivos?

Por extraño que parezca, me alivió cambiar de tercio.

-No mucho, la verdad. Hacemos lo que podemos, pero faltan medios y personal. Mientras, los malos parecen estar cada vez más preparados.

-Pasa en todas las facetas de la vida -dijo con un suspiro-. Miras alrededor y lo único que florece son las malas artes.

-¿No estás contenta aquí? -Lo hubiese entendido perfectamente pero, de ser cierto, nada la ataba a este lugar.

-Estoy muy contenta, realmente. Lo que pasa es que Santo Domingo de los Altos es como una burbuja de un solo sentido. Los de dentro pueden salir, mientras que los de fuera no ven la manera de entrar. Ah, y los de dentro, los que saben el camino, no se lo dicen a los de fuera no sea que traigan algo malo.

Tenía toda la razón. En este pueblo, bueno, en toda la zona, éramos muy nuestros y, aunque nos gustaba lo exótico de vez en cuando, no llevábamos bien invasiones incontroladas.

Mayra era una persona muy especial. Por un lado, como hija del pueblo, era tan local como cualquiera. Por otro, era evidente la influencia que el exterior había ejercido sobre ella. Décadas atrás se fue una muchacha domingueña cabrera; hace unos meses regresó una mujer que se había puesto el mundo por montera. Y eso daba mucho vértigo por aquí.

-Danos tiempo, cabrera. En menos que canta un gallo te hacemos entrar por la puerta grande.

-Dios te oiga -dijo más sonriente.

Justo entonces, Carlos entró por la puerta sin llamar y se quedó petrificado al vernos allí sentados. Vaya pillada. Pero su expresión era de lo más divertida. Incómodo al ver cómo le había visto entrar como Pedro por su casa y cabreado de verme allí con Mayra. Si no fuese por lo mal que lo estaba pasando le habría soltado una pulla detrás de otra.

-Perdón. La puerta estaba abierta... -dijo señalando con el pulgar hacia atrás moviendo las pupilas a dos mil por hora pensando cómo explicar aquella sorpresiva visita.

-Pasa -dijo nuestra anfitriona levantándose a la velocidad del rayo para ir a por otra taza.

Carlos se sentó en frente mío y me miró de soslayo al ver que le había robado el sitio donde normalmente se sentaba.

Sin decir palabra, Mayra le preparó el café. Cargado, cortado y con una cucharada de azúcar.

-Últimamente te vemos poco -dijo Carlos mientras despegaba el papel de una magdalena.

-Ando liado. Estamos echando muchas horas en el trabajo.

Mi amigo apretaba los labios. Quería preguntar algo, pero se estaba mordiendo la lengua.

-Ahora que os veo así, tan herméticos, cualquiera diría que sois hermanos. A veces actuáis igual -Mayra se había vuelto a sentar y nos miraba como si nos hiciese una radiografía.

-Hermanos, no. Solo medio primos. Y no vayas a comparar, Mayra. Yo soy el guapo aquí -aseguré preparándome para disfrutar de la reacción de mi amigo.

Mayra rió de buena gana y Carlos arrugó la frente soltando un gruñido. Mi «primo» se recuperó pronto y pareció que por un momento reflexionaba sobre algo.

-Lo había olvidado -dijo confundido.

-¿Sois familia de verdad? -preguntó Mayra.

A nuestra pequeña saltamontes todavía le costaba casar a la gente. Se olvidaba de los motes, el título de las familias y nunca conseguía recordar quién era primo de quién. Era un milagro que tuviese a su familia controlada.

-De pasada -expliqué-. Su abuelo y mi abuela eran medio primos lo que nos convierte en primos cuartos como poco.

Cuando me recordaban el parentesco, hacía lo indecible por alejarme lo más lejos posible de la herencia familiar. Ni por asomo quería que me asociaran con nada que tuviese que ver con la mamporrería. Mi amigo llevaba con orgullo el título; yo, por mi parte, prefería no añadir nada más a la interminable lista de motes y defectos asociados a mi persona. Yo no tenía ni la apariencia ni el éxito de Carlos así que cuanto menos se me asociara con la reproducción animal «manual», tanto mejor.

Carlos, el mamporrero, me miraba con el ceño fruncido rascándose la barbilla. Si seguía así por más tiempo no tendría más remedio que largarme antes de que se lanzara a mi yugular y realmente no sabía muy bien por qué.

-Entonces esas similitudes que veo deben ser cosa de hombres, no de primos -afirmó Mayra con ese tono suyo de saberlo todo.

-Seguramente, porque este y yo no nos parecemos en nada. -Y juro que aquella afirmación era completamente cierta. Carlos y yo no nos parecíamos absolutamente en nada, ni por dentro ni por fuera.

Carlos carraspeó para llamar nuestra atención.

Como digo. Yo jamás hubiese cortado por lo sano arriesgando a crear una situación incómoda salvo que hubiera estado en medio de un cabreo monumental. Para mi amigo ese tipo de consideraciones no importaban nada. Lo que le hacía tener éxito en el trabajo y muchísimo éxito entre las mujeres. Y consiguió su objetivo, porque dejamos de conversar y le miramos esperando a que anunciase algo que seguramente, sería otra de sus muchas chorradas cuando tenía a Mayra cerca.

-Debo volver a Ávila en un rato. De hecho, me pasaba por aquí para preguntarle a Mayra si necesitaba que la acercase al hospital.

En ese momento me enervé y mi amigo lo vio perfectamente. Arrugó la frente y me clavó la mirada igual que si estuviese en medio de un examen.

Mayra nos cogió con fuerza a cada uno por el brazo y comenzó a parlotear con una sonrisa de oreja a oreja.

-¿No os habéis enterado?!

Volví a estirarme y apreté los puños preparándome para lo peor, pero la pequeña Mayra sonreía con lágrimas en los ojos.

-¡Le dan el alta mañana! Me ha mandado un mensaje hace unas horas. Creía que os habría llegado ya la onda.

No estaba seguro de haber entendido bien.

-Cómo que el alta -dije mirándola a los ojos.

-¡Vuelve a casa! -gritó a lágrima viva.

Carlos se abalanzó sobre ella y le dio un abrazo que casi le hace caer de la silla y yo creo que por poco pierdo el conocimiento al soltar el aire que llevaba retenido desde hacía un rato. Las manos me temblaban y solo era capaz de mover la cabeza de arriba a abajo como un lunático.

-Vuelve a casa -me repetía una y otra vez-. Vuelve a casa.

«Dios. Esther vuelve a casa».

Mayra fue al baño a lavarse la cara y mi amigo entonces me agarró del brazo.

-Tu cabrera vuelve a casa, Rosales. Sécate esas lágrimas que lo peor ya ha pasado.

Cuando tuviese algo de tiempo le preguntaría a qué se refería con lo de «tu cabrera», en ese momento simplemente deseaba disfrutar de la noticia y me daba exactamente igual que Carlos, Mayra o Panete me viesan llorar.

Capítulo 17

Despacio pero con buena letra, me levanté de la cama, me puse ropa de paseo y fui a la cocina a comer algo. No es que el hambre hubiese vuelto de repente, era más bien que mis intenciones para con la comida habían mejorado. Algo es algo.

Con las zapatillas de forro polar y yendo tan despacio, mis padres no se enteraron de que me acercaban hasta que no aparecí por la puerta.

-Es como una mosca cojonera, Javier, y las moscas van a la miel -estaba cuchicheando mi madre-. No son de fiar y lo sabes. Mira cómo ahora tu amigo se junta con esa calaña de gente otra vez. Los hombres de esa familia son como son y no me agrada ver cómo nuestra niña se...

-¡Hija! -exclamó mi padre a la vez que se levantaba para ayudarme a sentarme en el banco mientras mi madre ponía tres cojines uno encima de otro. Quise protestar, aunque la cara de felicidad de mi padre me descolocó.

Llevaba tanto tiempo preocupado y luchando por mí que ya nunca sonreía o se relajaba. Hasta ese momento no me di cuenta de lo tensa que tenía siempre la espalda o las arrugas alrededor de los ojos que ya ni se iban cuando dormía.

Quise llorar, pero me obligué a pensar en el lado bueno. Por ahora seguía allí y ya tocaba que dejara de estrujarles y robarles la vida por atenderme a cada momento.

Yo iba por el mundo como si no necesitase ayuda, si bien actuaba como una damisela en apuros consintiendo que me tuvieran en volandas atendiendo a todos mis deseos. Esta lucha era mía y solo mía y hasta ahora había echado balones fuera para que mis padres cargaran conmigo.

«Perfectamente comprensible», diría mi prima Mayra. Con todo y eso, me había dejado agasajar en exceso como si yo no pudiese poner nada de mi parte.

Respirando hondo me senté sobre aquella torre de cojines y me propuse empezar una nueva etapa. Quién sabe, lo mismo esta vez acababa por darle la patada al jodido cáncer. Si no, más valía que viviese la vida y la apreciara como era debido. Al fin y al cabo era un regalo demasiado valioso como para dejarlo pasar.

-¿Cómo es que te levantas? Si me llamas, te habría acercado lo que necesitaras.

-Ya lo sé, mamá, pero estoy harta de estar tumbada en la cama sin nada que hacer. Me encuentro algo mejor y creo que debería empezar a salir a la calle. El aire y el sol me vendrán bien.

-Pero hace mucho frío.

-Me abrigaré bien. Por cierto. -«Cómo lo digo, cómo lo digo, ¡dilo!»-. No voy a volver a ponerme la peluca.

Mi madre se atragantó, pero se recuperó pronto atacando por el lado de «no me he enterado de lo que has dicho».

-Ya lo sabemos, hija -dijo mientras me atusaba la mano-. En casa nunca te la pones.

-Hablo de fuera, mamá. No voy a volver a ponerme la peluca nunca más.

Mi madre ya si que no pudo pretender que no estaba escandalizada ante la idea.

-Pero..., la gente...

-Me da igual la gente. Estoy enferma y lo sabe todo el mundo. Odio esa peluca con toda mi alma. Esa bestia de pelos me recuerda lo que tengo y sé perfectamente lo que tengo sin recordatorios. Si a la gente le disgusta ver mi cabeza calva, es su problema.

Mi madre estuvo media hora de reloj enumerando todas las importantísimas razones por las que debía usar la peluca cuando saliese fuera y yo respondí a todas esas razones con un «me da igual», «no es mi problema» o un no demasiado respetuoso «a mí plin».

Mi padre nos escuchaba en silencio dejando que mi madre hablase y hablase para no llegar a nada.

-No te molestes, Irene -dijo por fin mi progenitor-. Esther ha tomado una decisión y ya no hay manera de bajarla del burro.

Durante el buen rato que mi señora madre había estado dale que te pego, me había bebido medio litro de combustible homeopático, así que me sentía con fuerzas suficientes para mi siguiente misión.

-Viendo que estamos todos de acuerdo y ya que hace un sol espléndido, voy a ver qué hace Patricia.

Mi padre estaba asombrado, no sé si porque me veía realmente salir sin peluca a la calle o porque iba a visitar a la amiga con la que prácticamente no había hablado desde hacía un montón de tiempo.

Fui a mi habitación, me abrigué bien y me puse un gorro para que mamá Irene no sufriera un síncope.

Con paso lento pero firme, bajé la cuesta parando unas diez veces en el trayecto. Contesté a todas las preguntas que me hicieron por el camino y a punto estuve de quitarme el gorro y decirle «¡bú!» a alguno que quiso entretenerme demasiado. Si no me reía yo, nadie más iba a hacerlo por mí. Por eso tenía que hablar urgentemente con Patricia.

Llamé a la puerta y me abrió su madre, Petra, con uno de los nietos pegado a las faldas.

-¡Esther, hija. Cuánto me alegro de verte! Pasa, pasa. ¡Patriiiii! ¡Esther ha venido a verte!

Antes de que el grito llegase a los oídos de mi amiga, un ejército de minipersonas vino en tropel a ver quién era la visitante.

-Perdona por el jaleo -dijo Petra mientras empujaba a aquella manada hacia la cocina-. Si no fuese porque ya voy vieja, abría una guardería.

Estaba segura de que todo aquel jolgorio había sido cosa de Patricia. En cuanto alguien se quejaba de que no tenía a nadie con quién dejar los niños, mi mejor amiga se prestaba voluntaria y Petra, de refilón, acababa con la cocina llena de pequeñajos pintando o haciendo galletas; lo que tocara.

Patricia bajó las escaleras con una de sus sobrinas llorando a moco tendido.

-Esther... ¿Qué haces aquí?

Saqué el móvil y le hice una foto. Esa cara entre sorprendida, alegre y cagada de miedo debía pasar a la posteridad.

-¿Tienes un momento para charlar?

Patricia miraba a su madre, a la jauría de niños y a mí como si fuésemos las piezas de un puzzle imposible de encajar.

-Trae a la cría -dijo su madre por fin alargando los brazos para recibir a su nieta-. Subid a tu habitación y cerrar el tranco. Yo me encargo de los niños durante un rato. ¡A ver! -Todos los niños pararon de gritar y correr y meterse el dedo en la nariz-. Todo el mundo al salón que hoy toca baile.

-¡Bieeeeeeeeeen!

Y nos dejaron solas.

Patricia entonces soltó el aire y me ofreció la mano para ayudarme a subir las escaleras. Tan enfadadas como estábamos la una con la otra y todavía seguía mirando por mí. Amigas así hay pocas.

-Te sigo. Hoy parece que las fuerzas me dan para doce escalones.

Sonrió al oír que recordaba nuestro juego de ir contando cada escalón. Así aprendimos juntas los

números. En mi casa eran catorce.

-Subí despacio agarrándome a la barandilla. Ella, paciente, iba contando escalones a paso de tortuga.

Cuando llegué arriba me tuve que apoyar en la pared.

-No me extraña que de niñas nos pareciera agotador ir de una planta a otra.

Vi entonces esa mirada triste, pero antes de enfadarme me dirigí a su puerta. Iba a costarnos llegar a un nuevo equilibrio y no conseguiría nada echándole en cara algo que todavía ella no terminaba de comprender.

-¿Te importa si me siento en la silla? Estoy hasta la coronilla de camas.

Patricia y yo siempre nos sentábamos en la cama con las piernas cruzadas a charlar, pero en aquel momento prefería estar lo más alejada posible. Necesitaba perspectiva para discutir como adultas y no dos crías que hablan de sueños futuros y vidas que nunca tendrán.

-Vengo a pedirte perdón -le dije a una Patricia cada vez más chica sentada en la cama.

Y me enfadó ver que mi mejor amiga me tenía miedo. Que no me mirara a los ojos porque pensaba que iba a explotar o, peor aún, ofenderla con cosas que yo sabía que eran sagradas para ella.

-Patricia, siento mucho cómo te he tratado desde que supe que estaba enferma.

-No pasa nada. Debe ser muy difícil contentar a todo el mundo.

-No se trata solo de eso. Tú has querido y quieres siempre ayudar y yo no he sabido apreciarlo. No como debería, al menos.

Dijo que sí con la cabeza y empezó a jugar con los hilos sueltos de la colcha.

-No me quiero morir -afirmé.

Patricia era la segunda persona en oírmelo decir, si bien era la primera en escuchar la verdad. Sentí esa opresión en el pecho que tanto me asustaba y me mantuve firme para no echarme a llorar.

En cuanto esas palabras salieron de mi boca ya no supe reprimirme, cayendo el resto como cascada. La sangre cabrera corría por mis venas y ésta exigía que lo soltase todo sin parar a pensar.

-En serio que no me quiero morir, pero me cuesta creer que no vaya a pasar, ¿entiendes? Los médicos me dan todo tipo de opciones y aseguran que la cosa va bien y sin embargo, aquí sigo con el cáncer. En los momentos bajos admito que me he regodeado en la idea de mi propia muerte con la excusa de que debía estar preparada por si acaso. Al final casi consigo que pase.

-Esther. Tú no puedes controlar cómo tu cuerpo lucha contra la enfermedad.

-No estoy tan segura.

Me alegró ver que Patricia había levantado la vista y ahora hablábamos cara a cara como lo habíamos hecho siempre.

-Desde que supe que tenía linfoma me he puesto siempre en lo peor. Para mí, el vaso pasó a estar medio vacío.

Entonces fue ella la que tuvo que retener las lágrimas que amenazaban con caer a chorros.

De niñas habíamos hecho un juramento. «El vaso medio lleno, por siempre jamás». Ese había sido nuestro lema. Algo a lo que agarrarnos en los malos momentos. Como cuando aquel asqueroso la besó en medio del patio para hacerse el importante haciéndole daño y avergonzándola delante de todo el mundo. O cuando suspendí por primera vez una asignatura y me tocó recuperar en Septiembre; aquel verano Patricia se aseguró de que nadie hiciese nada importante cuando me pasaba las horas estudiando, «para no perderme nada», decía. O cuando aquellas chicas más mayores decidieron quitarnos el bocadillo para luego tirarlo a la papelera sin que nadie moviese un dedo por ayudarnos. O cuando sus hermanos poco menos que declararon

que Patricia nunca tendría novio y, como idiotas, todos los chicos de nuestra edad recularon por miedo a acabar desmembrados por esos gigantes que crecían medio palmo al día; lo peor es que fue Jorge el que lo pregonó un día en el bar. El muchacho ya apuntaba maneras como alguacil haciéndole a mi amiga la vida imposible por el camino.

Y siempre el vaso estuvo medio lleno. Hasta que yo decidí vaciarlo sin consultar primero.

Había sido una mala amiga y la enfermedad había sido mi pobre excusa. Menos mal que Artemio, o quizá una visión de él, me había abierto los ojos y ahora venía a llenar aquel vaso si mi querida amiga me dejaba.

-Necesito luchar contra el cáncer de frente y, a ser posible, rodeada de los que me quieren. Y al mismo tiempo, hay algo en mí que me insta a hacerlo sola. Parece una contradicción, ¿verdad?

-No -aseguró sonriente sorbiéndose la nariz-, lo que dices tiene sentido. Es muy tuyo saber que tienes siempre la sartén por el mango. Supongo que mi error ha sido intentar sostener el mango por ti en vez de ayudarte a levantarlo cuando era demasiado pesado.

Mi buenísima Patricia...

-He pensado mucho desde que discutimos la última vez y creo que me merecí a pulso las cosas que me dijiste.

-No, Patricia. Lo que dije fue para herirte y eso no te lo merecías. Tú menos que nadie. Hurgué en la llaga a propósito.

-¿Y sabes qué? Me hizo sentir orgullosa de ser tu amiga. De una forma algo retorcida pensé que te ayudaba a aliviar la carga.

-Ese es el problema, Patri. Nadie puede aliviar mi carga. Tampoco quisiera, si eso fuese posible.

-No quieres que... que... -Había empezado a implarse y estaba a dos segundos de echarse a llorar de verdad-. Entonces con quieres que te ayude. Nunca.

-No, no.

Me senté con ella en la cama y la abracé sintiéndome como una mierda por haber llegado a aquellos extremos.

-Necesito tu ayuda, Patri. Ahora más que nunca, pero una ayuda algo más comedida.

Me miró confundida, ahora hipando y con agüilla saliendo de la nariz. Igualita que las mártires de los cuadros en la iglesia. La animaría a ser monja si no fuese porque era lo suficientemente egoísta en admitir que quería tenerla a mi vera siempre.

-Te necesito cerca, idiota, pero sin atosigar. ¿O crees que no pediría ayuda y apoyo si realmente lo necesitase? El problema es que cuando os ponéis en plan «yo sé cómo hacer para que se te pase», me agobiáis más. Con toda la buena intención, no lo dudo. ¿No podemos ser amigas como hasta hace casi dos años?

-Tú quieres aplicar lo que dice mi padre siempre -dijo sorbiéndose la nariz.

-¿Y qué es?

-Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Pensé un momento y creo que era lo más cercano a lo que quería hacerle entender.

-Tu padre es un hombre sabio.

-Eso dice él.

En ese momento la tensión se alivió, aunque seguimos abrazadas la una a la otra tumbadas en la cama y en silencio durante un buen rato más. Tan a gusto estaba que bien podría haberme echado la siesta. Pero quería seguir hablando con mi amiga. Hacía tanto que no pasábamos un rato a solas y sin prisas.

-Después de todas las aventuras que os he obligado a vivir últimamente, ¿sabes lo que realmente echo de menos?

-¿El qué?

-Pintarnos mutuamente las uñas.

A Patricia se le iluminó la cara y salió corriendo de la habitación dejando la puerta abierta. La música estaba a todo volumen y se oía a los niños contar y gritar y dar patadas en el suelo siguiendo el ritmo.

Patricia volvió con las manos llenas de esmaltes de colores.

-Tenías razón. Vivir rodeada de canciones de Manolo Escobar no mola nada.

Patricia rió tanto que los botes acabaron esparcidos por toda la cama.

-Hemos decidido regalarle música más moderna y rezar para que le guste.

-Toquemos madera, entonces.

-¡Nooooo! A la derecha. Uno, dos, vuelta y otra vez a la dereeeecha -gritó Petra en el piso de abajo dando palmas al compás.

Cerramos la puerta, y oyendo a los sobrinos protestar, comenzamos a elegir colores para manos y pies.

Pasamos la tarde pintando, quitando padrastrós, limando, despintando con quitaesmalte y merendando con algodones entre los dedos de los pies haciendo malabarismos con las yemas de los dedos para evitar que el chorizo quedase pegado donde no debía.

-He decidido no usar nunca más la peluca.

Patricia me miró con los ojos abiertos casi fuera de las órbitas, pero se contuvo de decir nada. Eso era una buena señal.

-Supongo que si hace mucho frío me podré un gorro, aunque pienso enseñar la calva el resto del tiempo.

Soplé las uñas de la mano para asegurarme de que no se arruinaba el trabajo de las dos últimas horas y luego me quité el gorro de la cabeza.

Juro que solté un suspiro de satisfacción. Cualquiera diría que aquel trozo de lana pesase una tonelada.

Patri seguía callada y todavía asustada por la noticia.

-Es cuestión de tiempo que nos acostumbremos, Esther -dijo por fin tragando con dificultad-. Lo importante es que te sientas a gusto contigo misma. Además, ¿sabes que tienes una calva de lo más atractiva?

Me eché a reír.

Si salía de esta, estaba pensando seriamente en seguir con la cabeza afeitada. Por lo visto le gustaba a todo el mundo menos a mi madre. Debía ser una señal.

Capítulo 18

«No recules ahora, Rosales».

Que aquel sitio oliese a desinfectante no ayudó a calmar mis nervios. Según entré por la puerta, en vez de una cueva oscura me encontré con un algo parecido a una peluquería sin lavaderos de pelo. Según pasaban los minutos, fue transformándose a una especie de consulta médica que, en vez de señores con batas blancas, paría gente tatuada hasta las cejas y con aretes en cada una de las partes sensibles del cuerpo.

Nadie gritaba en las cabinas colindantes y tampoco oí clamar piedad mientras esperaba, lo me convenció de que aquellos cuerpos tatuados eran resistentes a todo. El mundo se acabaría y mi tatuadora sobreviviría sin mayores problemas. Porque a mí me tatuó una chica con los brazos llenos de flores y un collar al cuello que debió haberlo comprado en una tienda de animales domésticos. Con pinchos y a juego con las correas de cuero de las muñecas.

Y juro que aquellas flores tatuadas desplegaban el mismo aroma que las de verdad. O sería lo que mi cerebro quiso creer cuando me mandó a un estadio semiconsciente en el que solo se oía el zumbido de la máquina y las melodías psicodélicas del hilo musical. Cuando hubo terminado, se echó el pelo hacia atrás y comprendí que la esencia de flores no era más que el olor a champú.

Vamos, que el buen rato que estuve allí, me empeñé a conciencia en pensar en todo menos en el exasperante dolor que se ceñía en medio de mi espalda.

No fue fácil situar con precisión el punto exacto en el que quería aquella estrella. En la espalda, sobre la columna, entre la vértebra 16 y la vértebra 17. Entre la tragedia y la esperanza. Entre la novena y la décima vértebra torácica. Entre la persistencia y un empezar de nuevo. Ahí estaba mi estrella. Mi Esther.

El tatuaje era una estrella de ocho puntas que representaba a la diosa Ishtar. Un símbolo antiguo y poderoso; el símbolo de la diosa del amor y la guerra. Porque Esther hacía honor a su nombre. Batallaba sin cuartel y amaba hasta la extenuación. En cuanto se ponía a ello, claro. Eso la hacía más peligrosa, porque bajo esa preciosa apariencia élfica hibernaba una criatura imponente.

Nunca me hubiese atrevido a tatuar aquel símbolo sobre el pecho, aunque sí que se me pasó por la imaginación en un par de ocasiones. No, aquel privilegio le correspondería a otro, pero sí que iba a estar en el centro de mi sustento. Esa estrella representaba lo que la figura de Esther suponía para mí. Mi centro, el punto gravitatorio de mi existencia.

Era mi propia forma de vudú. Si Esther me sostenía, Esther no podía desaparecer. Mi propia existencia la anclaría en este mundo, mi mundo. Con pisar el mismo planeta me era más que suficiente.

El día anterior me había atrevido por fin ir a verla con el resto; como un amigo normal que va en horas de visita. Me sentí como un fraude en cuanto entré por la puerta.

Habían pasado varias semanas desde que le dije aquellas cosas tan horribles postrada en aquella cama de hospital como si la viese bajo tierra. ¿En qué me convertían aquellos pensamientos? En un traidor.

Flaqueé y dejé que Mayra, Carmen y Carlos entrasen antes. Ellos sabían como levantarle la moral, cómo hacerla reír. Le mostraban apoyo incondicional y no acusaciones como yo hice.

Me di la vuelta y antes de que me viera, salí de su casa. Seguro que habían pasado por allí todos los del pueblo y yo no sería más que otro pesado al que aguantar y dar cháchara por cumplir.

Así que en vez de dar la cara, me hice un tatuaje. Una decisión que demostraba mi enorme madurez. Tíos con mis arrestos había pocos y lo demostraban las ganas que tenía de darme con la

frente en cada superficie que se me ponía delante. Cuanto más dura, mejor.

«Rosales y sus cagadas».

Con la piel al rojo bajo una capa de gel y un plástico, me lancé a dar tumbos por la ciudad. Paseando por las calles de Ávila llegué a la conclusión de que no tendría huevos para volver a mirarla a la cara. Con el tatuaje debía de bastar y mejor que existiese alguna fuerza oculta que nos comunicase y de una forma u otra, ella sintiese que estaría allí siempre.

Un golpe en el hombro me hizo salir de aquellos pensamientos. La calle era estrecha y los viandantes debían hacer eses para no chocarse los unos con los otros. El frío cortante además nos tenía a todos arrebujados en los abrigos y manteníamos el cogote lo más protegido posible. Bufandas, gorros, solapas levantadas y claro, nadie veía por dónde caminaba. Yo, a lo mío, ni había visto venir al chaval de la mochila y casi me la como con cremallera y todo.

El encontronazo no lo vi venir, pero el portal que quedó justo en frente sí que lo vi, y cómo. Era el portal de Cuqui.

Mis pies, conociendo el camino, habían aterrizado donde siempre se encontraron bien recibidos y, mi cabeza, decidió pretender que no se daba cuenta hacia dónde me dirigía. El resto de mi cuerpo, sin embargo, seguía igual de inerte. Todo era ni fu, ni fa.

Llamé al telefonillo por pura costumbre como si fuese imposible no decir hola una vez que había llegado hasta allí. Obviamente mi cerebro intentaba decirme algo, pero la hipotermia junto con la dejadez no me dejaban pillar el mensaje.

-¿Sí? -contestó esa voz que tan bien conocía.

-Soy Rosales -contesté-, ¿te pillo en mal momento?

Tardó unos segundos en contestar.

-¿Teníamos cita?

-No, solo será un momento.

No contestó inmediatamente. Pasó un motorista acelerando y una furgoneta tocando el claxon antes de que Cuqui se decidiera a abrir.

La puerta estaba entreabierta cuando llegué al tercer piso. Tentadora y misteriosa hasta la médula, esta Cuqui.

-¡Dichosos los ojos! Llevo meses y meses sin verte-exclamó cuando por fin llegué al salón.

Nunca supe si vivía allí o si utilizaba el piso para hacer negocio. El piso estaba amueblado, aunque era algo minimalista para una criatura tan barroca como Cuqui. Al menos en lo que en el arte de la seducción se refiere.

Ella nunca echaría un polvo. Eso era demasiado soso para ella. Cuqui conquistaba y te hacía olvidar que aquello era puramente una transacción económica con intercambios de fluidos por el camino. No era de extrañar que la mitad de sus clientes estuviesen medio enamorados de ella. Porque Cuqui enamoraba, aunque solo fuese durante una hora al mes.

Sentada en aquel sofá azul, inclinada con elegancia con las piernas cruzadas, parecía preparada para la acción. Estaba vestida con un traje de fiesta. Toda de rojo y con un peinado intrincando me sonreía juguetona, esperando paciente lo que tuviese que decir.

Chasqué la lengua y negué con la cabeza realmente sorprendido. A pesar de lo tentadora que era, ni siquiera sentía ganas de acercarme. Y por fin entendí lo que mi cerebro llevaba diciéndome desde hacía tiempo.

Ahí de pie, pensé rápido en qué decir antes de salir pitando. Porque ese era el momento perfecto para soltar las riendas.

El caso es que nada me vino a la cabeza.

-Vienes a despedirte, ¿no es cierto?

Agaché la vista buscando la forma más apropiada de decir que sí sin ofenderla.

-Gentil hasta el final -dijo levantándose.

Una vez cerca, acarició mis antebrazos y fue subiendo hasta acunarme la cara con esas manos perfectamente cuidadas.

-No te pongas triste, caramelo. Lo entiendo perfectamente. La vida va y viene y ahora te aleja de mí. Con un poquito de suerte, quizá para siempre.

No entendí muy bien. Cuqui era una profesional, ¿tanto quería perder de vista a un cliente?

Sonrió y siguió acariciándome. En cuanto retrocedí, paró. Aquellas manos no eran amigas de mi piel. Ya no.

-Me hace feliz cuando encontráis a alguien que os hace dejar de venir. Debe ser especial cuando puede competir con este cuerpo. -Ya que no me tocaba, con gusto pasó las manos por la cintura hasta que reposaron en sus caderas.

Reímos a gusto por un momento. Ahora con la tensión fuera de mis hombros era capaz de expresarme mejor. Con la Cuqui escort, nunca tuve problemas en hablar lo poco que se terciara; con la Cuqui mujer, era otro cantar. Aquello era una situación nueva, al menos para mí.

-Ahora mismo -dije ya mirándola a los ojos-, realmente no tengo a nadie, pero me gustaría y siento..., siento que...

-¿Que la estás traicionando si disfrutas de mi compañía?

¿Por qué sonaba tan raro? Era un hombre libre. Esther no era mi novia y nunca lo sería, pero tenía la sensación de que con Cuqui no conseguiría cumplir nunca más a no ser que borrara a la Cabrera de mi cabeza y eso era imposible.

Dije que sí con la cabeza. La lógica se me escapaba, pero así era exactamente cómo me sentía.

-Entonces no hay nada más que hablar -susurró sonriendo-. Tus deseos son órdenes para mí, y ahora mismo no me deseas. No te preocupes, caramelo, me alegro muchísimo por ti. Cualquiera que hayas escogido, es una mujer con suerte.

-Fue ella la que me escogió.

-Chica lista.

-Pero solo una vez.

-Es imposible que habiendo estado contigo una vez, no quiera volver a por más. Te lo dice una profesional.

-Si tú lo dices...

En ese momento sonó el telefonillo. Tres toques, una pausa y tres toques más. El siguiente cliente esperaba abajo impaciente a que Cuqui le regalara una hora o dos de placeres prohibidos.

-No te entretengo más. -Y sin pensarlo dos veces me incliné para darle un beso en la mejilla.

-Muchas gracias, caramelo. ¿Estoy bien para ir de cena y fiesta de alto postín?

Se giró para enseñar sus encantos desde todos los ángulos y sí, el tipo que viniera a buscarla bien que podría mostrarla orgulloso.

-Estás radiante, Cuqui.

Y eso fue la última cosa que nos dijimos: un piropo hacia su persona.

Me acompañó hasta la puerta y en cuanto empecé a bajar las escaleras contestó a la llamada.

Justo en el portal, me encontré con un hombre de mediana edad que se atusaba el pelo y se ajustaba la corbata usando los buzones de correo como espejo.

-Que pase un buen día -dije.

-Igualmente -contestó sorprendido.

Y limpiándose las palmas de las manos con un pañuelo blanco impoluto comenzó a subir las escaleras de dos en dos.

Capítulo 19

Y yo de excursión. En el monte, junto con otros turistas. Tristemente necesitaba aquellas lecciones tanto como ellos. Ciudadana de Sierra Negra y no tenía ni pajolera idea de lo que realmente significaba. El patrimonio natural que teníamos a la puerta de casa y solo lo utilizábamos para ensuciarlo sin mirar.

Hay ciertas cosas que son difíciles de reconocer y una de ellas es que, a pesar de haber pasado casi toda mi vida en aquellos parajes, no conocía la mitad de la mitad.

Había prometido una y mil veces que volvería a dar verdaderos paseos por el monte, aunque a la hora de la verdad siempre encontraba alguna buena excusa para no salir de los límites del pueblo. Lejos de desistir, Patricia insistió e insistió hasta que ya no supe cómo negarme.

En cuanto hizo sol tres días seguidos, mi amiga me sacó de las orejas, me metió en el coche y con un movimiento de barbilla me dijo en qué dirección debía caminar. A día de hoy sigo agradeciéndoselo.

Al menos Patricia había decidido ser magnánima absolviéndome de andar el trayecto largo preparado para aquella caminata. Por mucho que mis médicos pidiesen movimiento, había ciertos tramos que me era imposible seguir y Patricia lo sabía perfectamente. Acabamos uniéndonos al grupo en la última etapa ya en el valle donde el sol comenzaba a notarse después de un invierno largo y frío.

-Dime otra vez por qué estamos haciendo esto -dije a punto de escupir el bazo.

-Porque sabes que es bueno y yo no voy a ponerte pegas.

-Cierto.

-Hora de volver al punto de encuentro. Andando como caracoles seguro que llegamos al mismo tiempo que los del grupo de la tercera edad que nos viene pisando los talones.

Quién lo diría; algunas de las señoras de doscientos años, año más año menos, andaban a toda pastilla. Así que sacando fuerzas de flaqueza nos lanzamos cuesta abajo agarraditas del brazo de camino al lugar de trabajo de Artemio.

El Centro de Interpretación estaba dedicado a investigar, conservar y divulgar el tesoro natural que nos rodeaba. También admitía exposiciones de cualquier cosa que tuviese que ver con aquellos parajes. Fotos, pinturas y hasta esculturas se exhibían allí, algunas incluso a la venta.

-¿Y qué animal es este? -preguntó Rosales a la concurrencia.

Habíamos entrado justo a tiempo para ver al mejor guarda del lugar dar una charla a los más pequeños.

-Es una culebra -dijo un niño con mellas. Más que hablar, soltaba el aire.

-¡No! Es una serpiente pitón.

-Es una cobra, igual que en las pelis.

Los niños se iban excitando cada vez más diciendo nombres como si se tratase de un animal salido de una película de acción.

-¡Es una víbora! -gritó por fin uno de los hermanos mayores.

-Muy bien -dijo Artemio con satisfacción y algo aliviado también por no tener que explicarlo todo desde el principio.

Algunos niños aplaudieron mientras que los más pequeños empezaron a hacer pucheros con solo oír aquella palabra.

-Y cómo son las víboras -preguntó nuestro guarda a nadie en particular.

Los muchachos callaron, confundidos con la pregunta.

-Por la foto -salió Rosales del paso-, cómo es un víbora.

-Es una culebra muy fea.

Todos los allí presentes dijimos que sí con la cabeza, incluida Patricia que amaba por igual a todos los seres vivos sobre la faz de la tierra. En vez de católica creo que le pegaba mucho más ser budista, pero claro, esas opciones no están al alcance de la mano naciendo en la Castilla profunda.

-Todas las culebras son feas -dejó caer una niña con coletas con la cara embadurnada de alguna substancia roja pegajosa.

-Y pican -apoyó otra que debía ser amiga inseparable por cómo se chupeteaba los carrillos con lengua azul.

-¡Y te mueres! -gritó otro querubín a los hombros de su padre.

Todos los menores de trece empezaron entonces a gritar al mismo tiempo.

-Un momento, un momento. -Rosales levantó las manos y silbó para hacerse oír.

Cuando por fin callaron, empezó de nuevo.

-Quiero que todo el mundo mire la foto y me diga qué ve.

Nada de nada a juzgar por el silencio

Artemio había usado el mismo tono que mi profesor de estadística de la universidad consiguiendo los mismo resultados. Ninguno.

-Hay caramelos para los que más participen. -Pero qué listo era. El gluco-chantaje era un arma infalible.

De repente aquella guardería tenía respuestas para todo, algunas de lo más creativas. Creo que incluso compararon a la víbora con algún protagonista de *Monster*.

-¿De qué color es? -Nuestro guarda empezaba a exasperarse. Se echaba el pelo hacia atrás con los dedos enseñando el piquito de viuda y de vez en cuando pasaba la lengua por los labios. Era señal de impaciencia, pero para mí aquello era más que sugestivo. Bien sabía lo que aquella boca era capaz de hacer.

-¡Gris!

Casi salto del susto.

-¿Qué te pasa en la boca? -me preguntó Patricia en susurros.

Ay, mierda. Otra vez hablando sola.

-¡Y negra!

-¡Tiene un dibujo encima!

Me giré para prestar toda mi atención a los niños y coló, porque Patricia me imitó sin entrar en pormenores.

-Exacto -dijo Artemio de nuevo mucho más tranquilo-. Las víboras son grises y negras, por eso hay que ir con cuidado cuando andamos entre las rocas. Y sí, tienen un dibujo en forma de zigzag en el lomo.

Con el dedo siguió la figura geométrica sobre el animal para que se fijaran. Aquel dedo había hecho lo mismo sobre mi piel y se me puso todo el pelo de punta al recordarlo.

-¿Lo veis? -Esta vez puso dos dedos sobre la fotografía y empezó a cruzarlos y descruzarlos con rapidez. Un cosquilleo que a estas alturas sabía que solo él provocaba, empezó a bajar desde el ombligo hasta justo donde la costura de los vaqueros tocaba entre mis piernas.

-¿Qué dedos? -Esta vez Patricia me miraba con sincera preocupación.

Moví la mano como quitándole importancia a lo que acabara de salir de mi boca.

«Maldito».

-¿Y dónde están las víboras? Los papás también pueden contestar.

Eso le hizo gracia a los chavales. Nada como ver que la presión pasaba a los mayores.

-Las víboras se tumban al sol -dijo otra guarda que parecía disfrutar viendo a Rosales sudar la gota gorda.

-Justamente. A las víboras les gusta tumbarse a la bartola bajo el sol. -Los niños comenzaron a reír-. Peero también duermen la siesta en los recovecos de las piedras, o en los troncos de los árboles o, a veces, debajo de las hojas. Así que nada de ir metiendo la mano donde no se debe o, ¿qué puede pasar?

Parece que la charla volvía a sus derroteros por mucho que mi imaginación volase pensando en dónde meter manos y en qué recovecos.

-¡Que te muerden!

-Muy bien. Las víboras cuando se asustan muerden, por lo que es mejor dejarlas en paz. Por eso no vamos a querer tocarlas. -Avisó Rosales todo serio apuntando con el dedo a la concurrencia.

-¿Si te muerden te mueres? -preguntó la niña de los mofletes pegajosos.

Era una pregunta más que pertinente. La chiquilla era lista.

-No, pero hay que ir lo antes posible a un hospital. Cuando veáis a una víbora, tenéis que parar y alejaros de ella. ¡No saltéis por encima! y llamad a un adulto inmediatamente. Cuando la víbora os vea, se irá a pasear a otra parte, si no, retroceded e id por otro sitio.

-¿Pero qué pasa si no la ves y te muerde?

-Si eso pasase, papá y mamá... -Ahí lanzó una mirada a la parte de atrás para que los padres se diesen cuenta a quién iba dirigido aquel mensaje-... lavarán la herida con agua y jabón, inmovilizarán la zona manteniéndola baja, os llevarán corriendo a ver al médico y en el trayecto mantendrán la zona de la mordedura a un nivel más bajo que el resto del cuerpo. Hay una serie de cosas que nunca se deben hacer: no hay que aplicar ni cremas, ni pomadas; tampoco se harán torniquetes o se chupará la herida y siempre, siempre se mantendrá la calma. Ni que decir tiene que cuanto más pequeño sea el niño, más peligro se corre. Pero será mejor que enseñemos a los padres cómo actuar. ¿Qué decís?

-¡Síiiii!

-Está bien. Veamos lo bien que aprenden la lección.

Los niños empezaron a meterle prisa en cuanto quedó claro que los progenitores estaban bajo examen. Pocas veces en la vida de un niño se da la posibilidad de ver cómo tu padre pasa las de Caín intentando hacer cosas que no sabe delante de otros y hacerlas bien, claro está.

Rosales se aceró a la parte de atrás y pidió un voluntario. Con un niño en medio del círculo de padres comenzó la lección.

-Asumiremos que la picadura os pilla desprevenidos. Sin botiquín, vaya. Antes de levantar al crío, será mejor que os aseguréis de que no se mueva mucho. Vuestra ropa tendrá que servir.

-Esta parte me la conozco. Voy a dar una vuelta -dijo una voz.

-¿Perdona?

Giré la cabeza y allí que casi me choco con la frente de Patricia de tan cerca que estaba.

-Digo que esta parte ya la he visto un montón de veces, así que voy fuera a respirar algo de aire fresco. No sé si es porque nadie abre las ventanas o porque somos cincuenta en un espacio reducido, pero aquí huele a choto y ya he visto esta demostración con todas las prendas de vestir en catálogo. Una vez Nora hasta se quitó los pantalones. Menos mal que llevaba *leggings* debajo.

Dije que sí con la cabeza. Sin escuchar con mucha atención, la verdad.

Rosales se quitó entonces la camiseta dejando al aire su maravillosa espalda y no solo piel y músculos quedaron a la vista. Nunca pensé que fuese cierto, pero igual que en las series americanas, empecé a conectar ideas a cámara lenta hasta que una incómoda sensación explotó a

la altura del esternón.

Agarré a Patricia del brazo y la saqué a trompicones de la sala.

-Necesito que me lleves de vuelta a casa -le dije medio corriendo.

-¿Te encuentras mal?

-No, no. Pero tengo que volver.

-Vale.

Una vez en el coche llamé a Carlota. Contestó tras el tercer intento.

-¿No estabais vosotras de picos pardos en el pinar? -Oí un ruido de motor al fondo y recé para que la loca de mi amiga no hubiese contestado a la llamada conduciendo su Vespa.

-Carlota, ¿estás en el pueblo?

-Sí, claro. Intento poner la moto a punto. ¿Por qué?

Una vez segura de que no provocaría un accidente, volví al motivo de la llamada.

-¿Podemos acercarnos? Es importante.

-Mi prima no está...

-No quiero ver a tu prima. Te necesito a ti y no quiero hablar en mi casa.

-En mi casa nadie nos molestaría -dijo Patricia mientras salía del aparcamiento.

-¿Has oído? -le pregunté a Carlota.

-Alto y claro. Os espero a la puerta.

Veinte minutos después Patricia aparcaba en su garaje y dábamos la vuelta a la casa donde supuestamente Carlota nos debía estar esperando. Y allí estaba. Con las manos en los bolsillos, la frente arrugada y mordiéndose los carrillos por dentro.

En cuanto nos vio se nos acercó corriendo.

-¿Estás bien? -preguntó asustada.

-Perfectamente. Necesito que me digas lo que significa una cosa.

-¿Qué cosa?

-Necesito papel para dibujártelo.

-Será por papel -dijo Patricia con sorna-. Subid a mi habitación, ahora mismo os alcanzo.

A medio camino, Patricia se fue hacia la oficina en busca de papel mientras Carlota, ahora más que preocupadísima, me ayudaba a subir las escaleras. Esta vez la dejé. Entre el jamacuco y el cansancio no iba a ponerle peros a una ayuda desinteresada. Quién me había visto y quién me veía ahora.

En fin.

Nos sentamos en la cama e intenté tranquilizar a Carlota porque realmente no pasaba nada malo. Era más la sorpresa que otra cosa.

-Aquí traigo el papel -dijo Patricia recuperando la respiración. Seguro que había subido las escaleras corriendo.

-Necesito un rotulador negro y uno amarillo.

Mis amigas levantaron las cejas, pero obedecieron. La una buscando rotuladores y la otra poniéndome el papel delante.

-Aquí tienes.

Pensé un momento y entonces pinté la figura. Tres círculos concéntricos como centro de una estrella de ocho púas. Las de las doce, las tres, las seis y las nueve superpuestas al resto. Una vez hice el bosquejo, lo pinté todo de color amarillo.

-¿Qué es? -pregunté algo ansiosa.

Patricia arrugó el morro muy a su estilo de «a mí no me preguntes». Carlota por su parte observaba la figura con verdadero interés.

-Me suena de algo pero no sé... Patricia, ¿te importa si hago una búsqueda en internet con tu ordenador?

-Por supuesto que no.

Patricia encendió el portátil e introdujo la contraseña.

-Todo tuyo.

Entonces Carlota se puso a teclear dejándonos a nosotras mirando como tontas el dibujo.

Patricia debía haber reconocido de dónde había salido aquella figura, pero no dijo nada y yo se lo agradecí porque hubiese supuesto explicar muchas cosas. Que fuese tan reservada a veces era una bendición.

Así estuvimos en silencio un buen rato más en una habitación que cada vez se nos hacía más pequeña con solo el sonido de las teclas llenando los espacios vacíos.

¿Cuándo dejamos de juntarnos todas allí para escuchar música, o contarnos los últimos acontecimientos o simplemente reír? La vida nos parecía ahora tan seria que no nos permitíamos hacer nada fuera de lo normal. Solo Carlota se negaba a ser domada y eso la convertía en mi heroína personal. ¿Había que estar realmente enferma para fijarse en esas cosas? No debería, pero así era.

-¿Dónde has visto este símbolo? -preguntó la susodicha sin apartar la mirada de la pantalla.

Su mano derecha se movía nerviosa apoyada sobre el ratón cliqueando aquí y allí mientras sus ojos seguían el cursor hipnotizados.

-¿Porqué?

-Porque eres tú. Es tu símbolo.

Carlota entonces comenzó a explicarme cosas sobre la diosa tal y la guerra cual y qué se yo. Nada se quedó retenido en mi cerebro porque mis pensamientos volvían una y otra vez a mi habitación, al hueco de debajo de las baldas, al lugar que había querido olvidar con todas mis fuerzas porque me confundía y me hacía perder el buen norte, el que me animaba a seguir. Y sí debía haber estado completamente confundida cuando, por pura mala leche, había puesto juntas dos cosas que debían estar cuanto más lejos mejor la una de la otra.

-Perdonad, pero necesito volver a casa. -Miré el reloj. Si no me daba prisa, mis padres me pillarían moviendo muebles.

Carlota quiso pedir explicaciones, si bien la mano en alto de Patricia le disuadió de lo contrario.

Solté el aire y pensé que estaba haciendo otra vez lo mismo. Salir corriendo, alejándome de ellas cuando sabía que nunca traicionarían mis secretos. Y sonreí, porque si Carlota se enteraba, iba hacerla la celestina más feliz del mundo.

Así que me di la vuelta y lo solté.

-Rosales lleva eso tatuado en medio de la espalda. Dadme algo de tiempo para buscarle sentido a todo esto, ¿vale?

Salí de la habitación en cuanto dijeron que sí con la cabeza porque la boca la tenían abierta como peces. Bajando despacio las escaleras pude escuchar a Carlota decirle a Patricia: -Otro tío pillado. Tú y yo deberíamos prepararnos para vestir santos.

-¿Qué te crees que hago en todas las fiestas de guardar? -replicó nuestra más beata amiga.

Y las dejé arriba riéndose como si no hubiese mañana.

Con las ansias que tenía por llegar a casa no calculé bien las fuerzas y me tocó parar a descansar al menos quince veces. Mira que sólo eran doscientos metros, pero a mí todo me parecían distancias maratón. Para colmo, al llegar a casa mi madre me esperaba preparando la cena.

-Hoy hay huevos revueltos con filete de ternera a la plancha.

Mi madre hablaba de comida como si se tratara de un acto de fe. Comer cinco veces al día era

algo inmutable que nos hacía humanos, por lo visto.

Fui a protestar porque era la cuarta vez en la semana que comíamos filete. No era desagradecimiento, ni mucho menos. Pero es que sin carne mi madre no concebía la vida y menos el menú semanal y claro, un filete a la plancha no era lo mismo que uno empanado así que no contaban como iguales. En fin. Necesitaba comer y, aunque la mayoría de las veces acababa vomitando, al menos algo se asimilaba en el cuerpo. Por cierto, que el mejunje asqueroso verde homeopático nunca lo vomitaba y eso que me daba arcadas al tragarlo.

«Esther, tienes una misión que cumplir. No te distraigas».

-Gracias, mamá. Voy arriba a tumbarme un rato.

Mi madre puso cara de preocupación. Esa cara de preocupación que había aprendido a disfrazar de indiferencia. Irene básicamente tenía dos caras de preocupación. La de las preocupaciones normales diarias y la que le salía cuando pensaba que yo empeoraba. La que tenía ahora era la segunda.

El día que no viese esa cara, sería el día que lo habría conseguido.

Subí las escaleras agarrando con una mano la barandilla y con la otra la pared. Una vez en mi habitación me entraron las dudas. Me había prometido a mí misma no volver a tocar lo que había bajo aquellas baldas. Borré las dudas rápidamente. Esto era una emergencia vital.

Fui a la esquina de la habitación y aparté la mesilla con cuidado arrastrando las patas lo menos posible. Levanté la madera suelta y allí estaba aquel diario riéndose de mí otra vez. Cubrí mi mano con la manga de la chaqueta y lo aparté. Justo al lado estaba aquella cajita con la llave y el lazo encima.

La saqué con cuidado, puse la balda en su sitio y re Coloqué la mesilla.

Necesité un momento para recuperar otra vez el aliento.

Y allí nos encontrábamos las tres sobre la cama. La llave, la caja y yo. Solo tenía que hacer una cosa y miedo me daba. Podía significar tanto y nada... ¿Y si no coincidía? ¿Y si realmente había sido alguien distinto que por pena dejó aquello en la puerta de mi casa y fueron mis padres los que la dejaron en mi cama?

Me costó abrir la cerradura. Las manos me temblaban y el corazón me iba a cien.

Allí seguía.

Era un colgante plateado del tamaño de una moneda de dos euros atado a una cadena fina. Una estrella igualita a la que Artemio tenía tatuada en la espalda, pero además, de entre las puntas, salían unas finas ondulaciones.

Era precioso.

¿Cómo había podido dejarlo ahí olvidado?! Todo lo bueno lo había dejado pasar sin darle la mayor importancia.

Nunca más.

Tiré de la cadena y el colgante salió de la caja moviéndose como un péndulo. La luz de la lámpara se reflejó sobre la superficie y entonces sí que resplandeció como una estrella de verdad, con vida propia.

La cadena no era demasiado larga así que tuve que desabrochar el enganche para ponérmela tardando una eternidad en abrocharla de nuevo por culpa de mis dedos temblorosos.

Me desnudé delante del espejo. Con solo el colgante puesto estudié mi cuerpo de arriba a abajo. Era la primera vez en muchos meses que me veía desnuda. Hasta ese mismo momento me había dado miedo mirar mi propio reflejo.

Allí no se veía más que a una mujer con cuerpo de adolescente. Demasiado delgada, pero con pechos altivos. De piel algo macilenta salpicada de alguna que otra peca y con marcas de

cicatrices y pinchazos en el costado y los brazos. Su cabeza era algo ovalada; ojos marrones demasiado grandes, nariz respingona y labios finos, el de abajo algo más regordete que el de arriba. Los huesos de la clavícula le sobresalían al igual que los tendones del cuello, pero a pesar de la falta de peso, más que esquelética resultaba esbelta. También se le notaban algo las costillas, aunque las curvas de sus caderas seguían ahí. Se podía ver que esa no era su figura natural, más que nada porque las rodillas parecían nudos en vez de protuberancias rodeadas de músculo.

Así, con una estrella al cuello y las uñas pintadas de rosa, se sentía bonita. Por primera vez en años se sentía bonita.

Capítulo 20

Carlos se sentó a mi lado sobre el frío sillar de piedra soltando el aire como si estuviese agotado.

-Ha preguntado por ti.

No dije nada porque no me creía una palabra.

-No directamente -rectificó.

-¿Y cómo ha hecho eso exactamente?

Estuvo pensando demasiado tiempo cómo contestar a la pregunta, o lo que era lo mismo, estaba inventándose una milonga. Después de soltar el aire otra vez entendí que había desistido de dedicarle tantas neuronas al esfuerzo. Tampoco entendía muy bien porqué insistía tanto en que Esther y yo nos llevásemos bien. Bien nos llevábamos, no lo bien que yo quisiera, pero podía ser mucho peor. Y después de lo que pasó en el hospital mejor que me alejara cuanto más mejor.

-Ha dicho que tú eras el único que no ha pasado a verla.

Levanté la cabeza y le miré para asegurarme de que no me estaba tomando el pelo.

-Eso no es preguntar por mí.

Carlos soltó otra vez el aire algo exasperado. Apoyó los codos sobre las rodillas y entrelazó los dedos de las manos mientras estudiaba las piedras de la casa que teníamos justo en frente. Le miré entonces con atención. Tenía ojeras y el ceño fruncido. Ese ceño que ponía solo cuando algo le preocupaba. ¿Estaría Esther peor de lo que me habían dicho?

-¡Qué mas quieres! -dijo abriendo los brazos-. Al menos sabe que no has entrado a decir hola. Con una cabrera yo eso lo cuento como un punto a favor.

Hablaba como si hubiese realizado algún extraño estudio psicológico al respecto. Como si la familia de Esther fuera digna de ser analizada. Sabía que Carlos era un hombre metódico, pero aquello era ir demasiado lejos.

-Ahora necesita a sus amigos más que nunca -dejó caer con aquel tono que utilizaba siempre para convencerte de hacer algo que no querías hacer.

Aquello era un golpe bajo y lo sabía, o al menos lo intuía. Llevaba viviendo una pesadilla desde que la ingresaran y me venía con que debíamos estar ahí para ella.

Yo estaría siempre ahí por ella y para ella y daba igual que Esther hiciese todo lo contrario para estar y quedarse. Pero no iba a decirle nada a mi amigo. ¿Para qué? Obviamente pensaba que me importaba un bledo y yo también estaba demasiado cansado como para contarle toda la historia desde el principio.

Pensándolo bien, no había nada que contar porque no había historia alguna. Punto.

Me levante y limpié los vaqueros de la porquería que acumulaba aquella piedra desde a saber cuándo, pero Carlos me paró en seco agarrándome de la muñeca.

-Perdona. No debí presionar. Solo digo que entres, digas hola y salgas.

Se levantó también y se marchó sin decir nada más. Bastante había dicho.

Mayra seguía dentro así que respiré hondo y entré. Al menos tendría a alguien más para hacer de colchón.

Carlos intentaba ayudarme, pero él no sabía que la preciosa cabrera me esperaba para cantarme las cuarenta y mandarme a freír puñetas en cuanto me pusiera a tiro. A lo mejor era una mala idea que hubiese testigos porque Esther no era de las que se cortaba en decirte nada a la cara. Fuese donde fuese y delante de quien fuese. Todavía se comentaba la bronca que ella y Patricia tuvieron al lado de la pila bautismal a la salida de misa a la vez que medio pueblo se hacía el sueco sin

perder ripio.

Ya que estaba en el umbral de la puerta, decidí arriesgarme y que pasara lo que tuviese que pasar.

Llamé a la puerta y me invitaron a entrar desde la cocina.

Allí estaban Esther y su prima Mayra sonriendo las dos. Irene iba y venía poniendo platos en la mesa, seguramente para la cena. En cuanto entré por la puerta de la cocina quedó claro que Javier, más que andar, levitaba. Parecía como si le hubiesen quitado veinte kilos de peso de las espaldas y, a pesar de haber envejecido al menos una década en los últimos dos años, tenía una sonrisa serena pintada en la cara.

La preocupación estaba ahí; la continua batalla contra la enfermedad seguía flotando en el aire, pero había más luz en aquella casa. Me invitaron a sentarme y ahí quedé petrificado las siguientes tres horas.

Llevaba un rato intentando pasar desapercibido sin posar mucho la vista. Mayra y Esther hablaban animadamente, más bien Mayra mantenía un monólogo en el que Irene metía baza de vez en cuando, pero daba igual. Esther estaba ahí y no solo en cuerpo sino también en alma; cosa de la que nos había privado últimamente.

Sus ojos habían recuperado parte de esa chispa que todo lo iluminaba y después de un momento de indecisión, allí que comenzó a participar en la conversación. Esther, como todas las cabreras, tenía siempre la lengua suelta. Más que el resto, si cabe. Era conocida como «la bocachancla», haciéndole la competencia a Carlota, que a pesar de no ser cabrera, no quedaba a la zaga.

Las cabreras eran famosas por hablar al buen tuntún; Esther, sin embargo, sabía bien lo que decía y, por mucho que ella lo desmintiera, yo sabía que las cosas las soltaba a conciencia. Primero dejaba que los demás hablaran e iba encendiéndose poniendo su cerebro en marcha hasta que tenía tanto combustible acumulado ahí arriba que explotaba de las formas más variopintas dejando al personal sin palabras, y sin saber muy bien cómo tomarse lo que decía.

Ella disfrutaba cada momento, porque sabía el efecto que provocaba en la gente y le daba igual que la entendieran o no, lo importante era tenernos a todos esperando la siguiente explosión.

Esa Esther tan atrayente y vivaz había desaparecido detrás de la Esther deprimida y sin ganas de vivir, pero ahora, la primera, daba codazos para que la dejaran salir al ruedo y volver a hacerse con el público.

Era un espectáculo que había que disfrutar en vivo y en directo y eso era precisamente lo que yo estaba haciendo en aquel momento. Disfrutar del momento; disfrutar de la nueva Esther.

Mientras las cabreras parloteaban sin parar, yo hacía planes e inventaba excusas para tener que pisar aquella casa cuantas más veces mejor. Nuevas regulaciones sobre la licencia de pesca de Javier; los recados que mi madre pudiese tener acumulados para darle a Irene; cualquier asunto que se tratara en la Asociación Cultural y me daba igual que Mayra la tuviese siempre al tanto; salidas organizadas para andar por la sierra... que sé yo. Ahí sentado se me ocurrieron al menos diez buenas excusas, lo que me daba para unas dos semanas de visitas estratégicamente separadas sin que se notara que la vigilaba como un halcón. Eso si encontraba por algún sitio el valor suficiente.

-Me acuerdo que de pequeñas nos escondíamos para ver la televisión -estaba diciendo Mayra.

-Lo recuerdo -dijo Esther riendo; ¡riendo de verdad!-. Bajábamos el volumen y cantábamos sin hacer ruido.

-¿Por qué? -pregunté.

Esther y Mayra se miraron y luego miraron con socarronería al padre de Esther.

-Estas diablillas -dijo Javier medio gruñendo-, tenían prohibido ver esos dibujos animados

japoneses. Daba igual, porque tarde o temprano se las apañaban para saltarse las reglas a la torera.

-¿Qué dibujos? -pregunté. Debería haber estado más atento.

-¡Heidi! -gritaron a coro.

-¿Prohibíais a vuestra hija ver Heidi en la tele? -Y yo creyendo que mis padres eran raros.

-Con toda la razón -se defendió Irene-. Eso o lloros interminables en medio de la noche.

Entonces Esther intentó explicar aquella rareza sabiendo que sonaba a chiste.

-Heidi y Pedro tenían nombres para todas aquellas cabras que cuidaban en el monte.

-Copito de nieve, Cascabel... -dijo Mayra mimosa.

-Blanquita, Bonita... -continuó Esther soltando suspiros.

-Las dormilonas, Diana... -siguió la pequeña saltamontes como si le hubiesen dado cuerda.

-Ahí lo tienes -me dijo Javier -. Después de ver aquellos dibujos se iban corriendo a la casilla y empezaban a ponerle nombre a las cabras. Empezaban además por las más pequeñas, justamente las que vendíamos, y en cuanto volvían y alguna faltaba empezaban los lloros.

Esther y Mayra decían que sí con la cabeza a la vez que Irene decía que no.

-No sirvió de nada explicarles que, para no encariñarnos, era mejor no ponerles nombres. Ellas solo preguntaban «¿porqué?».

-Y va mi padre-interrumpió Esther- y suelta que porque había que matarlas para comer.

-Y otra vez empezaban los lloros -continuó Irene-. Y no veas cómo.

-La cosa se puso seria cuando todos los primos se metieron a escondidas de noche en la casilla y las soltaron para que no pudiésemos matarlas -aseguró Javier-. Tardamos dos días en recuperarlas todas porque aquí mi hija y sus compinches llevaron a las cabras hasta pasado el río y allí el rebaño se les separó.

-Solución -soltó Irene-: no más Heidi.

-¡Y una buena azotaina en el culo! -gritó Esther.

-Eso también, aunque sabíamos de sobra que ibais a casa de Patricia y veíais ahí los dibujos.

Irene suspiraba como si realmente no supiera qué hacer con su hija, mientras ésta y su prima sonreían como si hubiesen ganado una medalla.

En algún momento de aquella diatriba saliéndose de madre, Mayra se levantó y se despidió de la concurrencia invitando a Esther a pasar todas las tardes que quisiera en La Cuadra. Hicieron planes y allí quedamos cuatro: Esther, sus padres y yo. Estaba alargando demasiado mi visita.

Fui a abrir la boca para despedirme yo también cuando Javier tomó el relevo y empezó a contar historias de su juventud. De cómo fue el último del pueblo en hacer la trashumancia andando con las vacas o cómo había pasado la infancia haciendo barbaridades con mi padre.

El problema es que mi padre no paró en la infancia, pero eso era algo de lo que Javier nunca hablaría delante de mí. Gran hombre.

Acabé cenando con ellos y casi me ofrezco para llevar a Esther a la cama. Ganas no me faltaban.

Capítulo 21

Si la pobre Mayra supiese lo que decían de ella en el pueblo, saldría corriendo para no volver, seguro.

Desde que apareciera de repente no había parado de ser la comidilla. En casa, a la puerta de la iglesia, en la solanilla donde las más mayores se sentaban al calorcito de las piedras con el cojín que parecían acarrear siempre bajo el brazo, en los corrillos del bar durante la hora del vermú y, como no, en mi casa justo después de la telenovela.

-¡Qué se pensará andando por ahí en semejante vestimenta!

Mi madre estaba emperrada en sacar hoy lo peor de lo peor de mi pequeña prima y, sabiendo el día que habíamos tenido, nadie se molestaba en pararle los pies.

Mi padre decía que sí con la cabeza y jugaba con la navaja mientras seguía senderos escondidos en el hule. Yo también intentaba huir; por desgracia, el dale que te pego de mi progenitora no daba para mucho escapismo.

-Y luego va además hablando por ahí de lo que deberíamos hacer y lo que no en este pueblo. Inaudito, eso es lo que es, inaudito.

-Mama -dije ya cansada de tanto critiquero sin ninguna base-, en el fondo sabes que tiene razón. Aquí todo está muerto y nadie mueve un dedo. Ella viene con energías, así que al menos podíamos oír lo que tiene que decir.

-Si lo sé no le vendo la casilla.

Eso sí que me jorobó.

-Ya, porque tenías planes de futuro para ella, ¿no? Si tanto te gustaba, bien podías haberla conservado o mejor aún, evitar que se viniera abajo hasta que yo pudiese hacerme cargo.

Mi padre levantó la cabeza entonces.

-Hija, tal y como estás...

-No acabes la frase. -Estaba muy enfadada por muchas cosas, pero no iba a consentir que precisamente ahora mi madre se pusiera melodramática.

Me levanté de la mesa y les di un par de besos a cada uno. Salí de la cocina arrastrando los pies y, aunque costó lo suyo, fui a echarme la siesta a la habitación de arriba.

El sueño no vino. Agotada y sin ser capaz de dormir. Así era desde hacía una eternidad y todavía no había empezado lo peor.

Esa mañana había terminado con la quimioterapia. Sí, todo iba viento en popa, pensé. Hasta que el doctor me dejó caer que la radioterapia de después iba a durar más de lo esperado. Y viendo además mis niveles de todo, esperarían unas semanas antes de empezar. En otras palabras, estaba hecha una piltrafa.

Así era siempre. Cuando pensabas que se acercaba la meta, alguien levantaba los postes del suelo y los alejaba otros cuarenta kilómetros.

La conversación privada que tuve con el doctor fue casi más demoledora.

-Esther, ¿has pensado si en el futuro te gustaría tener hijos?

«Futuro» e «hijos» eran dos palabras en las que no me permitía pensar, las había borrado de mi diccionario. Sentí una chispa de algo parecido a la maldita esperanza en el momento que asimilé que esas dos palabras sí que estaban en el diccionario del doctor encargado de dirigir mi tratamiento.

-No, sinceramente. ¿Por qué?

-Verás. La radioterapia va a ser dura. Cubrirá casi todo el costado, no obstante se centrará en la

parte baja, demasiado cerca de tus ovarios para mi gusto.

La chispa seguía ahí pero ahora era intermitente.

-¿Quiere decir que después del tratamiento no podré quedar embarazada?

En ese momento le odié. Le odié por meterme esa idea en la cabeza.

-Es una posibilidad, no te voy a mentir. Por eso quiero proponerte algo que puede que no te guste. Es una precaución pensando en el largo plazo.

-Doctor, a estas alturas lo que quiero es que todo esto acabe de una vez y achicharren al alien este o me lo arranquen de cuajo. Si me dice que me lo quita sin anestesia de forma definitiva firmaré ahora mismo.

Sé que los doctores se hacen los fuertes y van de distantes por la vida, pero ya había visto antes a mi querido doctor respirar hondo, mirar un instante hacia la ventana y volver a mí con ese antifaz de indiferencia. El agüilla de los ojos no mentía, sin embargo.

Y me sentí mal por haberle odiado antes. Realmente no veía la manera de aclararme.

-Es una operación, pero con anestesia -levantó la comisura de los labios y volvió a respirar-. Podemos moverte los ovarios de forma que la radiación no les afecte tanto. Una vez finalice el tratamiento, volveremos a colocarlos en su lugar.

Acepté sin dudar porque me había prometido salir de esta y porque quise entender que nadie perdería el tiempo en una operación así si no vieran posibilidades de curación. Y si me curaba... Además, si no llegaba al final daba igual si tenía o no los ovarios en diagonal. Vamos.

Por primera vez reí uno de mis macabros chistes, olvidando de golpe el cabreo con el que había entrado en mi habitación. El problema fue que la risa pasó a ser llanto y no paró ni cuando fui a echar mano del colgante que ya nunca me quitaba.

Necesitaba aire. Esa casa, llena de botes de pastillas, artefactos médicos que cualquiera mete en un botiquín y que allí estaban a la vista las veinticuatro horas del día, el olor a lejía que recordaba constantemente a lo sucio, lo que debía ser eliminado y que permanecía a pesar de todo.

Y allí seguí tumbada riendo histérica a la vez que lloraba y sin nadie con quien descargar mi ira, decepción e impotencia. Porque la única persona a la que llamaba en la noche, entre sueños, era la única persona a la que había expulsado de mi vida. Con cruel insistencia. Diciéndome que era por el bien de todos.

Estaba haciendo exactamente lo mismo de lo que acusaba a los demás. Decidí por él, decidí por los dos y ahora era demasiado tarde para preguntar si él hubiese hecho las cosas de otra manera.

¿Es posible entregarse tanto a alguien así de primeras; en un encuentro pensado para ser puramente casual? Yo lo hice y fui mala conmigo misma y con él por no reconocerlo entonces.

Yo pedí, Artemio cedió y por muy claro que todo quedase en aquel momento, su mirada no había levantado cabeza desde entonces. No creo que fuese por esa falta de «amor de película» que yo andaba buscando. Empezaba a pensar que, en este caso, le había dejado completamente solo en algo que, probablemente fuese importante para él.

Toqué el talismán con la punta de los dedos y me regañé de nuevo por tener el ego del tamaño de un rascacielos. Había utilizado mi enfermedad para no ser honesta y forzar una situación en la que le arrinconé porque quería, por una vez, estar por encima de la cruda realidad que me controlaba.

Negué lo que resultó ser lo máspreciado para mí.

Volvía a faltarme el aire. Necesitaba salir de ahí.

Me levanté de la cama y recé para que Mayra estuviese en casa.

Estaba a punto de llamar cuando se abrió de golpe la puerta de La Cuadra. Levanté la vista y allí le encontré. Tan fuerte, tan imponente, tan bien plantado. Tan tímido.

Se llevó las manos a los bolsillos y me lanzó unas trescientas preguntas por los ojos.

Hasta allí habían llegado las cosas. A no querer preguntarme directamente, a no cruzar ese límite indeterminado que yo había marcado como cualquier mandatario de pacotilla que traza fronteras entre países con escuadra y cartabón. A visitas organizadas en mi cocina es a lo que habíamos llegado.

Y como él no me podía preguntar, pues preguntaba a otros. Carlos, Mayra, Patricia, Trini...; cualquiera menos a mí porque para eso me había empeñado en que corriera el aire entre nosotros. Para eso me había regodeado en tener la sartén por el mango, cuando lo que me merecía es que me arrease con ella en la cabeza por estúpida.

Por pretender no quererle más como amante le había perdido como amigo y eso era lo más doloroso de todo.

Ahora le echaba muchísimo de menos y ahí plantado, mirándome con indecisión, me flagelaba por la oportunidad perdida. Por la amistad que seguramente nunca fuese.

Sonó su teléfono y con una media disculpa salió pitando en dirección a su coche.

-¿Esther? -preguntó Mayra a mi espalda.

No sabía el tiempo que había estado allí plantada en la puerta, mirando una espalda que quería para mí.

-¿Por qué lloras?

Mayra me miraba preocupada alzando la mano para apartar unas lágrimas que yo no sentía caer.

«Porque cada vez que lo veo, algo me oprime el pecho. Porque creo que estoy enamorada de él y por no encontrar un punto medio, le he perdido antes de tenerle».

-Vamos dentro -suplicó mi prima-. Carlota me ha dejado un cargamento de té. Tenemos diez bolsas distintas para elegir.

Solté el aire y la seguí, sentándome en el banco al lado de la estufa.

Mayra puso sobre la mesa todos los paquetes y bolsas con hierbas que había en el mercado. A todo lo llamaba té, cuando lo que tenía siempre a mano eran infusiones que yo sé que compraba por mi beneficio. Si me dolía la cabeza, o tenía revuelto el estómago o me encontraba apática. Para todo teníamos una infusión a puntito de meter en agua hirviendo. Carlota y ella estaban confabuladas para tenerme siempre con algo con lo que hacerme sentir mejor y yo bien que se lo agradecía aunque no lo expresase a menudo.

Muy típico de mí. Parlotear cuando no era importante y callar cuando algo merecía ser dicho.

No dijimos nada durante un buen rato. Como casi siempre, realmente. Yo me sentaba allí, mirando al infinito mientras Mayra cocinaba, o limpiaba, o leía tacos de folios, o entretenía el tiempo con su ordenador. Ninguna hablaba, simplemente disfrutábamos del tiempo en un mismo espacio.

Era extrañamente tranquilizador no verme el centro de atención.

Mayra me puso delante una taza de té humeante con suave aroma a rosas. La mitad de las veces ni bebía aquellas mezclas, pero disfrutaba de lo lindo teniendo las manos alrededor del cilindro cerámico mientras soplaba.

Mi prima se sentó en su silla acercando las manos a su taza. Ella, sin embargo, no llegó a tocar. Decía que quemaba y admiraba que yo pudiese pegarme como una lapa a algo con agua hirviendo dentro.

-¿Por qué tienes un botijo encima de la mesa? -pregunté.

Justo en medio había un botijo enorme que estaba segura de no haber visto antes por allí..

-Un botijo, no. El botijo, prima. Me lo acaba de traer Rosales.

Mayra y su empeño por camuflarse en este pueblo cuando daba igual lo que hiciera, destacaba siempre. Podría ser hija de una domingueña, tener sangre cabrera corriendo por sus venas, incluso

residencia oficial, pero Mayra siempre sería una encantadora forastera hasta al menos vivir aquí ininterrumpidamente durante otras dos décadas como poco.

-¿Sabes cómo beber de un botijo sin beber a morro? -pregunté. Debía ser divertido verla intentarlo.

-Eh... No exactamente. Confío que la práctica adquirida estos últimos meses con la bota de vino ayude.

«Práctica adquirida». Expresiones así le salían cada dos por tres y ni se daba cuenta de lo raro que sonaban.

-Podrías enseñarme -dijo divertida mientras se acercaba al grifo botijo en mano.

Entonces todo el buen humor se desvaneció de repente. Porque me vino a la cabeza que no recordaba la última vez que fui capaz de levantar un botijo. El día que casi me parto los dientes con el pitorro fue realmente uno de los días más tristes de mi vida. Ahí me di cuenta de lo débil que estaba, incluso para hacer lo que cualquiera hacía sin pensar. Tanto tiempo hacía de aquello que no sabía ya si podía o no. En algún momento me pareció una tarea agotadora y directamente la descarté de la lista de cosas que me apetecían hacer.

Centrándome más en que casi me parto los piños en vez de regodearme en mis miserias, decidí dedicarle aquel botijo nuevo la tarde.

-Deberías añadir anís al agua y dejar reposar un par de días.

-¿Vale pacharán?

Me dio la risa. Empezábamos a tener un serio problema asociado al pacharán. Más veces de las estrictamente necesarias terminábamos dándole a la botella; ellas, porque yo todavía tenía un hígado mutilado que necesitaba que le diesen tregua. Rara era la vez que nos juntábamos fuera del bar y alguien no aparecía con la botella cuadrada bajo el brazo. Es más, desde que la madre de Carmen había recordado dónde crecían las mejores endrinas, directamente nos lo metía en vena con eso de que debía experimentar hasta encontrar el pacharán que bebían en su casa cuando era una niña.

-Pacharán no vale -aseguré. Porque pacharán de verdad que no valía. Al menos en nuestro pueblo.

Mayra soltó el aire dramática y abrió los ojos implorando piedad.

-Tengo cinco botellas muertas de risa en la alacena y me gustaría usarlas antes de que acaben de nuevo en nuestro estómago. Las resacas de pacharán me dejan fuera de juego durante dos días.

-Será que vas vieja. Además, ¿quieres beber de un botijo en el que el agua sabe a pacharán?

Perdió el color pensando en la estampa y empezó a buscar con ahínco una botella de anís.

-¿Cuánto anís?

-Un chorro vale y con una vez es suficiente. Por lo visto amortigua el sabor del barro. Déjalo reposar durante un día y listo.

Mayra estaba disfrutando de lo lindo. Guiri total, casi como los escoceses amigos del marido de Carmen.

Volvíamos a nuestro cómodo silencio mientras yo bebía de mi té y ella rebuscaba en todos los cajones de la casa a la caza del famoso anís.

-¿Mayra? -pregunté de repente.

-Dime.

-¿Cómo sabes si te gusta alguien como amigo o hay algo más detrás? Me refiero. ¿Cuándo sabes que te gusta alguien de verdad? Es un suponer.

Mayra dejó de moverse y se levantó despacio, todavía dándome la espalda.

-¿Por qué me lo preguntas? -preguntó sin darse la vuelta.

-Tú tienes más mundo sobre tus hombros y seguro que lo tienes todo mucho más claro.

Mi prima suspiró y por fin se dio la vuelta enseñando una sonrisa triste que no le pegaba en absoluto.

-Creo que soy la última persona que puede darte un buen consejo. Mi vida amorosa es..., siempre ha sido un desastre. Cuando he creído haber encontrado al hombre de mi vida, resulta que es un timo y cuando se me pone delante alguien que siempre tuve bajo sospecha, resulta ser una réplica exacta del príncipe de brillante armadura.

Me estaba hablando en código y se la veía tan perdida...

-Estaba segura de que no debía empezar nada con alguien estando así -le dije a la infusión.

-Lo entiendo perfectamente -le dijo Mayra a la suya.

-A veces creo que la postura de Patricia es la más sana -concedí.

-¡Nada de hombres! -gritó ella levantado un dedo al aire.

Y reímos histéricas; más bien para tapar lo que cada una rumiaba dentro.

Capítulo 22

Habíamos encontrado un sitio tranquilo. ¿Algo bueno que decir sobre la pesca? Que pesques algo o no es completamente indiferente. Lo importante es que estás durante varias horas en paz contigo mismo. Los rituales te mantienen alejado de malos pensamientos y el correr del agua hace el resto.

Ahí de pie con el agua helada hasta los muslos, aguantando el equilibrio sobre dos rocas fijando la mirada en donde aproximadamente debía estar el cebo, pude respirar tranquilo por un momento.

Sólo un momento.

-¡Por fin pescó algo! -gritó Carlos a varios metros de mí.

Giré la cabeza para ver lo que había pescado y perdí el equilibrio. Las piedras a mis pies comenzaron a moverse y tuve que apoyarme con el brazo en el saliente más cercano. La mano resbaló y acabé con el brazo izquierdo sumergido hasta el cuello.

-¡El agua está que corta!

Carlos se reía de mí desde la orilla con la trucha todavía en las manos.

-Te traigo un presente antes de devolverlo al río, pero sería una pena que perdieras la caña al salir.

-Deja de reírte y ven a ayudarme.

Carlos y yo devolvíamos las truchas al río, aunque antes tenía que asegurarme de que eran truchas autóctonas y no de las arcoíris que se expulsaban a las nuestras a la velocidad del trueno.

Habíamos recibido un par de llamadas y algunas fotos en las que se probaba que alguien había pescado la especie invasora en sitios donde no habíamos repoblado con ella y estábamos elaborando un plan para poder cercarlas antes de que tuviésemos que volver a repoblar.

Uno de nuestros primos estaba que le llevaban los demonios con el tema. Tenía una piscifactoría y había sido el encargado de vendernos las truchas. El colmo de un mamporrero: acabar inseminando peces.

Porque casi todos los hombres de nuestra familia se habían dedicado en algún momento a la mamporrería y así nos llamaban en todas partes. En mi caso, cuando había que recuperar una especie, venían a mí como si yo supiera todos los secretos del comportamiento de los espermatozoides. Los más idiotas hacían chistes y me daban consejos sobre cómo estimular a las cabras monteses para asegurarnos de que no desaparecieran. Lo que casi nadie sabía es que masturbando animales, mi familia había ido siempre a mejor. De los pocos clanes de por aquí que, en vez de perder, habían acumulado cierta riqueza. Pero eso es algo que nos cuidábamos muy mucho en divulgar.

Nuestro primo, fue el primero en dedicarse a los peces y, al ser el único de la zona, no le iba nada mal.

Cuando empezó a correrse el rumor de que se habían pescado truchas arcoíris y no las autóctonas, alguno le había acusado de fraude mandando a los inspectores para asegurarse de que no nos estaba dando gato por liebre.

Desde entonces trucha que pescábamos, trucha que analizaba para evitar males mayores.

Carlos se acercó y me enseñó orgulloso la trucha que tenía bien agarrada por la cola mientras estiraba el brazo para ayudarme a salir sin caer de culo al agua. Cuando por fin pude sentarme en tierra firme estudié al pez. Todo en orden. Era un bicho enorme.

-¿Has pescado el monstruo del Lago Ness?

-Casi.

Lanzó la trucha al río y nos tumbamos en la hierba. Un rato después me cuestionaba a bocajarro.

-A ti te pasa algo, Rosales. Llevas como ánima en pena desde a saber cuánto y no he oído que pase nada fuera de lugar en tu familia así que solo puede ser que tu cabrera te tiene sorbido el seso.

-No es mi cabrera y punto.

-Entonces es eso...

-Deja de llamarla así.

-Solo me preocupo, igual que haces tú. Vas atontolinado por la vida, tronco. Merodeas por su casa como un chacal y sales de esa nube tuya exclusivamente cuando oyes su nombre así que para el carro, Rosales. Yo solo soy el mensajero.

-De qué.

-De que tú no eres el primero.

-¿Hablas por ti?

-Atiende antes y luego me dices.

Dejé la caña sobre la roca. La pesca tampoco es que me tranquilizara ya y no tenía idea de lo que hacer para volver a ser yo mismo. Escuchar al idiota del mamporrero no podía hacerme sentir peor y sus idioteces siempre me habían animado en el pasado.

-Dispara, masturbadordepacotilla. -Me dio un corte de manga y un empujón extra por el mote que hacía siglos que no utilizaba. En seguida se puso serio otra vez.

-Por lo que tengo entendido, los hombres de mi familia tienen la insana costumbre de enamorarse de ciertas mujeres que, sistemáticamente, pertenecen a la misma familia.

Solo le faltó empezar con «érase una vez que se era...». La conversación tenía potencial.

-Normal que hayáis salido todos medio bobos.

Continuó como si no hubiese dicho nada.

-Nos enamoramos de ellas, pero siempre sale mal. Siempre. Mi padre, mi abuelo, sus hermanos, casi todos sufrieron del mismo pesar. He empezado a llamarlo «el efecto cabrera».

¿Había dicho «pesar»?

Le miré para asegurarme de que no me estaba tomando el pelo. Carlos miraba serio correr el agua y yo sopesé entonces si llevarle a ver a un especialista.

-¿Estás intentando animarme?

-Nuestros padres y abuelos no supieron cómo tratarlas. Esas mujeres son tercas como mulas, pero tienen un corazón que no les cabe en el pecho. Son apasionadas e independientes y por eso nos enamoramos de ellas. El problema es que no somos capaces de lidiar con esa pasión a largo plazo. Lo llamamos «mala hostia», «rencor», lo que sea, pero acabamos por dejarlas ir. Estoy seguro de que el retrógrado de mi bisabuelo ni siquiera pensó que estaba hiriendo los sentimientos de su cabrera cuando fue a acostarse con mi abuela por despecho. Sufrió las consecuencias de aquella estupidez hasta el día de su muerte.

»Las cabreras tragan y tragan, se entregan por completo, aunque cuando la última gota cae y termina por colmar el vaso, repliegan y lo hacen para siempre. Dan fe al menos cuatro generaciones de idiotas, que yo sepa. Si preguntases en tu casa y tu padre fuese sincero contigo, tendría mil historias que contarte sobre el tema.

No tenía que pensar demasiado. Mi padre nunca habló bien de esas «rubias rencorosas que se creen el ombligo del mundo». De ellos nunca mentaba nada, pero para las cabreras siempre tenía algún comentario no demasiado fino. Llamaba a su amigo Javier «huevo» precisamente porque había picado con una, la madre de Esther.

En este pueblo vivíamos todos dentro de una taza.

Carlos lanzó una piedra al río y siguió con la clase.

-Con esto te digo que, aunque tú no lo creas, tu cabrera estará dispuesta a dar el paso. Eso sí, no pierdas la oportunidad una vez que te lo ponga en bandeja porque no se explayan mucho después.

«Tarde, amigo. Se entregó a mí y yo me dejé convencer con dos frases marchándome con el rabo entre las piernas. Vaya cagón».

Me llevé las manos a la cara y reprimí un gemido por no quedar aún peor.

-Nunca consentirá que la dejes a un lado y se asegurará de que, si ese es el caso, sufras a lo grande por ello. Y juro que hablo desde la experiencia.

-Carlos. Lo que me dices es una gran putada, eso es lo que es.

-Lo sé, tío.

-¿Es así como funciona con «tu cabrera»?

-Que me aspen si sé cómo funciona. Que, por ahora, no tenga cabrera de la que presumir indica lo bien que los estoy haciendo.

La brutalidad con la que aquellas palabras salieron de su boca me hicieron reír. No de alegría, sino más bien de puro nerviosismo.

-Dices que nunca salió bien -dije al recuperar el aliento.

Dijo que sí con la cabeza.

-¿Para qué intentarlo entonces?

-Excelente pregunta; pero pensar en lo que me pierdo si no lo vuelvo a intentar me reafirma en mis trece de no tirar la toalla. ¿En serio que no te gustaría terminar con ella a tu lado, todos los días?

-Doy por hecho entonces que tú y Sofía ya no estáis juntos. -Hablabas de cabreras con demasiado ahínco y solo una de ellas, diminuta y saltarina, era capaz de enervarle lo suficiente para querer darse las caminatas por el monte a las que le obligaba cuando el trabajo u otra de las cabreras, me hacía querer darle puñetazos a las paredes.

Dijo que no con la cabeza apretando los labios. Tampoco era muy sorprendente. Las novias de Carlos no eran novias, eran chicas encantadas de disfrutarle durante un tiempo hasta que alguien se cansaba; normalmente él. Solía pensar que era un hombre con suerte. Ahora... no estaba tan seguro.

-Pero no hablamos de mí, Rosales. ¿Vas a echarle cojones y plantarte ante ella o no?

La idea era demasiado aterradora para no tenerla en consideración. Llevaba un año trabajando duro para quitarle importancia a aquel fin de semana en el paraíso con ella y estaba fallando sin remisión. Es más, era acercarme a ella y perder los papeles.

-Me está volviendo loco -reconocí con las manos otra vez sobre la cara-. Toda la situación es una locura. Estoy metido hasta el cogote y lo odio con todas mis fuerzas, pero no puedo ni quiero salir. Por un lado veo cosas que me hacen pensar que sí, que puede que haya algo para luego ver cómo te llama a ti cuando no se encuentra bien. Ella solo ve la enfermedad y la usa en mi contra. No sé cómo decirle que me da igual, que lo que importa es ella y que estoy para lo que necesite.

-Como que va a reconocer que te necesita. ¡Es una cabrera! Y otra cosa, Rosales. Nunca le digas a una mujer que algo te da igual. Ni bajo tortura confieses que algo te la pela.

Chasqueó la lengua y movió la cabeza como si hablase con un niño de piruleta. Pero a mí esas reglas no escritas me daban realmente igual así que fui a lo importante.

-¿Y que sea cabrera es explicación para todo?

-Empiezo a pensar que sí. Por desgracia yo tampoco las entiendo y, sinceramente, creo que es mucho más sano aceptarlo porque cuando intento buscarle sentido acabo por perderme más.

-Debe ser cosa de mujeres. -Tenía que ser.

-No, es cosa de cabreras, tío. Te digo yo que las rubias de esa familia se llevan la palma.
Gruñí porque Carlos seguía empeinado con esa teoría suya y no me agradaba nada que pudiese tener razón.

-Rosales, hazme caso. Que sepa que estás siempre ahí para ella. Solo con que quede claro es suficiente.

-Siempre estoy ahí, Carlos.

-Sí, y solamente tú lo sabes. O te lanzas o dime tú a mí cómo va a saber que te interesa de verdad. Yo también la cojo en brazos, si es necesario.

-Pues que sea la última vez. Y gracias por sacar el tema, ya de paso. Que corra el aire o te corto las extremidades, mamón.

Empezó a reírse en mi cara tardando su un buen tiempo en recuperarse.

-Veo que ya lo vas pillando -dijo limpiándose los ojos con la camisa.

No volvimos a hablar de mujeres el resto del día. Mejor, porque aquellos diez minutos me habían dejado sin reservas.

Tuve, sin embargo, tiempo de sobra para pensar sobre lo que verdaderamente sentía por Esther. Al dejarla aquel domingo pensé que estaba vacío y así me sentía. Ahora era completamente lo contrario, ella lo invadía todo, absolutamente todo. Mente y cuerpo, incluso los resquicios más ocultos. Porque ahora mismo mi vida resultaba ser mucho más compleja que antes y no había pasado nada distinto. Simplemente ella.

Ya de camino a casa, Carlos tuvo que sacar el otro único tema que me tenía en vilo por las noches.

-Empiezan a oírse comentarios sobre el tema de la caza ilegal.

Carlos era un pez gordo en Ávila, de los que no saben de pequeñeces porque solo lidian con temas realmente importantes. Mala cosa que le llegaran habladurías sobre nuestro problemas.

-Como se sabe de dónde soy alguien ha tenido la deferencia de dejar Sierra Negra en mal lugar delante de mi cara. Nada fuera de lo común dentro del politiqueo de la capital. Andaos con ojo.

-¿Por unas cabras? Se supone que a todo el mundo le da igual menos a nosotros.

-Pues parece que no.

A Jaime no le iba a gustar un pelo. Una cosa era saber que nos miraban con lupa, otra muy distinta que fuesen comentándolo por ahí.

No sabía nada de lo avanzado de su investigación, pero yo no estaba aportando mucho por mi parte. Mi padre seguía sin oír nada fuera de lo común y en la sierra todo parecía en orden, con los típicos problemas que cada año se repetían, Nada fuera de lo común. Salvo porque cada vez se veían menos cabras.

Capítulo 23

Llamaban a la puerta, pero ni me molesté en contestar. Me incomodaba la ropa y el picor en el costado me hacía querer arrancarme la piel. Si no fuese porque tenía siempre frío habría ido desnuda por la vida, en casa y en la calle. Ya me daba igual.

Lloraba cuando me aplicaban la pomada y no sé si era porque me escocía o porque estaba tan sentida que cualquier cosa me hacía saltar y justo ahora, cuando tenía la camisola puesta agarrada bajo una axila mientras con la otra mano intentaba pasar la crema, van y se ponen a aporrear la puerta como si hubiese un fuego que apagar.

-¡Qué! -grité cabreada.

-¡Subo!

Artemio. «Y yo medio en pelotas, estupendo».

Cuando apareció en el umbral, al menos estaba presentable, pero el bote de crema en una mano y los dedos embadurnados en la otra indicaban la tesitura que acababa de interrumpir.

-¿Decías? -preguntó alegre mientras recuperaba el aliento.

-Nada, nada. Intentaba no pringarlo todo.

-¿Te ayudo? -preguntó mientras me quitaba el bote de la mano.

Miré hacia abajo cuando le vi subir el borde de mi camisón.

-No tan aprisa, pulpo.

Le aparté con la mano que ahora tenía libre y le miré algo más que mosqueada. ¿De qué iba?

-¿Te asusta que te vea en ropa interior? -Quién era ese hombre y qué habían hecho con mi adorado y tímido Artemio.

-¿Quién dice que llevo ropa interior? -Soy una bruja, lo sé.

Llevaba las braguitas puestas, pero el sujetador me raspaba tanto que había dejado de usarlo tras la primera sesión de radiación.

Se puso rojo como un tomate, agachó la cabeza y dejó la crema sobre la mesilla. Cuando empezó a rascarse la nuca ya no encontré en mí ninguna excusa para negarle nada.

-Perdóname, Artemio. Últimamente estoy que me llevan los demonios.

-Lo entiendo perfectamente -dijo sin levantar la mirada del suelo-. No debería haber entrado a matabalho y menos interrumpirte en un momento tan... íntimo.

El pobre no sabía dónde meterse y ya reculaba de camino a la escalera. ¿Por qué era yo tan mala persona? Así, con todas las letras. Suspiraba por él y le arreaba en cuanto podía. Tan miedica era, que prefería no sentirle cerca por no reconocer que le necesitaba.

«Ya está bien, Esther».

Corrí hacia él y le agarré del brazo

-¿Te importaría extender la crema mientras me tumbo? Así de pie veo mejor, pero me canso al cabo de tres minutos.

Tardó unos segundos en reaccionar. Me miró a los ojos y yo recé para que expresasen algo coherente.

Nada. Artemio seguía ahí de pie, indeciso.

-Por favor...

«Por favor, por favor, por favor».

-Claro. -Volvió a echar mano del bote y quedó petrificado cuando me vio subir la tela hasta justo por encima de las quemaduras.

No quise ver la cara que puso por no echarme a llorar. Tenía la piel en carne viva y para los que

no estaban acostumbrados, no era una imagen agradable. Con las continuas sesiones de radiación, mi piel, ya sensible de por sí, había pasado de blanca a rosa, de rosa a carmín y de carmín a violeta. Las ampollas tampoco ayudaban y por todas partes la piel se despellejaba como la de cualquier guiri tras una semana en Benalmádena.

Yo ya ni me paraba a pensarlo. Es increíble a lo que una puede llegar a acostumbrarse, aunque sí es verdad que hacían falta muchas semanas para quedar inmunizada. A veces me daba vergüenza quejarme viendo lo que otros tenían que sufrir. Desde que enfermé había visto de todo en el hospital y, sinceramente, lo mío era una cosilla de nada. Los no iniciados en lo gore sin embargo, sufrían inevitables ataques de grima. Es por eso que cuando menos enseñase, mejor.

-Qué crema es esta -preguntó Artemio impertérrito.

Me atreví a mirarle y para mi sorpresa no le vi escandalizado en lo más mínimo. Interesado, más bien.

-Realmente no es crema, es jabón. Me lo aplico primero y luego limpio la zona con agua. La crema viene después y luego vendamos la zona para que no raspe. Hoy como voy tan vaporosa no tenía pensado usarla. La venda, me refiero.

-¿No prefieres hacerlo todo en el cuarto de baño?

-Demasiado estrecho; acabo dándome golpes contra los sanitarios. Aquí tengo la palangana y me apaño mucho mejor.

-Ya que estoy aquí, podemos hacerlo todo en la ducha. Si no te importa, claro.

Artemio había entrado por la puerta con una misión que cumplir, por lo visto. Yo, por mi parte, ya no tenía intención de decirle que no a nada que me propusiese. Admitirlo me hizo sentir bien. No podía estar equivocada, entonces.

Levanté la mano y le acaricié la mejilla.

-Contigo no me importa, Artemio. Además no hay nada que no hayas visto ya.

Sonrió enseñando todos los dientes y unas arrugas alrededor de los ojos que no solía tener. Parecía tan cansado y yo pidiendo mimos como si fuese la única persona sobre la faz de la tierra.

-No tienes que hacerlo si no quieres. Tengo la rutina de lo más depurado -aseguré sintiéndome otra vez egoísta-, puedes esperar tumbado en la cama. Con suerte puedes echarte una siesta.

-Agradezco el ofrecimiento, pero no pienses que te vas a librar así por las buenas de mi compañía.

Me dio la vuelta y con cuidado, me empujó hacia el cuarto de baño.

-Adentro, cabrera.

Me metí en la ducha y subí la camisola hasta justo por encima de la zona desollada. Las enfermeras lo llamaban «dermatitis por radiación», yo lo llamaba «despellejamiento por hijoputez». Después de varias sesiones y un montón de cotilleo entre pacientes y personal del hospital, se votó por unanimidad enviar una petición al Ministerio de la Salud para que cambiasen oficialmente el nombre. Creo que los pacientes no estábamos en condiciones de pensar nada con claridad en aquel momento y las pobres enfermeras ni se tenían en pie después de a saber cuántas horas de guardia.

-Ejem... -carraspeó encendiendo el radiador-. Creo que será mejor si te lo quitas todo. Así no habrá problemas si salpica.

Ni se me ocurrió rechistar.

Me ayudó a sacar la camisola por la cabeza, pasó la mano por la estrella de mi colgante y se dio la vuelta cuando me deshice de las braguitas. Acción estúpida sabiendo que tendría que mirar justo después.

Levanté el brazo y lo apoyé sobre los azulejos siguiendo sus instrucciones.

En silencio Artemio mojó con agua templada la zona, secó, aplicó con cuidado el jabón y enjuagó después con más cuidado todavía.

-¿Tienes frío? -preguntó al verme temblar.

-Siempre tengo frío. -Tampoco iba a reconocerle que me estaba poniendo muy nerviosa y frío no tenía. Bueno, no mucho.

-Iré rápido -aseguró mientras seguía enjabonando y aclarando sobre las costillas y por encima de la cadera-. He venido -carraspeó-, porque quería enseñarte una cosa así que ya puestos puedo darte una ducha rápida.

Dije que sí con la cabeza y recé para que no toquetease por otras zonas. Más que nada porque acabaría lanzándome y mis padres estaban al caer. Parar después si no me mandaba a paseo, no entraba entre las posibles opciones.

Pasó la alcachofa de la ducha por todo el cuerpo mientras yo limpiaba con el jabón ciertas zonas sin entrar mucho en pormenores. Cuando quedó contento, me envolvió con la toalla y me seco despacio presionando y sin frotar. Paró un momento al ver la cicatriz de la última operación. Apretó los labios, pero no dijo nada. Al llegar al pecho levantó la vista y cuando le animé a seguir ya no paró, entreteniéndose entre mis muslos un segundo más de lo estrictamente necesario.

Santo varón. Todo sea por mantener los estándares mínimos de higiene.

Por desgracia debía tener prisa porque me sacó de aquella ducha antes de poder soltar el primer suspiro de gusto.

En la habitación aplicó la crema y me vendó antes de salir por la puerta diciendo que lo que tenía que enseñarme estaba esperándome fuera. Así que me vestí y bajé a ver qué era.

En los últimos veinte minutos había llegado a una verdad irrefutable: me encantaba que Artemio me tocara y no únicamente en el sentido sensual de la palabra.

Me esperaba con el coche en marcha así que me senté en el asiento del copiloto, abroché el cinturón y, mordiéndome la lengua para no preguntar, esperé a que me llevase a ver qué sorpresa era aquella.

-¿Dónde vamos? -Trece segundos había tardado en preguntar. Trece larguísimos segundos.

-Ya lo verás -respondió sin dejar de mirar hacia delante.

-¿Está muy lejos?

-No.

-Podríamos ir andando entonces, todavía no he dado mi paseo hoy.

-No te voy a decir dónde vamos.

«Maldición».

-¿Es grande? ¿Tiene pelos?

Se echó a reír, pero no coló.

Dijo que no con la cabeza y siguió conduciendo. Y me alegré entonces de que lo hiciese. Cuando prestaba atención a algo, su mirada se intensificaba y automáticamente como que dejaba de ser el amigo que siempre está ahí para pasar a ser el hombre con el que quieres entretener el tiempo en privado. Además, así podía permitirme el lujo de deleitarme.

Los músculos del brazo se tensaban con las idas y venidas del volante y los del torso estiraban la camiseta con el bamboleo del asiento por culpa de lo malo del terreno.

Habíamos tomado una vereda que no estaba pavimentada en la que había que tener cuidado para no raspar los bajos del coche. En el caso de Artemio, la verdad que no hacía falta porque el todo terreno estaba más que acostumbrado a driblar piedras.

-Ya casi estamos -dijo justo en el momento que abrí la boca para preguntar.

Agradecí de palabra el paseo en coche esperando más información. Seguía mudo así que desistí.

Cuando aparcó y comenzamos a andar, me di cuenta del pedazo de cuesta que tendríamos que chuparnos de vuelta. Sí que había sido una buena idea venir en coche.

Estábamos cerca de la ladera del río. A medio camino entre la garganta y el pueblo. Realmente no conocía bien ese pequeño rincón de Santo Domingo ya que nosotros no teníamos ningún huerto por allí.

Esa era la razón por la que mi familia siempre se dedicó en exclusiva a la ganadería. Con los huertos que teníamos era imposible plantar trigo, centeno o cualquier otra cosa, realmente. Los contadísimos huertos que no teníamos en la sierra eran tan pequeños o estaban tan llenos de piedras que no había manera de plantar más que alguna que otra patata.

Fuimos despacio agarrados de la mano hasta llegar a un huerto rodeado de un muro de piedra con una verja de hierros oxidados a la entrada.

-Es aquí.

Abrió la verja y me invitó a entrar en aquel vergel.

-He desbrozado la mitad y todavía tengo que preparar el terreno, aunque debería ser suficiente para empezar. ¿Qué te parece?

No supe qué decir porque estaba perdida.

-Me parece un huerto muy bonito.

Sí. Con aquella contestación quedaba estupendamente de bien.

Rosales se echó a reír o sea, que había vuelto a meter el cazo.

-Artemio, ¿de qué va todo esto?

-He preparado un pisco labis -dijo señalando con la barbilla justo debajo de un nogal enorme en una de las esquinas-. Nos sentamos y te cuento.

Había abierto una vereda entre la maleza para poder llegar al final donde había una mesa y un par de sillas de piscina a la sombra del árbol.

Sacó de una pequeña bolsa térmica una botella con mi mejunje verde y otra con lo que supuse debía ser agua para él. Después puso sobre la mesa una tortilla de patata ya cortada en cuadraditos, algo de pan y medio chorizo en rodajas.

-No tengo hambre -dije.

-Come un par de rodajas, te vendrán bien.

Típico chantaje. Si quería información, tenía que masticar. Escogí un trozo de tortilla y pregunté otra vez con los carrillos llenos para darle más verosimilitud.

-¿Por qué me has traído aquí?

-He pensando que podríamos plantar algo.

Así sin más. Plantar algo.

-Mi prima Mayra quería plantar patatas y ahora va por la vida como alma en pena toda encorvada asegurando que el huerto le ha quitado diez años de vida.

-Mayra no tienen ni idea de plantar nada. Además, mi plan es que lo hagamos juntos. Nos vendrá bien a los dos.

-Tú no necesitas hacer más ejercicio.

Mierda. Ahora sabría que le tenía fichado. Músculo a músculo.

-Pero necesito desconectar de otras cosas, igual que tú. ¿Me vas a ayudar o no?

Hombre, si se ponía así... Quién era yo para decir que no.

Capítulo 24

Empujé la parte de arriba de la puerta y llamé por si acaso.

-Buenas tardes, ¿hay alguien en casa?

A estas horas, los padres de Esther debían estar de paseo. Ese era el único momento del día en el que había verdaderas posibilidades de verla a solas. Eso no quita que tres de cada cinco, acabase sentado en la cocina escuchando batallitas de tiempos mejores o sufriendo miradas de refilón por parte de Irene como si pensase que estaba allí para robar algo.

Como nadie contestó, abrí la parte de abajo y entré.

Sé que estaba abusando de la hospitalidad de aquella casa, pero no podía evitar pensar que si ella estaba dentro y no se encontraba con fuerzas de contestar debía ir a ver si podía ayudarla de alguna manera.

Cerré la puerta tras de mí y tras dos pasos asomé la cabeza por la puerta de la cocina.

Javier estaba sentado al lado de la estufa mirando absorto los detalles del mapa de la península ibérica del hule de la mesa.

-Ah, perdón por entrar. Pensé que...

-Pasa, muchacho.

Recostó la espada en la silla y apoyó las manos sobre los muslos.

En casa no se oía ni un alma así que bien que había calculado yo los tiempos. En vez de charlar un rato con Esther acabaría pasando la tarde con su padre, pero hoy no me recibió como de costumbre. Me miraba serio esperando a que entrase y respiraba por la nariz como un jabalí cabreado.

-¿Se encuentra ella bien? -No sé, por un segundo pensé que Esther había pasado un mal día o algo peor.

-Está arriba, durmiendo. Pasa un momento, Rosales.

De «muchacho» a «Rosales». Aquello era serio. Entré y me senté en el banco pegado a la pared mirando hacia la ventana.

-Usted dirá. -Irse por las ramas no nos llevaría a nada así que cuanto antes me dijese lo que le rodaba por la cabeza, mejor.

Javier volvió a incorporarse y alargó el brazo para agarrar una navaja que estaba abierta al otro lado de la mesa. La cerró con cuidado y empezó a jugar con ella con los dedos dándola vueltas sobre el hule.

Había tensión en aquella habitación. ¿Tendrían malas noticias de los médicos? Se supone que Esther estaba respondiendo por fin como debía al nuevo tratamiento. ¿Sería otra vez una falsa alarma? ¿Una mejoría que no era tal? ¿Nos estaban engañando y sólo recibía placebos porque no había nada que hacer?

-Se encuentra bien -dijo serio leyéndome el pensamiento.

-Dígame entonces.

Soltó el aire por la nariz y apretó los dientes.

-Estaba allí. -Y levantó la vista para cerciorarse de que le seguía.

«¿Dónde? ¿De qué estaba hablando?»

-Aquella noche en el hospital.

Se me coaguló la sangre en cuanto la última sílaba llegó a mi cerebro. ¿Qué noche exactamente? ¿La noche en la que lloré como un niño; la noche en la que le canté nanas; la noche en la que la regañé porque la perdía?

Javier tenía los ojos llorosos y seguía rechinando los dientes como si las palabras no quisieran salir, pero salieron. Y cómo.

-Tuviste agallas en decirle aquello estando a las puertas de la muerte.

Tan enfadado se le veía que pensé que acabaría trinchándome con la navaja que ahora daba vueltas como una peonza sobre la ciudad de Murcia.

-Acusarla de querer morir... -prosiguió.

Mierda. Iba a a trincharme y con toda la razón. Extrañamente sentí alivio ante la idea. Me había estado torturado tanto por aquello que dije, que la muerte por navajazo se me antojaba placentera para lo que mi subconsciente me decía todos los días. Aquello fue ruin y me perseguiría siempre.

Él siguió jugando con la navaja y hablaba sin mirarme.

-Tantas veces he pensando lo mismo y nunca he sabido como decírselo. Mi hija, hasta hace unas semanas se estaba dejando marchar y yo lo veía sin ser capaz de enfrentarme a ella para que luchara. No solo por ella sino por todos los demás. Me decía que no tenía derecho; que ya bastante tenía ella con el cáncer como para que yo metiera más cizaña; como padre no pude cantarle las cuarenta, pero el hombre en mí me lo echaba en cara cada día. Gracias por sacarla del agujero; gracias por hacer lo que yo no supe hacer por mi hija.

-No debí hacerlo, Javier. Me arrepentí en el mismo momento que lo dije. Estaba confundido.

El padre de Esther dejó de jugar con la navaja y volvió a apoyarse sobre el respaldo de la silla.

-No quiero entrar en cómo estabas o cómo estás. Eso es cosa tuya. Funcionó y yo sé que ese debía haber sido mi trabajo, no el tuyo. Me hija necesitaba que la zarandearan y le dieran una buena tunda en el culo y yo no me atreví porque la vi débil y mi hija jamás ha sido débil. En los últimos dos años se me ha olvidado lo fuerte que es y la he estado tratando como su madre; entre algodones. Esther no necesita eso. Necesita retos a los que enfrentarse o se da por vencida. Tú la pusiste entre las cuerdas y mira ahora; mi niña empieza a florecer otra vez. Es una jabata.

Sacó un pañuelo y se limpió los ojos antes de que las lágrimas cayeran.

Fui a abrir la boca, pero me paró levantando la mano.

-No negaré que para mi mujer y para mí, por distintas razones, no eres lo que teníamos pensado para ella. Pero la vida es así; nada puede anticiparse.

Se levantó despacio y sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa.

-Este es el teléfono del taxi que la lleva a la radioterapia, hay que llamar un día antes si hay algún cambio de planes. Voy a buscar a mi mujer a la solanilla y dar un paseo. Hace un buen día para ir a dar una vuelta.

Dejó el papel sobre la mesa, me apretó con fuerza en el hombro y se marchó.

Un buen rato después seguía mirando como un idiota el papel sobre la mesa preguntándome qué coño acababa de pasar y qué diantres quiso exactamente decirme.

Oí movimiento arriba. Me levanté para sacar de la nevera el mejunje asqueroso verde y subí las escaleras para pasar un rato con Esther. A pesar de cómo se encontraba hacía todo lo posible por usar la habitación de arriba y yo lo agradecía porque así era más difícil que alguien escuchase nuestras conversaciones.

Estaba tendida en la cama con los ojos cerrados cuando entré. Había llamado a la puerta y por el hilo de voz supe inmediatamente que no era un buen momento.

-Pasa, Artemio. Me temo que hoy no vamos a plantar nada.

Nuestras visitas al huerto eran junto con las contadísimas ocasiones como aquella, los únicos momentos en los que podía pasar un rato a solas con Esther. Y esos momentos se me hacían cada vez más cortos, daba igual el tiempo que tuviéramos, cinco minutos aquí, veinte minutos allá. Siempre me parecía poca cosa.

Era inútil negarlo: estaba enganchado a ella. En todos los sentidos. Con ella era Artemio, siempre. Hasta me gustaba que me llamara así. Cada conversación era importante, daba igual el tema; yo miraba por ella y ella miraba por mí. Nunca me había sentido así con nadie. La oportunidad que Javier me acababa de dar no era para desperdiciarla.

-Tranquila. Hoy solo quiero charlar sobre algo.

-Miedo me da cuando un hombre se presenta diciendo cosas así. Normalmente esos algos traen desdichas.

-Espero que no.

-¿Qué es eso tan importante, entonces?

Me senté en la cama y cogí su mano. Quizá fuese obsesión, pero sus manos me llamaban de alguna manera. Entrelazar nuestros dedos era una licencia que desde nuestro primer encuentro me permitía, hubiese lo que hubiese entre nosotros. Incluso si no era nada. El contraste era más que evidente. Los suyos finos, largos, blancos como la nieve; los míos recios, llenos de marcas y teñidos por el sol. Como nosotros.

-Quiero llevarte a la siguiente radioterapia. -Primero tendría que hablar con mi jefa, pero una vez que Esther me diera el calendario de sesiones pillaría todos los días libres que tenía disponibles y todas las vacaciones para ir con ella de ese momento en adelante. Según mis cálculos no debían quedar más que tres o cuatro sesiones. Después, ya veríamos.

-Normalmente voy en taxi y si mi padre no trabaja, me acerca él.

Dije que sí con la cabeza.

-Pero quiero llevarte yo, preciosa.

Me apretó la mano.

-Si quieres...

«Ahora, Rosales».

Me incliné para darle un beso en los labios. Lo hice despacio porque con ella cansada, las señales serían demasiado sutiles. Un no con la cabeza, un tirón en la mano, una expresión de miedo era lo que iba buscando, pero no.

Esther entreabrió la boca, se lamió los labios y me miró como si quisiese llorar. Tan alérgico que era yo a los besos y ahora solo quería besarla durante horas, si ella me dejaba. No quise presionar así que simplemente uní mis labios a los suyos. Pero en cuanto la punta de su lengua me rozó, me lancé como un cavernícola a succionar y a jugar haciendo nudos.

Sabía a menta.

Me entretuve en sus labios, lamiendo, chupando, mordiendo y ella no solo no me lo permitió, sino que me apretó fuerte de la nuca para que no me escapase. Como si se me pudiese pasar semejante tontería por la cabeza.

Mi Esther. Mi milagro.

El móvil comenzó a vibrar en el bolsillo de mi chaqueta.

Ella quiso decir algo, pero la tenía atrapada y estábamos demasiado entrelazados como para poder hablar con claridad. En ese momento sobraban las palabras además.

Sentí una presión en el pecho. Yo seguí a lo mío.

Diez segundos después, Esther me estrujaba la zona los pezones para sacarme del trance. Y sí, paré de besarla, pero todo lo demás se aceleró.

-Preciosa, eso no me lo hagas si vamos a continuar vestidos.

-Es por tu bien -sentenció.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y me enseñó el teléfono.

-Deberías responder -dijo-.No para de vibrar y me desconcentra.

Miré la pantalla y sentí un jarro de agua fría estrellarse en mi cara. Vaya forma de cortarle el rollo a uno.

-Es mi padre y creo que es importante. -Agarraba el aparato con fuerza y me resistía a contestar. Levantó una mano y yo besé la palma.

-Entonces ve. Yo creo que echaré una cabezadita.

-Está bien, preciosa. Hasta dentro de dos días. Seré puntual.

Me vio salir de la habitación, pero en cuanto me acerqué a la escalera volví sobre mis pasos, corrí a su cama, la besé en la frente y entonces sí que me fui.

De camino al coche leí el mensaje y contesté inmediatamente.

Yo: OK. Media hora

Volvía a reunirme con mi padre en aquel peñasco alejado del mundo para poder tener una conversación normal en la que mi madre no apareciera tarde o temprano llorando o gritando por ver cómo Clemente mancillaba el nombre de la familia rodeándose de «esos andrajosos borrachos» que eran el hazmerreír. ¿Y dónde estaba mi padre cuando «esos cabezas huecas» presumían de lo que no tenían? Pues con ellos.

Y otra vez el lloro. Mi madre era una fuente en esos días.

Mi padre además de santo, los tenía cuadrados. Yo ya habría claudicado y le habría contado parte bajo secreto de confesión o algo. Todo por no sufrir día y noche aquel martirio.

Porque mi madre lo estaba pasando realmente mal. Le daba vergüenza ir a la tienda, o pasearse por la solanilla y veía cabezas cuchicheando a sus espaldas a todas horas.

En parte era verdad, pero ni mucho menos tan exagerado como lo ponía. Que mi padre hubiese hablado un par de veces con este o aquel no le convertía en un delincuente. El problema radicaba en que una vez que tenías colgado el sambenito, no había forma de quitártelo de la chepa.

Mi padre alegaba que el susodicho sambenito lo tenía igual, hablara con quien hablara, así que prefería utilizarlo para algo de provecho. Y por la cara con la que me esperaba parecía que los réditos empezaban a llegar.

-Dime por qué siempre nos vemos aquí.

Por mucho que Jaime nos hubiese prohibido intercambiar información sobre el caso, no había habido manera de convencer a mi padre. Antes de decir nada a la Guardia Civil venía a mí y discutíamos la información.

Pero allí. En el monte. En un pequeño claro con unas piedras al borde del derrumbamiento donde justo debajo mi padre guardaba la tartera y dónde, ya que estábamos, almorzábamos.

Normalmente no había nada que contar, pero ya era costumbre que yo, si tenía que hacer algún recuento o recoger las memorias de las cámaras, hiciese un pequeño rodeo para ver si ese día mi padre me esperaba ahí o no.

A cuenta de los malditos furtivos, mi padre y yo habíamos encontrado un nuevo equilibrio en el que más que familiares, parecíamos amigos. La conexión estaba allí y, sinceramente, me pesó no haberla tenido hasta entonces. Cuando era importante, me llamaba o mandaba un mensaje y hoy había recibido llamada y mensaje.

Mi padre me dio una palmada en las espalda y se sentó sobre una piedra antes de contestar por enésima vez a aquella pregunta. De sobra sabía porqué estábamos allí y no en un sitio más accesible, pero me gustaba oírsele decir. Además, siempre decía algo ligeramente distinto haciendo que la historia pareciese más fábula que otra cosa.

-Porque aquí me reunía con los compinches en tiempos mozos. Aquí arreglábamos el mundo y hacíamos planes de lo bien que nos iría en la capital. ¿No hacéis esas cosas hoy en día?

-Sí, aunque quitamos de la conversación la caza furtiva y añadimos a las mujeres.

Mi padre se rió dándose golpes en la pierna. Estaba bien contento y me mantenía en vilo, pero todo fuese por algo de alegría después de tantas semanas de sinsabores.

-También hablábamos de las mozas. ¿Creéis que el mundo lo habéis inventado vosotros? Aquí le dije una vez a alguien que en la siguiente fiesta sacaría a bailar a la chica que se empeñaba en ganarme a las carreras. Todavía iba al colegio.

-¿Quién era?

Mi padre siempre fue atlético, era difícil de creer que una chica pudiese ganarle corriendo.

-¡Tu madre! Aunque me alcanzaba solo porque quería tirarme de los pelos.

-Típico de ella. O sea, que lleváis toda la vida lanzándoos los trastos a la cabeza.

-Como debe ser. Yo no valgo para tener a una buena mujer que obedezca. Me moriría del aburrimiento.

Pensé en Esther, cómo no. Con ella era imposible aburrirse. Si no eran sus salidas por la tangente, eran sus prontos, o su cabezonería. Por no hablar de esa imaginación vivaz.

-¿Tienes tú a una moza con la que enfadarte? -preguntó mi padre.

Mi madre sería la que me daba la vara sobre si tenía novia o no, pero mi padre tenía tanto o más interés en verme «atado».

En vez de contestar le pregunté por algo que siempre me había parecido muy raro en él.

-Con lo distintos que sois tú y Javier y sabiendo lo mal que te llevas con la familia de las cabreras. ¿Cómo es que sois amigos?

Fue a echar mano de la tartera y comenzó a partir pan para hacernos un bocadillo. Poniendo mucha atención a lo que hacía me tuvo en ascuas un buen rato. Comenzó a hablar una vez que habíamos empezado a comer.

-Mi hermano tuvo una novia siendo yo un chavalín. Era muy guapa y un poco diabla. Pensé que esa sería su mujer, así que para mí era parte de la familia. Discutían mucho, pero tu tío aseguraba que era normal.

»Un día aquella discusión fue a mayores y vi cómo ella le daba una patada en la espinilla y él respondía con un buen tortazo en la cara».

Se me encogió el estómago y aparté la comida a un lado. Clemente siguió ignorando mi agitación.

-Hoy en día, si veo que alguien le pone la mano encima a una mujer te aseguro que intervengo, pero entonces eran otros tiempos y yo realmente era demasiado chico para entender nada. El caso es que me puse del lado de mi hermano e insulté a la chica, entre otras cosas la acusé de mala mujer. Días después, mi hermano lo dejaba con la chica y yo me enfadé aún más con ella por verle tan triste.

»Javier y yo ya éramos amigos por aquella época y claro, se lo conté todo con pelos y señales regodeándome demasiado en mis insultos hacia la cabrera».

Así que era eso. Mi tío, el viejo solterón que trabajaba en un bar de la Nacional III la cagó con su cabrera y mi padre lo estropeó todo aún más.

-Javier no me lo consintió y terminó por darme un puñetazo en la cara. Me reí de él preguntándole si la cabrera también le tenía a él embobado y después de darme otro puñetazo en el estómago dijo que sí y si no callaba, me pondría de pies en el hospital. Me dejó allí plantado y fue a hacerle lo mismo a mi hermano. De aquella pelea no salió tan bien parado, pero le dio igual.

-¿La cabrera era Irene?

Dijo que sí con la cabeza.

-Tu tío aseguraba que le daba igual, que su relación con Irene estaba muerta desde el principio. No estoy tan seguro, aunque está claro que Irene terminó con el mejor de los dos. Hacen falta unos huevos bien puestos para ir a tu contrincante varios años mayor y decirle que quieres lo que él

tiene y harás lo posible por conseguirlo. Se lo dijo a él antes incluso de acercarse a ella. Le admiré por ello entonces, más cuando consiguió casarse con la chica y aún más cuando volví del «exilio» y siguió tratándome como si no hubiese pasado nada.

Mi padre masticaba con parsimonia mirando al frente, probablemente demasiado metido en la historia.

-Nunca rió mis gracias de chulo venido a menos y tampoco me echó en cara esa época cuando regresé -prosiguió-. Javier ha sido siempre un buen amigo. En los buenos tiempos y en los malos. Mira que su mujer no olvida, como todas las cabreras, pero no ha conseguido que dejemos de hablar. Si hay algo que realmente me sabe a mal en esto de ayudarte es que lo veo menos y es ahora cuando más me necesita. Su niña lo está pasando mal, hijo. Por eso no puedo esperar a que acabéis con esto de una maldita vez.

Hizo un amago de sonrisa, aunque a mí me hubiese gustado llorar.

-Así que te cuento lo que sé, se lo cuento después al amigo tuyo del tricornio y me vuelvo a casa con mi vida y mi mujer. Estoy también harto de dormir en tu antigua habitación.

Se me había olvidado. Mi madre le tenía desterrado.

-Dime entonces.

Yo también estaba hasta la coronilla de ilegales e investigaciones y tan preocupado por Esther como Javier.

-Los Viejos Verdes deberían tener más cuidado -soltó.

-¿Y eso significa...? -Lo mismo habíamos lanzado las campanas al vuelo demasiado pronto.

-Tienen al enemigo en casa. Son los hijos los que tienen toda la información a disposición de los furtivos.

-¿Cómo?

-Uno de los ecologistas ha cerrado su empresa y anda a real y media manta; el hijo está acostumbrado a la buena vida así que le vende información al mejor postor. Al chaval se le han añadido otros, también hijos de los ecologistas, así que han montado un buen tinglado. Saben cuántos ejemplares, dónde encontrarlos, dónde comen, cuántos machos y hasta dónde repobláis. Todo lo que saben los Viejos Verdes, lo saben esos muchachos.

Quedé petrificado. Nadie sabía que estábamos repoblando. Con los machos desapareciendo, habíamos decidido curarnos en salud e introducir varias piezas. No le habíamos dado publicidad al hecho por no atraer a los curiosos.

-Hasta construyen trampas copiando a no sé qué grupo de cazadores en América con vídeos de algo que se llama *jutup* o algo parecido.

-¿Me estás diciendo que venden información y además ayudan en la caza?

Dijo que sí con la cabeza.

-Además de pasta, se lo pasan en grande. Porque esos chicos no están bien de la cabeza, hijo. Deberías oír cómo hablan.

-¿Dónde les has oído?

-No te lo vas a creer. Fui a setas al robledal de Abrevadero, ya sabes que en otoño no me gusta con toda la gente dando codazos. Allí les oí hablar en un claro. Estaban borrachos celebrando algo y ni me oyeron llegar. Me he pasado tardes enteras dando coba a «los malos» y resulta que los hijos de «los buenos» estaban detrás de todo. Apunté los nombres, son cinco.

-Joder.

-Eso pensé yo.

-Te acerco al cuartelillo.

-No hace falta. Bajo andando después de comer.

-No, padre. Esto corre prisa y me da igual lo que diga Jaime. Te acerco ahora mismo.

Realmente mi madre era necesaria en la vida de mi padre porque con esa pachorra cualquier otra mujer no hubiera sido capaz de levantarlo de la cama todos los días. Tuve que empujarle para que subiese al coche.

-No hace falta que tengamos un accidente -gritó agarrándose a la barra de arriba del asiento.

-Es el terreno, agárrate.

Pasó más de una hora hablando con la Guardia Civil. Cuando salió parecía preocupado y era para estarlo. Los Viejos Verdes eran buena gente y todos sus hijos eran mayores de edad. Aquello iba a destruir a cinco familias, como poco.

Le llevé de vuelta a casa, pero no quise entrar. Ya ayudaría a mi padre con su mujer cuando pudiésemos hablar abiertamente.

Antes de cerrar la puerta del todoterreno me dio una palmada en la espalda y dijo:

-Prométeme que cuando acabéis del todo con esto, seré el primero al que llames porque deberé ir a disculparme a Javier. Llevo siendo un gañán con él desde que me pusiste a espiar y lo mismo hasta le pierdo como amigo por nada.

Como siempre debía sentirme agradecido por su ayuda y, como siempre, él debía parecer que le daba igual. Que me mirase con las espaldas anchas y sacando pecho no significaba nada. Que no me mirase mientras parecía sonreír tampoco. Ya se sabe, hay que quitarle hierro al asunto aunque uno se sienta por un momento el amo del mundo y el tío más listo del pueblo.

Clemente Rosales había resuelto el caso. Toma ya.

Agradecí su ayuda apretando los dedos sobre su hombro. El contestó con un movimiento de mano como si espantase al gato y todo quedó claro entre nosotros.

Capítulo 25

Tengo ganas de devolver y Artemio no está. Por primera vez en muchos meses vomitaría por culpa de los nervios y no por el efecto del veneno que llevaban inyectando o radiando en mi cuerpo desde hacía ya una eternidad.

Son nervios genuinos; de los que te entran cuando tienes un examen; parecidos a los que no puedes controlar justo antes de una entrevista de trabajo o cuando sabes que estás quedando en ridículo en una reunión social por hablar demasiado. Ese tipo de nervios; de los que no tienen nada que ver con convulsiones incontrolables entre sudores fríos cuando un gusano por dentro está engullendo tus entrañas.

Son nervios de lo más bienvenidos de no ser porque vuelvo a estar entre la espada y la pared y por mucho que yo crea que todo va bien, ya he pasado por esto antes y las noticias al final nunca fueron buenas. Ya se sabe, las apariencias engañan.

No llevamos esperando ni dos minutos, pero a mí me parecen semanas. Empiezo a sentir agotamiento, como en uno de esos días de sesiones envenenadas y dolores infinitos donde te empeñas en vencer y lo único que consigues es subyugarte aún más a un demonio incorpóreo.

¿A quién le echaré la culpa ahora si las noticias son tan malas como hasta ahora? Ya no me queda persona, circunstancia, herencia genética o alimento a quién acusar. Esta maratón debe acabar o al menos darme un respiro porque juro que ya no me veo llegando a la meta; al menos no a la meta a la que quisiera llegar.

Mi queridísima Ángela, la mejor enfermera de este inhóspito lugar, nos llama para que entremos y mi madre me agarra de la mano sin mirarme. Por su forma de levantarse de aquella silla infernal parece que es ella la que acarrea sobre sus hombros este martirio y en el fondo podría ser que sí porque me acarrea a mí y yo llevo colgado de la chepa este martirio. Mi padre, sin embargo, no se mueve. Sé que prefiere esperar fuera, él se enfrenta a los problemas a través de terceros cuando otros le cuentan lo que pasa. Las noticias a sopetón le derrumban como un castillo de naipes. No le culpo.

¿Dónde está Artemio?

-Vamos, no les hagamos esperar -me anima Irene, aunque a mí me parece que se lo dice a sí misma.

Viéndola de pie con la mano firme rodeando la mía entiendo de dónde me han salido a mí las ganas de luchar y pienso que si todavía nos quedan más rondas podré con ello. Me ayuda a levantarme, más por costumbre que por necesidad y a mí me entran las dudas de nuevo. Quizá no, quizá no pueda con otra ronda, quizá no quiera otra ronda. Quizá sea el momento de parar, respirar la vida y ver que pasa.

Seguimos la estela de ropa almidonada y olor a colonia de Ángela por ese pasillo angosto que huele a desinfectante y angustia y nos abre la puerta donde se supone que sucede todo lo malo, al menos hasta ahora.

Intento leer su expresión. Quizá sepa ella algo y se le escape una mirada, una sonrisa, una lágrima. Algo.

Nada.

Ángela no sabe nada o a lo mejor es que yo no quiero mirar con detenimiento. Respiro hondo y me alegra sentir que el dolor es casi nulo comparado con lo que podría llegar a ser y me fuerzo a ser optimista. Levanto la vista y él no está sentado tras su enorme mesa llena de papeles y archivadores. No está; necesita más tiempo para enfrentarse a mí. El optimismo se desvanece. Y

yo tiro hacia atrás, mi madre respira hondo y Ángela apoya su cálida mano en mi espalda para darme un empujoncito hacia delante.

Él aparece de repente, se sienta en su silla y señala las dos sillas pensadas para albergar nuestras pobres almas en los próximos quince minutos.

-¡Ah! -sonríe. Porque lo de levantar la comisuras de los labios a la vez que los ojos hacen algo parecido a las chiribitas es sonreír, ¿verdad?

¡Sonríe!

Aunque mi doctor siempre va muy contento por la vida. Probablemente fuese la única persona en aquel edificio que tiene buen espíritu y lo expresa sin tapujos. Los enfermos lo agradecemos con sinceridad, pero los familiares lo encuentran a veces demasiado poco serio para el percal con el que tenemos que lidiar todos los días.

-Sentaos. En un momento terminamos.

Eso seguro. Decir «remite» o «no remite» no necesita de mucho tiempo y todos sabemos lo que ambas cosas significan, así que no hay por qué eternizarnos aquí. Quiero salir corriendo, esperar con mi padre en el pasillo.

¿Dónde demonios está mi Artemio?

Me veo no obstante, dejándome caer sobre la silla que me acercan mientras Ángela cierra la puerta en silencio. Como siempre hace.

Él empieza a hablar y yo desconecto. No quiero oír lo que tenga que decir, mi madre podrá contarme luego los detalles de algo que ni ella ni yo entendemos y ella sabrá aguantar el tipo mejor que yo.

-..., dentro de los límites,...

Levanto por fin la vista. Su sonrisa es la de un niño pequeño esperando a recibir su regalo de cumpleaños.

-..., ha remitido,... como esperábamos...

Mi madre suelta un suspiro sonoro y se echa a llorar allí mismo. Ella nunca llora...

Él se levanta y le da consuelo.

-Ya, doña Irene, ya puede respirar de nuevo.

Yo solo miro, no quiero saltar en conclusiones erróneas. No sería la primera vez.

-Esther, estás limpia. No quiero verte por aquí hasta dentro de tres meses. Realizaremos la cirugía pendiente en cuanto estés algo más fuerte.

¿Por qué no puedo respirar? Lo intento y no hay manera. Me falta el aire y no sé qué puedo hacer porque el cuerpo no me responde. Tengo frío, mucho frío y la losa del pecho es cada vez más pesada. Y me sumerge más y más en la negrura...

-¡Agggg!

Abrí los ojos y allí estaba. En mi habitación, la antigua, la bonita. Sentada en la cama, cubierta de mantas apoyándome sobre las palmas de las manos, jadeando mientras intentaba volver a la realidad.

Sudaba a chorros. Igual que hacía casi dos años atrás. Levantarme en un revoltijo de sábanas mojadas fue el principio del fin. Volvía a enfermar.

En realidad nunca me recuperé, para empezar.

Sentí ganas de vomitar por culpa del mareo y me llevé las manos a la cabeza sosteniéndolas entre mis rodillas. La misma posición que toman los pasajeros de un avión a punto de estrellarse. Yo me sentía exactamente igual. Esperando caer para no volver a levantarme. Tic, tac, tic, tac. Mi metrónomo interno pulsaba más tranquilo, pero yo lo sentía como otra señal de que empezaba a faltarle cuerda y no había nadie que tuviese la llave.

Pensé en llorar, como siempre y como casi siempre, me contuve. No cambiaría nada y solo haría más miserable la existencia de los demás.

Hice varias respiraciones profundas intentando olvidar el sueño, o más bien pesadilla.

Mi subconsciente era cruel y meticuloso. Cada día la misma llamada de esperanza para luego aplastarme con esa losa de cemento de mi sueño. Esa que sabía que caería con fuerza tarde o temprano.

-No llores, Esther. No llores.

Levanté despacio la cabeza y agradecí el aire bien cargado después de una noche de no parar de moverme.

Giré la cabeza y allí estaba. Mi tentación, el recordatorio de lo bueno y la amenaza de lo malo. Me dejé caer intentando no volver al estado paranoico de antes.

Hice memoria e intenté separar la verdad de la ficción. Pero era tan difícil creer algo tan bueno...

Estiré el brazo y abrí aquel dossier de cartón lleno de pruebas, ecografías, tacs, resonancias magnéticas, resultados de análisis de sangre. Lo abrí para leer de nuevo que estaba curada.

Por ahora.

Sentí miedo otra vez. Tanto que me estaba costando asimilar las buenas noticias. Al contrario de la mayoría de los mortales, sabía lo que podía perder y algo en mí se negaba a regodearse en mi buena fortuna.

-Estás limpia, Esther. Estás limpia.

Ese sería mi mantra matutino. Un mantra en el que empezaría a creer cuando lo repitiese alrededor de dos mil veces cada día.

Y eso hice.

Un buen rato después, el lago de sudor parecía más pequeño y me obligaba a achacarlo a las cuatro mantas con las que me tapaba cada noche y que, con la calefacción a todo trapo, no hacían ninguna falta. Pero es que llevaba tanto tiempo pasando frío...

Miré la hora. Casi las diez. Otra prueba de que me encontraba bien. Dormía hasta tarde y sin náuseas y mareos. Llevaba así un tiempecillo y sin embargo me negaba a asumir lo mejor.

Bebí el agua que mi madre metía de contrabando cada mañana temprano para que estuviese fresca al despertar y al beber las fuerzas parecieron hacer acto de presencia.

-Estás limpia, Esther. Estás limpia.

Estudí mis nuevos resultados médicos por millonésima vez desde el día anterior por la tarde. Dos PET-TACs de mi torso de frente y de lado con los brazos en alto mostraban un antes y un después y sí que se veía la diferencia y sí que parecía todo en orden ahora.

-Estás limpia, Esther. Estás limpia.

Mirando obnubilada esas pruebas comenzaron a sonarme las tripas.

Tenía hambre.

-Estás limpia, Esther. Estás limpia.

Y me eché a llorar. Esta vez de pura, genuina y abrumadora alegría.

Tenía que decírselo a Artemio.

Capítulo 26

Algo tenía que cambiar y pronto. Llevaba tres días de guardia seguidos, junto con todos los demás, como si estuviésemos encerrados en el trabajo. Órdenes de arriba. Por su culpa llevaba dos días sin saber de Esther y me estaba volviendo loco.

Volví a llamarla pero nada; tenía el teléfono apagado o fuera de cobertura.

Sabíamos que estábamos allí «retenidos» en relación con algo que tenía que ver con los furtivos porque nos habían prohibido ir a hacer las rondas habituales y yo sabía que Jaime tenía en su casa a varios «amigos pasando unos días». Con todo, podían haber tenido la deferencia de contarnos algo.

-Hostias -exclamó uno de los becarios.

-¿Qué es? -pregunté.

El chaval movía los dedos por la pantalla de su teléfono mientras recibía un mensaje detrás de otro.

-Están haciendo redadas en tres pueblos distintos a la vez.

-¿Y eso cómo lo sabes? -preguntó con tono acusador Nora. Ella sabía algo y no soltaba prenda.

El becario levantó el móvil enseñando los mensajes de su grupo de amigos.

-¿Me estás diciendo que ahora recibimos las noticias vía Whatsapp?

-Mucho más rápido -dijo el chico-. En dos minutos estará en todas las redes sociales. Mejor será que se den prisa.

Algún loco incluso había hecho fotos de la Policía Nacional tirando la puerta de alguien abajo. Jaime sabía guardar secretos. No tenía idea de que la investigación incluyera a los nacionales. Eso significaba que había drogas de por medio. ¿Dónde estaban metidos estos chavales?

Viendo que la operación era de dominio público llamé a mi padre para ponerle al día.

-Dime -contestó seco.

-Parece que la bomba acaba de explotar. Están haciendo redadas. Puede que esto acabe hoy.

-Me alegro. Esos cabrones, por muy jóvenes que sean, necesitan una lección.

-¡Tú sí que eres el cabrón! -oí una voz conocida al otro lado de la línea.

-¡Ven aquí si tienes huevos! -gritó mi padre-. Así que eras tú el que ha convencido a esos idiotas, ¿eh?

-Viejo gilipollas. Vas a pagar por chivato.

Y la línea se cortó de repente.

-¡Padre, padre!

Joder, joder, ¡joder!

En los siguientes dos minutos llamé a todo el mundo que se me ocurrió para preguntar si sabían dónde estaba mi padre. Nadie tenía idea.

«¡El peñasco!».

-Tengo que irme. -Salí corriendo en dirección al coche.

-¿¡Qué pasa ahora!? -preguntó Nora pisándome los talones.

-Mi padre. Creo que uno de los furtivos le ha pillado solo en la sierra. Llama a Jaime, insiste e insiste y dile que le mando por mensaje el sitio al que voy. He oído cómo alguien le amenazaba.

Nora volvió a toda prisa sobre sus pasos dando órdenes a todo el mundo.

A riesgo de cargarme los bajos del todoterreno fui la mitad del camino campo a través. Estaba a unos veinte minutos y si no encontraba a mi padre a la primera, el tiempo corría seriamente en mi contra. Conducir y escribir mensajes no es tarea fácil así que, para asegurarme, mandé varios no

fuese a enviar refuerzos a saber dónde en medio de la sierra. Si es que había refuerzos disponibles.

En ese momento me di cuenta de que era más que probable que fuese a enfrentarme a la situación completamente solo. No me importó en absoluto. Lo primero era la seguridad de mi padre.

Si el hijo de puta del teléfono tenía un arma, mi padre no tendría nada que hacer. Él solo tenía una navaja con la que defenderse. Yo tampoco tenía un arma y otra vez que me tiré de los pelos por no tener perro tampoco.

-¡Venga! -le grité al coche cuando casi queda atascado.

Paré todo lo cerca que pude a unos trescientos metros de nuestro punto de encuentro. Hice inventario de lo que tenía en el maletero por si algo podía servirme.

Los calcetines tendrían que valer.

Salí corriendo parando medio segundo a coger una piedra del camino.

Cuando llegué, no había nadie y reinaba un silencio ensordecedor. Aquello no era normal. Ni el aire corría.

Me acerqué al peñón donde nos sentábamos a comer. Allí estaba la comida esparcida por el suelo y la chaqueta de mi padre echa jirones.

Habían estado allí. Di vueltas como un tonto corriendo por si estaba inconsciente en algún sitio.

Nada.

-¡Mierda!

Alguien me llamó al móvil. Jaime

-Sí.

-Voy de camino.

-Aquí no hay nadie ahora. Ni rastro de mi padre, tío. -Me estaba costando mantener la calma precisamente cuando más la necesitaba.

-¿Alguna señal de pelea?

-Sí. La comida está toda aplastada y han destrozado su móvil con un pedrusco. ¿Dónde coño han podido llevárselo?

«Piensa, piensa».

-Tiene que estar cerca y por el silencio deben estar realmente cerca -me dije más a mí mismo que a Jaime.

«¡Piensa, joder, piensa!»

-¡La trampa! -gritamos a la vez.

Oí como Jaime aceleraba y yo me lancé a la carrera.

El agujero donde habíamos encontrado las cabras mutiladas estaba a menos de un quilómetro de distancia. Tenían que estar ahí. Casi todo el camino era cuesta arriba y la vereda serpenteaba constantemente; de seguirla, tardaría demasiado.

Tomé un atajo y recé para que las escobas me dejaran pasar. En los últimos años el monte estaba cada vez salvaje y muchos caminos habían quedado cerrados por culpa de la maleza.

¡Bang!

Llegaba tarde. ¡Estaban disparando a mi padre! Aceleré saltando piedras rezando para que estuviesen a la altura de la cámara que teníamos apuntando justo en dirección a la trampa. Con un poco de suerte quedaría todo grabado.

¡¡Bang, bang!!

El estruendo reverberó en el aire durante varios segundos.

Alguien soltó una carcajada y yo juré allí mismo que fuese lo que fuese que me encontrase terminaría con aquel sádico.

El suelo estaba lleno de broza seca así que, en cuanto bordeé el risco justo detrás de los árboles que rodeaban el agujero, paré porque solo alguien completamente sordo no me oiría llegar en aquellas circunstancias.

Me agaché detrás de un pedrusco un segundo antes de lanzarme a por el que fuese. Necesitaba ver primero a lo que me enfrentaba.

Debería haberlo sabido. Desde el principio.

Alberto Ramos, el novio de Trini, se paseaba al borde de la trampa abierta apuntando con una pistola hacia algo o alguien en el agujero. Respiré intentando no hacer mucho ruido aunque me parecía que mi propio aliento provocaba eco entre las piedras. Si mi padre estaba ahí metido debía al menos estar vivo porque el hijo de puta sonreía y movía la pistola no decidido dónde apuntar.

-¿Crees que nadie te vería entrar en el cuartelillo, viejo?

Clemente estaba allí por mi culpa. Yo le había forzado a ir a hablar inmediatamente con Jaime en vez de esperar.

¡Bang!

Oí algo parecido a un gemido. Sí, estaba vivo. Pero no por mucho tiempo.

Tenía que hacer algo, ¡ya!

-Ahora no eres tan valiente, ¿verdad? -preguntó Alberto con los ojos fuera de las órbitas y escupiendo saliva al hablar-. Esa es la razón por la que te pillaron, a la hora de la verdad no mantuviste el tipo y acabaste por claudicar. Tú y tus amiguetes de bar jugando a las escopetas. Mejor así. Ahora el negocio está en buenas manos.

Nadie dijo nada y eso le enfureció aún más. Se tensó y abrió las piernas para buscar un mejor equilibrio.

«Ahora o nunca».

Corrí ladera abajo todo lo rápido que las piernas me dejaron. Alberto, tan enfrascado estaba en decidir dónde disparar, no me oyó hasta estar a un par de metros de distancia. Para cuando lo hizo, se giró como el rayo. Justo al mismo tiempo que levantaba el arma en mi dirección, me lancé a placarle agarrándole por la cintura.

Calló de espaldas, conmigo encima.

-¡Hijo de puta! -gritó dándome patadas y puñetazos. Uno de los puños, el que todavía agarraba la pistola, aterrizó en la sien haciéndome perder la visión por un momento.

¡Bang!

-¡Alto ahí!

Miramos los dos hacia la derecha, forcejeando. Jaime nos apuntaba con su arma y andaba despacio en nuestra dirección.

En ese momento Alberto paró de golpearme y rápidamente agarré su muñeca para que no hiciese nada con aquella pistola.

-¡Clemente! ¿Estás bien? -le gritó al agujero.

-Sí, sí.

Jaime se acercó a la trampa mientras Alberto dejaba de forcejear.

En ese momento el guardia civil movió ligeramente la cabeza para asegurarse de que mi padre decía la verdad y entonces, Alberto me dio un rodillazo en la entrepierna paralizándome en el acto, recuperó la posición, levantando el torso y disparando dos veces a mi amigo.

Jaime dejó caer los brazos, soltando la pistola, y yo lo vi todo rojo. Dolor e ira en su punto más crítico.

-¡Aaaaaajjjjjj! -Y Jaime calló al suelo.

Alberto volvió a empujarme, pero yo era un peso muerto sobre él con los músculos intentando recuperar el movimiento. En un segundo intento por separarse de mí, directamente me apuntó con la pistola en la frente.

-Tres en una tarde. Levántate, capullo.

Me incorporé encogiéndome las rodillas mirando fijamente el cañón de aquella pistola. Al arrastrar las manos hacia atrás me topé con el calcetín. Si tuve miedo antes, ahora era imposible sentirlo. Aquel engendro me lo había puesto fácil y solo tenía una cosa en la cabeza: acabar con él. Costase lo que costase.

Hice una mueca.

-De qué te ríes, imbécil.

-De ti, cabrón.

Levanté el brazo y le golpeé con todas mis fuerzas la cabeza. Le dejé *K.O.* con tres golpes, pero no paré de gritar y golpear hasta que un rato después la voz de mi padre me sacó de aquella nebulosa de adrenalina.

-¡Hijo! ¡¡Hijo!!

Bajé la vista y solo vi a un inerte Alberto con media cabeza sangrando. Por lo visto en medio de la ira no había atinado bien. Todavía respiraba, el muy...

Solté el calcetín con el pedrusco que había metido dentro y corrí hacia la trampa donde Jaime se sujetaba el pecho intentando levantarse. Tenía la ropa mojada en sangre.

-David y Goliat, ¿eh? Lo más sencillo es lo que mejores resultados da -dijo dejándose caer de nuevo.

-Lo vi en una película.

-¿Ves como las series de televisión valen para algo? -Comenzó a toser y yo intenté inmovilizarle.

-Dónde te ha dado.

-En el costado. ¿Sale oscura?

-¿El qué?

-La sangre. ¿Sale oscura? -le costaba respirar y presionaba la herida.

Me quité la chaqueta y la camisa y busqué la herida para presionar con ellas.

Se me heló la sangre al ver el boquete. Nunca había visto una herida de bala antes y haría lo que fuese de ahí en adelante para que fuera la última.

-No, es... roja.

-Entonces el hígado queda descartado. Mira si hay orificio de salida.

Hablaba como si estuviésemos discutiendo sobre quién ganaría la mini liga de fútbol incluso cuando gruñó de dolor al darle la vuelta para mirar.

-No debería moverte. -Toda la información que tenía sobre primeros auxilios me vino de golpe.

-Si hay boquete será mejor que también presionemos ahí.

La espalda presentaba incluso peor aspecto. Casi suelto las tripas al ver el charco de sangre que empezaba a acumularse en el suelo.

-Por aquí sangras también. Era difícil saber si había orificio o no entre la ropa, la tierra y la sangre.

-Hemos tenido suerte, entonces. Pon algo ahí, al tumbarme mi peso presionará la herida lo suficiente. Tengo el móvil en el bolsillo del pantalón, llama al puesto. Saben dónde estamos, pero tienen a todo el mundo entrando en casas e interrogando.

Rufus ladraba y aullaba husmeando a su dueño. Entre tanta acción no le había visto llegar. Probablemente hubiese corrido detrás la moto de Jaime todo el camino desde el pueblo.

-Estoy bien, chico -le dijo al perro dejándose lamer por toda la cara.

Miré hacia atrás. Alberto seguía inconsciente y sangrando, pero era la última de mis preocupaciones. Por si acaso, recogí el arma del suelo y le meneé con la punta de la bota para asegurarme de que no tenía que maniatarlo. Nada, le había dejado seco.

Estaba marcando el número del puesto cuando escuché las sirenas y mientras hablaba con la recepcionista me acerqué a la trampa donde mi padre estaba sentado con la espalda apoyada en una de las paredes.

-¿Estás bien, padre?

Colgué en cuanto vi a los primeros guardia civiles aparecer sobre las motos.

-Sí, tranquilo. El agujero este no es muy profundo. Creo que me he dado en la rodilla al caer y mañana tendré un chichón en la cabeza, nada más.

-¿Te ha dado?

-No. Ese tío es un sádico, hijo. Me ha tenido una hora jugando al gato y al ratón. Disparando cerca para meterme miedo. Casi me meo en los pantalones, pero no se lo digas a tu madre. Espero salir hecho un héroe de esto.

Me eché a reír, más por los nervios que por otra cosa.

-No intentes salir. Vienen los refuerzos. Voy a esperar con Jaime a que lleguen los sanitarios.

-Ve, ve -dijo moviendo la mano-. Yo no me muevo de aquí. Que otros hagan el trabajo ahora.

Jaime seguía perdiendo sangre a chorros y me costó mantenerle consciente cuando aparecieron los de salvamento. A él y a Alberto les llevaron en helicóptero al hospital de Ávila y a mi padre y a mí al ambulatorio de Corneja.

Al pobre Rufus tuvieron que atarle para evitar que saltase sobre la camilla.

Capítulo 27

Olía a estiércol, hacía frío y el aire era tan seco que ni un bote de Nivea conseguiría evitar las arrugas.

Qué día más maravilloso.

Por un momento, sentí lo que significaba andar sobre una nube. Solo un momento, porque a cada paso la nube fue deshaciéndose sin remisión.

Primero fue la tía Jacinta. Medio corriendo para cazar a la tía Candela haciendo un requiebro que casi me descoyunta la cadera al intentar no pisarla. Por lo visto alguien había oído a la viuda Roberta protestar porque le iban a robar el negocio de ultramarinos y claro, todo el mundo especulaba sobre quién era el idiota que pensaba hacer millones allí. Nada de empatía con la pobre viuda, lo importante era lo importante.

Después, y sin haber recorrido doscientos metros, fueron los gritos de otra vecina para llamar a otra que llamó a otra por algo que pasaba por detrás del pilón de abajo. Lo que pasase no fue, en ese momento, tan impactante como el respingo que pegué al sentir el chillido directamente sobre mi oreja. Un grito con las manos haciendo embudo para que tuviese más efecto, por cierto. Y todo para nada porque no entendí lo que gritaba la buena señora.

Seguí andando, pero los pies pesaban cada vez más. Cuando llegué medio airosa a la puerta de Artemio, me la encontré cerrada a cal y canto. Ni una luz.

Llamé al timbre y volví a saltar por la impresión. Parecía que en vez de timbre le dabas a una bocina de fábrica. De esas que avisan a los trabajadores cuándo empieza y termina la jornada. Pobre Rosales. Escuchar aquel sonido cada vez que alguien viene a verte no puede dar buenas vibraciones. Eso si los visitantes no salen corriendo espantados primero.

Esperé impaciente y como después de cinco minutos seguía sin aparecer, le llamé al móvil.

Un *piiii*, dos *piiii*, tres *piiii*, cuatro *piiii*. *El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura.*

Sentí que algo se desinflaba dentro. Tantas ganas por contar algo y no poder, porque esperas a decírselo primero a quien más te importa.

¿Dónde estaba Artemio?. «Un momento..., esto creo que ya lo he vivido».

Aparté la sensación de *déjà vu* a un lado y volví a enfocar mis esfuerzos en lo que me traía entre manos.

Jugaba además contrarreloj. Mi padre me había prometido dejarme a mí dar la buena noticia primero dándome media hora de ventaja antes de que mi madre fuese corriendo a hablar con el pregonero. A cada minuto, las posibilidades de ver a Jorge por las calles anunciando a bombo y platillo que me habían diagnosticado «sana si es que al monstruo no le da por reaparecer» se incrementaban exponencialmente.

Cuando salí de casa dejé atrás a una eufórica Irene llamando a todos los primos, hermanos, tíos, sobrinos y demás allegados -y no tanto- que teníamos en la agenda telefónica. Eso me daba, como máximo, dos horas antes de que la noticia volviese al pueblo por otros canales en forma de e-mails o cualquier vertiente de los «*social media*».

Volví a llamar.

Nada de nada.

-Está bien, Esther. Puede que no sea él el primero en enterarse. Carlota y Patricia, también se lo merecen.

Así que giré mis pasos en dirección contraria y, por primera vez en mucho tiempo, me alegró ir

cuesta arriba.

Carlota estaba sentada a la puerta de su casa bebiendo té. Siempre tenía la taza entre las manos cuando se sentaba en el corral. Perdida en sus pensamientos, y aunque ella iba siempre de optimista por la vida, a veces daba la impresión de que esas cosas que mantenía secretas en su cabeza la inquietaban.

Pero Carlota escuchaba. Nunca se desahogaba. Estaba claro que necesitaba enfocar más en mis amigas. Me recibió con una sonrisa de oreja a oreja, se levantó y abrió la puerta para que entrase en casa.

-Hola, encanto. Estaba pensando en ti precisamente. ¿Necesitas más infusiones?

-No.

Entonces me miró con esa mirada láser que adivinaba cosas o intuía o lo que fuese. Porque esa mirada era un escáner; una máquina de esas que va haciendo radiografías de cada capa de tu organismo.

Le venía de familia y ella no parecía darse cuenta.

-Ayer estuve en Salamanca -dije sentándome a su lado en el sofá.

-Creía que habías terminado con la radioterapia. ¿Te han puesto en otro tratamiento?

-No.

Carlota volvió a mirarme con detenimiento esperando a que continuase. Tantas veces me habían dado una bofetada cuando pensábamos que todo iba bien que ya nadie se ponía en lo mejor. Qué triste.

-He terminado definitivamente con el tratamiento y, si Dios lo quiere, este ha sido el último. Todavía tengo una pequeña operación pendiente, nada más.

Volvió a radiografiarme y se lanzó hacia mí dando saltos y gritos de alegría.

-¿De verdad? Estás limpia.

Dije que sí con la cabeza porque la lengua la tenía aturullada.

-¡Hay que contárselo a Patricia! ¿Lo sabe Rosales?

-No. Vengo de su casa, pero no hay nadie y no he podido aguantar. Necesitaba contártelo.

Estábamos abrazadas y dábamos saltos como dos niñas de teta que reciben un caramelo extra o la promesa de un día sin deberes.

-¿Que tal si te acerco al Centro de Interpretación?

-Hoy era su día libre. -Me tenía el horario de Artemio apredidito de memoria.

-Y desde cuándo significa que no tiene que trabajar. -En eso no había caído.

-Pasamos primero por donde Patricia -dije dando saltos de puro contento. Patricia iba a llorar de la alegría y yo con ella. Sí, señor.

Carlota paró de repente y se llevó las manos a la cabeza.

-Maldito -susurró.

Y calló hacia atrás, aterrizando de culo en el suelo justo a diez centímetros del sofá.

-¿Carlota?, ¡Carlota!

Empecé a darle palmaditas en el hombro, pero no reaccionaba.

-¡Carlota! -seguía ida murmurando cosas.

Y ¡zas! Le di una torta en la cara; de las fuertes porque mira tú por dónde ahora me sobran las fuerzas de repente.

Pareció volver en sí, pero quedó petrificada otra vez al escuchar los gritos al final de la calle. Yo por mi parte juré por lo bajini matar a mi madre por montar semejante escándalo. Lo siguiente sería Jorge con la bocina.

Pero esa voz masculina no era la de Jorge.

-¡Alto ahí! ¡Policía!

Carlota salió corriendo de un salto, arrastrándome con ella.

-Vamos.

-¿Cómo que «vamos»?

Salía de peligro por un lado y me metía de cabeza en otro. Ni hablar.

-Algo no va bien.

En eso estábamos totalmente de acuerdo. Algo no iba bien y no solo porque hubiese policías en el pueblo. Carlota acababa de desmayarse y ahora hacía como si nada. Necesitábamos a un médico, no a un agente de la autoridad.

-¡Todo el mundo atrás! -Ahora a los gritos del señor de la policía se unían los murmullos de la gente del pueblo que seguro se arremolinaba para ver qué pasaba.

-¿No te pica la curiosidad? -siseó excitada mientras me empujaba.

Me agarró del brazo y fuimos corriendo a ver qué diablos pasaba en Santo Domingo de los Altos para que la Policía Nacional se dignara a visitarnos. De hecho, aquello era un hito y sí, era de idiotas perderselo.

-Sí y no, Carlota. -Algo me daba muy mala espina.

En serio que mis días de aventurera habían quedado atrás. Pero mi amiga tiraba de mí llevándome casi a rastras.

-¡Señora! ¡No salte el cordón! Haga caso, hombre.

Alguna quería mirar donde no debía y estaba replicando al agente no de muy buenos modos. Yo aproveché para quedarme atrás. En serio que no quería meterme donde nadie me había llamado.

-Carlota -supliqué-. Vamos al Centro de Interpretación, ya nos enteraremos luego de qué va todo esto.

-Esther, porfa, déjame primero asegurarme de que no pasa nada malo. Alguien podría necesitar nuestra ayuda.

En ese caso...Y allí que fuimos a ver.

De la casa de un vecino sacaban esposado a uno de los chavales del pueblo; uno de los quintos. Miraba hacia abajo y parecía realmente asustado. Yo también lo estaría si un señor de dos metros de altura con uniforme de policía, pasamontañas y chaleco antibalas me empujara dentro de un coche lleno de luces. Los padres del chico aparecieron detrás; ella llorando y él con una chaqueta sobre la cabeza.

Se me fue el alma a los pies.

-¡Todo el mundo atrás! Aquí no hay nada que ver.

Intentaron apartarnos para dejar paso a los coches, pero antes de pensar en lo que acabábamos de ver, Carlota volvió a llevarme a rastras a la moto que tenía aparcada justo en la esquina.

-Vamos al cuartelillo.

-Carlota. Quiero ir a contarle a Rosales lo mío.

Paró entonces y dijo que sí con la cabeza.

-Gracias -dije aliviada.

-Sube -dijo suspirando.

Y me dio pena. Apartar a Carlota de la acción era torturarla. Simple y llanamente.

-Vaaaale. Pasamos por el cuartelillo primero. ¡Pero solo un minuto!

Saltó de alegría con los cascos en la mano.

-¡Esa es mi amiga aventurera!

-Ya, ya. Lo siento por Patricia.

-En cuanto lleguemos, la llamas por teléfono.

No era lo que tenía pensado, pero podría valer. Esa noche me acercaría y lo celebraríamos por todo lo alto con un nuevo esmalte de uñas.

A toda pastilla llegamos por fin al cuartelillo de la Guardia Civil en Corneja del Valle. Porque todos los servicios importantes, mínimos o no, estaban allí. Santo Domingo cada día parecía más una urbanización chapada a la antigua en el extrarradio de Corneja que un pueblo con ayuntamiento propio.

Como era de suponer, no pudimos ni acercarnos. Por lo visto habían hecho redadas en un montón de casas y ahora el edificio, además de acordonado, tenía a gente uniformada entrando y saliendo con un montón de esposados.

Lo único que mantenía al personal alejado de aquel lugar era el perro pastor alemán del cuerpo enseñando colmillos y ladrando algo histérico. Pero el pobre Tarzán no podía con todos los allí presentes.

-Se han oído disparos en la garganta -dijo un señor empujándonos hacia delante -. Unos montañeros han dicho que el guardia nuevo de Huesca y Rosales habían terminado en medio de un tiroteo.

-Carlota... -Sentí mis piernas ceder y alguien ayudó a mi amiga a sentarme en el suelo.

-Mierda, mierda -repetía mi amiga una y otra vez-. Lo sabía..., maldito. Le mato. Juro que si sale de esta le mato yo. ¡Esther!

Miré hacia arriba.

-Levanta. Vamos al ambulatorio. Si no están allí, deberían decirnos dónde les han llevado.

Ella con la mano agarrándome por la cintura y yo con un brazo alrededor de su cuello salimos de allí todo lo deprisa que pudimos.

Como no. El ambulatorio también estaba hasta la bandera.

-¡Aparten! -gritó Carlota-. Es una emergencia.

Y por arte de magia nos dejaron pasar. Bueno, no era de extrañar teniendo en cuenta que yo iba arrastrando las piernas, con la cara pálida como la cera y a un movimiento gástrico de echar la pota. A aquellas alturas debería tener controlado lo de no morir de la preocupación. Pues miren que no.

Estaba a punto del desmayo y realmente necesitaba ayuda médica. Como allí todo el mundo me conocía, no encontramos mucha resistencia. La calva seguro que también ayudó.

Carlota y sus maquinaciones. Gracias a ellas conseguimos entrar a base de empujones y codazos.

No tuvimos que buscar mucho. Al final del pasillo, Clemente salía de una sala apartando con el brazo a uno de los médicos.

-¡Que estoy bien, he dicho! Hijo, voy a ver a tu madre. Volvemos en un rato.

Y allí que fui corriendo a su encuentro.

-¡Esther! -dijo como si no pasase nada-. ¿Te encuentras bien, hija?

«¿Y me pregunta a mí?».

-Sí, sí. ¿Y usted, y Artemio? -Las piernas volvieron a temblar con fuerza, pero mantuve el tipo. Si algo le había pasado, no era muy buen momento para flaquear.

Clemente levantó las cejas.

En ese momento pensé: «si se muere él, me muero yo».

-Mejor que Jaime -dijo muy bajo.

Había aproximadamente unas cincuenta cabezas estiradas en nuestra dirección.

Carlota se interpuso bruscamente entre el padre de Artemio y yo.

-¿Qué le ha pasado?

Clemente calló y creo que mi amiga empezó a levantar los brazos para zarandearle.

-No lo sé -dijo preocupado-. Se lo han llevado en helicóptero.

-Tengo que irme. Necesito el coche de Trini -dijo mi amiga sin más.

Carlota me apartó de golpe y salió corriendo del ambulatorio abriéndose paso a gritos y más empujones.

-¿Está Artemio aquí? -Necesitaba verlo, ¡ya!

Clemente señaló a su espalda y yo ya no miré atrás.

Capítulo 28

Tenía el brazo inmovilizado pegado al cuerpo y veía borroso por culpa de la medicación, pero me sentía más ancho que largo. Un hombro dislocado era pequeño peaje por haber encontrado a quien quería limpiar de cabras el monte a cambio de unas monedas. Porque Alberto y sus secuaces solo quería eso. Dinero, dinero y más dinero apelando a nuestro orgullo patrio. Como si ser de Sierra Negra nos diese derecho a destrozarla.

Hijos de la gran...

Mi padre ahora mismo estaba contestando preguntas en la habitación de al lado. Por lo que se ve, Alberto se entretuvo de lo lindo con él. Le asustó, pero durante aquel rato soltó toda la información que necesitaban para dar por cerrada la investigación.

El chulo, pensando que tenía tiempo de sobra, había querido dejar constancia de lo listo que era contándose todo a mi padre antes de matarlo. Tuvo especial interés en que mi viejo supiese lo bien que lo habían organizado todo y ya de paso, restregarle que a él no iban a pillarle como le pasara a mi padre.

Los hijos de los ecologistas al final no fueron más que marionetas en aquel intrincado juego. Alberto hacía de correo entre Sierra Negra y Madrid, pasando la información que los chavales acumulaban para él llevándose un montón de dinero mientras que los chicos recibían migajas. Pero no se habían dedicado solo a cazar.

Gracias a los escondrijos que tenían repartidos por la sierra, Alberto y otros dos más, tenían suficiente droga para colocar a un ejército. Pasando pastillas y papelinas a algún que otro ricachón, contactó con los que realmente estaban detrás de la caza. Uniendo ambos mundos, esperaba hacer una fortuna con los soplos y utilizaba la logística montada para ocultar los animales para tener siempre disponibles enormes alijos que vender en todas las discotecas. Había montado un buen tinglado en el que él era el rey.

Hasta eso le contó a mi padre.

Idiota engreído.

Y su madre también estaba en el ajo. Por eso había aparecido en casa de Trini de repente y no solo para recoger la ropa de su hijo. Necesitaba salvar los papeles que le involucraban y mandárselos a un apartado postal. Pero necesitaba hacerlo desde otro pueblo y había que cuidar que ninguno de los hijos de los Viejos Verdes se viera con ella en público.

Poniéndoselo difícil a la madre de Alberto, la Guardia Civil ganó el tiempo necesario para rematar la operación. Si bien Trini no dejó entrar en casa a su ex-suegra, no le puso ninguna pega a los agentes. Encontraron todos los detalles de cuentas bancarias, puntos de encuentro y algún que otro pseudónimo. Todo perfectamente empaquetados en una caja preparada para enviar.

Trini valía un potosí. Sin ella, ni chivatazo, ni leches. Hasta que no encontraron las pruebas en su casa, no recibieron luz verde para hacer las detenciones.

-¡Artemio!

Esther se me echó encima antes de que me diera tiempo a girar la cabeza y di un respingo por culpa del dolor.

-Losientolosientolosiento. Perdona -dijo entre lloros.

Se había separado de golpe y tenía las palmas de las manos casi tocando el brazo como si con ondas positivas fuese a quitarme los males.

-Tranquila, ya casi no me duele. -No soy un mentiroso, pero mentiras piadosas me salían a chorros en el momento que olía a Esther en la vecindad-. Estoy bien, solo ha sido un traspies.

-Trolero. Estás hecho un asco.

Y ella siempre me pillaba echándomelo en cara a lo cabrera.

-Cómo has venido.

-Volando.

-¿Qué haces aquí, Esther? ¡No es que me queje! Pero, ¿cómo sabías que estaba aquí?

Ultimamente actuaba otra vez como si me ocultase cosas a posta. Había ido con sus padres a Salamanca en un día que no tocaba y parecía que me estaba dando largas. Cuando llegaba a cualquier sitio, ella acababa de marcharse y encima, con todo el lío en el que estábamos metidos, tenía muy poco tiempo para ir a verla y charlar.

Empezó a palparme los dedos de los pies y subió con cuidado haciéndome un examen que a mí me pareció todo menos médico.

Intenté mirar hacia abajo, pero solo conseguí marearme más.

-Te lo cuento todo antes de que saltes de la cama. Primero déjame asegurarme de que estás de una pieza-dijo más tranquila mientras tocaba mi frente.

Ese calor que irradiaba ahora era como un bálsamo. Cerré los ojos.

-Tienes los pantalones rotos. -Gruñí porque iban ya dos pares-. En vez de piel tienes barro seco pegado por todas partes y estás pálido. ¡¿De quién es esa sangre?!

-Tranquila, preciosa. No es mía.

-¿Qué ha pasado? -preguntó preocupada mientras apartaba el pelo de mi cara con cuidado.

-Han disparado a Jaime. ¡No te sulfures! Se pondrá bien. Es una herida limpia.

-Carlota tuvo que verlo venir. Espero que Trini conduzca, tengo que mandarle un mensaje a las dos. Necesita saber esto...

Ella creía que pensaba, pero todo salía a chorro por esa deliciosa boca suya.

-¿Y tú estas bien? Se te ve tan pálido.

Agradecí las buenas noticias. A pesar de todo, no tenía esos horribles carrillos rojos.

-No te rías -dijo mientras se sentaba en una silla a mi lado-. Sin esas mejillas tuyas ardiendo pareces un vampiro.

Acercó más la silla, comenzó a acariciarme la cara y yo sentí calor otra vez.

-Mucho mejor -susurró -. Ahora que tengo algo bueno que contarte y tiempo de sobra, vas tú y te me escogorcias.

-Qué es eso bueno que escondes.

-Te lo diré solo si prometes alegrarte mucho y me juras que intentarás descansar después. Y nada de movimientos bruscos.

-Suéltalo, preciosa.

-¿Prometido?

-Me parece que si lo prometo va a ser una promesa incumplida y yo de eso no uso contigo.

Sonrió. Se acercó todavía más y apoyó una mano sobre la cama mientras me acariciaba la frente con la nariz.

-He venido en moto -susurró.

-¡Carlotaaaaa!

Me tapó entonces la boca con la mano.

-Shhhhhh. Lo he hecho primero, porque tenía mucha prisa y segundo, porque quería celebrar las buenas noticias haciendo algo el cabra con mi mejor amiga.

Estas dos iban a matarme a disgustos. Pero lo primero era lo primero.

-¿Qué buenas noticias?

Volvió a sonreír, esta vez a lo grande.

Yo, como un idiota, me contagié de aquel buen humor y encantado la vi acercarse poco a poco hasta que me besó en la boca. Ligeramente al principio, pero con una pasión mal contenida al final.

Era una suerte estar encamado y medio drogado porque eso fue lo único que me impidió meterla en la cama conmigo y frotarme en ella hasta despellejarnos. Allí, en medio de una sala de ambulatorio con gente yendo de aquí para allá..

Volví a preguntar y ella volvió a besarme. Empecé a elaborar listas de preguntas que ella era reticente a contestarme. Si me daba un beso cada vez, yo moriría siendo un hombre feliz.

Por fin me soltó y con cara de haberse fumado la pipa de la paz dijo las mejores dos palabras inventadas en castellano.

-Estoy curada.

Gracias a Dios que no había prometido nada porque me lancé a por ella y no la solté hasta que vino el médico a separarnos. ¡Con un fórceps!

Capítulo 29

Artemio estaba agachado batallando con las malas hierbas. Parecía que les hablaba a ellas en vez de a mí.

Mi prima protestaría lo que quisiera del suyo, pero aquel huerto me daba la vida. Ver crecer las plantas, saber que todo aquello acabaría en la mesa y sabría tan rico. Y en compañía del hombre de mis sueños. Aquella estampa solo mejoraría si esos sueños pudiesen hacerse realidad.

Porque desde aquel día en que me abrazó y besó como si no hubiese un mañana, no había vuelto a acercarse. Entre el lío de después de las detenciones, entre que el hombro le había dado más problemas de los esperados y las fiestas, a Artemio le veía pasar, decir «hola» y ya.

A veces pensaba que una vez mejor, ya no tenía ninguna obligación hacia mí. Artemio era una buenísima persona y me había ayudado mientras lo necesité. Ahora, curada, ya no tenía razones para rondarme.

Por eso disfrutaba tanto en el huerto. Aquel lugar seguía siendo nuestro retiro particular. Allí coincidíamos y hacíamos crecer cosas juntos. Que entre nosotros no creciese nada era una de esas lecciones que te daba la vida y con la que debías tirar hacia adelante.

-Ahora que ya tenemos medio organizado el huerto. ¿Cuál es el siguiente proyecto que tienes en la cabeza? -preguntó mientras apilaba los hierbajos en el agujero de compost.

-Lo suyo sería que encontrase un trabajo. No pido siquiera que sea decente. Simplemente necesito tener algo que hacer de forma regular y lo de recibir un sueldo, como que también es un incentivo. Peero, aquí hay poco o nada que hacer y todavía no me siento con fuerzas de ir a la gran ciudad.

-Hoy en día -me interrumpió antes de dejarme explicar nada-, la gran ciudad no es sinónimo de trabajo. Menos aún si tienes que pagar alquiler mientras buscas.

-Se te da bien dar ánimos. Creo que deberías ser el líder de las animadoras del equipo de fútbol. Yo creo que con unos pompones estarías de lo más mono.

Y entonces recibí un cebollazo en la cabeza.

-Ser animador y jugar al mismo tiempo es imposible. No se puede estar en misa y repicando.

Le había visto jugar al fútbol un par de veces y era malísimo, pero verle sudar en pantalones cortos y a veces sin camiseta lo compensaba todo.

-En el pueblo o en la ciudad, deberías salir más a menudo. Te vendría bien. Candidatos no te faltan -dijo cortante.

Rosales nunca era cortante. Nunca, nunca, nunca.

¿Así que era eso?

Hacía un par de días me había dado de bruces con mi ex sentado en la cocina. Curioso, una vez que corrió la voz sobre mi mejoría, no perdió un minuto en ir a recordarme tiempos pasados.

Por supuesto la tía Jacinta estuvo allí y por supuestísimo que al día siguiente se repetía la conversación que tuvimos frase a frase en todos los corrillos

Pero esa no había sido la primera vez. Antes, había aparecido sin ser invitado en la fiesta que monté para celebrar mi recuperación. Tuvo incluso la osadía de tirarme los tejos como si los dos últimos años nunca hubiesen existido.

Borrón y cuenta nueva, por lo visto. Si pensaba que yo era de las de hacer hoy y olvidar mañana iba listo.

Bellaco como pocos.

-Yo tengo clarísimo con quién me gustaría salir -dije mirándole con atención.

-Entonces, ¿a qué esperas? -preguntó sin levantar la vista. Por lo visto el compost le tenía completamente subyugado.

Artemio debería saber perfectamente a qué esperaba o más bien a quién, aunque se empeñara en hacerse el distraído. ¿Tan espeso era?

-A que tú me lo pidas. -Que no se diga que no lo intenté.

El pobre miraba ahora al suelo con las manos en los bolsillos de atrás del pantalón dibujando círculos sobre la arena con la punta de las botas.

Aquella imagen aclaró de golpe mis ideas.

Vale, nunca pensé que fuese a suceder así, pero estaba visto que si algo iba a pasar entre este hombre y yo debía ser una servidora la que lo pidiera. Respiré tres veces y conté hasta diez asegurándome de ir al grano. Con mis parloteos probablemente ni me hiciera entender y eso no podía pasar. Al menos no en ese momento.

Me acerqué a él y con un dedo, dirigí su barbilla para que me mirara. Intentaba apartar la vista como un niño chico, pero yo le seguía como ave de presa.

Por fin paró de escabullirse y me miró.

-Artemio, si estoy aquí ahora mismo de pie respirando, es gracias a ti. Todos estos meses he sobrevivido al dolor y el veneno agarrándome a aquellas dos maravillosas noches con uñas y dientes. Me decía «no puedes dejarlo atrás» y volvía a la carga. No tienes idea de lo que me ha costado cumplir mi promesa de no hablar de ello contigo, pero no sabía si para ti había sido tan importante. Después, en el hospital...

-Creía que no recordabas nada. Me dijeron que la medicación era demasiado fuerte.

Es curioso lo que la mente decide recordar. De todo aquel caos, los momentos con Artemio siempre eran cristalinos. Incluso cuando creía que se trataban de sueños y apariciones.

-Tus visitas las recuerdo perfectamente y me dio tanta rabia no tener fuerzas para ni siquiera abrazarte, que me prometí hacerlo en cuanto saliese de aquella habitación. Pero tú, cagón, me vigilabas siempre desde lejos así que me empeñé en salir de aquella pesadilla solo para poder restregártelo en las narices y eso mismo es lo que estoy haciendo ahora.

»No quiero que esos besos esporádicos cuando las situaciones nos superan sean los únicos, Artemio.

Le agarré de la cintura como había estado imaginando, sin la parte en la que él no me devolvía el achuchón, claro. Pero la realidad normalmente dejaba que desear con estas cosas y Artemio era un testarudo empeñado en hacerse de menos. Y luego dicen que los cabreros somos unos cabezones. ¡Ja! Hora de sacar el armamento pesado.

-Necesito que me hagas un favor, Artemio.

-¿Cuál? -preguntó todo ansioso sin pensar. Ahí estaba mi salvador.

-Que intentes quererme. Te he dicho que gracias a ti respiro, pero respirar no es vivir, o al menos no vivir plenamente y te necesito también para eso. Es como si me hubieses dado medio regalo y quisieras quedarte el otro medio. Quién sabe, a lo mejor termino gustándote.

-No sabes lo que dices. -Pero antes de soltarle dolida, me agarró con ambas manos el trasero y me empujó hacia él apoyando su frente a la mía-. No tengo que intentarlo; llevo ahí desde que te vi sentada en aquella silla mirando a través de la ventana las montañas nevadas. -Ensancho el pecho al ver la cara de bobalicona que seguro que puse-. Aquella visión sólo fue superada cuando te desnudé -matizó.

-Si es que en el fondo eres un romántico.

-Lo soy, de eso no tengas la menor duda. Pero es que así en cueros toda para mí... Uno tiene sangre en las venas y hay momentos en los que no pienso en flores y vino.

Empezó a jugar con el colgante.

-Entonces qué -insistí.

-Qué de qué.

-¡Artemio! -Intenté darle fuerte con la mano encontrándome con un muro de músculo que estoy segura que ni siquiera llegó a cosquillar. ¿Es que lo iba a tener que hacer todo yo?

Respiró hondo y con una sonrisa de oreja a oreja pegada a su cara me comunicó, así, sucintamente:

-Esta misma tarde empiezas a hacer las maletas y me da igual lo que digan tus padres. Te vienes a vivir conmigo y si ponen pegadas sólo tienes que recordarles que vivo a la vuelta de la esquina. Sobrevivirán a la distancia. Cuidar de ti es a partir de este segundo mi único privilegio; me tienes a tus pies.

Lo bueno si breve, diez veces bueno.

-Te quiero, Artemio -solté de sopetón. Otra vez mi bocaza. Daba igual lo mucho que lo intentase, nunca conseguiría estar calladita cuando era realmente importante dejar las cosas como estaban.

Tardó un segundo en asimilar lo que acababa de decir; cuando lo hizo la sonrisa se desvaneció y me encontré unos ojos limpios que me adoraban igual que yo les adoraba.

-Suena mejor de lo que imaginé -dijo poniéndose muy rojo.

-¿Has imaginado sobre cómo iba a declarar mi amor? -«Cállate, Esther».

-Unas pocas de veces, preciosa, aunque siempre asumí que sería yo el primero en hacerlo. Ya ves, los tíos siempre pensando en ser héroes mientras que vosotras sois las que cantáis las cuarenta chafándonos el efecto sorpresa.

-No lo hacemos a propósito, aunque aseguremos lo contrario. Pero si dices por ahí que yo he dicho eso, te devuelvo el cebollazo. Y sigues siendo un trolero.

-Ah, ¿sí?

-Olvidas que ya me dijiste que me querías en el hospital.

-¿De verdad te acuerdas?

-No lo olvidaré mientras viva.

Artemio me elevó con un abrazo desesperado y uno de esos besos apasionados que no sabes muy bien cómo responder porque son rápidos, casi violentos y llenos de sentimientos embotellados que salen en tropel.

Me soltó porque de seguir habríamos terminado sin aire, si bien no paró de acariciarme haciendo especial hincapié en mi cuero cabelludo. Había empezado a salirme el pelo y parecía un búho recién nacido con una calva aquí y otra allí aunque a Artemio le daba igual. Cada vez que me tocaba la cabeza me llamaba «preciosa» y así era precisamente como me sentía.

¿Y ahora qué?

Ya me había declarado y ahora venía la parte en la que me iba a mandar muy educadamente a paseo. ¿Masoquista? Probablemente. Pero no tenía intención de guardar dentro cosas tan grandes como la que sentía por un más que posible rechazo. En todo caso, ya era tarde para pensar en detalles.

Porque claro, todavía me quedaban unas cosas por declarar.

Una loca idea se me había ido metiendo en la sesera a lo largo de mi convalecencia y, lo que en principio parecía una estupidez, era ahora mi segundo reto a conseguir. El primero siempre sería Artemio, pero él debía corresponderme y contra eso poco podía hacer. Con este segundo reto yo tenía la sartén por el mango e iba a ir a por todas a costa de que me tildaran de a saber qué. Yo y las sartenes...

-¿Qué es lo que te preocupa, preciosa? -Seguía agarrado a mí y a cada segundo que no decía

nada más me apretaba.

«Díselo y acaba ya».

Pero esta sensación de querer y ser querida así en cuerpo y alma. Así tan en la intimidad con todos los pelos de la piel en punta. Tan cerca de él que podría restregarme a conciencia. Esa atracción a todos los niveles tan placentera...

«Díselo y cuando se marche, recuerda lo bien que se siente. Antes de implorar, claro».

-Sobre el trabajo. Quiero..., verás..., he pensando...

Artemio dobló algo las rodillas e inclinó la cabeza para ponerse a mi nivel. Rozando, ya de paso, toda mi delantera en los sitios más sensibles.

-¿Qué tienes? -Sus ojos bailaban fijos en mí siempre al tanto de cada pequeño movimiento.

Alcé las manos y las posé sobre sus hombros para infundirme valor. El agarró mis codos de forma automática buscando sostenerme de alguna manera.

Memoricé la sensación de sus manos sobre mí una vez más. Cualquier pequeño detalle ahora formaría maravillosos recuerdos en el futuro. Cuando le constase el futuro en el que quería empezar a trabajar sabía que se alejaría de mí. Con toda la razón; por eso me estaba costando tanto contárselo.

«Un segundito más, un momento más de euforia antes del mazazo».

Pero Artemio parecía cada vez más preocupado. Pensando lo peor, seguro, y no se lo merecía.

Sabiendo que estaba sobrepasándome apoyé mis manos en su pecho y le conté el otro proyecto de vida que quería emprender.

-Una de las muchísimas cosas que perdí con el cáncer fue el calor de mis manos -dije mientras enfocaba mi atención en ellas. Las causantes de todo este lío, en realidad-. Un calor en el que nunca reparé, pero que decía más de mí que cualquier otra parte de mi cuerpo. El pelo rubio o mi diarrea verbal no son más que pequeños detalles, Artemio. Lo que me hacía una cabrera, una de verdad, era el calor de mis manos.

»De muy niña recuerdo a mi abuelo ayudándome a presionar con las manos poco a poco el queso recién hecho para eliminar el cuajo. Recuerdo como si fuese hoy que me dijo: «el calor de tus manos hará que el queso no se asuste y asiente bien».

»No volví a pensar en ello hasta que perdí ese calor. Cuando supe lo que ya no tenía, sentí que había perdido mi razón de ser y entonces lo entendí.

-¿El qué, Esther?

-Quiero ser cabrera y no solo de mote. Quiero criar cabras, hacer queso. Lo siento mucho, Artemio. Siento quererte así, pero no puedo pretender ser o hacer algo que odio.

Artemio arrugó la frente y se estiró.

Sabía que lo había hecho todo al revés. Debería haber esperado a contarle todo antes de lanzarme a sus brazos y decirle que le quería. Iba a parecer que le estaba chantajeando.

«Aunque te vayas, siempre te querré, siempre».

-¿Por qué lo sientes? -preguntó.

Puse cara de «¿me estás tomando el pelo, o qué?» mientras él me acercaba a la esquina del huerto. Debajo del inmenso nogal.

Era el momento de implorar y conformarme con lo que quisiera darme. El latigazo en el pecho además me recordó cómo debía haberse sentido él durante todo el tiempo que le mantuve a distancia.

-Vaya pregunta. Acabaré con las manos como las de un pescador. Voy a oler a cabra hasta debajo de baños de espuma. ¡Me voy a cuartear! ¿Quién puede querer vivir con una pastora de cabras?

«No, Esther. Así no se implora. Así lo único que vas a conseguir es que se lo piense y te deje por

imposible».

¿Por qué esto de los amoríos tenía que ser tan complicado?

-Vamos a sentarnos antes de que esa locomotora tuya que tienes por cerebro explote por aguantarse las ganas de contármelo todo al detalle -dijo condescendiente tirando con cuidado de mí.

No me enfadé porque estaba demasiado preocupada pensando en que me dejaría.

Me sentó con mimo en uno de los tajos de madera y él se sentó en el suelo con la espalda apoyada sobre el muro de piedra.

-Dispara.

Debía estar preocupadísima porque aquella tranquilidad tampoco me exasperó como lo habría hecho antaño.

-Ya te lo he dicho. Quiero ser cabrera -dije soltando el aire. Negar la evidencia o adornarla no serviría de nada.

-Eso lo he pillado. Ahora cuéntame los detalles.

Apoyó las manos entrelazadas sobre las piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos. Levantó los pulgares y puso cara seria.

«Quién pudiera decir tanto sin abrir la boca. Debía aprender a hacerlo. Me evitaría un montón de momentos incómodos».

Me miró de frente para apremiar y yo salté a la piscina. Definitivamente tenía que aprender a hacer eso con la vista.

-El tío Raimundo -empecé-, lleva años intentando, sin ningún éxito por cierto, enseñarnos a ser cabreros. Empezó por sus hijos, aunque en el momento que pusieron pies en polvorosa enfocó sus esfuerzos en mi hermano y en mí. Como sabrás, no consiguió absolutamente nada. Tampoco es que fuera muy fino, la verdad, porque con ese aspecto y esas miradas que hielan la sangre y con lo grande y albino que es, pues como que es más que normal que nadie quiera pasar mucho tiempo con él a solas. Encima su mujer nos lo mete con calzador cada vez que tiene...

-Esther, preciosa. Te estás yendo por las ramas.

-Perdón. -Me puse roja y agaché la cabeza y ahí quedé como si esperase a que me diese permiso a continuar.

Sentí sus dedos en mi barbilla y la empujó hacia arriba para que le mirase. Cuando por fin lo hice, volvió a clavar la mirada. Este Artemio decidido, en serio que me estaba poniendo del revés. Volví a ponerme roja y lo disimulé carraspeando y pasando la mano por la pelusilla que empezaba a crecer en mi cabeza. Cuando se acercó a mí y rozó sus labios a los míos sentí una oleada de calor muy parecida a la de nuestro primer encuentro y me pegué a él para no perder nunca aquel contacto.

Por desgracia, aquel beso no duró mucho. En cuanto me separé un pelín, volvió a recostarse sobre la pared.

-Sigue, Esther.

-¿Decías?

Estaba completamente atontada y sentía cosquillas en los labios. Artemio parecía encantado de la vida mientras volvía a su posición original.

-Hablabas de tu tío Raimundo, pero no sé a dónde querías ir a parar.

«Ah, sí. Mi futuro».

-El caso es que, a pesar de lo cafre que parece, el tío Raimundo y yo nos llevamos bien y por eso he ido a pedirle consejo y ayuda.

Arrugó el ceño.

-Es extraño -seguí diciendo-, lo sé. Pero cuando le comenté que desde que me recuperé había vuelto el calor a mis manos me dio un abrazo. ¡Un abrazo del tío Raimundo! ¿Te lo puedes creer? En mi vida he visto yo al tío Raimundo abrazara nadie, ni siquiera a mi tía.

Volvía a irme por peteneras.

-Perdona, he vuelto a perderme. ¡Pero ya me encuentro! El caso. Que no solo va a enseñarme todo lo que sabe sobre el oficio, sino que va a dejarme usar sus casillas y el material para hacer el queso. Dice que en un año puede mostrarme lo básico para empezar y dice que tengo permiso para usar la leche de sus cabras y criar mi propio rebaño gracias al macho que, por arte de magia, sigue manteniendo. Dice que el animal es una joya, aunque sabemos de sobra que no lo vende porque los dos tienen el mismo carácter.

»¡Ah! Mi madre, por supuesto, está totalmente en contra. Dice que mi futuro no lo ve en el pueblo, que me voy a marchitar aquí y que no me ha pagado una educación para acabar ordeñando ubres. Mi padre ahora no la habla y me ha hecho una transferencia por la cantidad que Mayra pagó por La Cuadra. Además, así en confidencia, me ha prometido cinco cabras en la próxima feria. Tendré que hacer algún curso y no voy a darme de alta hasta que esté segura de que puedo hacer quesos.

Paré un segundo para recuperar la respiración.

-¡Es lo que quiero hacer! -grité a la defensiva antes de que intentarse hacerme cambiar de opinión-. Lo siento mucho, Artemio, pero sé que seré feliz caminando por el monte, cuidando de mis animales y vendiendo el mejor queso de la zona.

Me miraba tranquilo memorizando cada palabra diciendo que sí con la cabeza.

-Preciosa, ¿has pensado que a lo mejor deberías enfocar ahora en ponerte mejor?

Era una buena pregunta y se le veía tan interesado que no podía enfadarme con él por no dar palmas y hacer la ola.

-Todo este tiempo enferma me ha dado de sobra para pensar. Demasiado, si tenemos en cuenta que al final acabé por hacer y pensar tonterías. Estoy segura de que habría sido completamente distinto de haber tenido una ocupación. Algo que hacer con mi tiempo en vez de dedicarlo a autoflagelarme, llorar por las esquinas o enfadarme con el mundo.

»Ahora tengo esa oportunidad delante de las narices, Artemio, y no la voy a desperdiciar. Estoy tan ilusionada...

-Entonces no hay nada más que hablar.

-Supongo que no.

«Y ya perdiste la oportunidad de implorar. Realmente bien jugado, sí señorita. Igualito que con los dados. Aj».

-Siempre quise tener perros -dijo Artemio completamente ajeno a mi regañina interna-. No puedo esperar a comprar un mastín del Pirineo, de los grandes, y al menos uno o dos perros pastores. He oído maravillas de los perros de agua.

Se frotaba las manos y hablaba muy rápido.

-Artemio.

-Tendré que hablar con el veterinario. Seguro que puede darnos un consejo o dos...

-Artemio.

-Quién iba a decir que por fin podríamos usar todas las habitaciones de nuestra casa. Pedro va a beatificarme.

-¡Artemio!

-¿Sí, preciosa?

-¡Qué haces!

-Planes.

Me agarró por la cintura y me sentó sobre él.

-Cientos de planes -aseguró.

Me besó en los labios apretando fuerte quitándome de golpe el aire de los pulmones.

-Todos y cada uno de ellos contigo.

Me sentí afortunada y, de repente, como que no tenía absolutamente nada que decir. En ese momento le creí a pies juntillas.

Artemio ya no se me iba a escapar.

Cuando levantó las caderas y sentí su hombría crecer recordé uno de esos planes que quedaban pendientes entre nosotros. Sí sí, no todos los planes debían ser futuros. Este, en concreto, rondaba siempre mi cabeza y me hacía babear desde hacía tiempo. En él, yo investigaba en los barrios bajos y exploraba a mi antojo utilizando todos los sentidos. El olfato, el tacto, el gusto... ¡Oh, sí! El gusto sobre todo.

Le besé con impaciencia y comencé a desabotonar su camisa. Pasé la mano por su pecho disfrutando de las cosquillas que sentía al tocar su vello. Guié la palma hacia abajo hasta que sus pantalones se interpusieron entre ella y mi objetivo.

Me arrodillé ante él y, en cuanto tuve vía libre, tras un nada artístico *striptease*, me lancé a devorarlo. Porque tenía mucha hambre de él, desde hacía que sé yo.

-Esther -dijo entre contracciones musculares-. Aquí no.

-Aquí sí -susurré después de un jugoso lametón.

Y bajo aquel nogal cumplí otro de mis sueños. Con Artemio, con quién si no.

Cuatro años y pico después

-¿Seguro que es por aquí? No se ve un pijo -dijo Laura mientras intentaba no caerse con las manos llenas de ramos boca abajo.

-¡Chist! Te va a oír. -Carlota no lo llevaba mucho mejor. A cada paso resbalaba porque ella llevaba los ramos en el regazo y no sabía por dónde pisaba.

Yo detrás, con la vara y sin decir palabra, las iba guiando de derecha a izquierda para que no perdieran la vereda. Se me daba estupendamente desde que Esther me pusiera a pastorear en cuanto tenía vacaciones o algún día libre. Como pago, mi chica me dejaba hacer experimentos genéticos, como ella los llamaba, para que no se me olvidase dónde estaban mis raíces. Vamos, que cuando le llegaba el chivatazo de que habían conseguido una mejora, allá que me tenía a mí inseminando alguna que otra cabra para ver qué tal salía el queso después.

Como mamporrero no podía negarme, según ella. Toda una vida luchando para que no me asociaran con los mamporreros y, precisamente, una Cabrera se empeñaba en recordárselo a cualquiera con oídos.

-¿Oyes algún cencerro por aquí cerca? A que no. Pues es imposible que nos oiga -continuó protestando Laura.

-¿Queréis parar ya, cotorras? -intervine harto de la cháchara. Hacían tanto ruido que me iban a jorobar la sorpresa. Y no solo ellas; medio pueblo estaba armando ya la jarana y todavía no había salido el sol.

-No te pongas nervioso, Rosales. Seguro que llegamos a tiempo.

-A vuestro paso lo dudo.

Por calmar algo la ansiedad, me había prestado voluntario para ir a recoger en coche a los últimos que quedaban en el pueblo, mejor dicho, a los que no conseguían madrugar ni aunque les pagaran o los que en cuanto andaban cien metros se desmayaban. Al principio me vino bien, pero desde hacía un rato sentía que nos iba a pillar y llegaría tarde para darle la sorpresa.

-¡Por fin! -gritó Mayra cuando nos vio aparecer.

-¡Chist! -gritaron los demás.

-Pensábamos que te lo ibas a perder -susurró entonces la pequeña saltamontes.

Osea que estaba en lo cierto. Iba con el tiempo pegado.

-Venga, tío. -Pedro me agarró con fuerza del brazo y empezó a tirar de mí-. Tienes que ponerte ahí cuando se acerque. Dice Raimundo que hoy se les ha dado bien el ordeño.

El tío Raimundo estaba echando el bazo para aparentar que hoy era un día normal. Había ordeñado con Esther las cabras y bajaba la leche a la quesería como cualquier día. Tenía que ir informándonos de los progresos por teléfono y volver aquí arriba a tiempo. Quién podría haber imaginado que el comeniños y Esther hiciesen tan buen equipo.

Las palmadas en la espalda me hicieron volver a la realidad y me entraron mareos cuando vi a medio pueblo haciéndome el pasillo pasándose la bota de vino e hinchándose a buñuelos.

-Respira -dijo Carlos-. Te juro que el vértigo se pasa en cuanto la veas llegar.

-No estoy tan seguro, primo. Me va a dar la patada, como si lo viese venir.

-Que va. Bueno, pensándolo bien... A las Cabreras se les dan bien las coces.

-Así no le ayudas. Tú -me animó Pedro-, intenta no despeñarte mientras esperas y lo demás vendrá solo.

El contratista era brusco, pero al menos te quitaba de golpe la tontuna.

Mis amigos siguieron azuzando hasta que llegamos a lo alto del risco, el único sitio desde el que

podía verla venir desde lejos. En cuanto llegamos arriba, el viento trajo el sonido de los cencerros.

-Joder, va que se las pela -dijo Pedro mientras él y Carlos corrían peñasco abajo de vuelta-. ¡Suerte, tío!

Salía el sol justo cuando vi acercarse el rebaño. Algo más de cien hermosas cabras con sus cabritillos y creciendo.

Esther no se había puesto un límite, pero cuidar de ellas y elaborar el queso era toda una proeza logística y en algún momento tendría que tomar la decisión de, o bien plantarse y amortizar manteniendo lo que ya tenía, o bien dar un paso más y crecer.

Para Esther era una decisión difícil de tomar porque quería con extenuación a cada uno de los animales y sufría cuando debía deshacerse de ellos. De hecho, era Raimundo el que decidía cuántos, qué cabritos vender, a quién y para qué.

Del queso se encargaba en exclusiva mi chica y desde que Mayra la ayudara con la página web no dábamos abasto.

Unos gastan su dinero en ropa, otros en vacaciones, casi todos pagan una hipoteca pero Esther, en cuanto veía dos perras juntas en la cuenta bancaria, compraba cabras. Llevaba el título de Cabrera impreso en el código genético.

Ella repetía una y otra vez que era quesera, que sus manos lo decían, pero era incapaz de no cuidar el rebaño al mismo tiempo. Porque la Cabrera tenía que tenerlo todo bajo control, lo que significaba que dormíamos en el majal al menos tres veces a la semana durante los meses de verano. Cosa que no me importaba lo más mínimo; con las mejoras que Pedro había hecho, era más cómodo el refugio de la montaña que nuestra casa del valle. Además, estaba el aliciente de hacer el amor bajo las estrellas; nuestro pasatiempo preferido.

Lejos de agotarla, cada vez se la veía más fortalecida. La animé desde el principio a que cumpliera su sueño, aunque siempre pensé que terminaría por sobrepasarle y contaba con que se lo tomase con calma y delegara. Nada de eso. No solo no paró, sino que aceleró en cuanto se vio a gusto con las rutinas. Ahora, si tenía ayuda, era porque la pobre no había nacido con ocho brazos y la capacidad de desdoblarse. Esther era una todoterreno y a veces se me olvidaba.

Una persona extra cuidaba del rebaño y su madre, tras admitir que veía a su hija contenta, se ofreció voluntaria a ayudar de vez en cuando en la quesería y la tienda. Bueno, lo que se dice tienda no, ventana más bien, pero según Esther, para dar un queso y que te paguen no hace falta montar un IKEA. Lo de la imagen, también decía muy a menudo, estaba resuelto con lo guapa que era ella. Y, en mi modesta opinión, tenía toda la razón.

Una noche, al principio de empezar, alguien llamó a la puerta porque necesitaba un par de quesos y medio cabrito para el día siguiente; Esther fue corriendo a la parte de atrás y le dio la carne empaquetada al vacío y el queso a través de la ventana de la quesería provisional que había montado en el cuarto de las patatas. Desde entonces, si alguien quería algo llamaba al timbre y alguien le atendía desde la ventana. Si no, dejaban una nota y en cuanto podíamos llevábamos el pedido en mano. El famoso timbre que mi hermano me regaló, ahora martirizaba a mi chica y su madre.

Nos había costado llegar hasta allí. Para que le quedase claro al mundo que Esther era cabezona como pocas, tardó más de tres meses en decidirse a mudarse conmigo. Y casi otro año más en dar de alta la empresa.

Volver a la vida «diaria», no había sido fácil para mi Cabrera. Le costaba creer que podía empezar de nuevo y que podía hacer planes a largo plazo. Siempre pensando que la enfermedad volvería, tardó en asimilar que podía anhelar sin tapujos. Como cualquiera.

Hoy, si bien todavía sospechaba, se sentía a gusto consigo misma y vivía al 500% una vida que casi termina demasiado pronto.

Volví a enfocar la vista al frente.

-Ah. Ahí llegas por la cañada, preciosa.

Con su chaleco y falda de pana bajo el abrigo -sí, Esther era la única pastora de por aquí y los alrededores que iba siempre con falda-, paseaba tranquila mientras le silbaba algo a los perros. Llevaba el zurrón casi tan grande como ella cruzado a la espalda cargando con un montón de cosas que decía eran imprescindibles. El caso es que nunca se quejaba del peso y con la vara podías verla subir y bajar corriendo sin romperse la crisma como si fuese una gacela. No, como una cabritilla.

Yo a veces la espiaba con los prismáticos mientras trabajaba porque fiel a mi promesa, no la perdía nunca de vista. Yo tampoco sabía delegar con ciertas cosas.

Ahora venía tranquila. Sabiendo que el ordeño había sido rápido, tenía todo el tiempo del mundo para acercar las cabras hasta el siguiente punto. En dicho punto se congregaban unos cien domingueños, por cierto, cada vez más impacientes porque llevaban al menos dos horas esperando a la intemperie.

Paró cuando me vio en lo alto de aquel peñón y alguna que otra cabra paró con ella.

Levanté el brazo, saludé y fui a su encuentro.

-Esto sí que es una sorpresa -dijo tras besarme-. Buenos días, guarda.

-Buenos días, preciosa.

El rebaño había perdido el ritmo y ahora nos rodeaba mientras buscaba aquí y allí dónde pastar.

-¿Pasa algo? -preguntó curiosa viendo que estaba ahí parado como una estatua.

Miré alrededor y me alegré de tener solo cabras como testigos.

Hinqué una rodilla en el suelo. A ella se le fue el color y también miró alrededor.

Cuando bajó la vista, le enseñé lo que llevaba ardiendo en el bolsillo de los pantalones desde hacía tres semanas.

Esther alargó la mano, pero no llegó a tocarlo.

-Es tuyo -afirmé-. Como yo.

Se tapó la boca con los dedos y cerró los ojos mientras respiraba con dificultad.

Me levanté, aparté su mano y esperé a que volviese a mirarme.

-Cásate conmigo, preciosa.

-Pero -dijo tragando aire.

-¿No quieres? -La cozo; ahora era cuando me pisaba el pie con saña. Eso solo lo hacía cuando intentaba ayudar demasiado gritando que no era una damisela en apuros. Daba igual, ella era mi damisela y la ayudaría quisiese o no. Con las botas puestas, además, no sentía nada.

Pero ahora estaba ahí plantada mirándome confusa y no era buena señal.

-Claro que quiero -dijo en bajo.

Yo solté el aire pensando que ya había pasado lo peor.

-Pero... -continuó.

No. Lo peor no había pasado.

-Pero qué, Esther.

-¿Cómo vas a querer casarte conmigo? Soy pastora y al borde de enfermar cada día.

Cuatro años. Cuatro santos años escurriendo el bulto en cuanto olía que yo deseaba pasar por la vicaría porque no quería dejarme viudo. Boba.

-Cuántas veces te he dicho que te quiero.

-No sé. Millones, todos los días.

-¿Entonces?

-Pero es que...

«Se acabó».

-Te casas conmigo y punto. Tenemos al cura esperando y a todos los invitados pelados de frío en la capilla del chozo así que andando. Tanto «es que», tanto «es que»... Tira.

Le puse el anillo, le di un buen beso con alma, un cachete en el culo y silbé para que las ciento veinte cabras, los cuatro perros y nosotros dos llegáramos a tiempo a nuestra boda.

-Artemio, mira que no voy yo vestida de novia.

Ponía excusas, pero sonreía enseñando todos los dientes y tenía los ojos llorosos. Le había vuelto el color y agarraba el colgante que siempre llevaba puesto con los nudillos blancos de tanto apretar. Seguro que los picos de las estrellas iban a dejar señal, pero así era mi chica; se pellizcaba porque nunca aceptaba a la primera que algo podía salir bien. De esa forma, sin darse cuenta, me decía que era feliz y no podía creerlo.

-Ni falta que hace. Yo voy con vaqueros.

-¿Vas en serio?

-Totalmente.

Se dio la vuelta de golpe.

-¿En serio? -volvió a preguntar.

Apoyé también mi mano ahí, donde ella agarraba su estrella, para dejar claro que en todo éramos dos. A veces incluso me asustaba pensando que ya no sabía dónde terminaba yo y empezaba ella.

-Esther. Si no me caso contigo reviento. Es así de sencillo. Además, son menos veinte; si seguimos mareando la perdiz vamos a llegar tarde.

-No entiendo a qué viene tanta prisa, Artemio. -Temblaba de arriba a abajo y parecía realmente confusa.

Las cabras empezaron a balar al escuchar semejante falta de tacto. Besé esa mano carente ya de circulación sanguínea y volví a darle la vuelta azuzándola para que avanzara.

-¿A qué hora se casan los cabreros? -pregunté porque obviamente se le habían olvidado las costumbres más elementales.

-A las ocho -contestó ella de forma automática.

-Pues son casi menos cuarto y la capilla está detrás del repecho.

Paró de nuevo apoyándose sobre la vara respirando entrecortado. Por fin interpretaba correctamente las señales sumando dos y dos.

-Artemio, esto va demasiado rápido y hay cosas que deberíamos hablar primero -dijo a maticaballo cortándome el paso de nuevo.

Cogí aire, volví a arrodillarme, esta vez con las dos rodillas, y la apreté por las caderas.

-Si he aprendido algo en los últimos cuatro años es que eres mi vida y si todavía no nos hemos casado es porque piensas que traerá mala suerte, admítelo. Además sé que quieres bebés.

-Sobre eso...

-Déjame terminar.

Abrió la boca para replicar a lo cabrera, pero la corté apretándola fuerte. Cuando por fin dejó de moverse asintió con la cabeza esperando a que le dijese unas cuantas verdades.

-Hace dos días tuvimos la cita de los cinco años y quise estar allí como tu marido, pero te di aire porque lo necesitabas. Ya no más. Quiero hacer cumplir eso que dicen «para lo bueno y lo malo». Hasta ahora hemos estado ahí para lo malo así que toca ahora una semana en la playa para compensar. Nos merecemos una luna de miel y para eso hace falta casarse. Es de cajón.

-¿Y si encuentran algo en el futuro?

-Entonces estaré ahí para apoyarte como lo he hecho siempre y luchar contigo otra vez, y las veces que sean necesarias. ¿No lo entiendes? Eres mi sustento y quiero que quede constancia. Además, tu madre me mira torcido porque sabe que vivimos en pecado. Si quieres eso sobre tu conciencia...

Se echó a reír y parece que eso calmó a las cabras que reemprendieron tranquilamente el camino.

-Me debes una cita, Esther. Dónde, cuándo y cómo yo quisiera una vez que te curases, ¿recuerdas? Pues esa cita es ahora, delante del cura y vestida de cabrera.

-Estoy asustada, Artemio -reconoció poniéndose seria.

-Yo también, pero no porque no quiera hacerlo.

Mi lógica funcionó ya que se arrodilló conmigo y me besó. Despacio, buscando resquicios en mi boca. Ese era el tipo de besos que me dedicaba cuando seguía dudando. Era su manera de anclarme. Como si yo realmente necesitase recordatorio de quién me poseía.

-Esto lo escribí en aquel diario -me dijo llorosa.

La miré extrañado y no sabiendo si debía preguntar. Todo lo que tuviese que ver con su diario me ponía los pelos como escarpas.

-La última frase que hay escrita en el diario de mi enfermedad es «quiero el fueron felices y comieron perdices y lo quiero con Artemio».

-Preciosa...

No me dejó decir nada más. Me agarró con ambas manos y besó cada centímetro de mi cara mientras yo también echaba unas lágrimas. Cuando tuvo suficiente se levantó y me ayudó a incorporarme.

-Vamos, que los invitados esperan y todavía tengo que pasar por la peluquería.

-Esther. ¿De qué peluquería estás hablando? -Como todo se torciera por culpa del pelo... Un momento. Esther siempre llevaba el pelo casi al cero.

-Marchando. -Y recibí un cabezazo de cabra para apremiar. Juro que esos animales entendían lo que su ama decía.

No nos dio tiempo a encerrar a las cabras al llegar a la diminuta capilla y éstas tardaron dos segundos en rodear el altar y empezar a empujar a los invitados.

El cura acabó por utilizar una versión hiperreducida porque no conseguía centrarse con la liturgia mientras el rebaño devoraba los ramos de flores; pareció por un momento que habíamos perdido el anillo de la novia hasta que Carlota nos hizo parar en seco y gritar que Esther ya lo llevaba puesto; las futuras suegras tanto ímpetu le pusieron al lloro que parecían plañideras; algunos niños aburridos de tanto esperar de pie empezaron a hacerles perrerías a las pobres cabras y Esther terminó por cagarse, con perdón del cura, en todo lo que se meneaba quedando todo perpetuado en los móviles de los alpinistas que ya iban camino de las cumbres.

Una boda de andar por casa que terminó con un:

-Cómo me gusta casar a la gente. ¡Hora de bajar al pueblo en romería!

Todo el mundo se puso a aplaudir y antes de que empezaran las felicitaciones, mi mujer se acercó a mí, me agarró la mano, la puso disimuladamente sobre su vientre y me dijo al oído:

-Bien está que el nuevo cabritillo o chivita tenga un papá.

Al final la romería tuvo que ser cancelada hasta nuevo aviso porque hubo que reanimar al novio después de desmayarse allí mismo.

FIN

Agradecimientos

Es imposible dar las gracias demasiadas veces. Así que ahí va una más: GRACIAS.

Porque hay ocasiones en las que pienso que «mira que yo podría escribir esto igual y guardarlo en un cajón» o «a quién va a interesarle». Pero viene alguien y te dice que cuándo sacas algo nuevo, o si trabajas en una nueva historia o si es que en Sierra Negra no pasa nada últimamente. Así que te dices que un párrafo más nunca hizo mal a nadie y eso que sabes que pasó entre esta y aquel deberías ponerlo en el décimo capítulo porque es donde debería estar.

Y sigues escribiendo, gracias a ellos y a ustedes. Sí, usted que se gasta los cuartos en leer las cosas que se me ocurren y que tecleo en mi ordenador antes de que se me olviden.

Muchísimas gracias por su paciencia; por sus buenos consejos; por su más que probada dedicación.

¡Ah! Y ya por pedir. Si les ha gustado, aunque sea solo un poquito, díganse al mundo porque sus comentarios son siempre bienvenidos. Sí, ahí abajo. Justo donde pone «Opiniones de clientes».

Un abrazo a todos.

Poppy García

<http://www.poppygarcia.com>

http://twitter.com/garcia_poppy

Otros títulos de Poppy García

Diez años y diez días (Sierra Negra #1)

¡Por fin algo de tranquilidad!

Qué puede pasar en un lugar donde no hay casi gente, por muy cotillas que sean. Solo naturaleza; simple y bella naturaleza donde poner en su sitio pedazo a pedazo, el caos de vida que todos tenemos. Respirar tranquila, sentarme al sol y descansar.

Quizá haya sido demasiado optimista porque volver supone eso mismo: darte de frente con lo que dejaste atrás y que, por desgracia, no ha cambiado un ápice.

--

Mi territorio. Mi hogar aunque viva a decenas de kilómetros.

Aquí vengo cada fin de semana a estar con mi gente. Las mismas personas que el año anterior y el anterior y el anterior... Bueno, hubo un tiempo que una en especial me hizo salir de la norma pero ya estoy curado de espantos.

Por fin todo va como la seda.

Sin prisa pero sin pausa hasta que alguien llega y ¡zas!. Te da una patada sacándote de ese perfecto limbo en el que vives.

Maldita ley de vida.

No te escondas de mí

Fue leer aquel nombre por segunda vez y todo en la vida de Rebeca Castea se precipitó. Viajó a Inglaterra dispuesta a encontrarle a toda costa como si la vida le fuera en ello, pero a cada paso, su controlada, organizada y predecible realidad comienza a desbocarse.

Menos mal que él, por fin, ha recuperado las riendas de la suya. Volver a casa será el último paso para por fin respirar tranquilo y decidir cómo volver a empezar sin nada que le saque de las reglas que ha impuesto a su alrededor. Por suerte, en su existencia ya no hay cabida para las sorpresas.

Ninguno de los dos ve venir el combate que les espera, pero así son las cosas de la vida ¿y del amor?

Tú

A veces Cupido delega y deja que la música realice el duro trabajo de unir de forma milagrosa dos corazones perdidos.

--

El amor no sabe de casualidades o lo que todo el mundo llama el destino. Sólo hay un momento fuera de tu control. El momento en que le miras e inmediatamente sabes que es él, sin ninguna duda. Entonces te vuelcas en ese amor, en ese hombre y todo lo demás deja de importar. No soy una mujer de cortos romances; o te enamoras desde el primer momento y para siempre o eso no es amor.

Cuando se ha amado tanto que no hay palabras para describirlo, no tiene sentido buscar de nuevo cuando vuelves a estar sola porque el verdadero y único amor ya lo has vivido, ¿o no?

Enamorarse no es nada bueno cuando tu carrera artística corre peligro de irse por el desagüe junto con tu buen juicio. Además, es casi imposible encontrar algo de sinceridad en las palabras

de una mujer que sólo se te acerca porque tiene una idea completamente errónea de quién eres y cómo eres. Para ellas sólo soy el famoso pianista.

Un hombre de mi edad y bagaje que no ha encontrado su media naranja es porque probablemente no exista. Mejor así, aunque el mundo está lleno de sorpresas y a veces, solo a veces, te toca vivirlas en primera persona. No hay que darle muchas vueltas, simplemente dejarse llevar, disfrutar el momento y nada de pensar en lo que llaman el más maravilloso de los sentimientos, ¿o sí?

Table of Contents

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[Para...](#)

[Lo mejor de lo peor](#)

[Segundo jueves de mes](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Cuatro años y pico después](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros títulos de Poppy García](#)

Table of Contents

| |
|---|
| Title Page |
| Copyright |
| Para... |
| Lo mejor de lo peor |
| Segundo jueves de mes |
| Capítulo 1 |
| Capítulo 2 |
| Capítulo 3 |
| Capítulo 4 |
| Capítulo 5 |
| Capítulo 6 |
| Capítulo 7 |
| Capítulo 8 |
| Capítulo 9 |
| Capítulo 10 |
| Capítulo 11 |
| Capítulo 12 |
| Capítulo 13 |
| Capítulo 14 |
| Capítulo 15 |
| Capítulo 16 |
| Capítulo 17 |
| Capítulo 18 |
| Capítulo 19 |
| Capítulo 20 |
| Capítulo 21 |
| Capítulo 22 |
| Capítulo 23 |
| Capítulo 24 |
| Capítulo 25 |
| Capítulo 26 |
| Capítulo 27 |
| Capítulo 28 |
| Capítulo 29 |
| Cuatro años y pico después |
| Agradecimientos |
| Otros títulos de Poppy García |